



NUEVA SOCIEDAD | 279

El futuro del trabajo Mitos y realidades

COYUNTURA

Fernando Rosso
Carmelo Mesa-Lago

TRIBUNA GLOBAL

Ulrich Brand / Markus Wissen

TEMA CENTRAL

Joan Subirats
V́ctor Figueroa
Uta Dirksen
Luca Sartorio
Alyssa Battistoni
Fernando Isabella
Francesca Bria
Dani Rodrik
Sofia Scasserra
Éric Sadin
Luis Moreno
Yves Citton

NUEVA SOCIEDAD

es una revista latinoamericana abierta a las corrientes de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social.

Se publica cada dos meses en Buenos Aires, Argentina, y circula en toda América Latina.

Directora: Dörte Wollrad

Jefe de redacción: Pablo Stefanoni

Coordinadora de producción: Silvina Cucchi

Plataforma digital: Mariano Schuster, María Eugenia Corriés

Administración: Vanesa Knoop, Karin Ohmann

NUEVA SOCIEDAD Nº 279

Diseño original de portada: Horacio Wainhaus

Arte y diagramación (portada e interior): Fabiana Di Matteo

Ilustraciones: Kokoska

Fotografía de portada: Shutterstock

Corrección: Germán Conde, Vera Giaconi

Traducción al inglés de los sumarios: Kristie Robinson

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires, Argentina

Los artículos que integran **NUEVA SOCIEDAD** son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de la Revista. Se permite, previa autorización, la reproducción de los ensayos y de las ilustraciones, a condición de que se mencione la fuente y se haga llegar una copia a la redacción.

NUEVA SOCIEDAD – ISSN 0251-3552

Oficinas: Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, Argentina.

Tel/Fax: (54-11) 4361-4108/4871

Correo electrónico: <info@nuso.org>

<distribucion@nuso.org> (distribución y ventas)

<www.nuso.org>

El portal **NUEVA SOCIEDAD** es una plataforma de reflexión sobre América Latina.
Articula un debate pluralista y democrático sobre política y políticas latinoamericanas.

 **NUEVA
SOCIEDAD**

es un proyecto de la

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG

■ ÍNDICE

COYUNTURA

4486	Fernando Rosso. La enigmática supervivencia política de Mauricio Macri	4
4487	Carmelo Mesa-Lago. El «enfriamiento» de la economía cubana	13

TRIBUNA GLOBAL

4488	Ulrich Brand / Markus Wissen. Nuestro bonito modo de vida imperial. Cómo el modelo de consumo occidental arruina el planeta	25
------	---	----

TEMA CENTRAL

4489	Joan Subirats. ¿Del poscapitalismo al postrabajo?	34
4490	Víctor Figueroa. ¿Hacia el fin del trabajo? Mitos, verdades y especulaciones	49
4491	Uta Dirksen. Trabajo del futuro y futuro del trabajo. Por una transición progresista	62
4492	Luca Sartorio. ¿Qué sabemos (y qué no sabemos) sobre el futuro del trabajo?	73
4493	Alyssa Battistoni. Luces y sombras del ingreso básico universal	87
4494	Fernando Isabella. ¿Qué hacer? Trabajo, tecnología y regulación social	102
4495	Francesca Bria. Ingreso básico y precariedad laboral en la economía de los robots	114
4496	Dani Rodrik. Trabajo y desarrollo humano en un mundo desindustrializado	122
4497	Sofía Scasserra. El despotismo de los algoritmos. Cómo regular el empleo en las plataformas	133
4498	Éric Sadin. La inteligencia artificial: el superyó del siglo XXI	141
4499	Luis Moreno. Robotización, neofeudalismo e ingreso básico universal	149
4500	Yves Citton. Ralentizar o acelerar. Algunos dilemas de las izquierdas del siglo XXI	159

SUMMARIES

■ Segunda página

¿Se va a terminar el trabajo y nos volveremos innecesarios? ¿La tecnología va a crear nuevos empleos que reemplacen los que se destruyen? ¿Asistiremos más bien a nuevas desigualdades originadas en las transformaciones del mundo del trabajo? Sin duda, el «fin del trabajo», al menos el del trabajo tal como lo conocemos, viene generando imágenes distópicas –muy alejadas de las que, hace unas décadas, pronosticaban una extensión del ocio–, que funcionan como una forma de presión sobre la clase trabajadora y abren fuertes desafíos para el progresismo. Por eso dedicamos el tema central de este número de NUEVA SOCIEDAD a realidades, límites, especulaciones y conjeturas sobre el futuro del trabajo y el trabajo del futuro.

El artículo de Joan Subirats plantea algunos de los temas claves referidos al posttrabajo. Las transformaciones en marcha ponen a prueba, sin duda, los marcos analíticos de las izquierdas. Hasta ahora, la lucha por la justicia social estaba fuertemente ligada a la justicia en el ámbito del trabajo, pero ¿qué pasa si esa conexión desaparece o se debilita? ¿Cómo deberían reaccionar la socialdemocracia y las fuerzas progresistas? Víctor Figueroa se ocupa de algunos de estos interrogantes: muestra la imposibilidad de hacer proyecciones serias sobre la destrucción y creación de empleo a partir de los datos disponibles, cuya variabilidad es enorme. Señala, además, que muchos de los discursos sobre la redundancia de los seres humanos frente a las máquinas –y la inteligencia artificial– son funcionales a las elites para debilitar a los trabajadores. Lo que sí sabemos, subraya, es que el control de los datos –considerados por algunos el «nuevo petróleo»– está generando nuevas desigualdades y formas de control laboral renovadas.

En el mismo sentido, Luca Sartorio apunta que la evidencia empírica indica que la mayor productividad tendió incluso, hasta ahora, a generar más empleo del que destruyó. Pero, claro, los cambios están configurando un patrón de ganadores y perdedores, con un declive de los trabajos de «clase media» y renovadas formas de precarización. Coincidiendo con otros estudios, Sartorio señala que las ocupaciones de muy alta y de baja calificación son, según este enfoque, más difíciles de deslocalizar y hay que poner el acento en las cuestiones distributivas y laborales asociadas a la automatización, el poder de mercado en la economía digital y el crecimiento de nuevas formas de trabajo. Como escribe Fernando Isabella, buena parte del partido se juega en la cancha grande de los sistemas de regulación pública, las empresas,

los sindicatos y la gente en general, más que en el estrecho ámbito de los laboratorios. Los cambios son particularmente importantes en el sector de los servicios. Se impulsa un paradigma en el que el éxito del trabajador/emprendedor radica en la propia autoexplotación, escribe Sofía Scasserra. Y si bien hasta ahora se ha avanzado poco en su regulación, una estrategia sindical y sostenida en la economía popular y solidaria puede servir para avanzar hacia empleos más dignos, sobre todo para mujeres, migrantes y jóvenes.

Pero los desafíos son muchos. Dani Rodrik plantea una tesis fuerte: los países que se quedaron atrás en la carrera por la industrialización ya no podrán seguir las viejas recetas que garantizaron la industrialización en el Norte global y parte de Asia. Por ello, la dirigencia política enfrenta un panorama completamente nuevo en relación con el futuro del trabajo.

Como señala Uta Dirksen, América Latina no está fuera de estas transformaciones del capitalismo actual. No obstante, la discusión pública en la región es muy incipiente. Las nuevas tecnologías pueden servir para mejorar nuestras vidas, pero eso requiere de regulaciones precisamente en un mundo en el que crece la desigualdad. Se habla incluso de formas de «neofeudalismo». Como pone en primer plano Luis Moreno, no se trata solo de una cuestión «laboral»: la propia democracia está en juego en la revolución tecnológica en curso.

Por eso es importante la discusión en torno de la ciudadanía y el ingreso básico universal que acompaña, desde hace años, las reflexiones sobre el futuro del trabajo. Alyssa Battistoni y Francesca Bria se sumergen en sus artículos en esta cuestión que genera polémicas en las izquierdas y los sindicatos. El tema excede a la izquierda, y de hecho cada vez hay más tecnocapitalistas que lo promueven. El problema es que muchos piensan en el ingreso básico como una forma de dismantelar el Estado de Bienestar y no como una «utopía posible» en pos de una sociedad más justa y un mundo más vivible, en el contexto del colapso estructural del contrato social del siglo xx: la democracia social del New Deal. Aunque la automatización aún está en sus inicios, da algunas pautas del mundo por venir.

Para Éric Sadin, Silicon Valley no es solo un territorio sino, antes que nada, un espíritu en vías de colonizar el mundo, y ese espíritu busca configurar el fin de la historia y hacer emerger un mundo nuevo, desprovisto de toda fricción y aspereza: la irresistible expansión del liberalismo digital.

Frente a ello, uno de los debates en la izquierda, en palabras de Yves Citton, es el que sostienen «ralentistas» y «aceleracionistas». ¿Cómo enfrentar el capitalismo dominante? ¿Ir hacia adelante o hacia atrás? ¿Ralentizar o acelerar? Se trata de visiones de dos sensibilidades de las izquierdas actuales por fuera de sus matrices hegemónicas: una que busca detener los efectos del capitalismo activando el freno de la locomotora y otra más reciente que busca una especie de recomunitarización de la vida social, pero acelerando ciertas derivas del capitalismo actual. No son, obviamente, discusiones de amplio alcance, pero los temas que abordan sí lo son. De nuevo se plantea la gran pregunta: ¿qué hacer?

La enigmática supervivencia política de Mauricio Macri

FERNANDO ROSSO

Pese a que Argentina es un país con una fuerte tradición de luchas sociales, el gobierno de Mauricio Macri, que ha combinado ajuste con retrocesos económicos en todos los planos, goza (hasta ahora) de una sorprendente calma social. Los «dadores de gobernabilidad» le están permitiendo al gobierno sobrevivir a la crisis e incluso, aunque el año electoral será un campo minado, buscar la reelección del presidente. La apuesta a la «grieta» y al antikirchnerismo queda como último recurso para un gobierno que viene perdiendo la iniciativa.

Un enigma recorre Argentina luego de tres años de gobierno de la coalición Cambiemos¹: ¿por qué una administración que aplica un ajuste de la magnitud del impulsado por el presidente Mauricio Macri no colapsa o termina cercada por la movilización popular?

La sociedad argentina es una de las más contenciosas del continente, tiene la impronta de la movilización permanente, sostiene un entramado sindical significativo comparado con el de otros países latinoamericanos;

existen en su seno fuertes movimientos sociales que encuadran a trabajadores de la denominada «economía popular» (desocupados, precarios o emprendimientos autogestionados) y conserva una vital sociedad civil que parece siempre dispuesta al conflicto. La tierra que engendró la Reforma Universitaria de 1918 a inicios del siglo pasado, el Cordobazo en 1969 o las jornadas de diciembre que en el temprano 2001 inauguraron el nuevo siglo y provocaron la huida del poder del presidente Fernando de la Rúa parece hoy excesivamente pasiva frente

Fernando Rosso: es periodista, editor y columnista político de *La Izquierda Diario*.

Palabras claves: crisis, kirchnerismo, neoliberalismo, Mauricio Macri, Argentina.

1. Alianza entre Propuesta Republicana (PRO), partido liderado por Mauricio Macri, y la centenaria Unión Cívica Radical (UCR).

al deterioro cualitativo de todos los indicadores económico-sociales que provoca el duro programa neoliberal. Las causas de este fenómeno, en apariencia extraño, son múltiples: estructurales, históricas y coyunturales. Pese a la estabilidad relativa, el gobierno que encabeza el presidente Macri ingresa en su último año de gestión bajo el signo de la incertidumbre.

En 2019 se eligen (o reeligen) el presidente y la mayoría de los gobernadores y se renuevan parte de los legisladores del Congreso Nacional y de las legislaturas locales. El oficialismo encara el denso calendario electoral con una pérdida significativa del control de la economía, que combina estancamiento e inflación; números rojos en todas las áreas (inversión, consumo, PIB); una disminución de las bases de apoyo en la sociedad y una fuerte caída en la imagen de sus referentes. Además, es evidente el fracaso de la promesa original y de todas sus representaciones simbólicas. También se produce el distanciamiento de algunos poderes fácticos que le otorgaron un respaldo inicial clave y ahora se alejan sin prisa pero sin pausa: corporaciones empresarias, medios de comunicación y fracciones del Poder Judicial. Cambiemos se transformó en un experimento gubernamental que agravó demasiado a los de abajo y no terminó de conformar a los de arriba; sin embargo, cuando nos despertamos, como el dinosaurio de Augusto Monterroso, todavía está allí.

■ Debacle económica

Algunas variables sintetizan el balance económico del gobierno de Macri en sus tres años de gestión: el PIB acumula una caída de 1,3%, la inflación fue del orden de 163%, el dólar se disparó 290% –en relación con la cotización oficial de diciembre de 2015; 160% frente al dólar paralelo en ese momento–; la deuda en dólares creció en 80.000 millones con acreedores privados y en más de 100.000 millones de dólares si se incluyen los primeros desembolsos del acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI)².

Con el nuevo récord de endeudamiento, las obligaciones financieras de 2019 trepan hasta los 42.400 millones de dólares; con los desembolsos del FMI se cubre 54% de ese total, el resto se supone se conseguirá en el mercado interno. En 2020, las necesidades alcanzan los 39.900 millones, pero los aportes del FMI solo cubren 14,7%; por lo tanto, hay que volver a los mercados internacionales de crédito, los mismos que cortaron el financiamiento meses atrás. El año cerró con el riesgo país disparándose bastante por arriba de los 800 puntos básicos. Este índice mide el porcentaje de tasa que paga el país por sus créditos por encima de la de Estados Unidos. Su crecimiento muestra la

2. En junio de 2018, Argentina y el FMI firmaron un acuerdo *stand-by* para un préstamo por 50.000 millones de dólares; en diciembre del mismo año se aprobó una ampliación que alcanzó los 56.300 millones de dólares.

desconfianza de los especuladores –eufemísticamente llamados «inversores»– hacia las posibilidades de honrar la deuda o –dicho en términos más crudos– evitar el *default*. Si los pronósticos más optimistas se verifican, en cuatro años la caída del PIB rondará el 1,8%. Un vaticinio posible si en 2019 la economía se achica solo 0,5%, como estima el gobierno; pero si se cumple la predicción del FMI y la caída es de 1,7%, el desplome de todo el ciclo será superior y alcanzará el 3%. Pero la madre de todas las derrotas habrá sido la batalla contra inflación, que en toda la era Macri acumulará 211% en el mejor de los casos: si cerrara en 2018 en alrededor de 45% y en 2019 se redujera a 25%. Hasta ahora, nunca se cumplieron las estimaciones oficiales.

El dato más preocupante que difundió el Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec) cuando culminaba el año es el desmoronamiento de la inversión. En el tercer trimestre cayó 11,2% respecto al mismo trimestre de 2017 y 8,1% en relación con el segundo trimestre. Nadie apuesta a que vaya a recuperarse en el año electoral: el propio FMI prevé una caída de 9,5%³.

Las consecuencias de estos números macro en la vida cotidiana de las mayorías populares son profundamente disgregadoras. El desempleo alcanzó el 9% durante el tercer trimestre de 2018 y no llegó a los dos dígitos porque, por ahora, el grueso del ajuste se realizó vía licuación del poder

adquisitivo del salario. A medida que la recesión y la caída de los ingresos se aceleraron, más personas salieron a buscar trabajo; una parte lo encontró, pero informal, precario y de baja calidad, en servicios nuevos como entrega a domicilio o Uber⁴. Un empalme de series estadísticas entre el índice de precios al consumidor de la ciudad de Buenos Aires y el Indec sentencia que la inflación fue de 163% en estos 36 meses, mientras que los asalariados registrados del sector privado tuvieron un incremento acumulado en el mismo periodo de apenas 121%. Esto implica que un trabajador que cobra un salario promedio tendrá una capacidad de compra 16% inferior a la que tenía hace tres años. Para los empleados estatales, la pérdida fue de 24 puntos porcentuales, y quienes reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH, un plan de ayuda estatal para los sectores más vulnerables) vieron retroceder sus ingresos en 23,7% en este periodo⁵. El Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Pontificia Universidad Católica Argentina informó que la pobreza alcanzó a 33,6% de los habitantes urbanos del país en el tercer trimestre de 2018. La indigencia afecta a 6,1% de las personas.

3. «La economía retrocedió 3,5% en el tercer trimestre del año» en *Télam*, 18/12/2018.

4. Ismael Bermúdez: «Las apps de delivery y de transporte y las changas contienen la desocupación» en *Clarín*, 23/12/2018.

5. Lucía Ruiz: «¿Cuánto perdieron el salario y las jubilaciones en la era Macri?» en suplemento «Ideas de izquierda» de *La Izquierda Diario*, 15/12/2018.

Desmoronamiento económico y profundo retroceso social son el saldo que dejó hasta ahora el gobierno de la nueva derecha argentina. Y lo peor parece estar por venir.

■ Fracaso discursivo

La consecuencia lógica de esta deriva es el mentís que recibió el conjunto de ideas y promesas enarboladas por Macri en 2015: nueva matriz económica, mayor productividad, libre –o prácticamente anárquico– movimiento de capitales, desregulaciones económicas que traerían una «lluvia de inversiones», libertad individual y carrera meritocrática como único camino al progreso, y el mercado como Santo Grial del mito laico neoliberal. El quiebre de esa narrativa dejó a Macri y a Cambiemos sin propuesta de futuro, y su apuesta se reduce a administrar el miedo al pasado, a postularse como el mejor agente del «antikirchnerismo» (la contracara del proyecto político que gobernó Argentina hasta 2015, con Néstor Kirchner y Cristina Fernández). Con el agregado de fuertes componentes punitivistas y securitarios a tono con los discursos de las derechas duras que avanzan en el continente y que hoy tienen en Jair Bolsonaro, el flamante presidente de Brasil, su expresión más poderosa y radical.

Para Ignacio Ramírez, sociólogo y director del posgrado en Opinión Pública y Comunicación Política de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso),

quedó poco de la promesa inicial de Cambiemos: el desempeño de la economía y el fracaso económico no fueron gratuitos a la salud simbólica de la marca Cambiemos tal como estaba equipada al comienzo de esta etapa. Uno no los imagina en 2019 haciendo campaña con aquella batería de representaciones como: «sector privado, sinónimo de transparencia» o «gerenciamiento de la política como equivalente de eficiencia o eficacia». Ese tipo de credenciales son las que han crujido, incluso la idea aspiracional como gran promesa. El fracaso económico arrastró a un fracaso simbólico.⁶

Marcelo Leiras, sociólogo y director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés, coincide y asegura que

hubo una versión maximalista y una versión minimalista de la apuesta de Cambiemos. La maximalista incluía la receta desregulatoria clásica en los gobiernos de derecha, con el propósito de reducir la inflación y el déficit fiscal y estimular la inversión y el crecimiento económicos. El programa desregulatorio se quedó a mitad de camino, la reducción gradual del déficit no alcanzó para sostener el altísimo ritmo de endeudamiento, y los aspectos muy poco gradualistas del programa de gobierno, en particular el ajuste tarifario, produjeron más oposiciones que alivio fiscal o mejora en la calidad de los servicios. En lo político, el programa maximalista aspiraba a desplazar al peronismo de muchos gobiernos provinciales y de algunos de sus bastiones en el Conurbano bonaerense, con el muy ambicioso objetivo último de producir un Senado más equilibrado. La receta

6. Entrevista con el autor, 17/12/2018.

económica maximalista fracasó ruidosamente y comprometió seriamente el objetivo político. Queda en pie la versión minimalista: antikirchnerismo *al palo*.⁷

Gabriel Vommaro, coautor de *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*⁸ y de *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*⁹, considera que lo que queda en pie del proyecto oficialista es la apuesta por construir una centro-derecha competitiva electoralmente y que en eso se mostró relativamente exitoso. Sin embargo, asegura que

sin dudas hubo un fracaso de un proyecto sin base social, sin actores y sin una «burguesía emprendedora» capaz de apostar por este gobierno y por su proyecto. Eso no llegó ni en el primer año, ni en el segundo en el que apostaron a la inversión pública con una expansión fiscal que les permitió ganar las elecciones de medio término de 2017. Por supuesto, tampoco en el tercero, que fue el derrumbe donde se pagaron en buena parte los costos fiscales de 2017.¹⁰

Vommaro explica que también cayó el mito o la creencia del macrismo en la posibilidad de una transición sin conflicto hacia una sociedad de mercado totalmente abierta, una ideología que se terminó con el acuerdo con el FMI, el impulso a un ajuste drástico que implica algún tipo de escarmiento social. En ese contexto, sentencia: «Al gobierno parece que se le acabó la mística en términos de proyecto societal». Finalmente, Pablo Touzon –editor de la revista política *Panamá*– también cree que

lo único que quedó es el antikirchnerismo. Todo el resto de las promesas –que ya de por sí eran eslórganes bastante vagos– quedaron truncas. No solo es visible en la economía: no hubo «revolución educativa», «Conadep anticorrupción»¹¹, combate a las mafias –término hoy de moda en el discurso oficial–, ni avance en derechos civiles, como quedó cristalizado en el rechazo a la legalización del aborto.¹²

El relato oficialista con que Cambiemos dio impulso a su proyecto político, propio de un manual de autoayuda a lo Ravi Shankar, mutó hacia la polarización con la reconstrucción de un enemigo a medida (la candidatura de Cristina Fernández) y la restauración frenética de la llamada «grieta» como último recurso para el desafío electoral. Tiene gusto a demasiado poco, pero la elección está abierta.

■ La crisis que no fue

«No solo de ‘política’ vive el hombre», sentenció el marxista ruso León

7. En su máxima expresión, en el lenguaje popular argentino.

8. Alejandro Bellotti, G. Vommaro y Sergio Morresi: *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Planeta, Buenos Aires, 2015.

9. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2017.

10. Entrevista con el autor, 21/12/2018.

11. Se trata de una propuesta que agitó Cambiemos: poner en pie una comisión que investigara la corrupción tomando el modelo de la Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas que investigó los crímenes de la dictadura durante la transición democrática de los años 80.

12. Entrevista con el autor, 20/12/2018. En 2018 se debatió en el Parlamento argentino una ley de interrupción voluntaria del embarazo que se aprobó en la Cámara de Diputados pero fue rechazada en el Senado.

Trotsky en su libro *Problemas de la vida cotidiana*. Parfraseándolo, podemos decir que no solo *por* la política, entendida en el sentido estrecho, sobrevivió el proyecto macrista. También fueron determinantes las relaciones de fuerzas sociales que significaron un sostén y a la vez un límite para las ambiciones de Cambiemos.

Una paradoja de origen que limitó las posibilidades del proyecto de Macri fue la inexistencia de una crisis catastrófica sin salida en el fin del ciclo kirchnerista. El antecedente argentino más próximo a un proyecto neoliberal como el que, en términos de programa económico, encabeza Macri fue el que llevó adelante Carlos Menem en la década de 1990. Una de las condiciones de posibilidad de su éxito –no la única, pero sí una de las más importantes– fue el estallido hiperinflacionario que definió la suerte de su antecesor, Raúl Alfonsín, en 1988-1989. Aquella crisis traumática para la memoria colectiva de los argentinos operó como disciplinadora, junto con derrotas en el terreno de la lucha social y un ciclo internacional favorable para la imposición de las contrarreformas neoliberales. El historiador marxista inglés Perry Anderson escribió que «hay un equivalente funcional al trauma de la dictadura militar como mecanismo para inducir ‘democrática’ y no coercitivamente a un pueblo a aceptar las más drásticas políticas neoliberales. Este equivalente es la hiperinflación. Sus consecuencias son

muy parecidas»¹³. El «terror económico» operó también en la crisis que culminó con el estallido de 2001 y, esta vez a través de la hiperdesocupación, preparó el terreno para la brusca devaluación y consecuente desvalorización del salario impulsadas por el presidente interino Eduardo Duhalde, quien comandó la transición. Con esa carencia de origen, el gobierno de Cambiemos transitó estos tres años entre los límites que imponía una resistencia social disgregada, pero presente, y la presión del mundo empresario y los factores reales de poder en pos de acelerar las contrarreformas.

El derrotero incluyó un comienzo con lo que se denominó «gradualismo», cuyo sentido era transitar el ajuste, pero administrando los tiempos para evitar chocar de frente contra un bloque social hostil. El «gradualismo» era a la vez financiado con el endeudamiento que el gobierno creyó infinito e ilimitado. Luego de triunfar en las elecciones de medio término de octubre de 2017 –con una combinación de antikirchnerismo y lo que algunos calificaron como «populismo financiero o fiscal»–, Macri lanzó el tridente del «reformismo permanente» (ajuste previsional, flexibilización laboral y reforma impositiva), con el que pretendió aligerar el plan.

13. P. Anderson: «Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda» en *Viento Sur* N° 6, 1996.

Pero a octubre lo devoró diciembre. Las movilizaciones contra la reforma previsional del 14 y 18 de diciembre de 2017, con enfrentamientos violentos frente al Congreso Nacional y múltiples cacerolazos en los barrios porteños protagonizados por sectores de clase media, fueron el punto más alto de la movilización social en la era Macri, y pese a que la ley que modificaba el cálculo de las jubilaciones y pensiones se aprobó, Cambiemos sufrió una derrota política que nunca pudo remontar¹⁴.

Luego de aquellos acontecimientos, el gobierno se vio obligado a postergar sin fecha la reforma laboral e intentó retomar el camino del «gradualismo». En el discurso de inauguración de las sesiones ordinarias ante la Asamblea Legislativa en marzo de 2018, Macri habló de cuestiones tan estratégicas como una «agenda verde» y la mala alimentación de los niños¹⁵. Nada había quedado en pie de la ofensiva lanzada apenas cuatro meses antes. Pero en abril se desató la furia de los «mercados», con una corrida cambiaria provocada por el fin de las posibilidades de seguir aumentando la deuda. La rebelión financiera duró varios meses y obligó al pedido de rescate al FMI. Los «mercados» comenzaron a desconfiar de las capacidades de Macri para aplicar las contrarreformas neoliberales. De hecho, un conjunto de economistas «libertarios», que ahora buscan conformar un partido en línea con las ideas ultraliberales, suele

acusar a Macri de ser un «populista con buenos modales»¹⁶.

La vuelta al FMI, pergeñada por el gobierno para poner fin a la corrida especulativa contra el peso, trajo consigo un nuevo programa de ajuste con el «déficit cero» como bandera y ya sin lugar para gradualistas. El resultado fue una disminución permanente del volumen político de Cambiemos, que nunca detuvo su marcha descendente. Pero su resiliencia no se explica sin el concurso de lo que el controversial escritor argentino Jorge Asís –devenido estridente analista y operador político– calificó como «dadores voluntarios de gobernabilidad». Entre ellos, se encuentra no solo gran parte del peronismo político que habilitó la aprobación de más de 100 leyes que facilitaron la tarea de Cambiemos (fuerza minoritaria en el Parlamento), sino también la acción o inacción de las conducciones de los sindicatos y la Confederación General del Trabajo (CGT) y los llamados «movimientos sociales», herederos sobre todo del mundo piquetero de los años 2000.

14. Todas las encuestas y estudios de opinión marcan una caída de la imagen del presidente y de la gestión desde aquel momento.

15. La transcripción del discurso completo y el video fueron publicados por el diario *El Cronista* el 1/3/2018 (disponibles en <www.cronista.com/economiapolitica/El-discurso-completo-de-Macri-en-la-Asamblea-Legislativa-20180301-0078.html>).

16. Los más estridentes entre ellos son Javier Milei y José Luis Espert; el último lanzó su candidatura presidencial a fin de año.

Luego de 2001 y en parte como conclusión estratégica de aquellos acontecimientos, se produjo un proceso de institucionalización relativa de una amplia gama de organizaciones que agrupan a desocupados, trabajadores precarizados y los sectores más pobres de la sociedad argentina. La emergencia de estas organizaciones es una manifestación de su peso gravitante y eventualmente explosivo, a la vez que un instrumento de contención para evitar su emergencia disruptiva. Junto con la desprestigiada dirección de la CGT, que convocó a cuatro paros generales sin movilización y con la suficiente distancia uno de otro como para que solo cumplieran la función de descomprimir la tensión social, las conducciones de los movimientos sociales adoptaron la lógica «sindical» y actuaron para evitar que se configurara un escenario del tipo del de diciembre de 2017. Con diferentes responsabilidades, operaron como un factor conservador para una respuesta masiva y coordinada al ataque del gobierno a las condiciones de vida de las mayorías. Además, el grueso de los dirigentes de estas organizaciones (sindicales o sociales) están fuertemente comprometidos con la reorganización del peronismo con vistas a las elecciones: su apuesta estratégica no es por la derrota del plan de Macri en las calles, sino por el desgaste para facilitar su salida del poder en las elecciones¹⁷. Por último, gran parte de estas estructuras reciben una fuerte influencia del papa Francisco,

para quien evitar un estallido en su país de origen es de una importancia vital, además de estar a tono con su ideología histórica. Efectivamente, la «teología del pueblo» a la que adhiere Francisco (desde los tiempos en que era el cardenal Jorge Bergoglio) postula una alianza con las organizaciones sociales sobre la base de considerar a los pobres como víctimas y proponer una política de rescate, de contención y tutelaje, siempre con el objetivo de evitar la acción directa.

En síntesis, los frenos de mano que el gobierno se vio obligado a aplicar por imposición de las circunstancias y la «ética de la responsabilidad» de la oposición, combinada con una estrategia que prioriza el eje electoral y con el «respaldo divino», otorgaron una sobrevida a un proyecto político estancado.

■ El futuro llegó

Gran parte de la fortaleza que aún mantiene el macrismo cuando comienza el decisivo último año de gobierno es concedida por otros. Economistas afines a Cambiemos se aferran a dos factores a la espera de algo parecido a una recuperación: la cosecha récord que auguran para 2019 y la apuesta a algunas inversiones en el yacimiento de hidrocarburos no convencionales de Vaca Muerta, en el sur

17. F. Rosso: «Sin que se caiga» en *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur N° 234, 12/2018.

argentino. Parece difícil que esos nichos, incluso si son exitosos, remonten la cuesta abajo de la economía.

La disminución del volumen político de Cambiemos se ve reflejada en la distancia que toman algunos factores de poder con respecto al futuro de ese proyecto político: el Grupo Clarín, principal oligopolio mediático del país, ya juega –de mínima– a dos puntas, solo en última instancia mantiene el apoyo a Macri contra el kirchnerismo, pero cada vez se notan más los hilos de su trabajo por el llamado «peronismo racional». El Grupo América (segunda corporación mediática del país) manifestó por boca de uno de sus accionistas mayoritarios, Daniel Vila, el respaldo a esa fracción del peronismo no kirchnerista. Una mayoría de la Corte Suprema votó hacia fin de año contra el gobierno en un fallo simbólicamente importante sobre el cálculo de deuda que el Estado tiene con unos 150.000 jubilados que litigaron contra él. Y una fracción considerable del empresariado comienza a explorar otras opciones, sin descartar incluso al kirchnerismo conducido por Cristina Fernández, una de cuyas estrategias disponibles, y a la que al parecer podría apostar, es la de adoptar un perfil de «leona herbívora», si retomamos la expresión con que se calificó a sí mismo el Juan Domingo Perón consensual y conciliador que volvió al país en la década de 1970, tras 18 años de exilio.

El analista político liberal Sergio Berensztein escribió en el diario *La Nación*: «Sin embargo, pasado el 75% de su mandato, [Macri] carece del apoyo concreto de una constelación de actores sociales que le otorguen solidez para implementar la agenda de reformas estructurales más allá de los números que entreguen las urnas o de la correlación de fuerzas que esos votos produzcan en el Congreso y en las gobernaciones»¹⁸.

La definición es similar a lo que en términos del marxista italiano Antonio Gramsci puede calificarse como ausencia de hegemonía. Pero quizá lo más relevante para el presente y el futuro argentino es que la «tragedia» a la que está condenado Cambiemos, más allá de si logra el milagro de un resultado electoral favorable, condiciona al conjunto de las fuerzas políticas tradicionales cuyos programas se enmarcan dentro del respeto a los intereses estratégicos de los dueños del país y a la hoja de ruta del FMI. Bajo esas condiciones, en cualquier circunstancia, no se avizora una luz al final del túnel. Y la posibilidad de un nuevo colapso está en el menú de posibilidades. ☒

18. S. Berensztein: «Cambiemos, una coalición electoral sin respaldo de los actores sociales» en *La Nación*, 21/12/2018.

El «enfriamiento» de la economía cubana

CARMELO MESA-LAGO

Cuba transita por reformas económicas pero también constitucionales y, desde abril de 2018, cuenta con un presidente de la «nueva generación», tras casi medio siglo de gobierno de Fidel y Raúl Castro. La economía se enfrenta hoy a nuevos retos, entre ellos el debilitamiento de Venezuela, que tiene repercusiones en la isla, así como la necesidad de emprender la unificación monetaria. Pero, por el momento, se prevé que continúe el estancamiento económico para 2019.

Después de más de un decenio en el poder y la implantación de reformas estructurales, Raúl Castro se retiró como presidente de la nación en abril de 2018 y pasó la antorcha al civil Miguel Díaz-Canel, entonces de 57 años, lo que abrió el camino a la generación posrevolucionaria. Una nueva Constitución está siendo discutida y se han dictado regulaciones al sector privado, aunque la unificación monetaria anunciada para 2018 no se concretó.

Este artículo evalúa el desempeño de la economía bajo el gobierno de Raúl

Castro, especialmente en 2007 y 2018, identifica las causas del enfriamiento y sondea el desempeño en 2019¹. Las cifras están tomadas fundamentalmente de la Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI).

■ Desempeño económico

Crecimiento 2017-2018. La economía cubana alcanzó una cima de 12% de crecimiento en 2006, descendió a 4,1% en 2008 y promedió 2% anual en 2009-2017, muy por debajo del 5%-6% estimado para generar un desarrollo adecuado (v. gráfico 1).

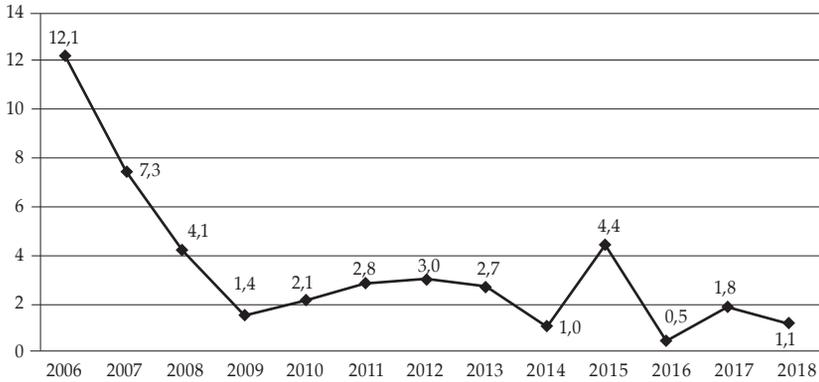
Carmelo Mesa-Lago: es catedrático distinguido emérito de Economía y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Pittsburgh, autor de 95 libros y más de 300 artículos, alrededor de la mitad sobre Cuba.

Palabras clave: Constitución, crecimiento, economía, Cuba.

1. Para un análisis abarcador de la economía en el periodo, v. C. Mesa-Lago: «La economía cubana: situación en 2017-2018 y perspectivas para 2019» en *Cuba Posible*, 4/12/2018.

Gráfico 1

Cuba: crecimiento económico anual (PIB) a precios constantes, 2006-2018



Fuente: ONEI: *Anuarios estadísticos de Cuba*.

Las estadísticas oficiales cambian con frecuencia de forma notable, lo que levanta suspicacias entre los expertos: en 2016 se reportó una caída de 0,9% en el PIB, pero meses después esto trocó en un aumento de 0,5% (1,4 puntos porcentuales más); a fines de 2017 se anunció un crecimiento de 1,6%, pero más tarde se lo elevó a 1,8%. Esto último es sospechoso porque la predicción oficial fue de 1,1% en el primer semestre del año, usualmente el de mejor desempeño (temporada alta de turismo, zafra azucarera, etc.), de forma que en el segundo semestre debió aumentar 2,5% para promediar 1,8%. Más aún: en el segundo semestre, Cuba enfrentó una fuerte y prolongada sequía seguida del huracán Irma, con daños equivalentes a 9% del PIB; la prohibición de Donald Trump a los turistas estadounidenses de alojarse en

hoteles y comer en restaurantes operados por militares cubanos, así como la alerta de no viajar a Cuba por el peligro de ataques sónicos²; la continua reducción del suministro de petróleo, comercio y compra de servicios profesionales cubanos por Venezuela; el declive en los precios mundiales del azúcar y el níquel; la paralización y en algunos casos reversión de las reformas económicas; y las restricciones al crédito externo, agravadas por el incumplimiento de los pagos de cartas de crédito vencidas.

En 2018 se repitió lo acaecido en 2017. En junio, Díaz-Canel reportó un crecimiento de 1,1% en el primer semestre. Advirtió que «la situación

2. Miguel Ángel Criado: «El misterio de los ataques sónicos a diplomáticos de Estados Unidos» en *El País*, 29/6/2018.

financiera continúa tensa [...] forzando la adopción de medidas adicionales para controlar los recursos en el segundo semestre»³. La cosecha azucarera apenas llegó a un millón de toneladas, lo que la ubica entre las más bajas en la historia; no se ha revelado la producción de níquel, pero parece estancada y los precios mundiales de ambos productos descendieron. El número de turistas entre enero y septiembre de 2018 fue 3% menor que en el mismo periodo en 2017, debido a la caída de los visitantes de EEUU por la política de Trump (también hubo merma en los otros emisores principales, salvo los cubano-estadounidenses); aunque crecieron los visitantes de cruceros, estos gastan mucho menos que los turistas que arriban por avión. En octubre, Trump amplió la lista de empresas prohibidas gestionadas por militares. La economía venezolana se deterioró mucho más: se proyecta una caída de 15% del PIB⁴, una inflación de un millón por ciento y severa escasez de alimentos y medicamentos, por lo que probablemente persistirá la mengua en la compra de servicios profesionales cubanos, el suministro de petróleo y el intercambio comercial.

En octubre pasado, el gobierno predijo que la tasa de crecimiento para 2018 sería ligeramente mayor a 1% debido a los problemas explicados. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) redujo su

proyección original de 1,5% a 1,1%, la cuarta menor en América Latina⁵. Finalmente, Díaz-Canel informó a la Asamblea Nacional a fines de diciembre que el crecimiento en 2018 fue «ligeramente superior» a 1% y que el plan de 2019 fija un crecimiento igual para ese año, lo cual significa que la economía continuará estancada⁶.

Estabilidad financiera. La formación bruta de capital como porcentaje del PIB es un factor importante en el crecimiento económico y descendió en Cuba de 14,8% a 10,3% en 2008-2017 (v. gráfico 2); en 1989 era 25,6%, la cifra necesaria para generar un crecimiento adecuado. El déficit fiscal, que había disminuido a 1,3% en 2013, creció a 8,7% en 2017 (versus un promedio regional de 3,1%) y se proyecta a 11,9% en 2018.

Agricultura. La producción agrícola continúa estancada: 4% del PIB en 2007 y 3,7% en 2017; la tasa de crecimiento descendió de 19,6% en 2007 a -1,5% en 2017. La participación de las importaciones agrícolas en el total de las importaciones ascendió de 12% a 18%. En 2017, Cuba importó 1.800 millones de dólares en productos

3. En *EFE*, 22/7/2018; *Juventud Rebelde*, 28/8/2018.

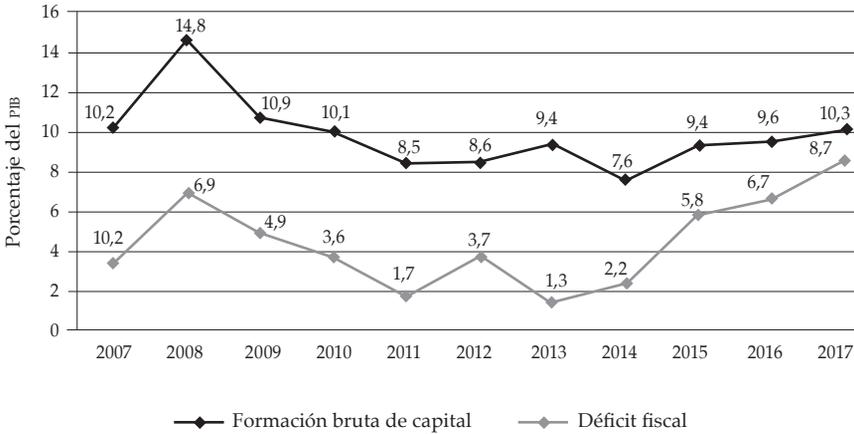
4. «Cepal informó que PIB de Venezuela cayó 15% en 2018» en *2001.com.ve*, 20/12/2018.

5. Cepal: «Actualización de proyecciones de crecimiento en América Latina y Caribe 2018 y 2019», Santiago de Chile, 2018.

6. Yudy Castro Morales: «Plan de la economía del 2019: objetivo y realista» en *Granma*, 16/12/2018.

Gráfico 2

Cuba: formación bruta de capital y déficit fiscal, 2007-2017



Fuente: ONEI: *Anuario estadísticos de Cuba*.

agrícolas, 60% de los cuales podría producirse en el país. La principal reforma agraria bajo Raúl Castro fue el usufructo que comenzó a fines de 2008: el traspaso del cultivo de tierras estatales ociosas a campesinos, cooperativas y granjas estatales, con el Estado manteniendo la propiedad de la tierra; las estadísticas de 2009-2017 indican que el usufructo no logró incrementar la producción. Una comparación de la producción de los principales productos agropecuarios y pesqueros entre la cima alcanzada en 2009-2017 y el último año muestra que descendió en 12 de 13 cultivos y estaba por debajo de 1989 (antes de la caída de la Unión Soviética y la grave crisis de los años 90) en siete de ellos.

Industria y minería. El índice de la producción manufacturera en 2017 era 32% inferior al nivel de 1989 y disminuyó por segundo año consecutivo (-1,8%); la producción minera menguó de 0,6% a 0,5% del PIB en 2007-2017 y descendió por quinto año consecutivo (-1,4%). Una comparación de los 11 productos minero-manufactureros claves entre 2017 y la cima de producción en 2007-2017 indica que nueve mermaron y dos se estancaron, cinco estaban por debajo del nivel de 1989; los mejores desempeños han sido en gas natural, medicamentos y petróleo.

Turismo. El turismo tiene el mejor desempeño económico y es la tercera fuente de divisas; los visitantes subieron 117% en 2007-2017, especialmente

desde 2015 por la normalización de relaciones entre EEUU y Cuba. El ingreso bruto por el turismo creció menos (48% en el periodo) porque el gasto promedio por turista declinó 26% (v. gráfico 3); la ocupación de camas hoteleras no aumentó en el periodo y promedió 58,6%.

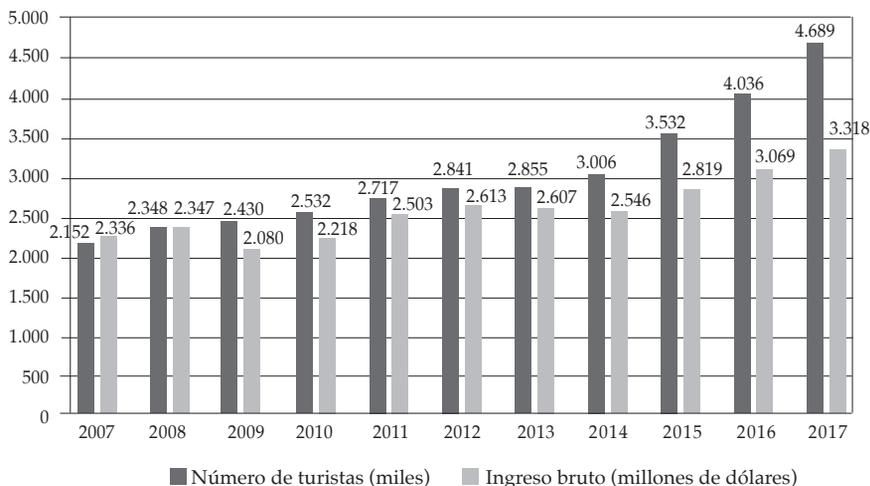
A fines de 2017 e inicios de 2018 ocurrió una disminución del turismo (208.296 menos) debido al huracán Irma, que causó serios daños en las instalaciones, y a las medidas restrictivas de Trump. Estas no afectan a los viajeros en cruceros, los cuales se han expandido notablemente; sin embargo, los visitantes aéreos gastan en promedio 15 veces más que los cruceristas, que ya tienen cubiertos el

alojamiento, las comidas y las excursiones en tierra, lo que provocó una pérdida de 297 millones de dólares en el ingreso bruto. En el tercer trimestre de 2018 el número de turistas creció 5% sobre el mismo periodo de 2017, pero aún sin recuperar el nivel anterior al descenso. Se proyecta que en 2018 habrá 4.750.000 turistas, cifra inferior a la meta de 5 millones que se ha pospuesto para 2019.

Comercio exterior. Bajo la revolución ha ocurrido un déficit sistemático en la balanza comercial de bienes, que alcanzó un récord en 2008 y después disminuyó porque, a pesar de que las exportaciones menguaron desde 2011, las importaciones fueron recortadas, lo cual acarreó falta

Gráfico 3

Cuba: número de turistas e ingreso bruto, 2007-2017



Fuente: ONEI: Anuarios estadísticos de Cuba.

de insumos y escasez de bienes de consumo. En 2017, las exportaciones de bienes eran 55% inferiores al nivel de 1989 y las importaciones, 25% menos, de ahí que el déficit creció 261%. Desde el siglo XXI, Cuba comienza a exportar servicios profesionales (médicos, enfermeras, maestros, etc.), impulsada por un tratado con Venezuela, que compra 75% de esos servicios, que son la principal fuente de divisas para la isla. Eso produjo un superávit en el saldo del comercio de servicios, con una cima en 2013, que no solo compensa el déficit de bienes, sino que genera un superávit en el saldo global. Debido a la grave crisis económica venezolana, el superávit disminuyó en 30% en 2014-2017; mientras que los servicios profesionales cayeron 23% en el periodo, su aporte al PIB bajó de 13,8% a 8,3%, una de las causas del descenso del PIB. La terminación del contrato cubano con Brasil «Más Médicos» decidida por el presidente Jair Bolsonaro acarrea una pérdida de 400 millones de dólares anuales, similar al valor de las exportaciones de níquel o azúcar en 2017.

El intercambio comercial de bienes con Venezuela se contrajo. El suministro de petróleo venezolano se redujo a la mitad y también lo hizo el remanente que Cuba percibía y exportaba del crudo venezolano procesado en la refinería de Cienfuegos. Pero la situación se agrava porque la producción cubana de petróleo decreció 19% en 2010-2017, lo que ha

inducido un programa de austeridad y recortes en el suministro energético a las empresas estatales, que a su vez afecta la producción.

Por otra parte, en 2017 el intercambio comercial con Rusia aumentó 95%, después de una disminución y estancamiento de cuatro años, aunque el incremento fue solo de 20% respecto a 2007. Además, La Habana firmó varios convenios con Moscú en noviembre de 2018: para modernización de la producción de energía eléctrica y acero, suministro de transporte ferroviario, exploración de depósitos de petróleo bituminoso y recuperación de la producción de cítricos (no se reveló el monto de esos proyectos). En noviembre de 2017 se firmaron convenios con China: 164 millones de dólares para adquirir equipos de construcción para el turismo y energía renovable y una donación de 129 millones de dólares para proyectos de ciberseguridad.

Remesas. Después de la venta de servicios profesionales al extranjero, la mayor fuente de divisas de Cuba son las remesas; el gobierno no publica cifras sobre su valor, pero las estimaciones indican que aumentaron 143% entre 2008 y 2017 (de 1.447 millones a 3.515 millones de dólares); ninguna otra fuente de divisas puede compararse a este salto⁷. La apertura impulsada por Barack Obama en

7. Emilio Morales: «The Importance of Remittances in the Cuban Economy», THCG Business Report N^o 2, 2018.

2015-2016, que eliminó las restricciones al envío de remesas, fue un factor en el aceleramiento de su envío; las políticas punitivas de Trump no han tocado las remesas, por lo que continúa su expansión.

Pago de la deuda externa. El gobierno cubano ha logrado concesiones notables para reducir su deuda externa: en 90% con Rusia, 47,2% con China, 70% con México y 80% con bancos japoneses. En 2015, La Habana firmó un acuerdo con 14 de los 20 países miembros del Club de París para renegociar una deuda de 11.100 millones de dólares; se condonaron todos los intereses y cargos por 8.500 millones de dólares y quedan 2.600 millones de dólares a pagar en 18 años⁸. El servicio de la deuda costó 40 millones de dólares en 2016, 60 millones en 2017 y 70 millones en 2018; los pagos aumentan debido a una tasa de interés que crece de 1,6% a 8,9% en 2016-2033, lo cual demanda que la economía crezca para poder afrontar la carga, algo que no ha ocurrido. El fallo de un pago conllevaría un interés punitivo de 9%. Lo anterior ha mejorado la credibilidad financiera externa cubana, fundamental para obtener crédito foráneo, pero ha forzado un recorte de las importaciones, incluyendo insumos para la economía y bienes de consumo, con efectos adversos en la producción y la población. La renegociación permite cambiar deuda (*swap*) por inversión; España y Francia –dos de los

acreedores mayores– han negociado diez *swaps* por 70 millones de dólares, una proporción pequeña de sus deudas respectivas.

La renegociación de la deuda con países no miembros del Club de París deja pagos pendientes aproximados de 11.336 millones de dólares con Venezuela (imposible de cobrar), 8.000 millones de dólares con Argentina (emisarios del presidente Mauricio Macri viajaron a La Habana en 2018 para renegociar la deuda) y 3.170 millones de dólares con China. Cuba se atrasó en el pago de la deuda de 682 millones de dólares con Brasil y pidió una reestructuración, algo difícil con el nuevo gobierno de derecha brasileño⁹.

La posposición de pagos a varios suministradores y socios de inversión de Cuba ha generado otra deuda que ascendía a 3.449 millones de dólares en 2015. Además, hay una deuda con bancos privados que era de 1.858 millones de dólares en ese año (se carece de cifras actuales); los tres principales acreedores de la segunda, agrupados en el Club de Londres, detentan 1.400 millones y en febrero hicieron a Cuba una oferta similar a la del Club de París, pero el gobierno la ignoró y se está iniciando un litigio judicial¹⁰.

8. Jorge Pérez-López: «Cuba's Never Ending External Sector Crisis» en *Cuba in Transition* vol. 27, ASCE, Miami, 2017.

9. En *Reuters*, 18/9/2018; *EFE*, 22/10/2018.

10. En *Reuters*, 25/10/2018.

Inversión extranjera directa (IED). Desde que se implementó en 2014 la Ley de Inversión Extranjera y hasta la fecha, se han aprobado 175 proyectos por 5.500 millones de dólares, pero solo 500 millones se han materializado, un quinto de los 2.500 millones anuales oficialmente requeridos para un desarrollo económico sostenido¹¹. Entre las razones de la lentitud se encuentran la burocracia, el temor al mercado, el prejuicio contra la inversión extranjera, la imposibilidad de contratar y pagar directamente al personal, la dualidad monetaria y cambiaria, la falta de conocimiento, entrenamiento y motivación suficientes de las empresas y el reforzamiento del embargo por Trump¹². Recientemente la IED ha sido definida como esencial (en vez de complementaria) para el desarrollo y se han tomado medidas para acelerar su aprobación: la flexibilización de algunas normas para evaluar a los inversores, la eliminación de estudios de factibilidad engorrosos y el anuncio de la creación en 2019 de una ventanilla única de inversión extranjera, todas medidas positivas pero que no corrigen los problemas fundamentales identificados. En la Zona Especial de Desarrollo del Mariel (ZEDM), establecida hace cinco años con una inversión de 800 millones de dólares del Banco Nacional de Desarrollo de Brasil, se han autorizado 41 inversiones (de un total de 400 propuestas) por 1.660 millones de dólares, pero solo 15 han comenzado sus operaciones¹³.

■ Perspectivas para 2019

Tres eventos políticos en 2018 pueden influir en el desempeño económico en 2019: los cambios en las reformas estructurales, la transferencia del poder a la nueva generación y la nueva Constitución. Además hay que considerar factores internos y externos, positivos y negativos¹⁴.

Cambios en las reformas estructurales. El sector no estatal comprende tres grupos: trabajadores por cuenta propia (590.000), usufructuarios de tierras ociosas estatales (274.635) y miembros de cooperativas no agrícolas y de servicios (18.600). El sector alcanza 30% de la fuerza laboral, genera 7% del PIB y aporta 11% de los ingresos tributarios. Regulaciones aprobadas en 2018 para los dos primeros grupos procuran controlar su expansión, elevar sus impuestos y evitar que induzcan una acumulación de la propiedad y la riqueza. Estas políticas supeditan la racionalidad económica –en un momento muy difícil para el país– a la lógica ideológico-política y generarán efectos económicos adversos. Como

11. Omar Everlenny Pérez Villanueva: «La inversión extranjera directa en Cuba» en *Horizonte Cubano*, Universidad de Columbia, 30/11/2018.

12. Ariel Terrero: «Inversión extranjera en Cuba: amenazas de la lentitud» en *Cuba Debate*, 6/11/2017.

13. Lisset Izquierdo y Lisandra Romeo: «Apertura del Tercer Foro de Inversiones» en *Cuba Debate*, 30/10/2018.

14. C. Mesa-Lago: ob. cit.

contraste, acaba de publicarse en *El Diario del Pueblo*, el periódico del Partido Comunista chino, una nota sobre el hombre más rico del país, Jack Ma, quien posee 35.800 millones de dólares, es miembro del Partido y está en una lista de 100 personas que han ayudado a impulsar las reformas y la apertura del país. Humberto Herrera Carlés comenta al respecto que el intento de impedir la concentración de la riqueza en Cuba frena la productividad laboral y el potencial de mejorar el nivel de vida de los cubanos.

El anuncio de Raúl Castro de que la unificación monetario-cambiaría¹⁵ comenzaría en 2018 no se concretó por las enormes barreras que enfrenta y por la débil economía; el mercado mayorista esencial para el sector no estatal aún no se ha establecido; en la agricultura, se reinstauró la venta obligatoria de la mayoría de las cosechas al gobierno a precios inferiores al precio de mercado; algunas provincias impusieron temporalmente un tope de precios a la venta de los productos en los mercados agropecuarios de oferta y demanda, y hasta a los carretilleros.

La transferencia generacional. Raúl Castro inició un proceso lento de transferencia generacional; su decisión clave fue limitar a dos periodos consecutivos de cinco años el desempeño de cargos políticos y estatales principales, y él fue el primero en aplicarse esa medida. En abril de

2018, se inició la transferencia generacional en la dirigencia; por primera vez, un ciudadano nacido después del periodo insurreccional y sin el apellido Castro ocupó la Presidencia: Miguel Díaz-Canel. Sin embargo, este no tiene un programa propio, sino que continúa implementando las medidas de Raúl y del Partido aprobadas antes de su nombramiento.

Entre los 22 miembros del nuevo Consejo de Estado, 54,6% permanecen y 45,4% son nuevos integrantes; entre los 22 miembros del nuevo Consejo de Ministros se ratificaron 17 y se nombraron nueve¹⁶. Lo anterior indica que la renovación de la dirigencia ha sido parcial y que predominan los miembros del antiguo liderazgo. En su primer discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Díaz-Canel declaró: «El cambio generacional de nuestro gobierno no debe ilusionar a los adversarios de la revolución. Somos la continuidad, no la ruptura»¹⁷.

La nueva Constitución¹⁸. En julio de 2018, la Asamblea Nacional del

15. Actualmente convive la moneda convertible –el CUC– con el peso cubano (CUP).

16. Domingo Amuchástegui: «Nuevo presidente en Cuba» en *Cuba Posible*, 10/5/2018.

17. «Intervención de Miguel Díaz-Canel Bermúdez, presidente del Consejo de Estado y de Ministros de la República de Cuba, en el Debate General del 73 Periodo de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas», Nueva York, 26/9/2018, p. 8.

18. *Proyecto de Constitución de la República de Cuba*, La Habana, 2018, título II, «Fundamentos económicos».

Poder Popular (ANPP) aprobó un proyecto de Constitución para reemplazar la de 1976. El proyecto fue redactado por 33 diputados bajo la dirección de Raúl Castro con la finalidad de legalizar las reformas estructurales impulsadas en su gestión. En agosto comenzó a discutirse el borrador, y sobre la base de esta consulta se revisó el proyecto, que volverá a la ANPP para su aprobación y posterior sometimiento a un referendo.

El proyecto mantiene el carácter socialista del sistema político, económico y social, así como el papel central del Partido como «la fuerza política rectora de la sociedad». El rol del mercado se «considera y regula», pero no se especifica cuál es su función en la economía. Se ratifica la enmienda constitucional introducida en 2002 que declara que el sistema socialista es irrevocable. Se mantiene la esencia del modelo estatizado de centralización, con la empresa estatal como la forma superior de propiedad, a pesar de su notoria ineficiencia y fracaso en el mundo. La propiedad privada se ordena penúltima entre seis formas de propiedad y queda limitada a ciertas formas de producción que no se determinan y sin otorgar las garantías necesarias. De manera discriminatoria, se autoriza la inversión foránea, pero no la de los ciudadanos cubanos, que así tienen menos derechos que los extranjeros. Díaz-Canel corrobora la continuidad: «Tengo la convicción de que no habrá cambios

en nuestros objetivos estratégicos y que el carácter irrevocable del socialismo será ratificado [en el referéndum de 2019]»¹⁹.

Factores internos y externos. En este apartado, he adaptado la Matriz DAFO de la empresa a la economía cubana para analizar factores internos (debilidades y fortalezas) y factores externos (amenazas y oportunidades). Hagamos un breve resumen.

Las debilidades son más comunes que las fortalezas y cualitativamente más severas.

Debilidades:

- tendencia decreciente en el PIB, la formación de capital bruto, la producción agropecuaria, minera y manufacturera,
- aumento en el déficit fiscal y la inflación,
- revés en las reformas estructurales (trabajo por cuenta propia),
- posposición de la unidad monetaria-cambiaria,
- cambio de la dirigencia que mantiene una mayoría de antiguos líderes en el Consejo de Estado y en el Consejo de Ministros, así como en las dos secretarías del Partido,
- proyecto de nueva Constitución que preserva los elementos fundamentales

19. «Intervención de Miguel Díaz-Canel Bermúdez, presidente del Consejo de Estado y de Ministros de la República de Cuba, en el Debate General del 73 Periodo de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas», cit.

del sistema de planificación centralizada y el predominio de la empresa estatal.

Fortalezas:

- nueva reforma al usufructo que flexibiliza sus condiciones,
- nombramiento de un presidente de la nueva generación y parcial renovación de la dirigencia,
- introducción del derecho a la propiedad privada en la Constitución,
- imposición de un límite de dos mandatos en los puestos principales del gobierno y del Partido,
- continuo incremento de la generación eléctrica a pesar de la reducción del suministro petrolero.

Los factores externos juegan un papel mayor que los internos y las amenazas exceden con creces a las oportunidades.

Amenazas:

- tendencia decreciente en el excedente del balance global de bienes y servicios,
- cambio del arribo de turistas desde avión hacia crucero, porque estos gastan menos,
- recorte en las importaciones por el constante crecimiento del pago de la deuda externa,
- atrasos en los pagos a proveedores que afectan el suministro y el crédito externo,
- litigio judicial del Club de Londres para reclamar una deuda de 1.400 millones de dólares,

- continuación de la política agresiva de Trump contra Cuba,
- caída en el precio mundial del azúcar,
- merma en el precio mundial del níquel en noviembre de 2018 respecto a 2014,
- profundización de la crisis en Venezuela y consiguiente reducción en la compra de servicios profesionales, suministro de petróleo e intercambio comercial,
- incautación de activos de Petróleos de Venezuela SA (PDVSA), en mayo de 2018,
- deudas pendientes con Argentina y Brasil, complicadas por la presencia de gobiernos conservadores en esos países,
- terminación del contrato cubano con Brasil para compra de servicios médicos,
- desaceleración del intercambio comercial con China.

Oportunidades:

- aprobación de 215 proyectos de IED (500 millones de dólares se han materializado) y de 41 usuarios en la ZEDM (15 han comenzado sus operaciones); se necesitan 2.500 millones de dólares anuales,
- flexibilización en el procedimiento para aprobar inversiones,
- aumento sostenido de las remesas externas, que constituyen la segunda fuente de divisas,
- posible incremento en el número de turistas, si sigue la tendencia del tercer trimestre de 2018,

- pago de la deuda externa negociada, que ha mejorado el crédito externo,
- convenios firmados con Rusia y China en noviembre de 2018,
- aumento del intercambio comercial con Rusia en 2018,
- inicio de la construcción por una empresa vietnamita del primer parque industrial en la ZEDM²⁰,
- asunción de un nuevo presidente en México, Andrés Manuel López Obrador, que podría facilitar créditos y concertar *swaps*.

sin una mejoría tangible en el desempeño de sus aspectos claves, limitada por la actual institucionalidad que se preserva y estrangulada por los factores externos. Para cambiar ese derrotero, sería esencial acelerar las reformas estructurales. El efectivo traspaso institucional no se vislumbra hasta el momento en que terminen los actuales mandatos, mientras que la nueva Constitución será una camisa de fuerza para los cambios fundamentales que se necesitan. ☐

El análisis de los cuatro factores indica que la economía cubana en 2019 probablemente continúe estancada,

20. L. Izquierdo e Irene Pérez: «Empresa vietnamita inicia construcción del primer parque industrial en la Zona del Mariel» en *Cuba Debate*, 29/11/2018.

REVISTA MEXICANA DE
**POLÍTICA
EXTERIOR**

Septiembre-Diciembre 2018

México, DF

Nº 114

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

ARTÍCULOS: **Luis Alfonso De Alba Góngora**, La política exterior de México hacia América Latina y el Caribe 2012-2018, logros y prospectiva. **Miguel Díaz Reynoso**, Política exterior de México hacia Centroamérica y el Caribe. **Victor Hugo Morales Meléndez**, Una renovada presencia e influencia de México en América del Sur. **Blanca Alcalá Ruiz**, Relaciones México-Colombia: de la empatía a la sociedad estratégica. **Oscar Cruz Barney**, La solución de controversias entre Partes en la Alianza del Pacífico. **Andrés Serbin**, El nuevo orden mundial y América Latina y el Caribe: modelo por armar. **Tom Long**, La relación entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe en la era Trump. **Laura Macdonald**, La política exterior de Canadá hacia América Latina, de Harper a Trudeau: ¿un regreso al internacionalismo de potencia intermedia? **Trigésimo quinto aniversario de Contadora**. **Bernardo Sepúlveda Amor**, Contadora y la paz en Centroamérica: vigencia de una gestión diplomática a 35 años de distancia. **Agustín García-López Loeza y Marcela Valdivia Correa**, Del fin de la guerra a una paz sostenible: el papel de México en Centroamérica (1983-2018).

Revista Mexicana de Política Exterior es una publicación cuatrimestral del Instituto Matías Romero, Secretaría de Relaciones Exteriores. República de El Salvador Núm. 47, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc, Ciudad de México, CP 06080. Tel.: (55) 36 86 50 00 Exts. 8268 y 8247, (55) 36 86 51 63 y (55) 36 86 51 48. Correo electrónico: <imrinfo@sre.gob.mx>. Página web: <www.sre.gob.mx/imr/>.

Nuestro bonito modo de vida imperial

Cómo el modelo de consumo occidental arruina el planeta

ULRICH BRAND / MARKUS WISSEN

Las normas de producción y consumo del Norte global, que han sido formateadas por el capitalismo y finalmente se han generalizado alrededor del mundo, solo pueden mantenerse –aun en la variante moderna «ecologizada»– a costa de la violencia, la destrucción ecológica y el sufrimiento humano. Esta es la tesis central de este artículo, basado en el libro *Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalen Kapitalismus* [El estilo de vida imperial. Sobre la explotación del ser humano y la naturaleza en el capitalismo global], publicado recientemente en alemán.

En febrero de 1994, la revista *The Atlantic Monthly* publicaba un artículo del periodista estadounidense Robert D. Kaplan bajo el título «La anarquía venidera»¹. Tomando África occidental como ejemplo, el autor trata el desarrollo político y social del llamado «mundo subdesarrollado» y traza un cuadro extremadamente sombrío. El efecto de este artículo se ve aumentado por fotos de calles congestionadas en megaciudades del Sur global, de barrios marginales y ríos contaminados, de niños soldados y de escenas de guerras civiles. El mensaje es claro: después de que, con el fin de la Guerra

Fría, el Norte global perdiera el interés en el Sur, este corre el riesgo de hundirse en el caos. Y la violencia, el colapso estatal, las epidemias, la «superpoblación» y la destrucción ecológica son algunas de las amenazas.

Con su artículo, Kaplan no quiere señalar el sufrimiento de la gente ni investigar las relaciones entre la riqueza en el Norte y los conflictos en el Sur. Más bien, busca retratar un orden mundial en el que la clara competencia entre Estados nacionales es reemplazada por un sinnúmero anárquico de conflictos de origen «cultural»

Ulrich Brand: es profesor de Política Internacional en la Universidad de Viena. Es miembro del Grupo Permanente de Trabajo «Alternativas al Desarrollo» e integrante el comité asesor de *Blätter für deutsche und internationale Politik*. Colabora con el Grupo de Investigación sobre Sociedades Poscrecimiento de la Universidad de Jena.

Markus Wissen: es profesor de Ciencias Sociales en la Berlin School of Economics and Law. Integra el comité editorial de la revista de ciencias sociales críticas *Prokla* y colabora con el Grupo de Investigación sobre Sociedades Poscrecimiento de la Universidad de Jena.

Palabras claves: capitalismo, consumo, ecología, modo de vida, naturaleza.

1. R.D. Kaplan: «The Coming Anarchy» en *The Atlantic Monthly*, 2/1994.

y religioso. Asimismo, quiere alertar sobre la amenaza al orden de los Estados nacionales del Norte global que resulta de una extensión de la anarquía del Sur y de las tensiones generadas por las mismas sociedades culturalmente heterogéneas del Norte. Kaplan da especial importancia a los problemas ecológicos vinculados a la escasez de recursos y la destrucción ambiental:

Ha llegado el momento de entender el «medio ambiente» como lo que es: la cuestión de seguridad nacional de principios del siglo XXI. Las implicaciones políticas y estratégicas del incremento de la población, de la expansión de enfermedades, la deforestación, la erosión de suelos, el agotamiento de los recursos hídricos, la contaminación del aire y, posiblemente, el aumento del nivel del mar en regiones críticas superpobladas como el delta del Nilo y Bangladesh representan el principal reto para la política exterior, del que finalmente se derivarán todos los demás retos. Porque estas evoluciones conllevarán una migración masiva y exacerbarán los conflictos de grupo.²

■ El cambio climático como una cuestión de seguridad nacional

Más de 20 años después de la publicación del artículo de Kaplan, los políticos europeos se superan entre sí en las proclamas intimidatorias contra personas que, por necesidad existencial o por el deseo de una vida mejor, tratan de llegar a la Unión Europea. La cuestión migratoria devino una cuestión de seguridad nacional: se

construyen vallas, se evoca un «destino común» y se demandan «límites máximos». Parece como si la elite europea, dividida por profundos conflictos de intereses, se aproximara en su empeño de estatuir una política de ejemplaridad hacia los refugiados. Con ello aparentemente pretende enfrentarse unida y con todo su poderío a la amenaza al orden nacional, y en este caso también supranacional, imaginada por Kaplan³.

Además de eso, la situación de 2017 muestra una segunda reminiscencia del diagnóstico de Kaplan de 1994. Muchas de las personas que intentan llegar a Europa parecen huir también por motivos ecológicos: el aumento de las temperaturas o los conflictos en torno de recursos agrícolas y mineros que escasean los privan de una vida libre de miseria y violencia. La guerra de Siria también se enmarca en esta narración, ya que la precedió una larga sequía que aumentó el potencial de conflictos sociales⁴.

Así pues, el escenario catastrofista de Kaplan parece confirmarse. Y no solo eso. El artículo también aporta los argumentos que justifican la política de aislamiento europea. Si la

2. *Ibíd.*, p. 58.

3. Ver Zygmunt Bauman: «Die Welt in Panik. Wie die Angst vor Migranten geschürt wird» en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 10/2016, pp. 41-50.

4. V. a este respecto la evaluación diferenciada de Andreas Frey en «Auf der Flucht vor dem Klima?» en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22/2/2016.

«ecología» se convierte en una cuestión de seguridad nacional y si es el Sur global el que más sufre la crisis ecológica, si además el Sur se hunde en un caos tal que toda perspectiva de estabilidad política y de desarrollo económico bajo la premisa de un Estado nacional es impensable, entonces parece que el Norte global tiene que concentrarse en defender los logros de su civilización. Y que, con ese objetivo superior, debe negar la entrada a quienes proceden del Sur global.

El problema es que tanto el diagnóstico de Kaplan como la política actual con respecto a los refugiados basan su legitimación y plausibilidad precisamente en el hecho de callar acerca de los dos nexos decisivos. En primer lugar, no son la «escasez» de recursos naturales ni el «cambio climático» lo que lleva a las personas a huir. Son, más bien, las condiciones sociales injustas –como el acceso desigual a la tierra, el agua y los medios de producción– las que provocan la escasez de recursos y convierten el cambio climático en una amenaza vital para muchos. En segundo lugar, estas condiciones se entienden únicamente si uno aleja la mirada de las impresiones inmediatas y observa el contexto global de las regiones afectadas. Solo entonces se comprende toda la complejidad de las crisis ecológicas y los conflictos violentos.

■ El bienestar a costa de otros

Detrás de los conflictos de las denominadas «etnias enemistadas» en

el Congo, se oculta la demanda del coltán, mineral que se necesita en el Norte global para la fabricación de teléfonos celulares y computadoras. Los conflictos en torno del agua, que en gran parte del mundo parecen la consecuencia inevitable de la sequía causada por el cambio climático, se revelan como el resultado de la destrucción del modo de producción de los pequeños agricultores fomentada por las empresas agroindustriales del Norte en sintonía con los intereses de las elites locales y nacionales del Sur global. Y, finalmente, vemos que una de las causas de la migración a Europa de pequeños agricultores africanos –calificada de «ilegal» a falta de motivos reconocidos para recibir el estatus de refugiados– es la política agraria y de comercio exterior de la UE que, con la exportación a África de productos agropecuarios altamente subvencionados, destruye los mercados y las fuentes de ingreso en este continente⁵.

Bajo esta perspectiva, el análisis de Kaplan pierde apariencia de plausibilidad, así como pierde también legitimidad la política de la UE. Esta política se presenta como el intento de defender un bienestar que se genera también a costa de otros, contra la reivindicación de participación de esos

5. V. por ejemplo Dorothea Schmidt y Sandra Sieron: «Editorial: Ökonomie der Flucht und der Migration» en *Prokla* N° 183, 6/2016; Kristina Dietz: *Der Klimawandel als Demokratiefrage. Sozial-ökologische und politische Dimensionen von Vulnerabilität in Nicaragua und Tansania*, Westfälisches Dampfboot, Múnich, 2011.

otros. Es por eso una consecuencia lógica de un modo de vida basado en aprovechar a escala mundial la naturaleza y la mano de obra y externalizar los costos sociales y ecológicos que ello conlleva: esta externalización toma la forma de dióxido de carbono que se emite en la fabricación de productos de consumo para el Norte global y que es absorbido por los ecosistemas del hemisferio sur (o bien que se concentra en la atmósfera). Se presenta en forma de materias primas metálicas del Sur global que son el requisito indispensable para la digitalización y la «industria 4.0» del Norte global. Se presenta también en forma de la mano de obra del Sur global que arriesga la salud y la vida en la extracción de minerales y metales, en la reutilización de nuestros residuos electrónicos o en el trabajo precario en plantaciones contaminadas de pesticidas donde se plantan las frutas tropicales consumidas por el Norte global⁶.

■ El modo de vida imperial

Un modo de vida que se basa en estas condiciones e implica a la vez este modo de producción es *imperial*. La configuración de las relaciones sociales y ambientales en otros lugares hace posible la vida cotidiana en los centros capitalistas. Esto ocurre a través de la apropiación en principio ilimitada de la capacidad de trabajo, los recursos naturales y los sumideros a escala global⁷. Para la vida en los centros capitalistas, es decisiva la manera

en que están organizadas las sociedades en otras partes, especialmente en el Sur global, y cómo configuran su relación con la naturaleza. Esto, a su vez, es la base para garantizar el traspaso de trabajo y naturaleza del Sur global necesario para las economías del Norte global. Y a su vez, el modo de vida imperial del Norte global contribuye de manera decisiva a estructurar en modo jerárquico las sociedades en otras partes. Hemos elegido conscientemente la expresión «en otras partes» por su indeterminación.

Electrodomésticos, aparatos médicos o infraestructuras de transporte, así como de abastecimiento de agua y energía, contienen materias primas cuyo origen no es visible. Lo mismo es válido para las condiciones de trabajo en que se explotan estas materias primas o en que se producen los textiles y los alimentos. Y es igualmente válido para el gasto de energía necesario para ello. Todo esto queda oculto al comprar, consumir y utilizar muchos de los objetos cotidianos necesarios, incluyendo los

6. V. Stephan Lessenich: «Weil wir es uns leisten können. Wie und warum wir über die Verhältnisse anderer leben» en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 11/2016.

7. Sumideros son aquellos ecosistemas que absorben más de lo que emiten de una determinada sustancia (como las selvas tropicales y los océanos en el caso de dióxido de carbono). No obstante, habría que problematizar los términos «recursos» y «sumideros», porque terminológicamente ya contienen una comprensión instrumental de la naturaleza externa del ser humano. Los recursos y los sumideros no existen *per se*, sino solo en relación con determinadas necesidades sociales, que son históricamente variables.

«alimentos culturales», como los medios de comunicación impresos o digitales. Solo estas condiciones sociales y ecológicas invisibles permiten que estos productos puedan ser comprados y consumidos tan fácilmente.

El sociólogo especialista en temas agrarios Philip McMichael habla de «alimentos de ninguna parte» (*food from nowhere*) para referirse al opacamiento del origen y la producción de los alimentos, lo que normaliza su disponibilidad espacio-temporal ilimitada⁸. Fresas de China ofrecidas en invierno en comedores escolares en Alemania, tomates producidos por migrantes ilegales en Andalucía para el mercado del norte de Europa y langostinos criados para los consumidores en el Norte global a costa del destrozado de los bosques de manglares tailandeses y ecuatorianos son ejemplos de ello. El modo de vida imperial se basa en normas de producción, distribución y consumo profundamente arraigadas en las estructuras y prácticas políticas, económicas y culturales cotidianas de la población en el Norte global, y cada vez más también en los países emergentes del Sur global. No nos referimos solo a las prácticas materiales, sino en especial a las condiciones estructurales que las posibilitan y a los modelos y discursos sociales asociados. Dicho de otra manera: los estándares de la vida «buena» y «verdadera», que muchas veces consisten en el modo de vida imperial, se establecen en la vida cotidiana,

aunque formen parte de relaciones sociales amplias y, en especial, de infraestructuras materiales y sociales⁹.

La compra de un automóvil, por ejemplo, es una acción consciente, que se desarrolla dentro de patrones infraestructurales, institucionales o sociales preestablecidos e interiorizados en el hábito. Así, numerosos factores supraindividuales y de los cuales el individuo no necesariamente es consciente influyen en la decisión de compra. Entre ellos, una red vial que perjudica el transporte público, incentivos estatales de compra y uso del automóvil, pero también ideales de masculinidad predominantes y conceptos de independencia individual. De igual importancia son las cadenas de valor agregado, que posibilitan una apropiación barata de recursos y mano de obra de otras partes, así como normativas de emisión laxas y una competencia por el estatus social que también se disputa a través de la posesión de un auto. Todos estos factores confieren «racionalidad» a la decisión del automóvil y la hacen aparecer como normal. Pero también hacen desaparecer el poder subyacente que se reproduce en estas condiciones bajo las cuales se toma la decisión, así como su violencia.

8. P. McMichael: «The World Food Crisis in Historical Perspective» en *Monthly Review*, 3/2009.

9. Dieter Kramer: *Konsumwelten des Alltags und die Krise der Wachstumsgesellschaft*, Jonas, Marburgo, 2016, p. 29.

■ El traspaso de los costos

En oposición a esto, se trata de visibilizar aquello que posibilita la vida cotidiana, la producción y el consumo de las personas del Norte global y de un número de personas cada vez mayor del Sur global. En la mayoría de los casos, esto ocurre sin traspasar el umbral de la percepción consciente o de la reflexión crítica. Porque la normalidad se da, precisamente, cuando se oculta la destrucción en la que se fundamenta. En otras palabras: las prácticas cotidianas, así como las relaciones de poder sociales e internacionales subyacentes, generan y perpetúan el dominio sobre los seres humanos y la naturaleza.

Por tanto, tenemos que explicar cómo y por qué se produce algo como normalidad en un tiempo en el que los problemas y las crisis se agravan y se solapan: esto concierne a la reproducción social y a la ecología, es válido para la economía y las finanzas, pero también para la geopolítica, la integración europea y la democracia. El modo de vida imperial es central para entender esta contradicción, pues se trata de una paradoja que se encuentra en el centro de los más diversos fenómenos de crisis. Por un lado, en muchas zonas de la Tierra tiene un efecto agravante sobre el cambio climático y la destrucción de ecosistemas, la polarización social, el empobrecimiento de las poblaciones y la destrucción de economías locales o las tensiones geopolíticas que hasta hace pocos años se consideraban superadas

con el fin de la Guerra Fría. Es más, el modo de vida imperial contribuye sustancialmente a crear estos fenómenos de crisis. Por otro lado, contribuye a estabilizar las relaciones sociales allí donde se concentran sus beneficios. Sin los alimentos producidos a costa de personas y naturaleza en otras partes, y por ello mismo baratos, posiblemente habría sido bastante más difícil garantizar la reproducción de las capas sociales bajas del Norte global también en el contexto de la profunda crisis económica iniciada en 2007.

En consecuencia, las crisis y los conflictos actuales arrojan una luz deslumbrante sobre las contradicciones del modo de vida imperial. Muchos problemas se agudizan críticamente en la actualidad, porque el modo de vida imperial triunfa hasta la muerte. Por su carácter, siempre implica a escala global una apropiación desproporcionada de naturaleza y fuerza de trabajo, en otras palabras, de un «afuera». Presupone, por tanto, que otros renuncien a su parte proporcional. Cuanto menos dispuestos estén estos otros, o cuanto más *dependan* también ellos de acceder a un afuera y de traspasarle sus costos, más pierde el modo de vida imperial su fundamento económico.

Y es justamente este el caso actual. En la misma medida en que países emergentes como China, la India o Brasil desarrollan el capitalismo y sus clases medias y altas asimilan conceptos y prácticas de la buena vida «nórdicos», crecen su demanda de recursos

y la necesidad de externalizar costos, por ejemplo, en forma de dióxido de carbono. Con ello, ascienden no solo en términos económicos, sino también ecológicos, a competidores del Norte global. El resultado son tensiones ecoimperiales como las que se manifiestan en la política climática y energética global. A esto se añade que cada vez menos personas en el Sur global están dispuestas a permitir que el modo de vida imperial del Norte global destruya sus vidas. Los movimientos actuales de huida y migración deben contemplarse también bajo esta luz. En ellos se muestra además la atracción perenne que el modo de vida imperial ejerce sobre aquellos que hasta ahora no podían participar de él: los refugiados buscan seguridad y una vida mejor, algo que se encuentra antes bajo las condiciones del modo de vida imperial en los centros capitalistas que en otra parte.

Esto también explica por qué la parte represiva y violenta del modo de vida imperial, en forma de conflictos por materias primas o el aislamiento frente a los refugiados, se manifiesta hoy tan claramente. El modo de vida imperial se basa en la exclusividad y solo puede conservarse en tanto y en cuanto dispone de un afuera en el que puede externalizar sus costos. Este afuera, sin embargo, está desapareciendo, porque cada vez más economías acceden a él y cada vez menos personas están en situación de cargar con los procesos de externalización

o están dispuestas a ello. El modo de vida imperial se convierte en víctima de su propia capacidad de atracción y generalización.

A los centros capitalistas solo les queda el intento de estabilizar su modo de vida mediante el aislamiento y la marginación. Con ello los representantes de esta política, que por regla general se autodenominan «de centro», producen exactamente eso que consideran sus adversarios: movimientos autoritarios, racistas y nacionalistas. Que estos movimientos cobren fuerza actualmente en todas partes también se debe a que, por ser más consecuentes, pueden presentarse en la crisis como los verdaderos garantes de esa exclusividad que ya en tiempos normales es inherente al modo de vida imperial. Y, al contrario que sus competidores «centristas», son capaces de hacer una oferta a su electorado que lo fija en una posición subalterna y *al mismo tiempo* lo libera de su pasivización posdemocrática. Nora Räthzel ha denominado certeramente este mecanismo «autosuminisión rebelde», en referencia al racismo que se articulaba en Alemania al principio de la década de 1990. La autosuminisión rebelde les permite a los actores «constituirse como personas que actúan en determinadas condiciones a pesar de estar a merced de ellas»¹⁰.

10. N. Räthzel: «Rebellierende Selbstunterwerfung. Ein Deutungsversuch über den alltäglichen Rassismus» en *Links*, 12/1991, p. 25. V. tb. Christoph Butterwegge: «Stolz auf den 'Wirtschaftsstandort D'» en *Taz*, 1/8/2016.

■ Normas de producción y consumo insostenibles

Si este diagnóstico es acertado, los requisitos para una alternativa deben ser formulados de manera más radical de lo que está ocurriendo en el debate ecologista dominante. Ya no basta con exigir una «revolución verde»¹¹ o un nuevo «contrato social»¹². Porque a pesar de la fuerte retórica, esto deja intacta la economía política de los problemas, así como el modo de vida imperial. También es insuficiente esperar implícita o explícitamente que «la política» saque por fin las conclusiones correctas ante el hecho innegable –dado que científicamente está probado cada vez con mayor exactitud– de la crisis ecológica. Porque con esta expectativa se omite que el Estado no es un potencial polo opuesto, sino un garante esencial de la protección institucional del modo de vida imperial.

En lugar de eso, es indispensable reconocer la crisis ecológica en primer término como un indicio claro de un problema más fundamental: las normas de producción y consumo del Norte global, que se han formado con el capitalismo y finalmente se han generalizado, solo pueden mantenerse –aun en la variante moderna ecologizada– a costa de cada vez más violencia, destrucción ecológica y sufrimiento humano. Y esto solo se conseguiría en una pequeña parte

del mundo. Debido a la política autoritaria, que sigue apostando por la valorización de la naturaleza y la división social, presenciamos ahora una acumulación de contradicciones sin precedentes. La reproducción de la sociedad y de sus bases biofísicas puede ser asegurada cada vez menos mediante el imperativo de crecimiento capitalista. Estamos viviendo una crisis de la gestión de crisis, una crisis de hegemonía y una crisis del Estado.

Numerosas alternativas responden a esta crisis. Estas alternativas deben ser valoradas en virtud de su aptitud para ser generalizadas y su eficacia social. ¿Hasta qué punto se vislumbran en los movimientos por la democracia energética, la soberanía alimentaria o la economía solidaria, por nombrar algunos, los contornos de una socialización democrática en un sentido fuerte? Esta sería una sociedad basada en el principio de que todos los afectados por las consecuencias de una decisión participen en igualdad de derechos a la hora de tomarla. Y solo un principio de regulación social semejante constituye una respuesta adecuada al modo de vida imperial, que se ha convertido en insostenible. ☐

11. Ralf Fücks: *Intelligent wachsen. Die grüne Revolution*, Carl Hanser, München, 2013.

12. Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen (WBGU): *Welt im Wandel: Gesellschaftsvertrag für eine Große Transformation*, Berlin, 2011.



 **TEMA CENTRAL**

El futuro del trabajo
Mitos y realidades

¿Del poscapitalismo al postrabajo?

El mundo del trabajo viene experimentando transformaciones a gran escala que ponen a prueba los marcos analíticos y las estrategias políticas progresistas. El capitalismo de plataformas está lejos de la economía colaborativa que a menudo proclama, y genera nuevos monopolios, formas de precarización y autoempleo, ganadores y perdedores. En este marco, la revolución tecnológica y la reflexión sobre el postrabajo aparecen como condiciones imprescindibles para pensar una sociedad más justa.

JOAN SUBIRATS

El capitalismo digital de plataformas modifica las estructuras del mundo laboral. La tarea urgente es politizar la revolución tecnológica. De lo que se trata, ahora, es de explorar alternativas progresistas para el nuevo paradigma. ¿La socialdemocracia tiene todavía algo para ofrecer? Uno de los últimos informes del gobierno de Barack Obama fue dedicado a los impactos de la inteligencia artificial en la economía y en la propia concepción del trabajo¹. Y este informe se suma a otros muchos que, desde organismos multilaterales (la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, el Fondo

Joan Subirats: es doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona. Fue el fundador del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente se desempeña como comisionado de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona. Acumula una larga trayectoria en el estudio de los cambios políticos y sociales. Sus últimos libros son *Otra sociedad, ¿otra política? De «no nos representan» a la democracia de lo común* (Icaria, Barcelona, 2011) y *España / Reset. Herramientas para un cambio de sistema* (con Fernando Vallespín, Ariel, Barcelona, 2015).

Palabras claves: capitalismo, plataformas, postrabajo, regulación, socialdemocracia.

Nota: este artículo se publicó en *Nueva Revista Socialista*, 10/2017.

1. Oficina Ejecutiva del Presidente de Estados Unidos: «Artificial Intelligence, Automation, and the Economy», 12/2016, disponible en <<https://obamawhitehouse.archives.gov/sites/whitehouse.gov/files/documents/Artificial-Intelligence-Automation-Economy.PDF>>.

Monetario Internacional, la Organización Internacional del Trabajo), han comenzado a enfrentar la incertidumbre que rodea a muchos puestos de trabajo, hoy amenazados por la creciente automatización y digitalización de procesos productivos, relaciones de intercambio y servicios de todo tipo. Hay quienes opinan que estamos a las puertas de una total reconsideración del trabajo tal como lo hemos entendido en los tres últimos siglos, mientras que otros apuntan a más continuidades que a rupturas.

Un elemento clave en este debate es si se acepta o no que la gran transformación tecnológica que estamos atravesando es una nueva vuelta de tuerca de la propia evolución del capitalismo industrial que dominó el escenario económico del siglo xx, o si se trata del inicio de un nuevo régimen de acumulación. Una nueva versión del capitalismo² o el capitalismo digital de plataformas³; una nueva época, con un régimen de acumulación distinto, con otra concepción del trabajo, con sus propias contradicciones y estructuras sociales y, por tanto, con un escenario político distinto de aquel del que venimos.

Esta no es una cuestión menor para quien busque construir una sociedad más justa e igualitaria que la que nos ofrece el capitalismo neoliberal en sus distintas versiones. Podemos imaginar que sigue siendo posible aplicar recetas socialdemócratas y políticas keynesianas, buscar el pleno empleo y mantener políticas redistributivas (lo cual no resulta sencillo en el escenario actual), o podemos, en cambio, imaginar un futuro en el que la concepción del trabajo sea distinta y el papel del Estado y de los agentes sociales varíe radicalmente. En el primer caso, no deberemos cambiar sustancialmente los paradigmas de análisis que nos han venido acompañando a lo largo del siglo xx. Si, por el contrario, aceptamos que ya no será posible volver atrás (por mucho que haya dirigentes políticos que aprovechen la incertidumbre y la sensación de desprotección para prometer que su país volverá a ser grande de nuevo, sobre todo si cierra las fronteras), deberemos construir una estrategia de respuesta adecuada al nuevo escenario. El tema no permite simplificaciones. Pero, al mismo tiempo, exige abordarlo con prontitud desde posiciones progresistas, ya que el avance del capitalismo digital es muy veloz y está modificando el entorno productivo, económico y social en que nos movemos con inusitada aceleración. Pero esa gran disrupción puede hacernos avanzar hacia sociedades con menos carga de trabajo impuesto, con menos escasez, con democracia económica y con mayor capacidad para evitar desastres ambientales

2. J. Subirats: *Otra sociedad. ¿Otra política?*, Icaria, Barcelona, 2011.

3. Nick Srnicek: *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, Buenos Aires, 2018.

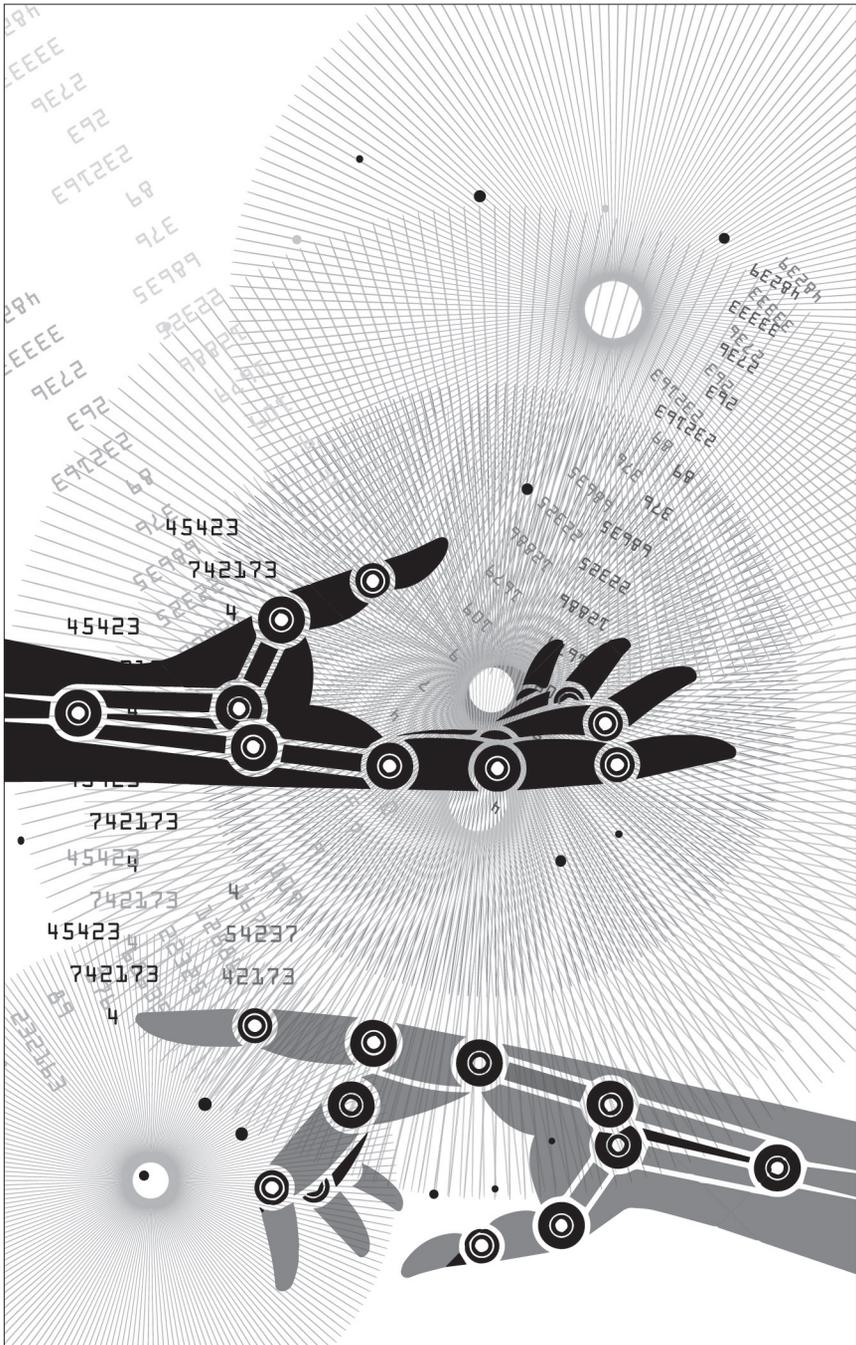
plenamente previsibles, o seguir reforzando, desde nuevas coordenadas, las carencias e injusticias actuales. En este artículo trataremos de abordar esta problemática de manera exploratoria, buscando desentrañar algunas de las claves y apuntando asimismo ciertas líneas para avanzar.

■ Los antecedentes de la ruptura digital

Una de las características esenciales del nuevo régimen de acumulación que promueve el capitalismo digital de plataformas está en el control de los datos, aprovechando los flujos de información que circulan por sus nuevos espacios de intermediación. Podría no ser algo distinto de lo que ha sido una constante en la evolución del capitalismo desde sus inicios, es decir, su capacidad para relacionar la carrera competitiva por el excedente con la innovación tecnológica, de tal manera que, como afirmaba Joseph Schumpeter, cualquier crisis acaba generando innovación y nuevas dinámicas de acumulación, destruyendo base productiva y generando otra nueva de manera continua. Pero, esta vez, los cambios de fondo parecen más sustantivos que los habituales en las crisis cíclicas del sistema.

Es bien conocido el proceso por el cual el tránsito de la economía precapitalista a la economía capitalista originaria se produjo separando trabajo y subsistencia. Las personas tenían acceso directo al elemento básico, la tierra, que les permitía cultivar y construir su vivienda. Bajo el sistema capitalista, eso cambia. Para acceder a los bienes básicos, es necesario acudir al mercado, y es en ese mercado donde se ofrece el trabajo. Ese trabajo no proporciona directamente la subsistencia, sino que es el salario el que la facilita. Como explica Karl Polanyi, no es que el mercado no existiera antes, sino que la gran transformación que se genera es la conversión de toda relación económica y social en mercantil⁴. Se produce para el mercado y es a través del mercado y de sus relaciones como se consigue lo necesario para la subsistencia. En esa situación, la clave es reducir costos de producción para mejorar la capacidad de vender a precios más competitivos. Y esto se consigue reduciendo salarios y/o mejorando la capacidad productiva mediante el cambio tecnológico constante. En este sentido, ha sido siempre importante para el sistema que hubiera gente buscando empleo de manera permanente, ya que ese «ejército de reserva» generaba la posibilidad de reemplazar a trabajadores demasiado exigentes o conflictivos. Podríamos decir que antes del capitalismo no existía el desempleo, ya que todos podían tener acceso a un pedazo de tierra

4. K. Polanyi: *La gran transformación*, FCE, Ciudad de México, 2004.



para subsistir. Pero en la economía de mercado capitalista ocurre que, como afirmó la economista Joan Robinson, «solo hay una cosa peor que ser explotado por capitalistas y es no ser explotado en absoluto»⁵. El desempleo, el «no trabajo» (hablando «mercantilmente», ya que hay mucho trabajo socialmente útil no reconocido como tal por el mercado), es la peor de las situaciones, ya que implica la imposibilidad de la subsistencia autónoma.

El fordismo fue el resultado de la voluntad de reducir la dependencia de trabajadores con conocimientos tales que condicionaban la continuidad productiva y de aprovechar la mejora de las capacidades técnicas que el taylorismo ofrecía para ampliar el volumen de la oferta, incorporando mano de obra sin calificación, que al mismo tiempo constituiría la base de consumo necesaria para mantener la tasa de ganancia. Pero, al mismo tiempo, la gran acumulación de trabajadores en un mismo espacio generó, como sabemos, la capacidad de equilibrar en parte la lógica jerárquica y maquinal inherente al modelo, y permitió el surgimiento de una identidad colectiva entre trabajadores –entre pares– y, por tanto, su organización sindical y de clase. El resultado de esa capacidad de agencia colectiva fueron mejores salarios, puestos más estables y garantía de pensiones. El periodo de la segunda posguerra, entre 1945 y 1975, se ha convertido en el paradigma –de carácter excepcional, según Thomas Piketty⁶– de la lógica socialdemócrata en la que capital y trabajo conciliaban intereses, gracias al papel regulador-protector del Estado en el funcionamiento del mercado (y a su capacidad de protección frente a intercambios internacionales) y a la capacidad redistributiva que ejercían sus políticas financiadas con sistemas fiscales progresivos. Esa situación, básicamente localizada en Europa occidental, conseguía resultados *win-win* a partir del mantenimiento de mecanismos de intercambio desigual con el resto del mundo. La crisis de los años 70 se debió a diversos factores: sobreproducción, poca capacidad innovadora, aumento de precios de la energía. Todo ello se produjo en un escenario en el que los sindicatos mantenían posiciones de fuerza muy significativas. Al mismo tiempo que se constataba una reducción de la tasa de beneficio, se manifestaba asimismo una demanda de personalización insatisfecha que no encontraba en la lógica estandarizada del fordismo respuesta a inquietudes de identidad y diferenciación⁷. La larga preparación del ideario neoliberal encontró en esa crisis la oportunidad esperada⁸. El keynesianismo

5. J. Robinson: *Filosofía económica*, Gredos, Madrid, 1966.

6. T. Piketty: *El capital en el siglo XXI*, FCE, Madrid, 2014.

7. Luc Boltanski y Ève Chiapello: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

8. Ver Christian Laval y Pierre Dardot: *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la razón neoliberal*, Gedisa, Barcelona, 2014; David Harvey: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.

no tenía respuesta a la combinación de inflación y desempleo, y allí estaban los neoliberales con su receta de austeridad y política monetaria como solución. La inflación, sostenían, era el resultado lógico de la rigidez de precios y salarios. No era un diagnóstico inevitable, ya que existían otras hipótesis plausibles de lo que estaba ocurriendo⁹, entre las que se destacaba la desregulación financiera. Pero la larga preparación de la hegemonía neoliberal encontró entonces su gran oportunidad y, como dijo Milton Friedman, no se puede desaprovechar una crisis para lograr que lo que parecía políticamente imposible acabe siendo inevitable¹⁰. Lo que vino después es cosa sabida.

**El keynesianismo
no tenía respuesta a
la combinación de
inflación y desempleo ■**

La hegemonía neoliberal se manifiesta en un nuevo sentido común por el cual se reclama libertad y no intervención del Estado, pero se requiere constantemente al Estado para mantener el funcionamiento del sistema. Y al mismo tiempo, esto convierte a los sujetos en personas básicamente competitivas y diversas que se mueven libres en el mercado buscando su mejor interés, más allá de las rigideces y jerarquías de las administraciones y de los políticos, despreciando a quienes viven de las ayudas públicas y «se aprovechan» de los que realmente trabajan. Con ese relato y de esta manera, el neoliberalismo ha establecido sus profundas raíces en la sociedad actual¹¹.

Se combinaron así el ideario neoliberal –con su firme voluntad de romper con la capacidad de negociación de los trabajadores– y la innovación tecnológica, que permitía una gran mejora de las comunicaciones y una mayor facilidad para trasladar espacios productivos complejos a países con menos costos laborales, a partir de procesos de diferenciación de diseño y creación que seguían siendo centralizados, y labores de producción y ensamblaje que se dispersaban y fragmentaban. Y esto generó en pocos años un cambio drástico en la estructura de un capitalismo que incorporaba la competitividad (también del trabajo) a escala global. Fue asimismo importante la ruptura con la lógica de «todo en casa», y la externalización de muchos servicios fuera del *core* (núcleo) de la labor productiva. De esta manera se va generando lo que hoy es ya una realidad: bajos salarios, inestabilidad-precariedad en el empleo, alta presencia de «falsos autónomos» y notable capacidad de marcar las condiciones laborales desde la dirección de las empresas,

9. Ver Ann Pettifor: «The Power to Create Money Out of 'Thin Air'» en *Open Democracy*, 18/1/2013.

10. M. Friedman: *Capitalismo y libertad. Ensayos sobre política monetaria*, Síntesis, Madrid, 2012.

11. N. Srnicek y Alex Williams: *Inventar el futuro*, Malpaso, Barcelona, 2016.

dadas la fragmentación de tareas y la constante rotación de empleados. La tendencia a la erosión y la precarización de las condiciones laborales siguió a finales de siglo con la rápida financiarización de la economía, a caballo de la desregulación bancaria y de la reducción drástica de los tipos de interés. Esa política monetaria es la que generó la burbuja inmobiliaria que estalló en 2007-2008, sin que a pesar de los graves impactos que produjo (que demandaron una fortísima intervención de los Estados para salvar las instituciones financieras) se hayan impulsado cambios sustantivos en la ortodoxia de austeridad y de prioridad del pago de la deuda de países fuertemente atrapados por sus déficits. Al mismo tiempo, siguieron aumentando el volumen de capital situado en paraísos fiscales y las dinámicas de elusión y evasión fiscal que los sistemas de información y de circulación de capitales facilitan enormemente.

Evasión fiscal, políticas de austeridad y políticas monetarias consideradas urgentes y extraordinarias se alimentan mutuamente. ¿Qué sucede en ese escenario con el empleo? En los últimos años, el crecimiento neto de empleo a escala global ha ido aumentando. A partir de los datos proporcionados por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se puede estimar que la población laboral se incrementó en 20% entre 1990 y 2010, aunque luego esa tendencia se acabara con la llegada de la crisis. En los países «emergentes» se incrementó en alrededor de 80% en el mismo periodo. El proceso de tercerización ha sido también evidente, reforzado por el paso de tareas antes internalizadas en las industrias a ser subcontratadas externamente. Por consiguiente, el valor final de un determinado producto incorpora el valor producido por una multiplicidad de figuras laborales que no forman parte de una misma organización: desde las que extraen las materias primas hasta las que las transforman inicialmente, las que diseñan o ensamblan, las que produjeron el software que alimenta la robotización o la logística de distribución, etc. La financiarización de todo el proceso obliga asimismo a integrar en el esquema de análisis los distintos intereses financieros que se asignan a cada fase productiva, y todo ello cruzado además por fronteras nacionales en las que se sitúan esas distintas fases de extracción-diseño-producción-distribución-financiarización. Lo que antes quedaba integrado en el universo “fábrica-empresa” queda ahora tremendamente fragmentado y segmentado, combinando distintos regímenes laborales, distintos tipos de contrato y distintos salarios, lo que produce, por tanto, una muy difícil articulación de los trabajadores frente a los intereses corporativos o patronales, a su vez fragmentados y diversificados, pero todos ellos financieramente dependientes.

En las economías más desarrolladas, el resultado de este proceso ha conducido a un gran aumento del desempleo, a una precarización del empleo existente y a una erosión significativa de los salarios. No puede decirse que ello haya sido igual en todas partes ni que haya tenido la misma intensidad en Alemania que en España, por ejemplo, pero en general esa es la tendencia. Que viene acompañada, además, de un aumento importante del paro de larga duración y de la caída en la capacidad de ahorro de gran parte de los asalariados. El resultado final es una sensación generalizada de desprotección frente a los cambios que se van produciendo¹².

■ Capitalismo de plataformas

Si esas han ido siendo las tendencias, el efecto disruptivo del cambio tecnológico se percibe de manera más intensa en la progresiva consolidación del modelo de plataformas como el que mejor condensa las potencialidades y también los efectos que genera la digitalización en nuestras vidas. El ruido y la atención que se generan son evidentes, y no dejamos de vincular *smart* a cualquier cosa, o hablamos de *e-administration*, de *gig economy* o de lo prometedor que resulta la «economía colaborativa», sin que sepamos aún muy bien a qué nos referimos con todo ello. Lo que algunos denominan la «cuarta Revolución Industrial» despierta pasiones y recelos, y seguramente es en la esfera laboral donde estos últimos son más frecuentes. Una de las claves de esta ebullición está en el gran cambio que implica ir pasando de una economía que basaba todo su valor en la producción a otra que empieza a situar la información

Lo que algunos denominan la «cuarta Revolución Industrial» despierta pasiones y recelos ■

como el elemento clave. Y ello se combina asimismo con una notable facilidad para poner en jaque viejas intermediaciones, al crear atajos y nuevas maneras de relacionarse y consumir, sin pasar por los canales establecidos. Y esto se hace, además, con bajos costos de acceso y de instalación. La materia prima con que se opera son los datos, y a partir de ellos puede construirse información que acaba siendo valiosa por lo que puede aportar en términos de identificación de potenciales clientes, cambios en los deseos de la gente, elección de emplazamiento, control de los empleados, etc. No es que la información no fuera antes relevante, sino que era más bien periférica en relación con el *core business*, y en cambio ahora es más relevante (desde el punto de vista del *profiling* o la determinación de perfiles de usuario) saber qué libros quiere comprar o compra la gente que la venta misma de esos libros.

12. Luca Ricolfi: *Sinistra e popolo*, Longanesi, Milán, 2017.

El sistema capitalista, tal como ha ido evolucionando, no ha estado especialmente preparado para aprovechar el valor del caudal de información que iban generando los propios procesos de producción, distribución y venta. Es cierto que el énfasis se situó primero en la configuración «científica» del proceso productivo, y luego ha habido grandes avances en la logística para mejorar la distribución. Asimismo, los estudios de mercado han tratado de acercar lo máximo posible deseos y productos, pero, en general, esos procesos se hacían de manera jerárquica, desde el conocimiento experto. La capacidad actual de las distintas plataformas que operan proporcionando información y monitoreando los movimientos reales de usuarios permite saber lo que pasa en tiempo real y generar cambios que pueden evaluarse inmediatamente. Se aprende directa e inmediatamente del uso. Nos referimos entonces a otro tipo de «negocio». Y, por tanto, a otro tipo de capitalismo. De lo que estamos hablando es de plataformas como infraestructuras digitales que permiten la interacción entre personas o grupos¹³. Se trata de espacios de intermediación cuyo valor reside en que permiten que sus usuarios obtengan algún tipo de información o servicio que creen precisar. Pero, al mismo tiempo, permiten que los gestores de la plataforma utilicen el goteo constante de datos que los usuarios generan con sus demandas, intereses y acciones, para trabajar con esos datos y extraer una información que acaba teniendo valor por sí misma. Hemos de recordar además que, por definición, las plataformas operan de manera global y superan fronteras, legislaciones o peculiaridades locales, lo que sin duda aporta un nuevo valor a lo ya mencionado. Cuanta más gente use cada plataforma, más valor añadido acumulará esta, ya que más gente estará interesada en interactuar en un espacio en el que sabe que se acumulan muchas personas, informaciones, productos, servicios, conceptos o saberes. Por tanto, el interés de la plataforma estará situado en facilitar el acceso a su uso y a que se articulen en ella otras ideas e iniciativas, ya que eso refuerza su propio perfil y, lo que es más importante, aumenta su capacidad de acumular datos. En el fondo, es la propia plataforma la que, a pesar de su apariencia abierta y libre, controla las operaciones, filtra accesos si lo cree necesario y, en consecuencia, gobierna el sistema. Se trata de plataformas que permiten colaboración, desarrollos autónomos, y facilitan acceso a informaciones o interacciones antes imposibles o muy difíciles, y ese es aparentemente su gran valor; pero desde el punto de vista que aquí nos interesa, lo que realmente acaban siendo son espacios centralizados de extracción de datos¹⁴.

13. N. Srnicek: *Capitalismo de plataformas*, cit.

14. Ver Evgeny Morozov: «Socialize the Data Centres!» en *New Left Review* N° 91, 1-2/2015 y «Tech Titans are Busy Privatising our Data» en *The Guardian*, 24/4/2015.

■ Los efectos en el trabajo

Tenemos abundantes ejemplos históricos de los efectos que cualquier cambio tecnológico importante genera en lo que se llama «mercado de trabajo». En algunos casos, el cambio tecnológico favorece a quienes tienen un menor nivel educativo y menos habilidades para esgrimir, mientras que en otras ocasiones, como en nuestros días, parece suceder lo contrario. En efecto, como subraya el informe del gobierno de Obama antes mencionado, el maquinismo del siglo XIX propició una mayor productividad de los trabajadores con menos capacidades. Lo hizo al propiciar que labores antes solo accesibles a artesanos muy dotados y experimentados pudieran ser llevadas adelante por máquinas que los sustituían y multiplicaban su productividad. Máquinas que, además, podían ser manejadas por operarios menos habilidosos y experimentados. Lo que sucede ahora va, en parte, en sentido contrario. La revolución tecnológica actual parece beneficiar a quienes tienen más capacidades cognitivas y mejor se manejan en entornos digitales. Las labores más rutinarias son más fáciles de programar y dejan poco espacio a muchos trabajadores que ocupaban esas posiciones, mientras que pueden verse favorecidos aquellos más creativos y capaces de replantearse procesos. Los más formados incrementan su ventaja y salen perjudicados aquellos que ya ocupaban las posiciones peor retribuidas. La desigualdad aumenta, ya que la distribución de costos y beneficios de los efectos que genera el cambio digital no se produce de manera equitativa. La revolución tecnológica actual presenta un sesgo en favor de quienes tienen más capacidades cognitivas y mejor se manejan en entornos digitales. ¿Cuántos puestos de trabajo pueden desaparecer?

La revolución tecnológica actual parece beneficiar a quienes tienen más capacidades cognitivas ■

Como casi siempre, las previsiones recorren desde el más puro pesimismo al más ingenuo optimismo. No es fácil acertar, ya que no hablamos de cambios en un determinado proceso productivo, sino de un conjunto de transformaciones tecnológicas que van de la comunicación personal hasta el funcionamiento del hogar, pasando por el consumo, las transacciones financieras, el transporte o la seguridad en las ciudades. Tampoco está claro si lo que resulta afectado son tareas concretas (como transmitir información y conocimiento a los alumnos, por ejemplo), o la propia ocupación en su conjunto (ser profesor). La automatización requiere partir de pautas para poder generar supuestos de acción futura y puede no ser capaz de sustituir la inteligencia social, la creatividad y la capacidad de juicio que muchas profesiones o tareas requieren.

Pero ese tipo de cualidades no son necesarias en cualquier tipo de trabajo. Y no acaban ahí los posibles efectos del cambio digital en la esfera laboral. Hemos de incorporar en el análisis el papel de las plataformas. Las de carácter aparentemente informativo (Google) o de interacción social (Facebook) son de hecho instrumentos muy potentes de extracción de datos de los usuarios, quienes «trabajan» para las plataformas de manera gratuita generando constantemente datos y contenidos que serán usados para canalizar la publicidad. 90% de los ingresos de Google y 96% de los de Facebook provienen de la publicidad y, para poder encauzarla debidamente, resulta clave la «minería» de datos (*data mining*) que debe hacerse para focalizar formatos y contenidos de la publicidad y canalizarlos hacia los usuarios de estas plataformas cada

**Esa capacidad extractiva
convierte en algo
mercantilizable acciones
no pensadas
como «trabajo» ■**

vez que las usan. La pregunta que podemos hacernos es si realmente lo que hacen los usuarios de estas plataformas es «trabajo». Es evidente que no todas nuestras interacciones son rastreables ni pueden convertirse en «valor» a vender o negociar. Pero algunas de ellas sí, y esa capacidad extractiva y «rastreadora» o «vigilante»¹⁵

de las plataformas convierte en algo mercantilizable acciones nuestras no pensadas como «trabajo». Al pedir comida mediante una plataforma que facilita el envío a domicilio, no solo estamos aprovechando el «excedente de capacidad» que tiene el restaurante al que pedimos el servicio, o el «excedente de capacidad» que tiene la persona que con su bicicleta o moto nos va a acercar a casa el producto, sino que también estamos dando algo más. Estamos generando una información clave que, añadida a las de otros muchos usuarios del servicio de Deliveroo o Glovo, por ejemplo, va a proporcionarles los mejores datos disponibles, en tiempo real, sobre los deseos culinarios de bonaerenses, neoyorkinos o madrileños. Esa es una información que puede acabar siendo más valiosa que el beneficio obtenido por la labor de intermediación y de *delivery* en sentido estricto. Por otro lado, interactuando a través de esas plataformas con múltiples servicios, estamos descartando intermediarios que antes se ocupaban de gestionar nuestras demandas y que ahora, al verse desbordados por dinámicas digitales que los hacen prescindibles, se ven obligados a despedir empleados o directamente a cerrar sus puertas.

Hacemos un «trabajo» que hace prescindibles trabajos que antes eran necesarios. Esa dinámica de intervención «productiva» de quien antes era

15. Shoshana Zuboff: «Big Other: Surveillance Capitalism and the Prospects of an Information Technology» en *Journal of Information Technology* N° 30, 2015.

simplemente consumidor favorece la figura del «prosumidor», en la que se mezclan los roles. En algunos casos ello redundaría en beneficio común (como en el caso de Wikipedia, donde la ampliación y solidez de los conceptos incluidos en la enciclopedia dependen de la actividad de sus usuarios y contribuyentes), pero en otros casos (los más frecuentes) el valor de esa «producción» o colaboración acaba siendo esencialmente extraído por la plataforma en su propio beneficio. Es evidente que el conjunto de datos que van captándose de la actividad *online* que las plataformas canalizan constituye la materia prima con la que será posible construir información. Es decir, no es algo estrictamente automático, sino que en el proceso que va de los datos a la información hay un conjunto de actividades, de trabajo a desplegar. En la medida en que las plataformas consigan ampliar su utilización por parte de los usuarios, y ampliar asimismo los momentos vitales en que las personas estén en contacto con las plataformas (en forma de *wearables* o elementos que uno viste o simplemente carga encima, pero que emiten señales y datos de lo que hacemos: caminar, correr, dormir, comprar, etc.), la capacidad de construir valor sobre ese uso se irá ampliando y se reforzará su posición en el mercado de la información, el control y el conocimiento.

El aumento en cantidad y calidad de los sensores o de los objetos o instrumentos que cargan en su propia estructura emisores de información constituye asimismo un potencial importante para la mejora de los procesos productivos, de las actividades de logística, de los tiempos de trabajo y distribución, del consumo de energía, etc.¹⁶. En este sentido, la denominada «industria 4.0» permite controlar con algoritmos las labores de producción, almacenamiento y distribución de los empleados. En algunos casos, como el de Uber, se logra monitorizar por completo el desempeño de la labor de sus empleados «autónomos». Y ese nivel de automatización y de control favorece además el que puedan ser fácilmente sustituidos o que se puedan externalizar esas labores a empresas que dispongan de personas peor retribuidas o con menores costos sociales, lo que favorece la precarización general de muchos lugares de trabajo. En un mismo lugar de trabajo pueden coexistir personas con situaciones salariales y condiciones de empleo muy distintas, sea de forma permanente o estacional, cuando picos de demanda lo hagan necesario. Entramos pues en situaciones híbridas de empleo en las que en un mismo lugar de trabajo pueden darse asimetrías muy importantes de poder, de acceso a la información y de condiciones laborales. Los efectos más directos sobre las condiciones de

16. Foro Económico Mundial: «Industrial Internet of Things. Unleashing the Potential of Connected Products and Services», disponible en http://www3.weforum.org/docs/WEFUSA_IndustrialInternet.Report2015.pdf.

trabajo se observan al comprobar el funcionamiento de plataformas que simplemente actúan como intermediarias entre personas que ofrecen productos y servicios y potenciales clientes. Hemos ya mencionado el caso de Deliveroo, pero podemos añadir los de Uber, Airbnb o Mechanical Turk. La función esencial que realiza la plataforma es la de conectar, servir de intermediario. Las bicicletas, los coches, las casas, los conocimientos y los productos no son suyos, ni tampoco pertenecen a la empresa los empleados o personas que pedalean, conducen, mantienen o proveen información o cualquier servicio. Todo está externalizado. Por su función de intermediación, la empresa que administra la plataforma percibe un canon que extrae de la transacción principal entre proveedor y cliente. Las personas que transportan alimentos, las que conducen, las que limpian los apartamentos y los mantienen o las que realizan servicios son «emprendedores autónomos»; por lo tanto, no son aparentemente trabajadores por cuenta ajena –cuando de hecho sí lo son¹⁷. Eso permite, lógicamente, competir mucho más favorablemente en el mercado con empresas que deben

No es extraño pues que haya aumentado en todo el mundo el número de autoempleados, ante el gran crecimiento que están teniendo estas fórmulas de externalización ■

asumir los costos laborales establecidos por la legislación. La relación dura lo que tarda en producirse la transacción que se lleva a cabo. La conexión laboral es el celular. No es extraño pues que haya aumentado en todo el mundo el número de autoempleados, ante el gran crecimiento que están teniendo estas fórmulas de externalización. Los efectos más directos del nuevo capitalismo sobre las condi-

ciones de trabajo se vuelven fácilmente visibles al observar el funcionamiento de plataformas que simplemente actúan como intermediarias entre personas que ofrecen productos y servicios y potenciales clientes. Pero es importante recalcar que también en estos casos acaba siendo más importante la capacidad de extraer información y conocimientos sensibles sobre el funcionamiento del mercado y su evolución a través de la acumulación de datos.

Por su posición de intermediación, estas empresas acumulan una información que es totalmente asimétrica en relación con los otros participantes en las transacciones. Tienen información precisa sobre los gustos e intereses de los consumidores. Disponen asimismo de información sobre lo que ofrecen propietarios, restaurantes o choferes. Los demás actores no disponen de esos datos. Esa información, tratada con algoritmos que solo esas empresas controlan, determina

17. Adrián Todolí: *El trabajo en la era de la economía colaborativa*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2017.

precios y transacciones. El sistema de *rating* o de estrellas que se usa para determinar el grado de satisfacción sobre el servicio no permite saber si hay sesgos (sobre diversidad étnica, de género o de otro tipo) en las consideraciones finales. A fin de cuentas, es precisamente la información de que disponen las plataformas la que genera su capacidad extractiva sobre la colaboración entre ofertantes y demandantes de servicios. Esa intermediación, lejos de ser «colaborativa», es claramente extractiva y coloca en situación de privilegio a la plataforma en virtud de la asimetría en la información, que le acaba permitiendo determinar precios u opciones, o castigar o premiar a los que establecen la transacción.

Las instituciones públicas están reaccionando de manera tardía y parcial respecto del funcionamiento de las plataformas. Ha habido sanciones por «posición de monopolio» en relación con Google. El gobierno de la India no permitió que Facebook usara el señuelo de ofrecer gratis el acceso a internet a través de su plataforma. A finales de junio de 2017, se publicó una resolución del Parlamento Europeo en la que, tras constatar que 17% de los ciudadanos europeos incluye estas plataformas en sus hábitos de consumo, se reclama mayor implicación en un sistema que, de mover 10.000 millones de euros en 2013, superó largamente los 30.000 millones en 2016 (y cuyas expectativas de aumento son muy significativas)¹⁸, con un beneficio que se multiplicó por cinco para las plataformas en ese periodo (de 1.000 millones a 5.000 millones). Y estamos empezando. En la resolución del Parlamento, se pide asegurar los derechos laborales y sindicales de los «emprendedores autónomos» y que exista un control sobre el *rating* o la evaluación de cada uno, ya que al final será eso lo que determine su valor profesional o mercantil (es muy importante el tema de la reputación *online* como mecanismo de control que, además, condiciona la vida laboral futura de los sometidos al sistema¹⁹). Mientras se mantenga la asimetría de información antes mencionada, las plataformas practican un abuso de posición dominante que dista mucho de los ideales de competitividad de la Unión Europea que le han servido de guía en estos años de austeridad.

■ Tecnología y trabajo: politizar el debate

Más allá del debate sobre los efectos que tendrá el capitalismo digital sobre la esfera laboral, deberíamos preocuparnos por establecer un control democrático sobre un conjunto de poderosísimos instrumentos de centralización y monitoreo del conjunto de actividades sociales (y por tanto, económicas). El núcleo

18. Parlamento Europeo: «Una agenda europea para la economía colaborativa», SWD (2016) 184 final, Bruselas, 2/6/2016.

19. A. Todolí: ob. cit.

duro de las infraestructuras sobre las que circula y funciona la economía está siendo objeto de un proceso notable de concentración, sin que las instituciones políticas representativas sean capaces de asegurarnos un uso correcto del manejo de datos y de la información que se extrae de ellas. Y el debate sobre la soberanía, que tantos quebraderos de cabeza y conflictos ha supuesto históricamente, ahora debería plantearse en relación con el espacio digital y el control de los datos. Hay evidentes ganadores y perdedores en esa acelerada transformación económica. Los Estados pueden y deben plantear sus estrategias al respecto construyendo sus propias plataformas públicas²⁰. Pero también deben regular para evitar posiciones de monopolio, establecer normativas concretas que impidan la explotación de trabajadores sin control ni garantía alguna, imponer mejores reglas para asegurar la privacidad de determinadas acciones y llevar adelante acciones coordinadas para evitar la evasión generalizada de capitales. No deberíamos estar en contra de las plataformas colaborativas, si son abiertas y democráticamente gobernadas, sino de la captura extractiva que se está produciendo de las oportunidades de intercambio que ofrece la economía digital.

En una época en que estamos aprendiendo a marchas forzadas que no todas las evidencias son aceptadas como tales y que los más variados argumentos pueden acabar conduciéndonos a decisiones irracionales, hablar de trabajo y dignidad resulta aventurado. Llevamos muchos años de crisis económica y vemos que estamos entrando en otra época. El trabajo y su relación con las trayectorias personales, con la construcción de carácter e identidad o como puerta a la emancipación y la construcción estable de nuevos núcleos familiares han ido deteriorándose y se ha ido perdiendo buena parte de su condición vital nuclear. Es por tanto legítimo empezar a preguntarse por el postrabajo, por una sociedad en la que se aseguren las condiciones mínimas de subsistencia y se puedan reducir sensiblemente las jornadas laborales y se faciliten espacios de mayor creatividad personal y colectiva aprovechando las indudables ventajas que, a pesar de todo, puede tener la revolución digital en marcha. Esa será, probablemente, una de las grandes problemáticas en los próximos años. La propia OIT se preguntó hace poco en una conferencia internacional en Ginebra acerca del fin del trabajo. Lo que parece claro es que nos podemos ir olvidando de una concepción del trabajo como la que manejábamos a lo largo del siglo xx. Y también está claro que de las filas del neoliberalismo no podemos esperar una versión emancipadora sobre el tema. Es en ese escenario donde el debate político, la politización de la revolución tecnológica, aparece como imprescindible. 

20. Mariana Mazucatto: *El Estado emprendedor*, RBA, Barcelona, 2014.

¿Hacia el fin del trabajo?

Mitos, verdades y especulaciones

Muchos análisis pintan un futuro distópico, producto de los cambios tecnológicos y de la transformación de muchos trabajadores en personas «inútiles». Se trata de un discurso funcional a las elites porque debilita los reclamos de los trabajadores. Las proyecciones no permiten hacer pronósticos concluyentes sobre la ecuación entre caída y creación de empleos. Lo que sí sabemos es que el control de los datos –considerados por algunos el «nuevo petróleo»– está generando nuevas desigualdades y renovadas formas de control sobre los trabajadores.

VÍCTOR FIGUEROA

En los últimos años, los trabajadores de todo el mundo se habituaron a escuchar que la tecnología se está desarrollando de manera vertiginosa, con serias implicaciones para su propia existencia. Es más, algunos filósofos han vaticinado un futuro distópico en el que los trabajadores se vuelven «personas inútiles». Si bien muchos consideran que estos pronósticos son exagerados, una percepción relativamente generalizada considera que las nuevas tecnologías crearán un elevado nivel de desempleo en todas partes. Sin embargo, un examen cuidadoso de la evidencia empírica permite cuestionar la veracidad de este discurso sobre el desempleo tecnológico. Se trata de un discurso altamente funcional a las elites de todo el mundo, porque el miedo paraliza y debilita los reclamos de los trabajadores. Poner el acento en la automatización y en la pérdida de empleos distrae a los trabajadores de una evaluación más realista de los impactos potenciales del desarrollo tecnológico.

Víctor Figueroa: es historiador, investigador y analista de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF, por sus siglas en inglés) con sede en Londres. Su trabajo se enfoca en el análisis de los procesos económicos, políticos y tecnológicos a escala mundial, con especial énfasis en su impacto sobre los trabajadores. Es autor de *Salvador Allende: Revolutionary Democrat* (Pluto Press, Londres, 2013).

Palabras claves: datos, desigualdad, empleo, robotización, soberanía digital, tecnología.

Nota: traducción del inglés de Rodrigo Sebastián.

Nuestra investigación señala que este tipo de preocupaciones por el impacto de la tecnología en los empleos y en la sociedad afloran durante los periodos de crisis económica, un fenómeno también observado por Daniel Akst en 2013 y por Joel Mokyr, Chris Vickers y Nicolas L. Ziebarth en 2015¹. Ya en la década de 1960 existía una preocupación generalizada por la automatización, y en la década de 1980, por la microelectrónica, por dar algunos ejemplos. Es decir, hay una correlación entre las crisis económicas y sociales y el creciente temor por el impacto de la tecnología. Claramente, estos temores tienen su raíz en la realidad social. En las décadas de 1960 y 1970 preocupaba lo que la

Hay una correlación entre las crisis económicas y sociales y el creciente temor por el impacto de la tecnología ■

gente haría con su tiempo libre y sus altos ingresos. Hoy, se teme que los trabajadores se vuelvan superfluos.

La mayor parte del mundo (excepto China) quedó sumergida en la crisis económica y social que se inició en 2008. La crisis afectó seriamente a las elites porque destruyó la

falsa percepción difundida por Francis Fukuyama según la cual el desarrollo humano había alcanzado su apogeo en el capitalismo neoliberal globalizado liderado por Estados Unidos. También puso en cuestión la idea de que la adopción de la comunicación digital y de internet garantizaría el crecimiento económico en el futuro. La crisis de 2008 le demostró al mundo desarrollado hasta qué punto la desigualdad había erosionado los cimientos de sus sociedades y cómo el sistema funcionaba en favor del «1%». Esto produjo una mayor polarización política y una expansión del descontento social que debilitaron seriamente las instituciones de los países más desarrollados. La elección de Donald Trump, las numerosas crisis de la Unión Europea y, por supuesto, el Brexit, todos son síntomas de este fenómeno. El andamiaje filosófico que sostenía el orden mundial capitalista globalizado y neoliberal se ha desplomado y todavía falta construir otro para reemplazarlo. Este es el contexto en el cual debemos analizar los discursos en torno de la tecnología.

La falta de evidencias empíricas queda a la vista cuando observamos las fases que atravesó el discurso dominante sobre la tecnología, como queda en claro tras un breve análisis de las principales publicaciones especializadas. Según Philip Staab, del Instituto sobre la Historia y el Futuro del Trabajo de Berlín, el foco inicial estuvo puesto en el *big data* y en la «internet de las cosas», luego

1. D. Akst: «Automation Anxiety» en *The Wilson Quarterly* vol. 37 N° 3, 2013; J. Mokyr, C. Vickers y N.L. Ziebarth: «The History of Technological Anxiety and the Future of Economic Growth: Is This Time Different?» en *The Journal of Economic Perspectives* vol. 29 N° 3, 2015.

viró hacia la robótica y la automatización, y ahora se centra en la inteligencia artificial. El cambio de enfoque refleja la búsqueda desesperada de respuestas a los problemas que el capitalismo global enfrenta en la actualidad.

Para los trabajadores, el elemento más relevante de este discurso sobre la tecnología es el debate sobre la posible pérdida de empleos. Los medios de comunicación de todo el mundo informan de manera rutinaria sobre la pérdida de empleos atribuida a los vehículos sin conductores o a otras formas de automatización; y decenas de libros, charlas TED, informes de consultoría y artículos de prensa afirman que la tecnología está a un paso de ser «inteligente» y cada vez más proclive a reemplazar a los trabajadores².

Sin embargo, los trabajadores tienen buenas razones para ser escépticos respecto a los pronósticos sobre la pérdida de empleos. En primer lugar, las cifras de los expertos dedicados a esta problemática varían de manera considerable. La mayoría de los esfuerzos por calcular la pérdida de puestos de trabajo se basa en el famoso informe de Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne de 2013 sobre automatización y trabajo. Su afirmación de que la tecnología actualmente disponible permitiría automatizar 47% de los puestos de trabajo es aún ampliamente citada³. Su método básico fue replicado con variantes en otros estudios. Pero los críticos no tardaron en señalar que la automatización involucra no los puestos de trabajo en sí, sino tareas específicas. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) usó este nuevo enfoque para sus estimaciones, que arrojaron porcentajes muy inferiores, de 9% en países de la OCDE y 5% a escala mundial⁴. Por otro lado, McKinsey intervino en el debate usando información similar, pero modificando las ponderaciones⁵. Consideró las tareas, no los trabajos en su conjunto, y llegó a la conclusión de que en EEUU menos de 5% de los puestos de trabajo podría automatizarse completamente, mientras que 60% podría automatizar un tercio de las tareas involucradas. PriceWaterhouseCoopers volvió a utilizar luego diferentes ponderaciones y llegó a la conclusión de que en Reino Unido y EEUU podría automatizarse más de 35% de los empleos⁶.

2. Vale como ejemplo la charla TED de Nick Bostrom titulada «What Happens When Our Computers Get Smarter Than We Are?», 2015, disponible en <www.youtube.com/watch?v=MNT1xgzgkpk>.

3. C.B. Frey y M.A. Osborne: «The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs To Computerisation?», Universidad de Oxford, 2013.

4. Melanie Arntz, Terry Gregory y Ulrich Zierahn: «The Risk of Automation for Jobs in OECD Countries: A Comparative Analysis», OECD Social, Employment and Migration Working Papers N° 189, 5/2016.

5. James Manyika et al.: «Harnessing Automation for a Future that Works», McKinsey Global Institute, 1/2017.

6. PriceWaterhouseCoopers: «UK Economic Outlook», 3/2017, disponible en <www.pwc.co.uk/economic-services/ukeo/pwc-uk-economic-outlook-full-report-march-2017-v2.pdf>.

La enorme disparidad de estas cifras es un llamado a la reflexión. Las cifras dependen de los supuestos que asumen los autores. Si cambian estos supuestos, las cifras cambian. Por ende, los números no nos dicen mucho más que el hecho de que la automatización reemplazará algunos trabajos y que muchos otros podrían automatizarse de manera parcial, si es que se dan las condiciones necesarias. Al igual que con otras muchas falacias, el discurso sobre la automatización y la pérdida de empleos tiene un componente de verdad –los estibadores del mundo desarrollado pueden acreditarlo–, pero ello no significa que en el futuro inmediato millones de trabajos vayan a desaparecer sin ser reemplazados.

El problema es que estas predicciones no incluyeron en el análisis muchos factores externos que determinan la introducción de tecnología⁷. Por ejemplo, la interrelación entre los costos laborales y los tecnológicos. O el deseo de reducir el peso económico y político de trabajadores como los estibadores. O el nivel de complejidad del entorno, o cualquiera de los innumerables problemas que pueden determinar si una tarea o trabajo será o no efectivamente automatizado. Los informes más honestos sobre la automatización son conscientes de este problema e incluyen importantes advertencias como esta:

es importante tener en cuenta que estas estimaciones refieren a posibilidades tecnológicas, haciendo abstracción de la velocidad de la difusión y de las probabilidades de adopción (...) La adopción, en particular, podría verse influenciada por muchos factores, incluidos la legislación sobre el despido de trabajadores, los costos laborales unitarios o las preferencias sociales (...) Además, la tecnología creará, sin duda, muchos nuevos empleos.⁸

No obstante, como son pocos los que leen las advertencias, lo que queda en el imaginario colectivo son las cifras. Esto nos lleva a pensar que las cifras de pérdida de empleos son en general poco relevantes, porque el resultado depende de una amplia variedad de factores interrelacionados. Resulta interesante que al analizar la «revolución microelectrónica» a comienzos de la década de 1980 *The Economist* haya observado algo similar:

El enfoque más honesto para calcular la ecuación de empleos es el utilizado por un grupo de estudio establecido por el departamento de empleo de Gran Bretaña. Arribaron a la conclusión de que se requerían tantos supuestos sobre variables macroeconómicas y otras cuestiones que no tenía sentido construir un modelo de previsión.⁹

7. Gérard Valencuc y Patricia Vendramin: «Work in the Digital Economy: Sorting the Old from the New», ETUI Working Paper N° 2016/3, 2016, p. 16.

8. Ljubica Nedelkoska y Glenda Quintini: «Automation, Skills Use and Training», OECD Social, Employment and Migration Working Papers N° 202, OECD Publishing, París, 2018.

9. «Microelectronics: All that is Electronic does not Glitter» en *The Economist*, 1/3/1980.

Si esto era cierto entonces, deberíamos preguntarnos por qué no lo sería hoy. El problema de hacer predicciones precisas sobre los impactos potenciales del cambio tecnológico se ve agudizado por el hecho de que en el mundo financiero de hoy, algunos expertos y compañías tecnológicas están utilizando predicciones más extremas como un instrumento de marketing. Mientras tanto, los medios las usan para vender más periódicos o sumar clics, porque el miedo vende. Los matices no venden tan bien ni sirven en la misma medida a los fines discursivos de las elites.

Además de que existe una justificada sospecha en torno del realismo del discurso sobre la pérdida de empleos debido a lo difícil que resulta ponerle un número al impacto de la automatización, el propio impacto de la automatización es en sí mismo un proceso complejo y no lineal.

Si bien es evidente que toda nueva tecnología tiende a eliminar las tareas existentes y, por ende, a reducir el número de puestos de trabajo, también crea tareas y empleos nuevos. Existe un desfase entre los procesos de destrucción y creación, y los empleos nuevos a menudo no surgen en los mismos sectores. Sin embargo, si vemos lo que sucede hoy en el mundo, ¿cabe alguna duda de que hay mucho trabajo por hacer? En todas las economías, los procesos económicos, sociales y políticos crean y destruyen trabajos constantemente. Las predicciones y mediciones sobre la pérdida de empleos ocasionada por la automatización y las nuevas tecnologías están dentro de los parámetros de rotación de empleos (*jobs churn*) en los países desarrollados¹⁰.

Además, algunos expertos sostienen que la relación entre la automatización y la pérdida de empleos no es lineal. La investigación de James Bessen muestra que la automatización puede producir más empleo en las distintas ocupaciones: al reducir el costo de un producto, estimula la demanda, lo que a su vez genera una mayor demanda de trabajo en ese rubro. La automatización aumenta la eficiencia de la mano de obra y, a la vez, la demanda en ese tipo de ocupación¹¹. Bessen llega a la conclusión de que la informatización tiene como correlato el aumento de la disparidad salarial en el seno de las ocupaciones y una «reasignación» del

Algunos expertos sostienen que la relación entre la automatización y la pérdida de empleos no es lineal ■

10. Algunos autores señalan que la deserción laboral en EEUU es más baja hoy en día que en periodos anteriores. Ver Robert Atkinson y John Wu: «False Alarmism: Technological Disruption and the US Labor Market 1850-2015», IITF @Work Series, 5/2017.

11. J. Bessen: «How Computer Automation Affects Occupations: Technology, Jobs and Skills», Working Paper N° 15-49, Boston University School of Law & Economics, 11/2015.

trabajo que requiere que los trabajadores adquieran nuevas habilidades, sin por ello perder el empleo. Su investigación parece estar respaldada por nuevas evidencias provenientes de Alemania que muestran un aumento marginal del empleo en los sectores de la economía que adoptaron las nuevas tecnologías¹². La idea de que la tecnología solo destruye trabajos también es falsa.

Solemos pensar que la automatización sustituye, sin más, el trabajo humano, pero eso no es así. Desde la década de 1960, hemos visto un aumento de la automatización en el trabajo, pero parece claro que los mejores resultados se obtienen cuando las máquinas ayudan a fortalecer el trabajo humano, no cuando lo reemplazan por completo. Donde los trabajadores pueden resolver fácilmente

**Los mejores resultados
 se obtienen cuando
 las máquinas ayudan
 a fortalecer el trabajo
 humano, no cuando
 lo reemplazan ■**

problemas físicos o mentales (y son generalmente baratos), las máquinas sobresalen en la realización de operaciones repetitivas y en el procesamiento de datos. En un caso reciente, Tesla admitió que su cadena de producción en California estaba «sobreautomatizada» y que eso no hizo más que disminuir la producción. La automatización no puede resolver los problemas ni las dificultades inesperadas del proceso de producción¹³. Incluso puede reducir la productividad al desmotivar a los trabajadores, cuyas tareas se vuelven demasiado simples, como ocurrió en algunas fábricas soviéticas en la década de 1970.

La automatización también tiene sus propios costos. Las máquinas automatizadas representan un costo fijo, necesitan comunicaciones seguras y mantenimiento y son vulnerables a los mismos problemas que experimentan las computadoras. Por ejemplo, las filiales europeas de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF, por sus siglas en inglés) nos cuentan que los puertos «automatizados» (operados a menudo por control remoto) se ven forzados a desconectarse con regularidad para cargar los parches de software. A su vez, se cree que las grúas automatizadas son de alguna forma menos productivas que las operadas manualmente. Entonces puede que las máquinas sean más eficientes para llevar a cabo un alto volumen de operaciones repetitivas durante un largo periodo, pero la automatización acarrea costos

12. Ver M. Arntz, T. Gregory y U. Zierahn: «Digitalisierung und die Zukunft der Arbeit: Makroökonomische Auswirkungen auf Beschäftigung, Arbeitslosigkeit und Löhne von morgen», ZEW, Mannheim, 2018.

13. Ver Helen Edwards y Dave Edwards: «How Tesla ‘Shot Itself in the Foot’ by Trying to Hyper Automate its Factory» en *Quartz*, 1/5/2018.

fijos elevados y costos de reparación y de mantenimiento altos y puede resultar más lenta que el trabajo humano cuando se trata de procesos más complejos. Las empresas que piensan en la automatización deben considerar esta diversidad de problemas antes de emprender el reemplazo de los trabajadores. Y eso si tienen el capital suficiente para hacerlo y no pueden obtener un rendimiento mayor especulando en los mercados. Las tecnologías de sustitución de mano de obra tardan tiempo en extenderse por toda la economía y en general se las utiliza en sectores con altos costos laborales y elevado volumen de producción y en las empresas más ricas, lo cual deja a la mayor parte del mundo en desarrollo fuera de la ecuación, tal como viene sucediendo históricamente.

La cuestión es que la tecnología que reemplaza a los trabajadores no es una panacea; funciona en algunas áreas, en unos casos, pero no en otros. Esto refleja el proceso histórico de adopción de tecnologías a escala global. Primero las tecnologías encuentran aplicaciones de nicho, luego se extienden en un proceso errático. Por ejemplo, en la década de 1960 aparecieron los aviones supersónicos de pasajeros, pero solo encontraron una ruta rentable que finalmente fue cerrada. Hoy se vuelve a hablar sobre los aviones supersónicos de pasajeros, pero es probable que pasen varios años antes de que se generalicen, si es que alguna vez sucede.

Por lo tanto, las cifras son sospechosas; y el impacto de la automatización en los procesos de trabajo no es algo simple. Pero hay todavía más problemas con el discurso sobre la automatización y el empleo.

Hasta ahora, hay poca evidencia concreta sobre la adopción generalizada de tecnologías en todo el mundo. Las cifras de Alemania y Reino Unido muestran que la mayoría de las pequeñas y medianas empresas, donde trabaja la mayor parte de la gente, no están usando los últimos avances tecnológicos. Finalmente, si la tecnología estuviera sustituyendo a los trabajadores a gran escala, deberíamos ver un incremento de la productividad. Sin embargo, las estadísticas muestran una disminución general del crecimiento de la productividad en los países de la OCDE. Tanto es así que algunos sostienen que podríamos estar en una fase de «estancamiento secular»¹⁴. Por ende, o bien

14. La disminución en el crecimiento de la productividad –ya en marcha antes de la crisis–, combinada con la lenta inversión, continuó debilitando los aumentos de la producción económica y los estándares materiales de vida en los últimos años en muchas de las economías mundiales. OCDE: «Cross-Country Productivity Gaps are Smaller than We Thought», 12/10/2018, <www.oecd.org/sdd/productivity-stats/>. V. tb. el discurso de Andrew Haldane: «Productivity Puzzles», 5/2017, disponible en <www.bankofengland.co.uk/-/media/boe/files/speech/2017/productivity-puzzles.pdf?la=en&hash=708c7cfd5e8417000655ba4aa0e0e873d98a18de>.

las compañías no están implementando las tecnologías, o lo están haciendo y estas no son tan productivas como los trabajadores.

A veces se argumenta que la inteligencia artificial es capaz de dar un vuelco a verdades históricas referidas a la tecnología, pero la evidencia es escasa. El término se usa incorrectamente fuera de la bibliografía especializada, pero para la mayoría de las personas, la inteligencia artificial consiste esencialmente en un software que procesa algoritmos en enormes conjuntos de datos a una gran velocidad para tomar «decisiones» sobre problemas específicos. Sospecho que algunos expertos en tecnología exageran las capacidades de la inteligencia artificial para atraer inversores. Si bien las computadoras han hecho enormes avances respecto de su capacidad para desafiar las decisiones humanas en los juegos de mesa, por ejemplo, todavía estamos lejos de que las computadoras desarrollen una «inteligencia general» como la de los humanos; algunos incluso sostienen que eso es imposible¹⁵. Mientras tanto, la inteligencia artificial a menudo se utiliza como etiqueta para describir cualquier software que sirve para resolver un problema, principalmente porque suena bien¹⁶.

En términos generales, el principal problema para la mayoría de los trabajadores es que las nuevas tecnologías finalmente cambiarán muchos aspectos de su trabajo, no que sus empleos necesariamente vayan a desaparecer.

Durante décadas, los sindicatos de todo el mundo han lidiado con el impacto de la sustitución de la mano de obra por la tecnología. Existen medidas muy conocidas que garantizan su implementación productiva y minimizan los impactos negativos. Las medidas pueden desarrollarse en el marco de negociaciones tripartitas, en las que los trabajadores tienen el derecho a consulta, compensación y capacitación. Cuanto mayor sea la sujeción de una economía al control social, menor será el impacto negativo de la tecnología, simplemente porque los factores externos son tenidos en cuenta antes de su adopción.

Pero si la automatización y el «fin de los empleos» no son el principal problema que enfrentan los trabajadores del mundo, ¿cuál es entonces?

15. Alice Lloyd George: «Discussing the Limits of Artificial Intelligence», entrevista con Gary Marcus en *TechCrunch*, 2016 y «Recognizing the Limitations of Artificial Intelligence», entrevista con Joanna Bryson en *Thomson Reuters*, 7/10/2018.

16. La cantidad de empresas que mencionan la inteligencia artificial en sus informes sobre ganancias se dispararon de 6 en 2013 a 244 en 2017. Kevin McNally: «It's Time to Stop Using AI as a Marketing Gimmick» en *Fast Company*, 18/7/2017.

El principal desafío proviene de la digitalización de la economía global. La digitalización de la economía consiste en la conversión de la información a un formato digital que puede ser «leído» por las computadoras. Una vez convertida a formato digital, la información se transforma en datos. Los datos pueden transferirse por todo el mundo en un instante. La propia digitalización es facilitada por sensores y chips cada vez más pequeños y livianos. Como resultado, cada vez más procesos y tipos de información pueden ser medidos y convertidos en información digital. Las computadoras pueden analizar datos a velocidades cada vez mayores gracias a los avances en software y tecnología de chips (aunque parece que la capacidad para lograr esos avances usando la actual tecnología de chips está llegando a su límite)¹⁷. De este modo, la digitalización permite la «datificación» de la economía global, es decir, la medición de muchos fenómenos que antes estaban fuera del alcance. Junto con la digitalización de las comunicaciones a través de teléfonos inteligentes e internet, se está creando una cantidad inédita de datos sobre una cantidad de fenómenos nuevos.

El principal desafío proviene de la digitalización de la economía global ■

Las personas son parte de estos fenómenos como trabajadores y ciudadanos. Se trata de dos aspectos de la vida social de los seres humanos y por eso es difícil separar el problema de los datos en el lugar de trabajo de la emisión de datos en general. Son estos datos, o más precisamente, los usos que se les da en una economía capitalista –caracterizada por profundas desigualdades–, lo que representa el mayor desafío para los trabajadores. Pero para entender esto, primero tenemos que entender con mayor claridad qué son los datos y para qué sirven.

Si bien los datos parecen etéreos, tienen un aspecto material. Se necesita energía para producirlos, transportarlos y almacenarlos y eso requiere equipamiento como cables y centros de almacenamiento. También se requiere software que los filtre y establezca conexiones. Toda esta infraestructura está en manos de un puñado de personas. Por el momento, estas personas son, en esencia, los dueños de las grandes corporaciones tecnológicas de EEUU que recopilan, almacenan y analizan cerca de 80% de los datos mundiales: Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft¹⁸. Es por eso que las actuales desigualdades del sistema capitalista también están inscritas en los datos.

17. Tom Simonite: «Moore's Law is Dead. Now What?» en *MIT Technology Review*, 5/2016.

18. Se trata de empresas que tienen relaciones extremadamente cercanas con el gobierno de EEUU. Robert W. McChesney: «Between Cambridge and Palo Alto» en *Catalyst* vol. 2 N° 1, 2018, p. 17.

Los datos describen procesos y sus componentes. Puede decirse que la «datificación» crea un sistema nervioso digital para una organización; por ejemplo, para una empresa transnacional o gubernamental, o potencialmente para toda una economía. Los datos serían las señales que viajan por ese sistema nervioso. Pero siguiendo con la metáfora, ¿qué o quién es el cerebro del sistema? El cerebro puede ser un amplio grupo de personas (si los datos son fácilmente accesibles, o administrados por un organismo responsable si son de utilidad pública) o un grupo más selecto (si están en manos privadas y son utilizados en forma libre de toda responsabilidad para beneficio propio).

Los datos son conocimiento y, como sabemos, el conocimiento es poder. De ahí que la desigualdad en la creación, la distribución y el uso de los datos

Los datos son conocimiento y, como sabemos, el conocimiento es poder ■

exacerbe el actual desequilibrio de poder en todos los campos. Las empresas que utilizan datos de manera eficaz crecen más rápido que cualquier otra. Por eso existe la presión sobre las empresas de todos los sectores de volverse competitivas en términos tecnológicos, o de adquirir capacidad tecnológica para producir y analizar datos, si bien no todas tienen la capacidad para hacerlo. Pero aquí también existe el peligro de que las ya de por sí inmensamente poderosas firmas tecnológicas puedan llegar a saber más sobre un proceso que las propias empresas no tecnológicas que las han contratado. Como dijo el CEO de General Motors en 2013: «Debes poseerla [la TI] y controlarla; de lo contrario, estás a merced de otras empresas»¹⁹.

La propiedad de los datos no solo exagera las desigualdades entre las empresas tecnológicas y las demás, sino también las desigualdades de poder en el lugar de trabajo. Esto representa un problema social, dado que muchas personas pasan gran parte del día en su empleo. Allí la gente produce datos que son recopilados por el software de sus computadoras u otras herramientas de trabajo y combinados con otros datos provenientes de sensores, cámaras u otras tecnologías empleadas para monitorear el lugar de trabajo o medir algún proceso específico. El software puede monitorear los tiempos de respuesta de los correos, por ejemplo, o rastrear ventas o el paradero de un empleado. Luego los algoritmos comparan a los trabajadores con indicadores de desempeño o con sus pares. Los datos recopilados pueden utilizarse para identificar «eficiencias» en el proceso, para mejorar el modo de trabajo de los

19. Michael Wayland: «GM CEO: IT Transformation Critical for Automaker to Thrive» en *Michigan Live*, 5/2013.

empleados, o incluso para obligar a estos a trabajar más. Cualquiera sea el caso, los datos tornan el proceso de trabajo más transparente para los gerentes y los propietarios.

Los datos recopilados describen el proceso de trabajo en su conjunto, pero también a las personas que lo realizan. En algún punto, hoy el trabajo está conformado por dos elementos: el propio proceso de trabajo y los datos que los trabajadores producen sobre ese proceso y sobre ellos mismos como trabajadores. Los trabajadores claramente tienen derecho a reclamar al menos la propiedad compartida de este tipo de datos, ya que estos no existirían de no ser por sus esfuerzos, incluso si fueran un subproducto. Los trabajadores también deberían tener acceso al software que se utiliza para intensificar o disciplinar su trabajo y deberían poder determinar cómo utilizarlo para medir su desempeño. Para ello, habría que regular el uso de datos en el lugar de trabajo.

El uso de herramientas y equipos conectados y la adopción de sensores en los lugares de trabajo amenazan con aumentar masivamente el ya avasallante poder de los empleadores. Hoy sabemos que las grabaciones de video, los micrófonos y el monitoreo del correo electrónico se usan en contra de los activistas sindicales. En otros casos, los pases electrónicos se han utilizado para crear listas instantáneas de huelguistas. Los empleadores también revisan a menudo las redes sociales de sus empleados para obtener información. Están solo a un paso de contratar empresas de datos para desarrollar perfiles del personal o rastrear a potenciales empleados antes de decidir su contratación.

Además, los datos y el software crean potenciales desafíos adicionales para los trabajadores cuando se los utiliza en conjunto. La inteligencia artificial ya se emplea para analizar datos biométricos, expresiones faciales y el tono de voz para medir el bienestar físico y mental, por ejemplo²⁰. Combinada con otros datos, puede utilizarse para crear perfiles de personalidad y usarlos durante el proceso de contratación. En el lugar de trabajo, puede usarse para impedir la organización o para anticipar disputas y despedir a trabajadores. Las empresas pueden utilizar este tipo de información combinada con los datos de las redes sociales para identificar a activistas sindicales, o incluso a aquellos trabajadores que podrían convertirse en activistas sindicales o colaborar con los esfuerzos de organización. En otras palabras, la inteligencia artificial amenaza con convertirse en un capataz digital de los trabajadores.

20. «AI Helps Diagnose Depression Three Months Earlier than Health Services by Analysing Facebook Posts» en *The Independent*, 15/10/2018.

Aún no sabemos cuánto ha avanzado este proceso en la economía global. Se necesita trabajar más para identificar las tecnologías utilizadas y los modos en que se utilizan los datos para disciplinar e intensificar el trabajo. Es probable que estos procesos estén más avanzados en el mundo desarrollado y en las empresas más ricas que pueden adquirir experiencia o desarrollar sus propios procesos. Lo que sí sabemos es que gran parte de estos datos son recopilados y conservados por empresas transnacionales o de tecnología digital sobre las que la mayoría de los gobiernos nacionales tienen poco control.

La «datificación» del lugar de trabajo tiene sus paralelos en la sociedad en conceptos como el de «ciudad inteligente» y en las redes sociales. Aquí también los datos crean desigualdades a favor de los que tienen su control. Los datos de las redes sociales permiten identificar nuevas «comunidades» digitales, a las que la gente ni siquiera sabe que pertenece, mediante la utilización de un conjunto de datos que identifican conductas o creencias comunes. Por ejemplo, permiten identificar a quienes encajan en el perfil de votantes de algún partido político. Eso permite crear mensajes personalizados para convencer a la gente de actuar de determinada manera. Este es el tipo de tecnología que utilizaron compañías como Analytica para reclutar votantes en EEUU y en Brasil antes de la elección de Donald Trump y Jair Bolsonaro.

De esta forma, los datos se convierten en una expresión de poder. Muchos analistas los denominan el «nuevo petróleo», el factor determinante de la economía del futuro. Como el dinero puede comprar datos que brindan poder económico y político, estos pueden exacerbar las desigualdades existentes en la política, en la economía, en la sociedad e incluso entre países. La recopilación, el almacenamiento y la venta de todo tipo de datos se están convirtiendo en un gran negocio, y el acceso a los datos es lo que determina el comportamiento corporativo y el valor de las cinco grandes empresas tecnológicas de EEUU en particular. Por esa misma razón, se están convirtiendo en un problema de seguridad nacional cada vez más grande y de lo que algunos llaman «soberanía digital».

La cuestión es que si los datos se convierten en el sistema nervioso de una economía global digitalizada, y si la mayoría de los datos en el mundo son recolectados y utilizados por un puñado de empresas estadounidenses, esas firmas y el gobierno de EEUU se vuelven increíblemente más poderosos que aquellos países que solo producen datos. Muchos expertos han alertado sobre los riesgos de una forma de colonialismo digital producida por esta

situación²¹. Como muestra la historia de América Latina, los intereses del capital y del gobierno estadounidenses a menudo entran en conflicto con los de los gobiernos que intentan construir economías desarrolladas con mayor justicia social, el tipo de gobierno que esperaríamos regule el acceso a los datos sociales y a los datos del lugar de trabajo. Desde esta perspectiva, podemos preguntarnos, como lo ha hecho Evgeny Morozov: si los datos son el nuevo petróleo, ¿qué país se convertirá en el nuevo Iraq²²? Si los trabajadores de todo el mundo quieren construir una sociedad más desarrollada y más igualitaria, tendrán que controlar los datos que la sociedad produce y desarrollar una capacidad nacional para trabajar con ellos. La realidad es que hay dos caminos para lograrlo: un acuerdo internacional sobre datos, o la fragmentación del mundo digital en bloques nacionales o regionales con distintos ecosistemas de datos.

Por el momento, existen pocas leyes sobre el uso de datos en el lugar de trabajo y en relación con los trabajadores. Tampoco hay lineamientos internacionales sobre los usos de la inteligencia artificial en el lugar de trabajo²³. Es esencial establecer leyes sobre datos y una estrategia para desarrollar la soberanía digital a fin de construir condiciones de trabajo decentes para el siglo XXI. Lo que queda claro es que si no se hace algo para solucionar que el control privado de datos esté en manos de un puñado de individuos, los trabajadores de todo el mundo verán seriamente afectados sus esfuerzos para controlar la intensificación del uso de datos en el trabajo o para lograr la elección de un gobierno que incluya los datos como parte de su agenda. Si bien es mayor la tendencia de los Estados a controlar los datos nacionales, teniendo en cuenta en especial la creciente tensión entre EEUU, China y Rusia, por ejemplo, existe escasa evidencia de que exista un «proteccionismo digital» en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo. Aun así, se trata de debates esenciales, que deben contar con la participación de los trabajadores si estos quieren proteger sus derechos en la sociedad y en el lugar de trabajo. ☒

21. Nick Couldry y Ulises Mejias: «Data Colonialism: Rethinking Big Data's Relation to the Contemporary Subject» en *Television and New Media*, 7/2018; Renata Avila Pinto: «Digital Sovereignty or Digital Colonialism?» en *Sur* vol. 15 N° 27, 2018.

22. V. conferencia «Beyond Surveillance Capitalism: Reclaiming Digital Sovereignty», Barcelona, 16 y 17 de octubre de 2018.

23. Nuestra organización hermana, el Sindicato Global UNI, ha desarrollado 10 principios sobre la inteligencia artificial que pueden consultarse aquí: <www.thefutureworldofwork.org/opinions/10-principles-for-ethical-ai/>.

Trabajo del futuro y futuro del trabajo

*Por una transición
progresista*

¿Cómo será el trabajo del futuro en América Latina? ¿Será el fin del trabajo tal como lo conocemos? ¿Exportará el subcontinente aún menos productos industriales y más materias primas? ¿Aumentarán los niveles de informalidad? ¿Crecerá el número de personas afectadas por modalidades de empleo precarias? ¿O, por el contrario, se establecerán nuevos sectores que generen empleo de calidad para un número importante de trabajadores y trabajadoras que todavía no saben si podrán beneficiarse de los dividendos tecnológicos?

UTA DIRKSEN

■ No es el fin del trabajo

Estamos atravesando un momento de cambios tecnológicos, de modos de producción y de trabajo. Sin duda este proceso implica la destrucción, la creación y la mutación de puestos de trabajo. Las imágenes y los relatos utilizados para hablar de un futuro de robots, drones e inteligencia artificial invitan a imaginar un mundo de ciencia ficción. Se trata de utopías o distopías –según los puntos de vista– en las que el trabajo ya no es un dominio humano. De este modo, se va imponiendo un cierto sentido común basado en la convicción de que los robots van a reemplazar más temprano que tarde a los seres humanos, y que aterrizaremos así en un nuevo mundo pos-laboral. Sin embargo, no parece tan cierto que el saldo de estas mutaciones

Uta Dirksen: es economista y está a cargo del Proyecto Sindical Regional para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert (FES).

Palabras claves: digitalización, futuro del trabajo, precarización, tecnología.

en el mundo del trabajo vaya a ser tan inapelablemente negativo. Algunos estudios recientes en Alemania sugieren que el empleo está aumentando con la utilización de la nueva tecnología¹.

Por el momento, disponemos de datos muy limitados sobre el impacto del cambio tecnológico en América Latina, de manera que en los debates regionales se suelen usar los referidos a las tendencias globales. Escasean los estudios sobre los efectos que tendrán las megatendencias definidas por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre las economías nacionales, los mercados laborales y las sociedades latinoamericanas. No obstante, es posible afirmar que América Latina se verá afectada por los cambios en curso. En todo el mundo cambian las cadenas de valor internacionales, los procesos de producción, los tipos de trabajo y, por consiguiente, también la relación entre quien emplea y quien vende su fuerza de trabajo. Aun así, la idea de que la mayoría de los seres humanos serán plenamente sustituidos por robots pertenece al mundo de la ciencia ficción. El Banco Mundial señala que 67% de los empleos de América Latina podrían ser automatizados²; sin embargo, es importante notar que se habla de un potencial teórico de automatización³. No todos los empleos que pueden ser automatizados lo serán efectivamente. En algunos casos, los bajos costos del trabajo operarán en contra de la automatización; en otros, el límite será la escasa capacidad de adaptación e innovación de las empresas, los déficits en materia de infraestructura, cuestiones de escala o de calidad o las preferencias de consumo dominantes.

Además del estudio ya citado, desde el campo de la economía son numerosos los cuestionamientos, sostenidos en estudios empíricos, a los pronósticos sobre la destrucción del empleo por la tecnología⁴. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) calculan que hasta 2030 el cambio tecnológico eliminará 1% o 2% de los puestos de trabajo en América Latina.

1. Melanie Arntz, Terry Gregory y Ulrich Zierahn: «Digitalisierung und die Zukunft der Arbeit: Makroökonomische Auswirkungen auf Beschäftigung, Arbeitslosigkeit und Löhne von morgen», ZEW, Mannheim, 2018.

2. Banco Mundial: *Informe sobre el desarrollo mundial 2016. Dividendos digitales*, Banco Mundial, Washington, DC, 2016.

3. Para una crítica académica sucinta de la metodología de Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne usada en este estudio, v. «47% of Jobs Not at Immediate Risk of Being Taken by Robots or Automation» en *Robotonomics*, <<https://robotonomics.com/2016/04/18/1158/>>.

4. V., por ejemplo, Robert D. Atkinson y John Wu: «False Alarmism: Technological Disruption and the US Labor Market, 1850-2015» en *Information Technology and Innovation*, 8/5/2017 y John Schmitt, Heidi Shierholz y Lawrence Mishel: «Don't Blame the Robots: Assessing the Job Polarization Explanation of Growing Wage Inequality», EPI-CEPR Working Paper, Economic Policy Institute, 2013.

Esto equivaldría a 3,38 millones de empleos⁵. Entonces, la cuestión central no es si habrá trabajo, sino qué tipo de trabajo habrá, para quién y en qué condiciones.

La tecnología, los sensores, la interconexión y las mayores velocidades de procesamiento de datos permiten un inédito control sobre los procesos de trabajo y las personas que los ejecutan. Esto conlleva la posibilidad de una mayor exigencia de eficiencia y de un aumento de la intensidad del trabajo. La sustitución de tareas rutinarias por procesos automatizados puede disminuir el tedio de algunas ocupaciones, pero en otros casos puede disminuir o eliminar los momentos de descanso, lo que aumentaría la carga y el estrés asociado al trabajo. Es importante tener en cuenta que el cambio tecnológico no afecta solo a la industria avanzada y la economía de plataformas; no es únicamente cuestión de drones y de robots. La «industria 4.0» es apenas una parte del fenómeno, al igual que las plataformas. Son una nueva forma empresarial que ha venido expandiéndose, pero que no va a constituir la mayoría de los empleos.

La economía de plataformas aún juega un papel comparativamente menor en América Latina. A pesar del ingreso de gigantes como Uber y Airbnb, que captaron importantes segmentos del mercado en poco tiempo, y de las personas que ya empezaron a trabajar en plataformas internacionales colaborativas, los expertos coinciden en que la participación de esos nuevos empleos en el mercado de trabajo sigue siendo mínima. En Estados Unidos, donde surgieron las plataformas, la oficina de estadística laboral estima que los empleos en ellas constituían alrededor de 1% del total en mayo de 2017⁶, en contra de pronósticos expertos sobre la rápida expansión de esta forma de empleo. Las estimaciones para las grandes economías europeas se sitúan en alrededor de 5% de los empleos⁷.

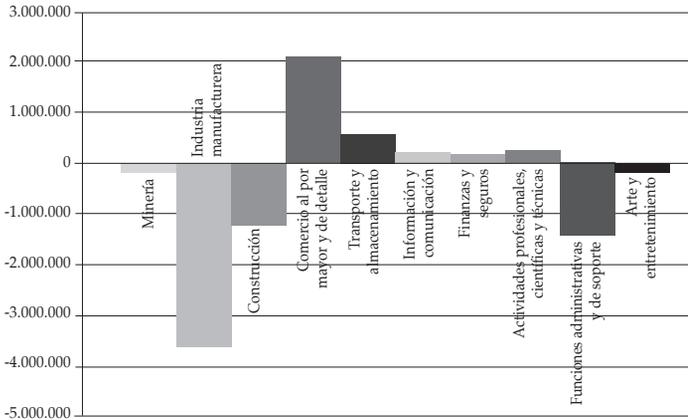
El impacto de la digitalización, la interconexión y los avances tecnológicos será transversal e irá más allá de la industria y de las plataformas. La digitalización atraviesa casi todos los sectores de la economía, los servicios, la agricultura y la industria y se manifiesta de muchas maneras, algunas evidentes, otras más sutiles. Según el estudio de la Cepal antes citado, las

5. OCDE, Cepal y CAF: *Perspectivas económicas de América Latina 2017. Juventud, competencias y emprendimiento*, OECD Publishing, París, 2016.

6. Bureau of Labor Statistics: «Electronically Mediated Work: New Questions in the Contingent Worker Supplement» en *Monthly Labor Review*, 9/2018.

7. Para más información, v. Ursula Huws et al.: *Work In The European Gig Economy*, FEPS / UNI Europa / University of Hertfordshire, Bruselas, 2017.

Gráfico

América Latina: previsiones de generación y eliminación de puestos de trabajo hasta 2030, por sector de actividad


Fuente: OCDE, Cepal y CAF: *Perspectivas económicas de América Latina 2017. Juventud, competencias y emprendimiento*, cit.

mayores pérdidas se pronostican para la industria manufacturera, la administración y la minería. En cambio, el informe identifica un potencial para la creación de nuevos puestos de trabajo en el comercio mayorista y minorista y en el sector del transporte, es decir, en sectores con niveles generalmente bajos de productividad y salarios reducidos. De modo que la principal amenaza no sería la agudización del desempleo, sino la extensión de los ingresos bajos y una mayor precarización.

■ Las causas de la vulnerabilidad de América Latina

La estructura de la economía y del trabajo de América Latina difiere de otras regiones del mundo debido a la dependencia de la región de las materias primas y los productos agropecuarios, una industrialización concentrada en pocos países y un sector informal que ocupa en promedio a 48% de la población económicamente activa. El modelo económico actual de la mayoría de los países latinoamericanos apuesta principalmente a la exportación de materias primas y productos agropecuarios, es decir, exportaciones con bajo contenido tecnológico. Los puestos de trabajo se concentran sobre todo en áreas con baja calificación profesional. Es un hecho que en América Latina existen fuertes déficits en materia de educación y formación profesional. Si

bien según el Banco Mundial se han logrado avances importantes en la educación primaria y secundaria, el porcentaje de estudiantes terciarios sigue siendo bajo. Apenas uno de cada cinco estudiantes cursa una de las llamadas carreras CTIM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemática). Los sistemas educativos no califican adecuadamente, no estimulan suficientemente la creatividad, la capacidad de resolver problemas y otras capacidades que van ganando importancia en el nuevo mundo del trabajo. En el contexto internacional, las ofertas de capacitación y perfeccionamiento de la región resultan sumamente deficitarias. Y debido a la creciente mercantilización de la educación, el acceso a una educación de calidad depende cada vez más del capital material y social de los hogares de origen.

El insuficiente desarrollo de la infraestructura digital constituye otro déficit de América Latina. En 2014, apenas 40% de la población del continente tenía acceso a internet, con una fuerte heterogeneidad tanto entre los países como entre los diferentes estratos sociales. Como precursor latinoamericano, Uruguay ocupa el puesto 42 de 176 en el índice mundial de desarrollo de tecnologías de la información y la comunicación (IIC), pero en muchos indicadores la región se ubica muy por debajo de América del Norte, Europa y Asia. Es cierto que en los últimos años se han logrado avances que se deben a la expansión y modernización del acceso a internet, pero estos están orientados sobre todo al consumo. En cambio, la ampliación de la internet industrial y su uso con fines productivos se encuentran aún en una fase inicial.

Debido a estos y otros déficits de infraestructura y dado el reducido porcentaje de personas calificadas, existe el peligro de que las industrias que aún permanecen emigren a otras regiones del mundo. Contribuye a esta tendencia la expansión continua de los acuerdos de libre comercio, porque la reducción de las barreras arancelarias a la importación y exportación facilita el acceso a las mercaderías, mientras la ubicación de los emprendimientos productivos pierde importancia.

■ El cambio tecnológico y los cambios en trabajo

La tecnología no impone una única forma de utilizarla ni tiene un impacto que siempre se pueda anticipar. Como escribe el historiador económico Luis Hyman: «El cambio social es típicamente impulsado por las decisiones que tomamos sobre cómo organizar nuestro mundo. Solo después llega la tecnología para acelerar y consolidar estos cambios»⁸.

8. L. Hyman: «It's not Technology That's Disrupting Our Jobs» en *The New York Times*, 18/8/2018.

En el caso del mundo del trabajo, la precarización y los intentos de desmontar los derechos laborales tanto a escala nacional como global empezaron mucho antes del auge de las plataformas o de la industria 4.0. Fue parte de la transnacionalización de las cadenas de producción, de la agenda neoliberal y de las mutaciones del capitalismo en su fase financiarizada. Ese proceso, y no la tecnología, es la razón por la cual ahora se acepta que en la OIT se hable del trabajo «atípico» en lugar de llamarlo precario, o que el trabajo mediante plataformas sea llamado «autónomo», «independiente» o «por cuenta propia», a pesar de que sus protagonistas tienen poco margen para negociar las condiciones de su trabajo.

Se están produciendo cambios tecnológicos importantes, pero el impacto del cambio tecnológico sobre los mercados laborales y sobre las economías y las sociedades latinoamericanas es también una cuestión de opciones políticas. En efecto, el impacto socioeconómico del cambio tecnológico dependerá esencialmente de las decisiones sobre inserción internacional y política económica y social, cuyos márgenes de acción deben ser aprovechados por los gobiernos progresistas, los sindicatos y el empresariado con sentido de responsabilidad. Si todo sigue como está, el cambio tecnológico va a funcionar como amplificador de las tendencias de desigualdad.

**Si todo sigue como está,
el cambio tecnológico
va a funcionar como
amplificador de las
tendencias de desigualdad ■**

En los últimos años, varios gobiernos latinoamericanos apostaron a la creación de nuevos sectores en el área de los servicios. En Uruguay, se fomentó específicamente el sector de la informática, un enfoque que ha llevado al incremento de las actividades cognitivas y la reducción de las manuales, lo que reduce el «riesgo de automatización». Pero aun en los países precursoros como Costa Rica y Uruguay, el empleo en el sector informático no supera el 2,5% del total. Los nuevos empleos son accesibles solo para personas con buena formación, mientras el resto va quedando rezagado. El mercado de trabajo latinoamericano ya está fragmentado: enclaves modernos en el interior de la economía que ofrecen condiciones laborales más favorables y salarios más altos para trabajadoras y trabajadores más calificados conviven con un mercado de trabajo que se caracteriza por altos niveles de informalidad y condiciones laborales precarias.

Existe un serio riesgo de que las nuevas tecnologías profundicen las brechas. El cambio tecnológico y las altas exigencias relativas a las calificaciones

amenazan especialmente los empleos «medios». Estos todavía conforman el espacio entre los empleos altamente calificados y aquellos para los cuales no es necesaria una gran calificación. La coyuntura política actual, con sus políticas neoliberales y de reducción de derechos laborales, hace prever que las condiciones laborales empeoren también en los sectores más modernos, y esto significa más trabajo precario y una flexibilización creciente, que beneficia sobre todo a quien emplea.

Como es sabido, América Latina se caracteriza por la desigualdad: la distribución desigual del ingreso y la riqueza y la fuerte concentración del capital. Los aumentos de productividad casi no se trasladan a los trabajadores a través de aumentos salariales. A modo de ejemplo, en los últimos años los salarios de la industria automotriz mexicana se mantuvieron estancados, al tiempo que se produjo un marcado aumento de la productividad. De ahí surge el temor de que el dividendo tecnológico beneficie solamente al capital y no a la masa trabajadora. Pero las nuevas tecnologías también podrían servir para mejorar la vida de la mayoría. Por ejemplo, con mejores condiciones de trabajo, mejores salarios, reducción de la jornada de trabajo, reorganización de la distribución del trabajo, remunerado y no remunerado. También pueden ser el puntapié para impulsar un cambio de la matriz productiva, un cambio que sea social y ecológico a la vez. En síntesis, pueden dar oxígeno a nuevas formas de organizar la producción y el trabajo.

Los cambios tecnológicos ocurridos en el pasado modificaron nuestra manera de vivir y contribuyeron a mejorar el bienestar de la mayoría. El capitalismo manchesteriano era explotador, brutal. Pero de ahí nacieron los sindicatos y a lo largo de la historia vimos surgir

**Lo que está en disputa
 es quién se lleva
 el beneficio de este
 cambio tecnológico ■**

los Estados de Bienestar y mejoraron claramente los niveles de vida de una gran parte de la población mundial. Es deseable que no pasemos por tiempos tan duros como los de esta fase. Es posible pensar que mediante la

lucha política y social se puede ganar una vida mejor para quienes viven de su trabajo. Lo que está en disputa es quién se lleva el beneficio de este cambio tecnológico.

■ Componentes de un buen trabajo del futuro

El cambio tecnológico es un proceso complejo y muchas veces contradictorio. Sus efectos sobrepasan el mundo estricto del trabajo y afectan a las sociedades

mucho más allá de lo económico. Por esto las respuestas deben tener varias dimensiones, para aprovechar las oportunidades, prevenir efectos negativos y dar forma al futuro.

Nuevas estrategias de desarrollo. Este cambio tecnológico podría dar oxígeno a nuevas formas de organizar la producción y el trabajo, formas más justas, más igualitarias, más inclusivas y más sostenibles. Frente a las nuevas realidades de la producción, hay que reevaluar las estrategias de desarrollo económico y de inserción internacional. Hay que encontrar nuevas estrategias centradas en la creación de trabajos dignos para la mayoría, cuidando a la vez los bienes naturales y comunes.

A escala regional, América Latina y el Caribe debe replantearse la urgencia de revigorizar la integración regional, hoy fragmentada y debilitada, para usarla como instrumento de diversificación productiva y construcción de capacidades. En el plano nacional, se requiere de una nueva generación de políticas sociales, de educación y de desarrollo productivo que inserten a la región en la nueva revolución tecnológica, en la que converjan la innovación, la inclusión social y la protección del medio ambiente.

Innovación, inclusión y sustentabilidad. Nada de lo que se haga en el frente externo reducirá la vulnerabilidad de la región si no se acompaña de un gran esfuerzo interno por reducir la brecha en las capacidades tecnológicas. Los ejes ambientales y de inclusión social deben articularse en torno de la incorporación, la adaptación y el desarrollo de innovaciones incrementales en las nuevas tecnologías. Los índices de la región en educación, investigación, innovación y desarrollo son incompatibles con el objetivo de generación de empleos de mayor calidad y productividad. Hay espacio para que América Latina y el Caribe avance rápidamente en esas áreas. Por ejemplo, la región tiene capacidad para desarrollar tecnología propia en energías renovables, así como para el diseño y la producción de vehículos que utilicen ese tipo de energías, tanto para el transporte de carga como de personas. Algunos países han mostrado la viabilidad del cambio de la matriz energética, como ocurre en el sector eléctrico en Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, México y Uruguay. En el mismo sentido, hay un amplio espacio para desarrollar tecnologías relacionadas con el uso de los bienes naturales, donde también convergen los temas ambientales y de inclusión. Se trata de avanzar hacia un nuevo patrón energético y productivo mediante un conjunto coordinado de inversiones, en que converjan las dimensiones de empleo, tecnología y ambiente.

Educación, formación profesional y capacitación. El nuevo mundo del trabajo exige nuevas calificaciones. Este desafío debe ser encarado conjuntamente por el Estado, las empresas y los sindicatos. Se debe trabajar en la solución de los problemas de los sistemas educativos para asegurar que las instituciones públicas ofrezcan una educación de calidad y que las calificaciones re-

En la actualidad, solo 10% de los trabajadores y las trabajadoras recibe capacitaciones en la empresa ■

queridas para el empleo se estén fomentando en niñas y varones por igual. La educación debe ser concebida como una política para el desarrollo y fomentar aquellos conocimientos que las nuevas actividades requieran. Se debe profundizar en capacitación y perfeccionamiento para ofrecer nuevas opciones a quienes ya tengan un empleo. Los mercados de trabajo de América Latina se caracterizan por una alta fluctuación, bajos salarios

y bajas inversiones para perfeccionar las capacidades laborales. En la actualidad, solo 10% de los trabajadores y las trabajadoras recibe capacitaciones en la empresa. Esto debe cambiar.

Previsión social. Se necesita un sistema de seguridad social efectivo para contrarrestar el impacto de las rupturas en el mercado de trabajo sobre varones y mujeres, atendiendo las diferencias por género. Ello debe incluir atender los diferentes proyectos de vida, la salud propia y de dependientes, así como la educación de hijos e hijas. Apenas seis países latinoamericanos tienen seguros contra el desempleo que, además, cubren como máximo a 20% de los asalariados. Los desafíos relativos a la sostenibilidad de los sistemas de previsión social se superponen y se retroalimentan: los problemas estructurales del modelo económico, la falta de puestos de trabajo, la recesión y el lento crecimiento restringen el margen de acción de los institutos de seguridad social. Por esto se deben encontrar nuevas soluciones para el financiamiento y la sostenibilidad, que combinen de manera inteligente el financiamiento contributivo con el tributario. La regulación de las nuevas modalidades de trabajo debe asegurar asimismo que las empresas empleadoras realicen los aportes sociales y que garanticen el cumplimiento de los derechos de hombres y mujeres empleados.

Nuevas ideas para la reforma del mercado de trabajo. Las nuevas realidades del trabajo requieren un nuevo marco legal. En la actualidad, se aprovecha el cambio tecnológico sobre todo para desempolvar las propuestas neoliberales de antaño. El «futuro del trabajo» consistiría en una vuelta radical al pasado, en el que la reducción de los derechos, la flexibilización y la racionalización

actuarían como garantes de competitividad. Tanto la reforma del mercado laboral de Brasil como la propuesta de reforma en Argentina contienen definiciones nuevas y amplias sobre el trabajo autónomo, aplicables incluso en casos de evidente relación de dependencia. En realidad, se necesitan nuevas disposiciones que defiendan y amplíen los derechos recientemente conquistados; que protejan también en situaciones atípicas, previniendo antiguas y nuevas formas de discriminación. Es urgente asegurar que se cumpla con las obligaciones empresariales de invertir en actualización y calificación permanentes para que todas las personas puedan aprovechar la aplicación de las nuevas tecnologías.

Negociaciones colectivas sólidas y diálogo social. La negociación de los nuevos parámetros del mercado de trabajo no puede restringirse exclusivamente a la legislación laboral. En los contextos más diversos, el diálogo social ha dado muestras de su eficacia como instrumento para la superación de crisis y la preparación de soluciones para desafíos complejos.

Muchos temas deben ser encarados desde la empresa o el sector. El diálogo social y las negociaciones colectivas –y, por lo tanto, también los sindicatos– tendrán un papel decisivo en la configuración del trabajo del futuro. Las empresas transnacionales juegan un rol clave en los procesos de innovación y de implementación del cambio tecnológico. Por eso las organizaciones sindicales regionales e internacionales van a tener un papel fundamental en brindar su apoyo a los sindicatos nacionales durante las negociaciones, organizar el intercambio de experiencias, así como desarrollar e implementar estrategias transnacionales. En este contexto, las nuevas tecnologías pueden contribuir para que la organización sindical pueda analizar las condiciones de producción con mayor precisión, supervisar el respeto de las pausas y los horarios de trabajo o superar el acceso desigual a la información frente a las empresas. Al mismo tiempo, los sindicatos tienen el reto de implementar nuevas estrategias y formas de organización para intervenir en la regulación de estas nuevas realidades laborales

■ ¡Hay que definir el trabajo del futuro ahora!

Para lograr un «buen trabajo» del futuro en América Latina, los países del continente deben adaptar sus modelos económicos a las nuevas realidades y apostar –sobre la base de políticas de innovación y educación– a la expansión de los sectores que sean capaces de generar un crecimiento económico sostenible y crear trabajo de calidad. Ese trabajo seguirá necesitando protección y

regulación. Es central la lucha por el acceso a una formación y capacitación de buena calidad, y los sistemas de previsión social deben apoyar a quienes no encuentren un lugar en el mercado de trabajo. Desde su posición de participantes fuertes del diálogo social y de las negociaciones colectivas, los sindicatos cumplirán un papel clave en la definición de las soluciones a escala nacional e internacional.

Las cuatro dimensiones mencionadas anteriormente no pueden estar aisladas de otras políticas públicas, ya que el desarrollo social es una inversión con réditos positivos para el crecimiento económico y el cuidado del medio ambiente. Invertir en desarrollo e inclusión social (educación, nutrición, salud, previsión social, formación y desarrollo de capacidades para el trabajo, entre otros) aumenta la productividad de los trabajadores y posibilita un mayor conocimiento y cuidado del medio ambiente y la resiliencia de la población ante disrupciones importantes, como crisis económicas o ambientales. A la inversa, no hacerlo limita las posibilidades de inversión productiva y aumenta los costos de producción.

La generación, el acceso y el control de datos son las claves de este nuevo mundo digitalizado. Urgen la protección de datos y la soberanía sobre datos en el plano internacional, pero también a escala nacional, para combatir el «imperialismo de datos». América Latina tendrá que participar más en el debate internacional sobre el futuro del trabajo y buscar más ideas de otras regiones del mundo acerca de cómo se podría estructurar el cambio. Todos los acuerdos, reglamentaciones y procesos de definición política globales deben tomar en cuenta las realidades de América Latina, y por esto es importante que se hagan escuchar las colectividades políticas y sociales, especialmente las de orientación progresista.

Por último, se debe mejorar la interconexión de los esfuerzos existentes, al tiempo que estos deben intensificarse para no perder el impulso para la configuración activa y progresista del futuro. Esto incluye que el progresismo de la región establezca el predominio interpretativo sobre la terminología de este cambio y transmita su propia visión del futuro. El «relato» actual del futuro del trabajo es enteramente neoliberal, individualista y capitalista. El concepto de economía colaborativa suele utilizarse para enmascarar el desequilibrio de poder entre capital y trabajo y así incumplir obligaciones. La precarización se presenta como flexibilidad y el futuro digital se convierte en el paraíso del consumo. Se trata entonces de contrarrestar esto mediante un discurso alternativo y la visión de una modernidad digitalizada, emancipadora, incluyente y sostenible. ☐

¿Qué sabemos (y qué no sabemos) sobre el futuro del trabajo?

En los últimos años, se desarrolló una importante agenda de investigación que puso el futuro del empleo en un lugar protagónico dentro de la discusión pública y la gobernanza global. Los hallazgos fundamentales permiten derribar algunos mitos y creencias usuales, como un posible auge del desempleo y una obsolescencia del trabajo humano, pero, al mismo tiempo, llaman la atención sobre los desafíos distributivos y laborales asociados a la automatización, el poder del mercado en la economía digital y el crecimiento de nuevas formas de trabajo independiente.

LUCA SARTORIO

Vehículos autónomos preparados para el transporte de pasajeros o servicios de distribución. Gestores de fondos automatizados que administran ahorros mediante sistemas de inteligencia artificial. *Chatbots* en los servicios de atención al cliente que interactúan con una simulada humanidad de artificialidad casi indistinguible para los usuarios. La marea innovadora parece avanzar sobre el mercado de trabajo a un ritmo imparable y vuelve obsoleta la contribución humana al proceso productivo en un conjunto muy amplio y diverso de actividades.

Luca Sartorio: es licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y estudiante de la maestría en Finanzas en la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT). Se desempeña como coordinador del programa «Futuro del Trabajo» del Centro para la Evaluación de Políticas basadas en la Evidencia (CEPE) y del proyecto «¿Qué funciona?», iniciativa del CEPE para el análisis cuantitativo de la efectividad de las políticas activas en el mercado de trabajo. Colaboró en *Después del trabajo. El empleo argentino en la cuarta revolución industrial*, de Eduardo Levy Yeyati (Sudamericana, Buenos Aires, 2018).

Palabras claves: cambio tecnológico, desigualdad, polarización, trabajo.

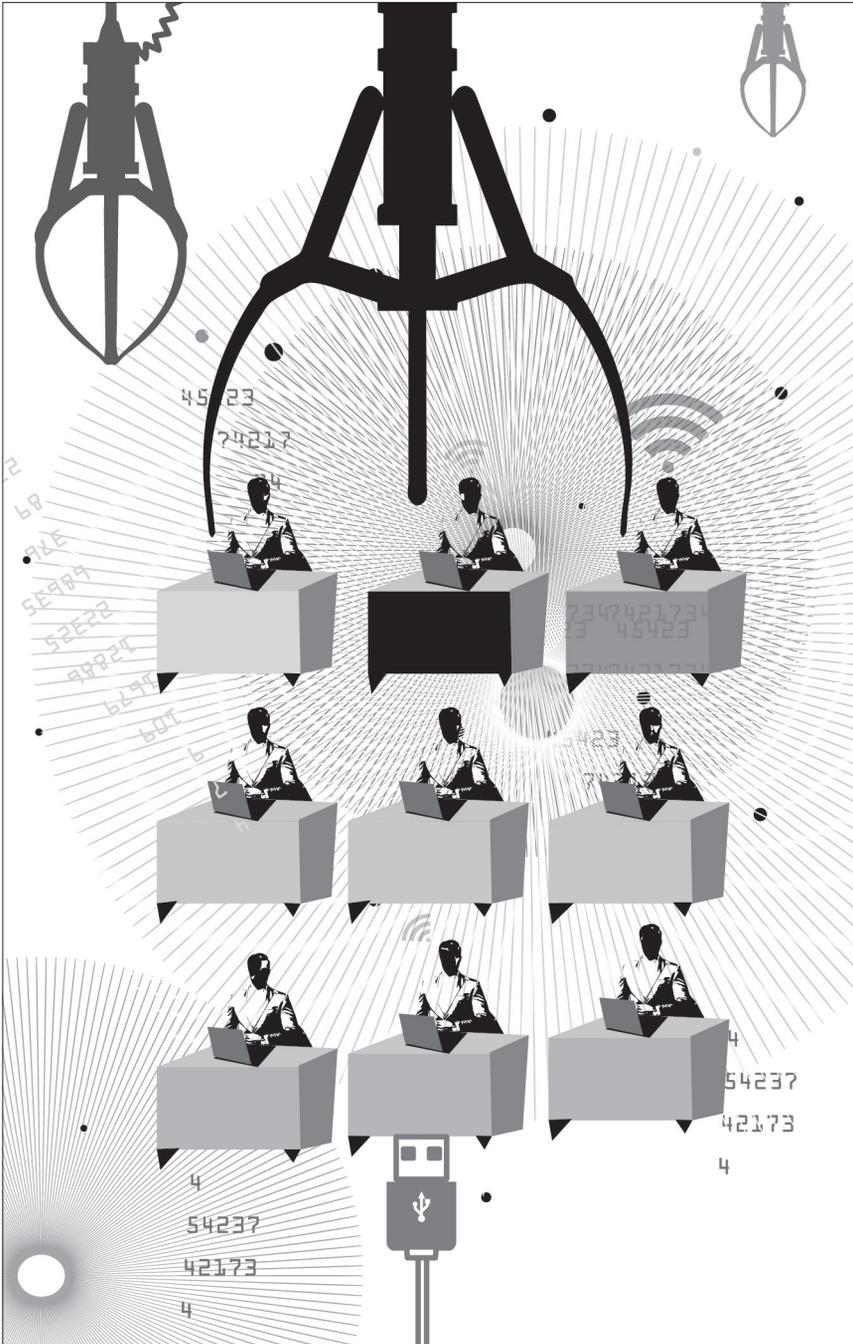
El supuesto impacto de las nuevas tecnologías sobre el empleo ha generado un pánico desmesurado a escala global. Probablemente con el impulso de estimaciones de frágil rigurosidad metodológica que lanzaban pronósticos particularmente alarmistas, el futuro del trabajo se ha convertido en un eje fundamental de la agenda de investigación de universidades y organismos internacionales e incluso se constituyó en el tópico central de reuniones recientes del G-20 y el Foro Económico Mundial¹. ¿Qué aprendimos luego de una década de desarrollos teóricos y empíricos que han analizado estos fenómenos desde la economía laboral? ¿Son estas preocupaciones infundadas o existen razones para considerar el cambio tecnológico un desafío para el trabajador del siglo XXI?

Aún lejos de los panoramas distópicos y las visiones catastróficas, el cambio tecnológico tiene importantes impactos en las esferas laboral y distributiva cuyas dimensiones y características resulta imperioso comprender. Generar un diagnóstico exhaustivo y riguroso de los desafíos de la revolución digital es un primer paso indispensable para pensar una agenda de políticas para el empleo en la cuarta Revolución Industrial.

■ La amenaza que no fue

Quizá el disparador fundamental del interés en el impacto de las nuevas tecnologías sobre el futuro del trabajo haya sido la posibilidad hipotética de un mundo sin trabajo, de una fantasía distópica en la que el desarrollo técnico termine por volver redundante toda actividad humana en el proceso productivo. La preocupación por determinar si la tecnología genera más empleo del que destruye fue el motor fundamental de los primeros acercamientos de la disciplina económica a la cuestión. Sin embargo, una rápida mirada a la evolución de las estadísticas laborales no indica el paso de un fantasma sustitutivo por el mercado de trabajo. En efecto, al analizar la evolución de la proporción de la población empleada sobre la población total en economías desarrolladas, aquellas donde la penetración de estos

1. La divergencia en las estimaciones es enorme. Mientras que un trabajo de Carl B. Frey y Michael A. Osborne, investigadores de la Universidad de Oxford, sentenciaba que 47% de los empleos en Estados Unidos se encontraba en alto riesgo de automatización, un trabajo muy similar realizado por investigadores de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), introduciendo ligeros cambios en el procedimiento de la estimación, arribaba a la conclusión de que ese porcentaje se ubicaba cerca de 9%. La disciplina económica se encuentra muy lejos de poder realizar pronósticos del impacto de estas tendencias con un nivel de confianza satisfactorio. Para más información, los límites metodológicos de estos trabajos están expuestos en detalle en E. Levy Yeyati y L. Sartorio: «Technology and the Future of Work: Why Do We Care» en *Latin American Policy Journal* vol. 7, primavera de 2018.



cambios disruptivos fue más profunda, no se observan caídas significativas de los niveles de empleo durante las últimas décadas. En pleno auge del desarrollo digital, los agregados laborales tienden a mantenerse relativamente estables en el largo plazo, más allá de fluctuaciones eventuales propias del ciclo macroeconómico.

Lejos de ser el desempleo una característica fundamental de este acelerado cambio tecnológico, la evidencia empírica indica que la mayor productividad

La evidencia empírica indica que la mayor productividad tendió incluso a generar más empleo del que destruyó ■

tendió incluso a generar más empleo del que destruyó. Un estudio de Anna Salomons y David Autor en 19 economías desarrolladas durante los últimos 40 años indica que, si bien los saltos de productividad en un sector productivo particular solían generar una sustitución de trabajo y una reducción del nivel de empleo en ese mismo sector productivo («efecto directo negativo»), también tendían a incrementar el empleo en todos los demás sectores productivos no asociados a la innovación específica («efecto indirecto positivo»)².

¿Cómo se explica que la innovación en una industria específica destruya empleo en esa misma industria pero genere empleo en todas las demás? Autor y Salomons señalan tres posibles explicaciones para este fenómeno. En primer lugar, ante un salto de productividad, una industria puede elevar sus niveles de producción y requerir entonces más insumos para su operación, y por ende incentivar la producción y el empleo en sus proveedores, en lo que se denomina «encadenamientos hacia atrás». Análogamente, al elevar su productividad, la industria innovadora suele reducir el precio del bien que produce, y esto les permite a las industrias que se abastecen con su producto abaratar sus costos y así elevar su producción y generar más empleo al estimular «encadenamientos hacia adelante». Finalmente, esta mayor productividad puede generar «efectos ingreso o de demanda final»: debido a los precios más bajos, el consumidor tiene un mayor ingreso disponible para destinar al consumo en otras industrias, lo que genera mayor demanda y eleva la producción en la totalidad de la economía.

2. D. Autor y A. Salomons: «Does Productivity Growth Threaten Employment?», trabajo presentado en el ECB Forum on Central Banking, 6/2017, pp. 26-28, y también «Is Automation Labor-Displacing? Productivity Growth, Employment, and the Labor Share», Brookings Papers on Economic Activity, 2018.

A priori, estos efectos indirectos podrían parecer más abstractos o difusos. Ante la acelerada automatización de ocupaciones, daría la impresión de que los efectos benignos de un encadenamiento industrial o de un efecto ingreso son menos verificables o de segundo orden. Sin embargo, en las 19 economías analizadas se constató que estos efectos indirectos positivos tendieron a compensar los efectos directos negativos, en general más intuitivos y fácilmente observables pero menos relevantes empíricamente, y esto resultó en una contribución modestamente positiva de la mayor productividad al crecimiento del empleo. Estos estudios derriban una de las preocupaciones fundamentales en esta discusión, probablemente la que más ansiedad haya suscitado: la tecnología no solo no nos llevaría al fin del empleo, sino que incluso tendería a generar más puestos de trabajo de los que destruye.

■ Polarización y desigualdad: la convulsión detrás del agregado

Si el cambio tecnológico no nos llevará a una sociedad de mayor desempleo y obsolescencia del trabajador, ¿es el temor a la automatización del empleo un pánico infundado? Miradas escépticas respecto de la relevancia de estos debates tienden a detener el análisis en esta instancia y a soslayar otros aspectos fundamentales en la relación entre tecnología y trabajo. Independientemente de que el empleo en el nivel agregado se haya mantenido relativamente estable, la composición del mercado de trabajo sí cambió abruptamente.

Por un lado, el cambio tecnológico presenta desafíos de transición y la reconfiguración del mercado laboral generó un patrón de ganadores y perdedores del cambio. En una dinámica convulsionada, múltiples actividades se vieron sustituidas, mientras que las nuevas demandas de habilidades generaban otras nuevas. Naturalmente, las nuevas ocupaciones no son iguales a las que se destruyen, y el trabajador desplazado enfrenta dificultades para reconvertirse en la adultez y transitar exitosamente hacia las nuevas demandas de empleo y las calificaciones que estas requieren.

Además, este proceso de creación y destrucción de ocupaciones tuvo importantes implicancias distributivas que se escondían detrás de un nivel de empleo relativamente estable. En esta línea, el principal fenómeno asociado a estas tendencias fueron los patrones de polarización laboral en las economías desarrolladas. La polarización de la estructura ocupacional, altamente documentada en la bibliografía, consistió en un crecimiento de la participación en el empleo total de las ocupaciones de alta y baja calificación, a expensas de un protagonismo decreciente de las ocupaciones de nivel medio. Si bien no

se evidenció una caída del nivel de empleo, sí se documentó un importante declive de las ocupaciones comúnmente consideradas «de clase media». Este fenómeno se ha verificado en casi todos los países de altos ingresos a partir de la década de 1980, y se lo ha asociado estrechamente a la automatización del empleo y al desarrollo de la robótica industrial y la economía digital, que volvieron redundante la contribución productiva de muchos asalariados de ingresos medios tanto en ocupaciones manufactureras como en administrativas y de oficina³.

¿Por qué el impacto se focaliza en empleos de ingreso medio? Según una hipótesis formalizada por Daron Acemoglu y el ya mencionado Autor, el cambio tecnológico no automatiza ocupaciones en su totalidad, sino que sustituye tareas particulares dentro de cada actividad⁴. En particular, tiende a sustituir *tareas rutinarias*, que los autores sostienen que son particularmente preponderantes en ocupaciones de calificación media. Con tareas rutinarias hacen referencia a aquellos procedimientos que, al seguir un conjunto de acciones fácilmente definibles, pueden describirse con precisión y que por lo tanto pueden ser explicitados mediante una serie de instrucciones para ser ejecutadas por equipos robóticos o computarizados. Estas tareas suelen ser características de trabajos de calificación e ingreso medio, tanto en ocupaciones manuales *blue-collar* como en oficios y trabajos manufactureros reemplazados por equipamiento industrial, y empleos administrativos y de oficina *white-collar* cada vez más amenazados por los algoritmos y la creciente capacidad de procesamiento de datos.

Por el contrario, la tecnología encuentra dificultades para ejecutar dos tipos de tareas no rutinarias. En primer lugar, la negociación de un gerente de alto

3. Alexandra Spitz-Oener: «Technical Change, Job Tasks, and Rising Educational Demands: Looking Outside the Wage Structure» en *Journal of Labor Economics* vol. 24 N° 2, 4/2006; Maarten Goos y Alan Manning: «Lousy and Lovely Jobs: The Rising Polarization of Work in Britain» en *The Review of Economics and Statistics* vol. 89 N° 1, 2/2007; Kate Mieske: «Low-Skill Service Jobs and Technical Change», University College de Londres, 2009, inédito; M. Goos, A. Manning y A. Salomons: «Explaining Job Polarization: Routine-Biased Technological Change and Offshoring» en *American Economic Review* vol. 104 N° 8, 2014; D. Autor: «The Polarization of Job Opportunities in the us Labor Market: Implications for Employment and Earnings», Center for American Progress and The Hamilton Project, 4/2010; D. Autor: «Why Are There Still So Many Jobs? The History and Future of Workplace Automation» en *Journal of Economic Perspectives* vol. 29 N° 3, 2015; Adrian Adermon y Magnus Gustavsson: «Job Polarization and Task-Biased Technological Change: Evidence from Sweden, 1975-2005» en *The Scandinavian Journal of Economics* vol. 117 N° 3, 2015; Banco Mundial: *Informe sobre el desarrollo mundial 2016. Dividendos digitales*, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento / Banco Mundial, Washington, DC, 2016.

4. D. Autor, Frank Levy y Richard Murnane: «The Skill Content of Recent Technological Change: An Empirical Exploration» en *The Quarterly Journal of Economics* vol. 118 N° 4, 2003; D. Acemoglu y D. Autor: «Skills, Tasks and Technologies: Implications for Employment and Earnings» en *Handbook of Labor Economics* vol. 4, Elsevier, Ámsterdam, 2011.

rango, la creatividad de un desarrollador de aplicaciones o la capacidad de resolver problemas complejos de un biólogo molecular son capacidades naturalmente difíciles de describir con precisión para ser posteriormente codificadas. En efecto, a la tecnología le resulta difícil automatizar *tareas abstractas*, es decir un conjunto de actividades que requieren habilidades como persuasión, creatividad, originalidad o negociación, entre otras, típicas de ocupaciones gerenciales, técnicas y profesionales, en general altamente calificadas. Por otro lado, existen tareas manuales no rutinarias, actividades que requieren adaptabilidad situacional, reconocimiento visual y de lenguaje e interacción personal, aspectos esenciales en servicios poco calificados como limpieza, cocina, seguridad, transporte, cuidado de niños y ancianos, entre otros. Quizá pueden parecer operaciones poco sofisticadas, pero en general apelan a virtudes intrínsecamente humanas, igualmente difíciles de definir, como la empatía de un cuidador de ancianos o la adaptabilidad de un guardia de seguridad a entornos cambiantes en contextos impredecibles.

Ambos tipos de tareas no rutinarias se ven atravesadas por lo que Autor denomina «la paradoja de Polanyi» (en referencia a Michael Polanyi, quien decía que «podemos saber más de lo que podemos decir»). Nuestras capacidades humanas se basan en habilidades y reglas que a menudo superan nuestra apreciación consciente y nos son transmitidas a través de la cultura, la tradición y la evolución. Este conocimiento tácito se vuelve muy difícil de explicitar y eso impide su codificación, condición indispensable para una posterior automatización. La incapacidad de la tecnología para sustituir tareas de muy alta y baja calificación explicaría así los patrones de polarización propios de las economías que se encuentran en la frontera innovadora a escala global.

**Este conocimiento
tácito se vuelve muy
difícil de explicitar
y eso impide
su codificación ■**

Para explicar las tendencias de polarización del empleo, se han expuesto distintas teorías alternativas a la hipótesis de la automatización y su enfoque de tareas. Sin dudas aquella que generó más interés en la producción académica fue la que buscó explicar estos patrones mediante la potencial deslocalización de empleos de calificación media de países desarrollados en economías emergentes o en vías de desarrollo. Según esta lectura, el declive de las ocupaciones de ingresos medios se explicaría por la creciente integración comercial y el surgimiento de cadenas globales de valor que permitieron mudar instancias del proceso productivo a economías abundantes en mano de obra barata y ventajas salariales, particularmente en procesos muy dependientes

de ocupaciones de calificación media tanto industriales como administrativas. Por el contrario, tanto las ocupaciones de alta como de baja calificación son, según este enfoque, más difíciles de deslocalizar, las primeras por la escasez de capital humano con las habilidades requeridas en países subdesarrollados y las segundas por los requerimientos de realización *on-site* y/o *face-to-face* de muchas actividades poco sofisticadas que deben ser realizadas de forma presencial, como los servicios de transporte, gastronomía, limpieza y seguridad, entre otras.

No obstante, los estudios empíricos que han explorado la relación entre las distintas variantes explicativas del proceso de polarización del empleo han coincidido en destacar la automatización como su *driver* fundamental, a expensas de otras posibles explicaciones⁵. Existe un consenso significativo respecto de que la automatización del empleo fue el factor fundamental de estas fuertes disrupciones en el mercado de trabajo durante las últimas cuatro décadas.

¿Es la polarización necesariamente una mala noticia? *A priori*, resultaría difícil ver el declive de la clase media en economías desarrolladas como una noticia deseable. No obstante, podría señalarse que detrás del crecimiento de la participación de ocupaciones de baja calificación se esconde una mejor inserción de personas tradicionalmente desplazadas y marginadas del mercado de trabajo, que hoy tienen una posibilidad de incorporarse al empleo formal mediante estas actividades. Al ser muy poco dependientes de procedimientos rutinarios y al apelar a cualidades intrínsecamente humanas como la empatía o la percepción sensorial, los servicios de baja calificación tienden a ser vistos como un «refugio» para el trabajador desplazado. Sin embargo, el problema fundamental de esta lectura es que ignora otros aspectos fundamentales que incidieron sobre los ingresos laborales tanto en ocupaciones de alta como de baja calificación.

Si bien tanto las ocupaciones de poca sofisticación como los cargos gerenciales, técnicos o profesionales han estado relativamente a salvo de la sustitución, las remuneraciones de estos dos tipos de ocupaciones tuvieron trayectorias muy dispares debido a dos razones fundamentales. En primer

5. D. Autor y D. Dorn: «The Growth of Low-Skill Service Jobs and the Polarization of the US Labor Market» en *American Economic Review* vol. 103 N° 5, 2013; Guy Michaels, Ashwini Natraj y John Van Reenen: «Has ICT Polarized Skill Demand? Evidence from Eleven Countries over Twenty-Five Years» en *Review of Economics and Statistics* vol. 96 N° 1, 2014; M. Goos, A. Manning y A. Salomons: ob. cit.

lugar, los empleos de alta calificación desarrollaron mayores grados de complementariedad con las nuevas tecnologías. Es el caso de un ingeniero en petróleo que utiliza equipamiento cada vez más productivo, de un gerente de alto rango que cuenta con una capacidad de procesamiento de datos mucho mayor para realizar análisis más sofisticados o de un desarrollador de software que tiene la capacidad de generar aplicaciones con mayores funcionalidades y utilidad para el usuario. Sin embargo, mientras que el valor del trabajo de las ocupaciones calificadas fue creciendo a medida que se ampliaba el desarrollo tecnológico, la rutina diaria de un camarero o de un empleado de limpieza es prácticamente la misma que la de hace 80 años. El avance digital no alteró de forma sustancial el valor del trabajo producido en los servicios de baja calificación ni desarrolló las mismas sinergias.

Los empleos de alta calificación desarrollaron mayores grados de complementariedad con las nuevas tecnologías ■

Por otro lado, tanto para el trabajador desplazado de clase media como para las generaciones que se incorporan sucesivamente al mercado de trabajo, resultó más fácil integrarse a ocupaciones con menores requisitos de calificación y sofisticación productiva. Si bien la demanda de ocupaciones de altos ingresos tendió a crecer, la oferta de trabajadores con las capacidades requeridas fue limitada debido a los exigentes requisitos de calificación. Por el contrario, los incrementos de la demanda relativa de empleos de menor sofisticación se vieron más que compensados por una oferta de trabajadores desplazados que no encontraron una mejor alternativa que volcarse a estas actividades. La mayor competencia por ocupaciones de bajos ingresos tendió así a deprimir aún más los salarios, cuando el trabajador aceptaba menores remuneraciones con tal de conseguir un puesto de trabajo o preservar el propio.

La conjunción de ambos fenómenos generó una mayor desigualdad salarial en sentido tradicional: a mayor calificación de la ocupación, mayor crecimiento salarial en las últimas décadas. Los desplazados de clase media no fueron los únicos perjudicados por el cambio, también se ensancharon las diferencias en la remuneración entre trabajadores y la distancia entre las ocupaciones de alta y baja calificación tendió a crecer. El reverso de la polarización del empleo fue una creciente inequidad entre trabajadores: las ganancias de productividad no fueron las mismas para todos los trabajadores y la adaptación al cambio fue muy desigual.

■ La era de las superestrellas

Más allá de la desigualdad entre trabajadores, otro patrón muy documentado en economías tanto desarrolladas como en vías de desarrollo fue la creciente inequidad entre trabajo y capital o entre empleados y empleadores. Un segundo hecho estilizado de la investigación académica sobre la evolución de la desigualdad a escala mundial es la caída de la participación del trabajo en relación con la del capital sobre el ingreso total⁶. Naturalmente, este fenómeno también se encuentra estrechamente vinculado a la automatización del empleo. Un trabajo reciente del Fondo Monetario Internacional (FMI) analizó la contribución empírica de la inversión en nuevas tecnologías y de la exposición al empleo rutinario en la caída de la participación laboral sobre el ingreso, y documentó una influencia significativa de este fenómeno⁷. No obstante, la automatización del empleo no ha sido la única línea de causalidad entre el desarrollo tecnológico y la desigualdad entre capital y trabajo. Recientemente, la producción académica ha comenzado a explorar la relación entre el desarrollo tecnológico y un creciente poder de mercado de las empresas líderes de la economía digital. Estudios realizados en economías avanzadas señalaron que, a partir de los años 80, esta menor participación del trabajador en el ingreso fue acompañada de una disminución de la participación «pura» del capital sobre el ingreso, entendida como el retorno a la inversión de las compañías. Ambas caídas se vieron compensadas por un aumento en la participación de las ganancias empresarias obtenidas mediante rentas no competitivas, a través de un mayor poder de mercado⁸.

No exento de controversias, este fenómeno comenzó a vincularse con las características específicas de los mercados de la economía digital que surgieron durante las últimas décadas. Por ejemplo, Mordecai Kurz documentó en EEUU que 36 de las 50 empresas con mayores excedentes de riqueza en mercados

6. Loukas Karabarbounis y Brent Neiman: «The Global Decline of the Labor Share» en *The Quarterly Journal of Economics* vol. 129 N° 1, 2013; Thomas Piketty: *El capital en el siglo XXI*, FCE, Ciudad de México, 2015; Mai Chi Dao, Mitali Das, Zsoka Koczan y Weicheng Lian: «Why is Labor Receiving a Smaller Share of Global Income? Theory and Empirical Evidence», IMF Working Paper N° WP/17/169, FMI, 2017; D. Autor, D. Dorn, Lawrence Katz, Christina Patterson y John Van Reenen: «The Fall of the Labor Share and the Rise of Superstar Firms», NBER Working Paper N° 23396, 2017.
7. Mai Chi Dao, Mitali Das, Zsoka Koczan y Weicheng Lian: ob. cit.
8. Simcha Barkai: «Declining Labor and Capital Shares», Stigler Center for the Study of the Economy and the State, New Working Paper Series N° 2, 2016; Jan De Loecker y Jan Eeckhout: «The Rise of Market Power and the Macroeconomic Implications», NBER Working Paper N° 23687, 2017; Mordecai Kurz: «On the Formation of Capital and Wealth», documento de trabajo, Universidad de Chicago, 2017; Federico Diez, Daniel Leigh y Suchanan Tambunlertchai: «Global Market Power and its Macroeconomic Implications», IMF Working Paper N° WP/18/137, Fondo Monetario Internacional, 2018.

no competitivos en el año 2015 eran actores claves de la revolución digital y muchas de ellas ni siquiera existían a mediados de la década de 1970⁹. Estas empresas suelen operar en una competencia del tipo «ganador se lleva todo», en la que una firma dominante tiende a capturar un *share* muy importante de sus mercados. La tendencia a la concentración en este tipo de economías tendió a asociarse fundamentalmente con el auge de las compañías más emblemáticas de la revolución digital, por lo general llamadas *superstar firms* (empresas superestrellas).

¿Por qué los mercados digitales presentan una mayor tendencia a la concentración? En primer lugar, estas economías cuentan con fuertes externalidades de red, es decir, operan en ecosistemas en los que sus bienes y servicios adquieren cada vez más valor a medida que más usuarios los consumen. Es el caso, por ejemplo, de las redes sociales: todos preferimos conversar en la plataforma en la que encontramos a una mayor cantidad de nuestros conocidos. O el de los sitios de compra y venta, en los que oferentes y demandantes suelen buscar la alternativa en la que haya más proveedores, más usuarios evaluando productos y una base sólida de clientes potenciales para el vendedor. Las externalidades de red de estos mercados terminan por volver óptimos escenarios en los que los usuarios se aglomeran en unas pocas plataformas. Esta propiedad no es exclusiva de los mercados digitales: los servicios de telefonía o fax también exhiben fuertes efectos de red y, de este modo, sus productos solo cobran valor para el usuario en la medida en que son utilizados por sus contactos de interés (amigos, familiares o colegas). No obstante, mientras que la red de telefonía no es propiedad de una única empresa y las compañías compiten entre sí para ofrecer el mejor servicio, en el caso de las plataformas digitales la red sí es propiedad de un único competidor, lo que habilita una concentración casi absoluta de determinados mercados.

¿Por qué los mercados digitales presentan una mayor tendencia a la concentración? ■

Además, muchos gigantes digitales tienen fuertes efectos bloqueo o *lock-in*, es decir, incentivos para bloquear la migración de clientes a otros competidores potenciales. Es el caso de programas o sistemas operativos cuyos lenguajes, usos y costumbres son conocidos y asimilados por clientes y desarrolladores hasta volverse la norma: una vez que aprendí a programar en un lenguaje o sistema operativo, tengo pocos incentivos para aprender todos los

9. M. Kurz: ob. cit.

procedimientos y mejores prácticas de uno alternativo. Es también el caso de las redes sociales que almacenan mucha información compartida de interés para los usuarios, lo que reduce sus incentivos para migrar a un posible competidor para no perder interacciones y recuerdos a los que se les otorga valor. Finalmente, también existen fuertes externalidades de escala en estas economías en las que el número de clientes mejora la calidad, cantidad y eficiencia del producto. Es el caso, por ejemplo, de los motores de búsqueda algorítmicos, que mejoran a medida que aumenta el número de consultas, lo que permite optimizar las recomendaciones, mejorar los procesos y ofrecer productos adicionales. Pero esto también aplica a la generación de recomendaciones en plataformas de compra y venta, redes sociales y cualquier otra plataforma o mercado en los que la información de consultas de los usuarios pueda almacenarse y analizarse para ofrecer nuevas recomendaciones. A mayor escala de la plataforma, mayor optimización del servicio ofrecido.

Las externalidades de red, los efectos *lock-in* y las economías de escala son características usuales de los mercados de la economía digital y explican que muchas veces pueda ser «óptimo» para el consumidor que una única plataforma, un sistema operativo o un lenguaje de programación concentre enormes proporciones de usuarios: ¿cuántos Facebooks o Amazons pueden coexistir razonablemente? La tendencia natural a la concentración estuvo detrás de la emergencia de las superestrellas digitales, que fueron frecuentemente asociadas a un auge del poder de mercado en distintas investigaciones empíricas¹⁰. La concentración de estos nuevos mercados, que no está necesariamente vinculada a prácticas no competitivas sino a innovaciones genuinas y disruptivas, presenta importantes desafíos para la regulación competitiva, ya que deben evitarse abusos, pero sin por ello incurrir en una regulación que pueda penalizar la innovación propia de la emergencia de estas compañías.

■ Trabajo independiente: ¿elección o necesidad?

Una última preocupación vinculada al impacto de las nuevas tecnologías es el crecimiento de formas atípicas de empleo. En este marco, las plataformas propias de la economía colaborativa podrían generar una expansión del empleo informal, no alcanzado por la regulación laboral y los sistemas de protección

10. D. Autor, D. Dorn, L. Katz, C. Patterson y J. Van Reenen: ob. cit.; James Bessen: «Information Technology and Industry Concentration», Law and Economics Research Paper N° 17-41, Boston University School of Law, 2017.

social. Si bien a escala global aún no se verifica un fuerte crecimiento del empleo independiente como proporción del empleo total¹¹, se espera que este fenómeno se profundice en el futuro con la generalización de estas actividades.

Las nuevas modalidades de empleo propias de la economía colaborativa pueden ser vistas como la evolución natural del trabajo o como el síntoma de un desequilibrio. Cuando estas modalidades son el resultado de una elección activa de los individuos, pueden tan solo ser un reflejo virtuoso de la preferencia del trabajador por arreglos que le den cierto margen para moldear sus proyectos, elegir sus clientes o adaptar sus agendas con mayor autonomía. No obstante, el crecimiento de estos contratos puede también ser el fruto de una creciente desprotección del trabajador desplazado, que desearía obtener un empleo asalariado estable pero no logra conseguirlo y se ve así marginado de los beneficios de una protección social casi exclusivamente dependiente de la condición laboral.

¿Cuánto hay de elección y cuánto de necesidad en estos nuevos arreglos laborales? Existen pocos estudios a gran escala que busquen zanjar esta cuestión y la mayoría de ellos ha sido realizada en economías desarrolladas. Un estudio de 2016 del McKinsey Global Institute, basado en 8.000 entrevistas en países de altos ingresos, reportó que cerca de 70% de los trabajadores independientes decían elegir sus respectivos arreglos laborales y solo 30% decía aceptar trabajar en estas condiciones por necesidad o último recurso¹². Sin embargo, esta realidad difícilmente sea asimilable al cuentapropista en economías emergentes o en vías de desarrollo, típicamente asociado a empleos de bajos salarios, más próximos al agricultor de subsistencia o al personal doméstico que a actividades *freelance* de alta calificación.

¿Cuánto hay de elección y cuánto de necesidad en estos nuevos arreglos laborales? ■

Esto adquiere particular relevancia en esquemas de protección social como los latinoamericanos, en los que gran parte de las redes de seguridad se rigen por el principio contributivo y los beneficios están directamente vinculados a la tenencia de un empleo asalariado registrado y no son de acceso universal o focalizados en poblaciones objetivo vulnerables. En contextos en que el

11. E. Levy Yeyati, Martín Montané y Daniel Scheingart: «Radiografía del trabajo argentino. Documento final», Argentina 2030, Jefatura de Gabinete de Ministros de Argentina, 2017.

12. Jacques Bughin, Susan Lund, Deepa Mahajan, James Manyika, Jan Mischke y Kelsey Robinson: «Independent Work: Choice, Necessity and the Gig Economy», McKinsey Global Institute, 10/2016.

empleo formal es el puente fundamental a los beneficios de la protección social, esta nueva fuerza de trabajo emerge desprotegida de la red de seguridad, lo que genera nuevos desafíos para los sistemas de bienestar.

Estas modalidades llegaron para quedarse y muchas veces son el reflejo inevitable de un cambio estructural en los arreglos contractuales del mercado de trabajo. El desafío no está en abrazarlas o en condenarlas, sino más bien en pensar cómo formatear estos esquemas alternativos para lograr un balance virtuoso que pueda ofrecer una mayor flexibilidad e independencia a los empleados y darle una mayor adaptabilidad a la empresa frente a los distintos ciclos de la demanda de trabajo, sin por ello condenar al cuentapropista a la desprotección y la inestabilidad laboral.

Lamentablemente, por el momento no contamos con caracterizaciones rigurosas y exhaustivas de esta fuerza de trabajo independiente en economías emergentes, muchas veces subestimada en las estadísticas públicas. En muchos casos, en general los más desfavorables, el trabajo por cuenta propia es una respuesta a la desalarización y el desempleo: desalentarlo tendría efectos no deseados para los segmentos más vulnerables sin acceso a un empleo estable; incentivarlo sin red de protección profundizaría la precarización. Avanzar en la caracterización de esta fuerza de trabajo alternativa es una necesidad y un primer paso inevitable para actualizar las reglas de los contratos laborales del futuro.

■ Una agenda para el siglo XXI

Trabajo independiente, polarización y concentración: el cambio tecnológico plantea desafíos laborales y distributivos para la política pública. Todavía lejos de la oscura distopía del fin del empleo, detrás de la enorme fuente de bienestar y progreso que es el cambio tecnológico se esconden problemas de envergadura que exigirán respuestas potentes y efectivas en áreas como educación y formación profesional, reforma laboral y reconfiguración de las relaciones del trabajo, defensa de la competencia en la economía digital o protección social y distribución del ingreso.

En su agenda de investigación, la disciplina económica viene otorgándoles un protagonismo cada vez mayor al diagnóstico de estos desafíos y a la caracterización de sus implicancias fundamentales. Una inevitable etapa posterior requerirá delinear herramientas de política basadas en la evidencia, que permitan limitar los impactos adversos de la tecnología sobre el empleo y garanticen un sendero de crecimiento inclusivo para la prosperidad compartida. ☐

Luces y sombras del ingreso básico universal

Descartadas durante mucho tiempo como utópicas, las propuestas de un ingreso básico universal están cobrando impulso tanto entre las fuerzas de la derecha como de la izquierda. En Estados Unidos, sus mayores defensores son los tecnocapitalistas, y muchos piensan en el ingreso básico como una forma de dismantelar el Estado de Bienestar. Por eso, la izquierda debe actuar con cautela, pero al mismo tiempo defender un ingreso básico capaz de abarcar a una población amplia, en el marco de un reparto más equitativo de la riqueza y el tiempo de trabajo.

ALYSSA BATTISTONI

Si hace cinco años alguien mencionaba en una conversación el ingreso básico universal, tenía más posibilidades de encontrarse con un interlocutor desconcertado que con alguien que conociera su significado. Pero el ingreso básico universal –presentado con frecuencia como la política de «pagarle a la gente por existir»– hoy ya está adquiriendo popularidad tanto en Estados Unidos como en otros países. Esta perspectiva plantea que todos reciban un estipendio regular del Estado con independencia de lo que hagan o de cómo lo gasten. Se trata de una vieja idea, que ha adquirido un interés renovado a partir del colapso financiero de 2008: cuando millones de personas perdieron su empleo y se preguntaron si encontrarían uno nuevo, hubo quienes comenzaron a preguntarse si en realidad esa gente tendría la oportunidad de trabajar.

Alyssa Battistoni: es doctoranda en Ciencias Políticas en la Universidad de Yale y editora de la revista *Jacobin*.

Palabras claves: ingreso básico universal, izquierda, tecnocapitalismo, trabajo.

Nota: la versión original de este artículo en inglés fue publicada con el título «The False Promise of Universal Basic Income» en *Dissent*, primavera de 2017. Traducción de Mariano Grynszpan.

El ingreso básico universal fue respaldado recientemente por el Movimiento por las Vidas Negras (M4BL, por sus siglas en inglés) como parte de un programa de reparaciones, en tanto que el Manifiesto Dar el Salto de Canadá (Canada's Leap Manifesto) llama a considerarlo como una forma de contribuir a la sostenibilidad ambiental. En septiembre de 2018, Jeremy Corbyn declaró que el Partido Laborista analizaría las perspectivas de implementar un ingreso básico universal en el Reino Unido, mientras que en Escocia existen experimentos en la misma línea apoyados por el progresista Partido Nacional Escocés (SNP, por sus siglas en inglés). A su vez, en Francia, Benoît Hamon obtuvo en 2017 la candidatura presidencial por el Partido Socialista con una plataforma que incluía un ingreso básico universal.

El creciente debate público se ha visto acompañado, además, por un pequeño pero significativo número de programas experimentales, sobre todo en Europa. Unos 250 habitantes de Utrecht, en los Países Bajos, comenzaron a recibir 960 euros por mes otorgados por el gobierno, mientras que una experiencia finlandesa promovía el pago mensual de 550 euros a entre 5.000 y 10.000 personas¹. Ninguno de los montos resulta suficiente para vivir, aunque tampoco se trata de sumas despreciables. En el mundo actual, EEUU alberga lo que más se aproxima a un programa de ingresos básicos: el Fondo Permanente de Alaska. Desde 1982, con recursos generados por el petróleo, el fondo le ha pagado a cada residente de ese estado desde algunos cientos hasta 2.000 dólares por año. Pero los más destacados defensores del ingreso básico universal en EEUU son hoy los tecnocapitalistas, como Peter Thiel y Marc Andreessen; a excepción de Alaska, las experiencias de un ingreso básico universal no están siendo implementadas por el sector público, sino desde el ámbito privado. En particular, la aceleradora de *startups* Y Combinator inició en 2017 un programa piloto de ingresos básicos en Oakland, que propone pagar entre 1.000 y 2.000 dólares mensuales a 100 familias, sin ningún condicionamiento.

Suele señalarse que tanto Milton Friedman como Martin Luther King apoyaban la idea del ingreso básico. Y la nueva generación de partidarios es igualmente ecléctica: el espectro abarca desde capitalistas de riesgo pro-Trump, como Thiel, hasta partidarios de un «comunismo de lujo totalmente automatizado», como Peter Frase. En síntesis, las razones para abogar por el ingreso básico universal son tantas y tan diferentes como las versiones que el mecanismo podría adoptar.

1. El proyecto finlandés fue finalmente cancelado tras cerca de dos años. V. Peter S. Goodman: «Finlandia termina con el ingreso básico universal» en *The New York Times*, 30/4/2018 [N. del E.].

Una versión funciona como una especie de obligación moral, es decir, como una dádiva concedida a los desdichados que se tornan obsoletos debido a la aparición de robots más inteligentes y eficientes que ellos. Otra modalidad aspira a lograr un universalismo igualitario y cuestiona la legitimidad de la riqueza acumulada de forma privada. También hay una versión que ve el ingreso básico universal como la chispa para una generación de emprendedores, mientras que otra simplemente busca evitar una revuelta de las masas precarizadas.

El ingreso básico se postula como una solución postideológica adaptada a la nueva era de la política ■

Por lo tanto, el ingreso básico se postula con frecuencia como una solución postideológica adaptada a la nueva era de la política: la extraña confluencia de intereses de la izquierda y la derecha tiende a ser leída como un signo de que se debe renunciar a las posiciones políticas en aras de un compromiso racional. Sin embargo, lo que resulta transversalmente atractivo no es la funcionalidad del ingreso básico universal, sino su defecto. Dado que es políticamente ambiguo, tiene el potencial para actuar como un caballo de Troya en la izquierda o la derecha: los sectores críticos de la izquierda temen que sirva como un vehículo para disolver los restos del Estado de Bienestar, mientras que sus impulsores lo anuncian como la «vía capitalista hacia el comunismo». ¿Qué versión de ingreso básico obtendremos? Más que de una marcada postura ideológica de las medidas aplicadas, dependerá de las fuerzas políticas que las modelen. Es por ello que la perspectiva de impulsar el ingreso básico en EEUU precisamente ahora –cuando la derecha controla todo– obliga a encender las alarmas: la izquierda adepta al ingreso básico universal debe proceder con cautela.

Esto no significa que el ingreso básico sea una causa perdida. Por el contrario, la incapacidad del capitalismo de proporcionar una vida digna a los más de 7.000 millones de personas que hoy habitan el planeta es uno de sus más evidentes problemas y, al mismo tiempo, una de las mayores oportunidades para que la izquierda ofrezca una alternativa. Aun sin ser la única respuesta, un ingreso básico podría señalarnos la dirección correcta.

■ **Elevar el piso**

Como es lógico, los sindicatos se han mostrado reacios a sumarse a una política que sugiere que muchos empleos pueden resultar superfluos. Sin embargo, mientras crece el interés por el tema, el ingreso básico universal ya cuenta

con al menos un converso surgido del movimiento laboral: es Andy Stern, ex-presidente de la Unión Internacional de Empleados de Servicios (SEIU, por sus siglas en inglés). Su libro *Raising the Floor* [Elevando el piso], publicado en 2016, explica por qué el ingreso básico es el modo de «inventar un futuro mejor»².

Stern se ha autopositionado desde hace tiempo como un visionario, dispuesto a sacar al movimiento laboral del tradicionalismo anquilosado y buscarle nuevos horizontes. No obstante, dentro del ámbito sindical, es una figura controvertida y criticada por ser demasiado amigable con los patrones. Trabajó con Walmart en la reforma del sistema de salud y con Paul Ryan en asuntos de responsabilidad fiscal; en una reciente entrevista con *Vox*, expresó que el movimiento sindical tenía un papel más bien puntual y especializado (un «rol *boutique*») en la representación de los empleados individuales³. Solo era cuestión de tiempo para que estableciera un vínculo con amigos poderosos en el mundo tecnológico.

Al dejar su cargo en la SEIU en 2010, Stern describe cómo le picó la curiosidad por lo tecnológico. Pasó de una PC a una Mac y empezó a googlear; en oscuras publicaciones del sector, como *TechCrunch* y el sitio futurista alternativo *Singularity Hub*, leyó acerca de robots que se desempeñan como asesores financieros, pero también como periodistas, *barmen*, camareros de hotel o guardias de seguridad y, por supuesto, como

**¿Qué ocurrirá con ese
 47% de los trabajadores
 cuyos puestos parecen
 estar en riesgo por
 la automatización? ■**

acompañantes sexuales. En una digresión sorprendente, compara la cantidad de gente que participa en el juego *online* *Nieblas de Pandaria* con la de los miembros del movimiento sindical organizado: «El movimiento laboral estadounidense en su conjunto habría necesitado décadas para alcanzar se-

mejante capacidad de afiliación». ¡Vale la pena vivir estos tiempos! Aunque... ¿qué ocurrirá con ese 47% de los trabajadores cuyos puestos parecen estar en riesgo por la automatización? Stern, cuyo libro anterior apuntaba a convertir a EEUU en «un país que trabaja», comenzó a preocuparse por un cercano «futuro sin empleos». Desde luego, no alude a una ausencia total de puestos de trabajo, sino a que la cantidad no será suficiente.

2. A. Stern y Lee Kravitz: *Raising the Floor: How a Universal Basic Income Can Renew Our Economy and Rebuild the American Dream*, Public Affairs, Nueva York, 2016.
 3. Sean Illing: «Why We Need to Plan for a Future without Jobs» en *Vox*, 24/11/2016.

Para resolver qué hacer, Stern se reúne con mucha gente. Con Steven Berkenfeld, un banquero de inversión (cuya aptitud para evaluar el futuro puede considerarse, en el mejor de los casos, dudosa, después de haber sido ejecutivo en Lehman Brothers en el momento del colapso de 2008), quien declara que «priorizar a la gente por encima de las ganancias en este país es casi anties-tadounidense». Habla con Carl Camden, el CEO de Kelly Services, la primera agencia de empleos temporales o, según el eufemismo de Stern, «la primera empresa que vio el potencial de negocios del empleo temporal». (La empresa se hizo famosa por llamar a sus secretarías temporales «Kelly Girls»; de acuerdo con lo que anunciaba una publicidad en 1971, una Kelly Girl «nunca se toma vacaciones. Nunca pide aumento. Nunca te cuesta ni un centavo por tiempo de inactividad». Y, por supuesto, «nunca deja de complacer»). Habla con David Cote, el CEO de Honeywell International, que dice que los empleos «van a llegar» (como ya ha ocurrido antes).

Stern también habla con algunos referentes de organizaciones sindicales de EEUU, como Saket Soni, de la Coalición Nacional de Trabajadores Temporales (National Guestworker Alliance) y Ai-jen Poo, de la Coalición Nacional de Trabajadoras del Hogar (National Domestic Workers Alliance). Busca así entender «el costado oscuro de la *gig economy* [trabajos por encargo]», el que representan los jornaleros que duermen a la intemperie en Nueva Orleans después del huracán Katrina y que reciben como paga una fracción del dinero asignado a los contratistas de las obras de construcción. Para entender el crecimiento de la desigualdad económica, Stern lee –digamos– *El capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty. («Como la mayoría de la gente que lo compró, leí muy poquito del libro», admite). Contrata a una mujer de Kenia para transcribir una entrevista, por lo cual paga una factura de 4,67 dólares, y usa TaskRabbit para desarmar y trasladar su bicicleta a otra parte del país, por lo cual paga 80 dólares más gastos de envío. Llega finalmente a la conclusión de que los puestos que subsistirán tras el advenimiento de los robots serán los mejores y los peores: los programadores de Google y los choferes de Uber. Dado que estos últimos trabajos serán tan inseguros y tan mal remunerados, el creciente número de personas obligadas a recurrir a ellos necesitará algo más para poder cubrir sus gastos. Es allí donde aparece el ingreso básico: como mecanismo de protección en la *gig economy*.

■ Una utopía para realistas

En el caso del periodista holandés Rutger Bregman, no se trata de impulsar el ingreso básico universal como un modo de evitar un futuro aún más sombrío, sino como oportunidad para construir una utopía. Los avances en la ciencia,

¿Por qué ahora, cuando casi todo parece técnicamente posible, parecemos incapaces de imaginar algo en verdad inspirador? ■

la tecnología y la medicina indican que las perspectivas para la prosperidad humana son mejores que nunca, aunque las ambiciones políticas se han desdibujado en pequeños retoques tecnocráticos y los sueños de una buena vida obtienen como respuesta oleadas de basura de consumo.

¿Es esto realmente lo mejor que podemos hacer? ¿Por qué ahora, cuando casi todo parece técnicamente posible, parecemos incapaces de imaginar algo en verdad inspirador? Para Bregman, el ingreso básico representa el camino hacia una genuina realización humana: la utopía posttrabajo que necesitamos y que, de hecho, podemos alcanzar. Es una utopía para realistas.

Esta utopía –no tener que trabajar tanto o con tanto esfuerzo; dedicar más tiempo al ocio; hacer lo que uno quiere y no lo que le ordenan– es quizás la más antigua de todas. En palabras de un poeta, la tierra de la abundancia medieval era aquella donde «el dinero ha sido reemplazado por la buena vida» y «quien duerme más tiempo es quien más gana». Durante más de un siglo, parecía estar al alcance. Tanto Karl Marx como Benjamin Franklin, John Stuart Mill, Oscar Wilde y John Maynard Keynes veían la creciente productividad con la certeza de que pronto sería suficientemente alta para satisfacer las necesidades y los deseos humanos con unas pocas horas semanales de trabajo. En la década de 1960, con la automatización en expansión, ya casi se daba por sentado que tendríamos más tiempo de ocio, y la pregunta era qué haríamos con él. ¿Nos aburriríamos? ¿Lo desperdiciaríamos frente al televisor? ¿Perderíamos nuestro propósito en la vida?

Esas preocupaciones nos parecen entrañablemente ingenuas. «No nos morimos de aburrimiento, sino que nos matamos trabajando», advierte Bregman. Pero no es porque figuras como Keynes y Mill estuvieran equivocadas: lo que ocurre es que no tuvieron en cuenta la política. En lugar de aumentar el ocio de los trabajadores, la mayor productividad se dirigió a incrementar el beneficio de los dueños del capital. El colapso financiero de 2008 y la consecuente recesión no hicieron más que empeorar las cosas. En la actualidad, en vez de relajarse y disfrutar la vida, la mayoría de la gente trabaja más, en un intento desesperado por aferrarse a su empleo, o trabaja menos de lo que necesita para sostenerse.

El trabajo es en sí mismo bastante malo. Pero Bregman argumenta convincentemente que trabajar menos ayudaría a resolver muchos otros problemas:

estrés, cambio climático, catástrofes, desempleo, desigualdad en la distribución de la riqueza, etc. De hecho, el aumento del tiempo de ocio constituiría casi una fórmula milagrosa frente a los problemas existentes: «¿Hay algo que *no* se pueda resolver trabajando menos?», pregunta Bregman. En lugar de obligar a la gente a trabajar para ganarse la vida, ¿por qué no darle simplemente dinero, es decir, un ingreso básico universal? La experiencia muestra sistemáticamente que tener un ingreso adecuado hace a los seres humanos más felices, más sanos e incluso más inteligentes. Si se les da dinero a los pobres, así sean personas sin techo en Londres o trabajadores de las canteras en Nairobi, el resultado será bueno para todos. Se reducen la delincuencia, la mortalidad infantil, la desnutrición y la incidencia del embarazo adolescente, y aumentan la igualdad de género, el rendimiento educativo y el crecimiento económico.

Pese a que Bregman sostiene una mirada utópica, no queda cautivo de los tecnofuturistas: en su opinión, para comprender la automatización y sus efectos, conviene estudiar historia en lugar de especular acerca del futuro. Después de todo, hace décadas que hay robots. Y el actual interés por la idea del ingreso básico también tiene precedentes históricos: el tema concitó la atención en la década de 1930 y más aún a fines de los años 60 y comienzos de los 70; en 1969, Richard Nixon llegó a proponer un proyecto de ley (que nunca se aprobó) para introducir una forma de ingreso básico que denominó «impuesto negativo sobre la renta».

Los años 70 también fueron testigos de unos cuantos proyectos que ponían el ingreso básico en acción. Hubo cinco ensayos desarrollados en América del Norte. El más significativo consistió en una experiencia quinquenal llevada a cabo con fondos federales en la localidad canadiense de Dauphin, que se convirtió en un éxito imprevisto en todos los aspectos. Cuando se garantizó un ingreso por encima de la línea de pobreza (alrededor de 19.000 dólares anuales para una familia de cuatro personas), se observó una permanencia más prolongada en la escuela y más tiempo en familia, a la vez que se redujeron los casos de hospitalización, violencia doméstica y consultas por problemas de salud mental.

Mientras tanto, en cuatro programas experimentales llevados a cabo más o menos al mismo tiempo en EEUU, la gente exhibió una tendencia sistemática a trabajar menos horas a cambio de un ingreso y a dedicar la mayor parte de su tiempo libre a la crianza de los hijos, a búsquedas artísticas independientes y a la educación. Resulta que los seres humanos no son indolentes cuando no se ven forzados a trabajar (¿sería acaso algo tan terrible si lo fueran?): simplemente realizan el tipo de actividades que en realidad quieren hacer.

La argumentación de Bregman en favor del ingreso básico es contundente, responde a principios humanistas y está apuntalada por la evidencia pragmática. De hecho, resulta tan convincente que uno termina preguntándose por qué no existe ya el ingreso básico si sus ventajas son tan obvias. El problema no es que el ingreso básico no parezca suficientemente bueno; es que parece demasiado bueno para ser real. Ese representa precisamente uno de los mayores desafíos políticos del ingreso básico: lograr que la gente se lo tome en serio. Los políticos suelen ser reacios a respaldar ideas que suenan a música celestial. En Suiza, un referéndum realizado en 2016 y sometido a un amplio debate proponía introducir un ingreso básico con un punto de partida muy alto (alrededor de 2.300 euros), pero el plan obtuvo 77% de rechazo por parte de los votantes y finalizó en una derrota rotunda. Ninguno de los principales partidos políticos nacionales apoyó la iniciativa, que fue interpretada más como una herramienta publicitaria que como una verdadera campaña por el ingreso básico universal.

Los programas de la década de 1970 también chocaron con los obstáculos políticos. Cuando un gobierno conservador llegó al poder en Canadá en 1979, desechó el experimento del ingreso básico sin siquiera haber analizado sus resultados. En EEUU, con el ascenso de la Nueva Derecha a finales de los años 70, el interés por el ingreso básico se transformó en sospecha hacia los beneficiarios de la ayuda social. Aunque el ingreso básico no llegó a ninguna parte, los robots siguieron estando. Y dado que la automatización no se vio acompañada de una respuesta política, todavía convivimos con sus efectos: estancamiento salarial, derrumbe de la clase media, reducción del poder sindical y aumento de la desigualdad.

Lo curioso, sin embargo, es que hoy el ingreso básico universal no parece estar expuesto a la misma resistencia política que describiera Michał Kalecki en su clásico ensayo de 1943 «Aspectos políticos del pleno empleo»⁴. Kalecki sostiene allí que los desafíos que deben superarse para alcanzar el pleno empleo no son económicos, sino políticos: si la gente puede vivir sin necesidad de aceptar cualquier puesto con el salario que sea, el poder derivado de la potestad de despedir –el mayor poder que tiene un patrón– disminuye considerablemente. Al proporcionar una fuente confiable de ingresos, el ingreso básico lograría el mismo efecto; sus defensores pertenecientes a movimientos sindicales de izquierda señalan, por lo tanto, que funcionaría en esencia

4. M. Kalecki: «Political Aspects of Full Employment» en *Political Quarterly* vol. 14, 1943. [Hay versión en español: «Aspectos políticos del pleno empleo» en *Ola Financiera* N° 21, 5-6/2015].

como un fondo permanente para huelgas. Pero en tal caso, ¿por qué a los empresarios –al menos a los de Silicon Valley– les gusta tanto el ingreso básico?

Es posible que parte de su entusiasmo provenga simplemente de una ingenuidad bienintencionada: Sam Altman, de Y Combinator, cree que «dentro de 50 años parecerá ridículo que hayamos usado el miedo a no poder comer como un modo de motivar a la gente» (como si eso no hubiera sido todo el tiempo una de las características distintivas del capitalismo). Supuestamente, cuando uno se libera de la necesidad de ganarse la vida, surgen el espíritu emprendedor y el carácter innovador interior; ya no se trata de que nos den apenas la posibilidad de pescar, cazar y criticar como nos plazca. Entretanto, la perspectiva del ingreso básico como sostén de la *gig economy* es un reconocimiento tácito de que el capitalismo no puede pagar todos sus costos y, por eso, transfiere de los empleadores privados al ámbito público la responsabilidad de otorgar un salario digno. Y existe un argumento aún peor para promover el ingreso básico universal como mecanismo de descarga de la presión: según Stern, sus defensores harían bien en convencer a los ricos preocupados de que esa es su mejor apuesta para evitar «la guillotina» en medio de la creciente desigualdad y desesperación.

Pero no es necesario ser Robespierre para sospechar de una propuesta que anuncia explícitamente su intención de proteger a los ricos frente a la furia de la clase trabajadora; sobre todo, cuando una de las principales preguntas en torno del ingreso básico es de dónde saldrá el dinero. Stern cree que, por razones políticas, los partidarios del ingreso básico no deberían promover un impuesto orientado a «desplumar a los ricos»: la amplia coalición requerida por el ingreso básico será imposible de lograr si los ricos se oponen desde el comienzo. (Por desgracia, esa ya es la misma tesitura para la mayoría de las políticas). Lo que propone, en cambio, es financiar el ingreso universal sacando dinero de importantes programas de bienestar social (cupones de alimentos, asistencia para vivienda, crédito tributario por ingreso del trabajo) y cobrar un impuesto al valor agregado sobre bienes de consumo; más tentativamente, considera un impuesto sobre el patrimonio, un gravamen a las transacciones financieras y recortes al gasto militar. Sin embargo, si el ingreso básico se financia mediante la canibalización de programas sociales existentes y la aplicación de impuestos regresivos al consumo, la mayor carga del subsidio a los salarios bajos pasa entonces a recaer perversamente en los pobres y en la clase trabajadora.

Una de las principales preguntas en torno del ingreso básico es de dónde saldrá el dinero ■

El hecho de que esta propuesta haya sido formulada por un ex-líder sindical es una muestra de la debilidad de la izquierda. En efecto, la visión de Stern sobre las perspectivas políticas del trabajo es muy vaga. El ingreso básico aparece aquí planteado de forma explícita como una solución frente al problema del decreciente poder sindical: «Era hora de que yo buscara respuestas más allá de los sindicatos», declara Stern en las primeras 30 páginas. Como alternativa, propone crear un Partido del Ingreso Básico, que podría presentar candidatos para el Congreso en cada uno de los distritos y amenazar con la desobediencia fiscal –el arma de los ricos– hasta que ese órgano legislativo acuerde votar un paquete sobre el tema. La idea, que obviamente no cuaja, revela los límites del sindicalismo al estilo Stern: empezar colaborando con Walmart en el sistema de salud y conformarse pronto si el Estado en declive arroja unas monedas al ejército de reserva de choferes de Uber, encargados de trasladar a los ricos de un enclave gentrificado a otro; en lugar de hacer frente al futuro distópico, mejor establecerse en el interregno del presente con todos sus síntomas mórbidos. Sin embargo, tal como ha señalado el escritor Ben Tarnoff, los lugares donde el desarrollo tecnológico no ha producido un futuro distópico y sin empleos (como Suecia) no se limitan a tener tecnología, sino que también tienen sindicatos fuertes y un Estado de Bienestar robusto. La sociedad descarnadamente desigual, tan temida por Stern y otros futuristas del ingreso básico, no surge por la mera llegada de los robots: surge porque apenas unas pocas personas son sus propietarios.

Bregman reconoce esta situación y aboga de manera explícita por una «redistribución a gran escala» del dinero, el tiempo y los robots, es decir, ingreso, trabajo y medios de producción. Sostiene que toda la riqueza se produce socialmente y que, por lo tanto, debe repartirse del mismo modo. No se trata tanto de que esta vez sea diferente, sino de que tenemos la oportunidad de hacerlo. Aunque no llega a incitar a apropiarse directamente de los robots, Bregman propone aplicar impuestos a los ricos y a las transacciones financieras, tanto para financiar el ingreso básico como para desincentivar determinadas actividades (como las bancarias) que generan dinero «sin crear nada de valor».

Pese a que la versión del ingreso básico de Bregman es mucho más atractiva, su programa político resulta decepcionante. Bregman expresa que las ideas cambian el mundo, y el ingreso básico es una idea evidentemente tan buena que solo necesitamos difundirla. La última frase del libro pertenece a Keynes, el héroe implícito de la obra, quien dijo alguna vez que «en realidad, el mundo se gobierna con poco más que las ideas». Pero, por supuesto, se gobierna con muchas otras cosas (sobre todo, dinero y poder). La semana

laboral de 15 horas pronosticada por Keynes no llegó a concretarse porque la sola idea no era suficiente. Además, hay que enfatizar que Keynes se refería más a la ideología que a las ideas *per se*; a sistemas de pensamiento que apuntalan nuestros supuestos, independientemente de que lo sepamos o no. Y el problema con el ingreso básico es que tiende a ser leído como una idea sin ideología. Al hablar de la tendencia pro ingreso ciudadano en Europa, Bregman la describe como un movimiento de base y «transversal». A escala local, donde se propone la mayoría de los programas, en gran medida el debate es pragmático. El programa de Utrecht, por ejemplo, se denomina «Weten Wat Werkt» (Saber lo que Funciona), lo que implica reconocer que muchos ven como inviable y disfuncional el actual sistema de bienestar (*welfare*)—que incluso en Europa ha cedido cada vez más y más terreno a un sistema trabajocéntrico (*workfare*)—. Pero, por supuesto, es el equilibrio existente en materia de poder político el que determina qué puede ser considerado pragmático. La propia posición de Bregman, más allá de que está situada con firmeza en la izquierda, oscila entre dos polos, impulsando el ingreso básico universal como la «vía capitalista al comunismo» (según la expresión del filósofo belga Philippe van Parijs) y como la vía capitalista... para salvar al capitalismo de sí mismo.

El problema con el ingreso básico es que tiende a ser leído como una idea sin ideología ■

La postura postideológica de Stern es aún más explícita: en un momento, imagina un diálogo entre Martin Luther King y el politólogo liberal Charles Murray (cuyo controvertido libro *The Bell Curve* [La curva en campana], publicado en 1997, alega que existen diferencias raciales en la inteligencia por cuestiones genéticas). Stern sostiene que sus desavenencias respecto a la relación entre el ingreso básico y el papel del Estado en la sociedad no son más que puntos que se apartan de una idea común, consistente en darle dinero a la gente. Pero esas desavenencias van al fondo del asunto. El debate sobre el ingreso básico trata sobre las obligaciones mutuas de los seres humanos, los orígenes de la propiedad, los propósitos de la vida humana, los tipos de sociedad... Y cuando esas visiones más amplias se trasladan a una política, no representan la mera sugerencia de un plan común para darle dinero a la gente: ofrecen consideraciones completamente diferentes sobre cuánto dinero se debe dar, de dónde debe provenir y quién lo debe recibir.

La versión izquierdista-futurista del ingreso básico suele ser descripta, según la aguda ocurrencia de Philippe van Parijs, como una reforma no reformista:

un objetivo que puede alcanzarse dentro del capitalismo, pero que tiene el potencial para cambiar suficientemente sus condiciones e ir más allá de él. El ingreso básico es el monorriel totalmente automatizado hacia el comunismo de lujo, donde todos somos dueños de los robots y cada cual recibe lo que necesita. Este ingreso universal no es un mecanismo de protección frente a los empleos precarios, sino la condición material para la realización humana. Pero no cualquier ingreso lo será: para que represente un paso genuino hacia una sociedad poslaboral, debe ser genuinamente universal e incondicional, proporcionar un ingreso suficiente para vivir y complementar (más que reemplazar) el Estado de Bienestar. Este ingreso básico universal es el que nace de las feministas marxistas que en los años 70 advertían sobre el trabajo no remunerado de reproducción social; de las mujeres trabajadoras de color, que en los años 60 luchaban por los derechos de los beneficiarios de la ayuda social; y de los arquitectos del «Presupuesto de la Libertad» [*Freedom Budget*], que intentaron trasladar los logros del movimiento de derechos civiles a un programa orientado a la justicia económica. Lo que todos ellos querían no era apenas un ingreso básico, sino un ingreso suficiente; es decir, que fuera adecuado no solamente para sobrevivir, sino también para llevar una vida digna o incluso buena.

En la versión de derecha, en cambio, un monto miserable en efectivo reemplaza a los bienes y servicios públicos. Se trata de un ingreso ciudadano que no vale la pena. Esta modalidad de ingreso básico constituye un mecanismo para racionalizar –dicho con más precisión, «vaciar»– el Estado de Bienestar en nombre de las ideas liberales de libertad. El argumento es que la gente sabe mejor que el Estado lo que necesita, aunque no suele decir cómo hará esa gente para pagar los 12.000 dólares anuales que puede costar el servicio de atención médica.

Otra cuestión radica en determinar con exactitud quiénes deben recibir un ingreso básico. A veces se habla de un «dividendo de ciudadanía», que establece un límite explícito de beneficiarios por nacionalidad. En términos más generales, lo de «universal» tiene un carácter aspiracional: solo ha habido propuestas serias a escala nacional o local. Por lo tanto, tal como ocurre con otros programas de bienestar social, los debates sobre el ingreso básico estarán atados indudablemente a cuestiones de nacionalidad y migración. En el contexto europeo, a medida que la crisis de refugiados se intensifica, debemos evitar que el ingreso básico sea utilizado para consolidar la «Fortaleza Europa». En los debates sobre el programa suizo, por ejemplo, Luzi Stamm (miembro del Parlamento por el derechista Partido Popular Suizo) dijo que podía imaginar un apoyo al ingreso básico, pero solo para los suizos.

«Teóricamente, si Suiza fuera una isla, la respuesta sería sí», explicó. «Pero con fronteras abiertas es totalmente imposible, sobre todo para nuestro país, que tiene un nivel de vida alto».

A su vez, en EEUU, resulta particularmente peligrosa la combinación de nativismo y liberalismo que configura la coalición de Donald Trump: cuesta imaginar que en la era Trump pueda implementarse un programa de ingresos básicos sin que eso sea apenas un vehículo para dismantlar los restos del Estado de Bienestar, reforzando al mismo tiempo el nacionalismo con la exclusión de los no ciudadanos y su imposibilidad de acceder a la prosperidad común. Una vez aclarado este punto, no parece probable que el ingreso básico forme parte de la agenda inmediata del gobierno de Trump. En lugar de inventar el futuro, la política de Trump consiste en tomarlo prestado del pasado mediante un despilfarro como el acuerdo con la firma Carrier⁵, que otorga dinero público a empresas privadas en un intento por revivir un imaginario de mediados del siglo pasado, cuando los hombres tenían puestos de trabajo reales en las fábricas. Entretanto, todo indica que los programas de bienestar social sufrirán un renovado ataque por parte de un gobierno republicano dispuesto a recortar el gasto del Estado.

Cuesta imaginar que en la era Trump pueda implementarse un programa de ingresos básicos ■

Sin embargo, el aparente éxito de Trump con su apelación a la nostalgia de mediados del siglo pasado significó un balde de agua fría para las visiones utópicas. Después de unos años de coqueteo con el ingreso básico, la izquierda estadounidense tiende a retomar la demanda de pleno empleo (en lugar de pleno desempleo), sobre todo a través de una garantía federal. Desde luego, hay mucho trabajo útil por hacer y, al igual que el ingreso, los puestos de trabajo deberían distribuirse de la forma más equitativa posible. La tarea de rehacer la ideología del trabajo podría convertirse en una carga demasiado pesada en los próximos años. Aun así, no deberíamos dejar de oponernos a la reificación del trabajo como fuente de ingreso y reconocimiento social.

Como consecuencia del continuo proceso de expropiación y proletarianización, miles de millones de personas en el mundo han quedado en una condición que el historiador Michael Denning denomina «vida sin salario», como sobrante para las necesidades del capital y luchando por subsistir en un sistema

5. V. «Carrier desobedece a Trump y muda 300 empleos a México» en *Expansión*, 20/7/2017.

que comienza «no con la oferta de trabajo, sino con el imperativo de ganarse la vida»⁶. Por lo tanto, pese a que el ingreso básico suena como un programa para países ricos (un lujo posible a partir de un cierto nivel de prosperidad), podría ser aún más prometedor en aquellos lugares donde parece inalcanzable. En los últimos años se han lanzado programas piloto de ingreso universal en Namibia, Kenia y Uganda, mayormente financiados por ONG; en líneas generales, el desarrollo más reciente en este sentido son los programas de transferencia de efectivo, que otorgan dinero a los necesitados (a menudo, bajo determinados criterios o restricciones) con el objetivo de reducir la pobreza. En otros sitios, el apoyo estatal contribuye más que los salarios privados a proveer el sustento: el antropólogo James Ferguson destaca que son más los sudafricanos que reciben un ingreso de los programas gubernamentales (asignación por hijos, ayuda a discapacitados) que los que lo obtienen del trabajo asalariado. Ferguson sostiene que el ingreso básico puede ser el camino para alcanzar el bienestar social en países donde la perspectiva de creación de empleo a una escala poblacional adecuada representa casi una fantasía.

Por supuesto que el modelo basado en el crecimiento de posguerra en EEUU y Europa occidental ahora también es una fantasía. Trump no logrará que EEUU vuelva a ser grande del modo en que prometió. No regresarán los puestos de trabajo en las fábricas, ni las tasas de crecimiento de 4%. Y los acuerdos desesperados por mantener en funcionamiento determinadas plantas no evitarán la presencia de los robots: Carrier, por ejemplo, ya ha dicho que la mayor parte del dinero prometido como inversión en su establecimiento de Indiana será destinado a la automatización. Es por ello que, a pesar de los peligros que encierra el ingreso universal, sigue siendo un momento importante para que la izquierda desarrolle la visión de una sociedad menos centrada en el trabajo: a medida que se torna más evidente la futilidad de la nostalgia fordista, tanto aquí como en el resto del planeta, es necesario que la izquierda aproveche la oportunidad para impulsar una perspectiva diferente respecto a lo que debe ser el trabajo, cuánto tiempo debemos dedicarle y a qué papel debe jugar en nuestras vidas.

Se requiere tiempo y una amplia coalición; pero no la que sugiere Stern entre los megamillonarios y las masas de trabajadores precarizados, ni la de los racionalistas postideológicos descrita por Bregman. Lo que hace falta, en cambio, es una coalición con un genuino carácter político y un anclaje en la

6. M. Denning: «Vida sin salario» en *New Left Review* N° 66, 2011, p. 78. «Hay que insistir en que 'proletario' no es un sinónimo de 'trabajador asalariado' sino de desposeimiento, expropiación y dependencia radical del mercado. No se necesita un trabajo para ser un proletario: la vida sin salario, no el trabajo asalariado, es el punto de partida para entender el mercado libre» (p. 79).

izquierda, formada por elementos incipientes aunque cada vez más visibles: los trabajadores que necesitan tener mayor influencia, los desocupados, los que luchan por un medio ambiente sostenible y la justicia racial, así como quienes se dedican a tareas de cuidados con o sin remuneración.

Durante mucho tiempo, la izquierda no se organizó con seriedad para proteger los derechos del Estado de Bienestar. Pero en los próximos años será más importante que nunca defender lo que queda de esas prestaciones sociales en EEUU para resistir los embates de Paul Ryan y compañía, sobre todo porque no cabe duda de que la lucha adoptará un repugnante rumbo racial. Y no podemos defender el bienestar como un mero mecanismo de protección para los sectores vulnerables y desfavorecidos de la sociedad, ni como una dádiva concedida a los pobres desdichados, sino como un bien fundamental y universal para todos. En otras palabras, debemos abogar exactamente por lo opuesto a lo que fueron los programas de reformas de Bill Clinton en los años 90: en lugar de delimitar a los pobres que los merecen y los que no, debemos impulsar un esquema de bienestar capaz de abarcar a una población lo más universal posible en las prestaciones sociales.

Haciéndose eco de los argumentos socialistas-feministas en torno del valor de la reproducción social, un editorial publicado recientemente en *The New York Times* sostiene que el ingreso universal es una suerte de compensación por décadas de trabajo que han realizado las mujeres sin remuneración. El Movimiento por las Vidas Negras respaldó el ingreso básico como parte de un programa de reparaciones en el marco del modelo de un nuevo «Presupuesto de la Libertad». Como es comprensible, el movimiento sindical estadounidense ha puesto el énfasis en el aumento de los salarios, pero también puede –y debe– reavivar la demanda orientada a reducir la jornada laboral y lograr más tiempo de ocio. El ingreso básico no es la única forma de concretar esa demanda, ni siquiera es una parte necesaria, pero sus elementos utópicos pueden ayudar a impulsar una agenda más visionaria en materia de trabajo. Probablemente ninguna de las propuestas de ingreso básico universal que hoy escuchamos –en Canadá, Reino Unido o Francia– se parezca al ingreso básico imaginado por los partidarios del «comunismo del lujo» (todavía no hay suficientes para ganar una elección), pero por algo se empieza.

La utopía es posible. Sin embargo, si queremos alcanzarla, debemos transformarla en parte de las demandas y visiones de los movimientos de izquierda a lo largo de los próximos años. Porque no podemos simplemente inventar el futuro: tendremos que luchar por él. ☐

¿Qué hacer?

*Trabajo, tecnología
y regulación social*

Los cambios en el trabajo asociados a la tecnología son una constante desde la primera Revolución Industrial. En diversas coyunturas, la preocupación por el «futuro del trabajo» ha sido central. Ahora el tema vuelve al primer plano, unido al avance de tecnologías como la robótica o la inteligencia artificial. Pero la forma concreta en que la tecnología afecta la producción y el trabajo depende, también, de su interacción con la sociedad. Al final, una buena porción del partido se juega en la cancha grande de los sistemas de regulación pública, las empresas, los sindicatos y la población en general, más que en el estrecho ámbito de los laboratorios.

FERNANDO ISABELLA

■ Introducción

Los cambios en el mundo del trabajo asociados a la tecnología y la innovación son una constante, al menos desde la primera Revolución Industrial, cuando la ciencia y la tecnología comienzan a profesionalizarse y vincularse cada vez más a la producción. En diversas coyunturas, el «futuro del trabajo» ha estado en el centro de las preocupaciones públicas. Ahora el tema vuelve al debate público, unido al avance de tecnologías como la digitalización, la

Fernando Isabella: es licenciado y magíster en Economía. Es docente de la Universidad de la República (Uruguay) y, actualmente, es director de Planificación de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto de la Presidencia de la República de Uruguay.

Palabras claves: desigualdad, educación, regulación social, tecnología.

robótica o la inteligencia artificial. No es mucho lo que podemos decir en términos concretos sobre cómo será ese trabajo del futuro sin caer en ciencia ficción. La dinámica tecnológica es muy fuerte pero, además, la forma concreta en que esta se transforma en nuevos procesos productivos o nuevos productos depende en gran medida de la interacción con la sociedad en que se aplica; con la forma en que esta la acepta o la resiste, la regula, adapta, aprende y difunde. Al final, una buena porción del partido se juega ahí, en la cancha grande de la sociedad, los sistemas de regulación pública, las empresas, los sindicatos y la población en general, más que en el estrecho ámbito de los laboratorios.

■ Algunas tendencias en el mundo del trabajo

De todas maneras, algunas tendencias parecen claras. En primer lugar, la tecnología modifica la intensidad de las diversas tareas que dan forma a cualquier empleo. Así, parece haber evidencia de que la tecnología automatiza más rápidamente las tareas manuales (basadas en habilidad manual o fuerza física) que las cognitivas (centradas en capacidad intelectual o de relacionamiento interpersonal), y las tareas rutinarias (consistentes en la aplicación de un conjunto de instrucciones claramente determinado) que las no rutinarias (que implican enfrentarse y resolver situaciones imprevistas)¹. Esto está transformando progresivamente los empleos y haciéndolos cada vez más intensivos en aquello que es más difícil de automatizar: tareas cognitivas y no rutinarias. Algunos estudios recientes acreditan esto para Uruguay y Argentina, así como también para países de otras regiones². Este proceso afecta fuertemente a empleos tradicionales de baja y media calificación como los de obreros industriales, cajeros bancarios o secretarías, pero también empieza a afectar otras actividades más complejas como las tareas administrativas o contables, cognitivas pero rutinarias, o el diagnóstico médico y la asesoría legal, centrados en ciertos conocimientos estructurados y en el manejo de grandes cantidades de información; aspectos en los que la ventaja de las computadoras se ensancha cada día.

1. Daron Acemoglu y David Autor: «Skills, Tasks and Technologies: Implications for Employment and Earnings» en *Handbook of Labor Economics* vol. 4B, Elsevier, Ámsterdam, 2011.

2. V. por ejemplo Ignacio Apella y Gonzalo Zunino: «Cambio tecnológico y mercado de trabajo en Argentina y Uruguay», Serie de Informes Técnicos del Banco Mundial en Argentina, Paraguay y Uruguay N° 11, Banco Mundial, Montevideo, 2017; Hardy Wojciech, Roma Keister y Piotr Lewandowski: «Technology or Upskilling? Trends in the Task Composition of Jobs in Central and Eastern Europe», IBS Working Paper Series, Institute of Structural Research, 2016.

Asociado a lo anterior, aunque desde otra perspectiva teórica³, se ha desarrollado el enfoque del «riesgo de automatización», que pone el foco en las ocupaciones más factibles de ser automatizadas. Es decir, en esta perspectiva el énfasis no se coloca en las tareas que componen los empleos sino más bien en los empleos mismos y en su riesgo de desaparecer por efecto de la tecnología. Este enfoque, ampliamente difundido en los medios, es resultado de un trabajo prospectivo, de relevamiento de opiniones de expertos, y busca identificar los «cuellos de botella de la automatización», o sea, aquellas características de las ocupaciones para las que la tecnología tendrá más dificultades en desarrollar procesos automáticos. Y luego se elabora un ranking según el «riesgo de automatización» de las diferentes ocupaciones.

En una utilización de esta metodología para el caso uruguayo⁴ y aplicándola también a los sectores productivos, concluimos que, en general, los sectores de producción de bienes son más fácilmente automatizables que los de servicios; en particular, las actividades agropecuarias y las manufacturas se encuentran en el tope de la lista. Esto va en línea, aunque no es la única causa, con la tendencia observada en la mayoría de los países del mundo al aumento de la incidencia del empleo en los servicios y una caída sostenida de la participación de los empleos industriales y agropecuarios en el empleo total. Pero también concluimos que amplios sectores de servicios, que hasta ahora han funcionado como «refugio» de empleo ante la caída de la ocupación industrial y agropecuaria, podrían enfrentar fuertes presiones a la reducción de la ocupación como consecuencia de nuevos desarrollos tecnológicos. Esto incluye el comercio –uno de los principales sectores de ocupación en la mayoría de los países de América Latina–, restaurantes y hoteles, la actividad financiera y las actividades administrativas en general.

A partir del relevamiento y la discusión de estas tendencias, desde la Oficina de Planeamiento y Presupuesto de Uruguay realizamos un estudio prospectivo sobre el futuro de la demanda de empleo y su distribución sectorial⁵. La reflexión estuvo asociada a algunos determinantes identificados, entre los que se destacan la automatización, el cambio demográfico, la inserción internacional o la capacidad de generar procesos endógenos de innovación.

3. Carl B. Frey y Michael A. Osborne: «The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?» en *Technological Forecasting and Social Change* vol. 114, 2017.

4. Oficina de Planeamiento y Presupuesto: «Automatización y empleo en Uruguay. Una mirada en perspectiva y en prospectiva», Serie de Divulgación vol. 2, Montevideo, 2017.

5. Oficina de Planeamiento y Presupuesto: *Demanda de trabajo en Uruguay. Tendencias recientes y miradas de futuro*, Serie de Divulgación vol. VII, Montevideo, 2018.

Las conclusiones señalan que hay dos grandes agrupamientos sectoriales con altas probabilidades de ser generadores de empleo, mientras que en otros tres se considera que la tendencia será al estancamiento o la destrucción de puestos de trabajo. Entre los primeros se encuentra el agrupamiento de servicios públicos tradicionales como salud, educación, cuidados o seguridad. Aquí el cambio demográfico, con su tendencia al envejecimiento, es un determinante fundamental, tanto en términos directos (más necesidad de servicios sanitarios y de cuidados) como indirectos (mayor presión sobre la productividad laboral para sostener el sistema de previsión social, lo que requiere de un incremento de los niveles educativos de la población). Además, estas actividades resultan, en la mayoría de los estudios, las de más bajo riesgo de automatización, lo que profundiza la conclusión anterior. Por otra parte, el otro agrupamiento con altas posibilidades de creación de empleo es el que denominamos «transversales tecnológicas», que reúne actividades como telecomunicaciones, informática, servicios profesionales, servicios técnicos, finanzas, etc. Este amplio agrupamiento ha sido, durante los últimos 20 años, el más dinámico en términos laborales en Uruguay, y se espera que esa tendencia continúe y que pueda alcanzar niveles máximos de hasta 4% anual de crecimiento en la demanda de empleo. Aquí se valoró la fuerte conexión de estas actividades con las tendencias tecnológicas más dinámicas, su alta capacidad de innovación y el hecho de que los impulsos de automatización en el resto de la economía constituyen una oportunidad para estos sectores, que son los que diseñan, instalan y mantienen los sistemas automatizados. Por otra parte, para el agrupamiento de «consumo privado interno», que reúne diversas actividades como comercio, construcción, servicio doméstico y varias manufacturas de consumo interno, que actualmente representa 40% del empleo total y que durante los últimos 20 años ha venido creciendo a 1,4% anual, se espera un cambio a la baja, con un margen que va de un máximo de creación de empleo de 0,5% anual (apenas poco más de un tercio de lo observado en los últimos 20 años) hasta un mínimo de una destrucción de empleo de 1,5% anual. Aquí se valora que las tendencias de la robótica, inteligencia artificial y digitalización en general van a afectar de lleno estas actividades y generarán más riesgos de destrucción de empleos que de creación de nuevos.

El cambio demográfico, con su tendencia al envejecimiento, es un determinante fundamental ■

Finalmente, en las actividades exportadoras, sobre todo de base agrícola («exportadoras competitivas»), se espera una tendencia muy cercana a un saldo

nulo en términos de generación o destrucción de empleos (dependiendo de la inserción internacional del país), y en las actividades exportadoras de base más industrial, se prevé una fuerte tendencia a la destrucción de empleos, fruto de la automatización, aunque dependiendo en su intensidad de las opciones políticas de inserción internacional y las capacidades empresariales de generación de innovaciones.

Así, y salvando las particularidades locales, lo que podemos decir sobre el empleo del futuro es que seguramente va a consistir mucho más en tareas cognitivas y no rutinarias, que se va a centrar en actividades creativas y científico-tecnológicas, mucho más difíciles de emular por las máquinas; que va a estar más ligado a la producción de servicios que de bienes, que va a estar más centrado en actividades de contacto interpersonal (sostenido en la inteligencia emocional, el liderazgo, la empatía) como la salud, la educación y los cuidados, aunque en todos estos casos, con fuerte interacción con tecnologías que colaborarán en resolver problemas de los que hoy se encargan personas.

**Todo esto resalta la
urgencia de elevar el
nivel educativo general
de la población ■**

Todo esto resalta la urgencia de elevar el nivel educativo general de la población. Los dos agrupamientos que, según nuestro estudio para Uruguay, tendrían mayores probabilidades de generar oportunidades en los próximos 30 años son los que demandan mayores niveles educativos, con una gran diferencia sobre el resto. Mientras que la media educativa de los trabajadores uruguayos en actividad es actualmente de poco más de 10 años, estos dos agrupamientos demandan trabajadores con más de 12 años, es decir, básicamente demandan trabajadores con educación terciaria.

■ Una mirada a la historia

Las tendencias relevadas son propias de este periodo, pero guardan similitudes con procesos similares en otros momentos de la historia. Son lo que una importante vertiente de la bibliografía económica llama «revoluciones tecnológicas». La idea central es que un surgimiento de innovaciones tecnológicas altamente disruptivas como el que vivimos actualmente no se da de manera uniforme en el tiempo, sino que tiende a concentrarse en algunos momentos particulares, en los que termina transformando todos los procesos productivos. Pero mucho más que eso, impulsa modificaciones fundamentales

en aspectos tan variados como los sistemas de regulación, las capacidades requeridas de los trabajadores, las características de la inversión pública y hasta las formas de relacionamiento entre las personas o las ideas predominantes sobre el progreso.

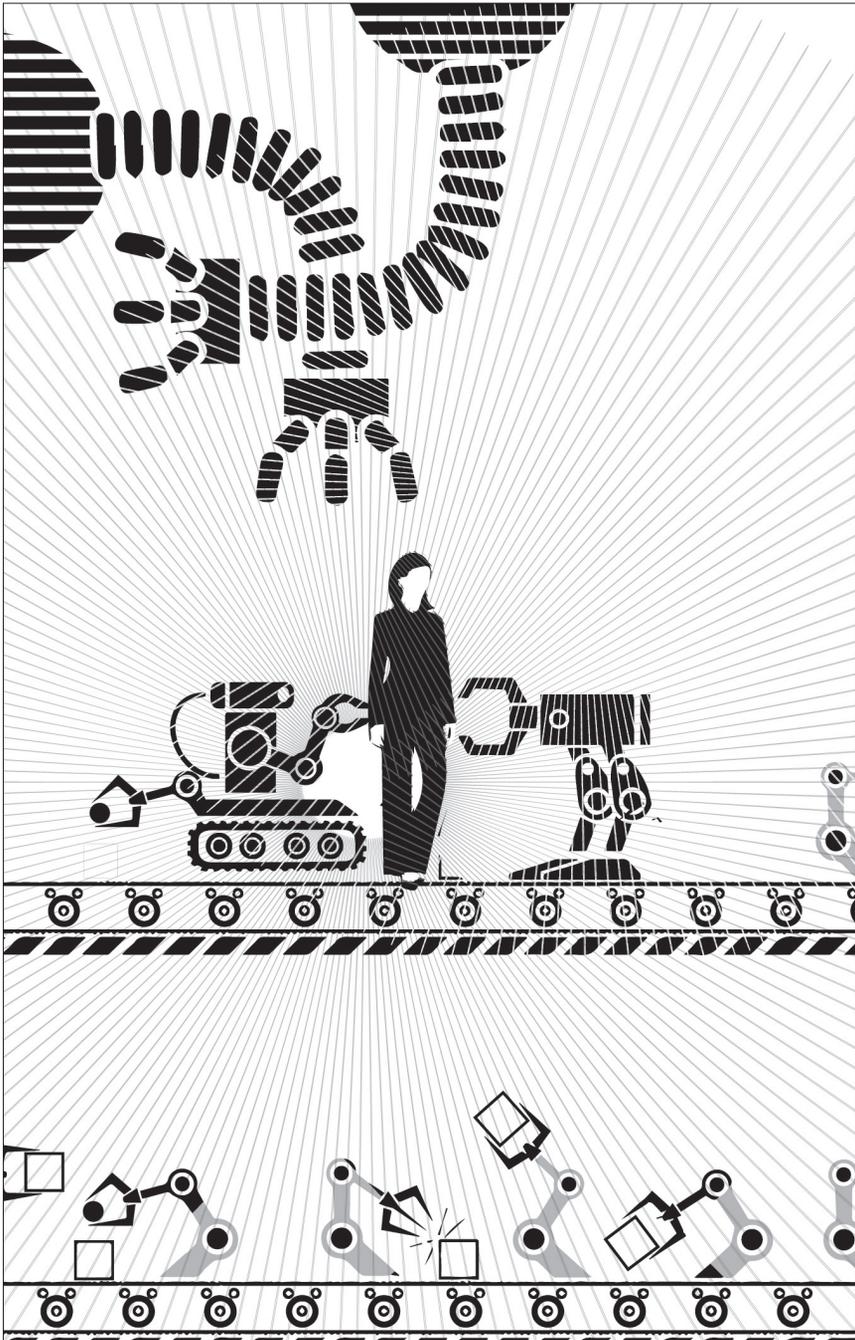
Cada una de estas revoluciones se caracteriza por algunas tecnologías «transversales» (que demuestran aplicabilidad en una alta variedad de actividades y sectores productivos) y algunos sectores productivos «estrella» en los que las innovaciones se aplican de manera más temprana y que, por tanto, viven un periodo de ascenso económico asociado a su alta productividad y rentabilidad. Por ese motivo, concentran enormes inversiones y se transforman en símbolo de modernidad y progreso, de la mano de una profunda transformación estructural de las economías. Es lo que sucedió con la primera mecanización en la industria textil en la Inglaterra del último cuarto del siglo XVIII, con la tecnología asociada a la energía del vapor y el ferrocarril a mediados del siglo XIX, o con la petroquímica, el motor a combustión y la industria del automóvil en el siglo XX. Y sin dudas es lo que sucede actualmente con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), la electrónica, la industria del software y el comercio online. En cada uno de esos momentos, las preocupaciones por las consecuencias en el empleo y en las clases populares fueron enormes. Basta pensar en el movimiento lúdita ante la primera Revolución Industrial o el surgimiento del marxismo en el cenit de la segunda Revolución Industrial, con las ideas de «ejército industrial de reserva» o «empobrecimiento progresivo». Y si bien, a largo plazo, predominó la creación de nuevos empleos por sobre la destrucción, lo cierto es que ese proceso no fue para nada automático ni indoloro. Solo se estabilizó la situación tras décadas de desempleo, revueltas y cambios políticos de todo tipo.

Pero un aspecto central es el contexto social en que se aplica y que interactúa con la tecnología. Los dos siglos y medio desde la primera Revolución Industrial muestran un desarrollo asociado de las modalidades de regulación social que tiene tanta importancia en los resultados sociales y económicos como la propia tecnología. Paralelamente al desarrollo tecnológico, se fueron procesando transformaciones institucionales de tal relevancia que sería irreconocible la actualidad en ausencia de ellas. Nuevas regulaciones viabilizaron el desarrollo de los nuevos productos. Pensamos, por ejemplo, en toda la regulación que hizo posible el desarrollo de la industria del automóvil, quizás la principal industria del siglo XX. Desde la amplísima normativa de tránsito que al controlar los accidentes hizo más aceptable

el automóvil como medio de transporte, pasando por una monumental inversión pública en carreteras, puentes o túneles, o toda una reconfiguración de las ciudades: desde el desarrollo de las aceras hasta las zonas de estacionamiento. Algo similar podríamos señalar en relación con otra tecnología disruptiva: la electricidad, tanto en términos de inversión pública para su producción y distribución como de normativas de seguridad o estandarización técnica que hicieron posible su expansión.

Pero la regulación pública no limitó su acción a posibilitar la aplicación de las nuevas tecnologías y productos. También jugó su papel en la cancha más amplia del conjunto de las relaciones sociales. El desarrollo de la regulación laboral por ejemplo, a lo largo del siglo xx, acortando la jornada laboral y estableciendo ingresos mínimos, normas de seguridad laboral, vacaciones y descanso semanal, entre tantas otras, fue una respuesta de los nacientes Estados de Bienestar para forzar una redistribución amplia hacia los trabajadores de las ganancias de productividad fruto del avance tecnológico. De esa forma, además, se generaron condiciones para una amplia aceptación social de las nuevas tecnologías, en una especie de «contrato social» que aseguraba que las grandes mayorías se beneficiaran de ellas, lo que ayudaba a lograr una predisposición favorable a estas y reforzar la competitividad sistémica. Por otra parte, la legalización de los sindicatos y sus herramientas de lucha fue otra respuesta trascendente en el contexto de fuertes cambios productivos. Es que las tecnologías no son neutras en cuanto a la relación de fuerzas entre los distintos grupos sociales y, en economías capitalistas, la incorporación de innovaciones tecnológicas es dirigida por los empresarios a partir del cálculo de rentabilidad, con evidentes consecuencias sobre los trabajadores, quienes ven amenazada su fuente de trabajo y su sustento y afectada su capacidad de negociación. Así, los momentos de más intensa introducción de innovaciones productivas suelen ser momentos de debilidad y desorganización sindical. La legalización de los sindicatos y de sus repertorios de acción colectiva buscó atender ese desbalance de fuerzas y se convirtió en otra vía para promover una mejor distribución de las ganancias de productividad.

También la creación de subsidios por desempleo, indemnización por despido y programas de recalificación laboral da cuenta de una red de protección social que buscaba atenuar la vulnerabilidad de los trabajadores ante los procesos de transformación estructural, propios de los ciclos de auge y declive de tecnologías e industrias. Finalmente el desarrollo de amplios sistemas de servicios públicos universales, como la educación o la salud, jugó un papel central en preparar a las sociedades para interactuar con tecnologías cada



vez más complejas y sofisticadas, a la vez que generaba millones de nuevos empleos de alta calificación que a su vez desarrollaban una fuerza de trabajo sana y preparada para aplicar, adaptar y, también, transformar las tecnologías en un ciclo de avance continuo.

El punto a resaltar entonces es la importancia central de la regulación social a cargo del Estado, que viabilizó la continuidad del desarrollo tecnológico al transformarlo en desarrollo social y, por tanto, jugó históricamente un papel tan importante como el de la propia tecnología. Podemos sintetizar esto en cuatro líneas de acción estatal para convertir el desarrollo tecnológico en desarrollo social:

- generar mecanismos que aseguren amplia distribución de la productividad, de manera que las grandes mayorías se beneficien del salto productivo que permite la tecnología, incluyendo reglas que favorezcan y no frenen su aplicación;
- construir redes de protección social para enfrentar la obsolescencia y el declive de sectores productivos como consecuencia del cambio tecnológico;
- impulsar la inversión pública en infraestructura que acompañe y habilite el desarrollo de nuevos productos o procesos asociados a las tecnologías;
- desarrollar servicios públicos que preparen a la sociedad para interactuar con tecnologías cada vez más complejas.

■ La actual revolución tecnológica

La revolución tecnológica de nuestros días tiene características propias y diferenciadas de todas las anteriores. Pero en eso también se parece a sus predecesoras, que a su vez mostraron continuidades respecto a las anteriores y también profundas rupturas. En primer lugar, parecería haber dos áreas impulsoras fundamentales de las innovaciones tecnológicas, que presentan diferentes niveles de desarrollo. Por un lado, y ya en fase de despliegue, todo lo que abarca la «economía digital», primero con las telecomunicaciones y la informática, luego internet y la conectividad generalizada a medida que convergían las tecnologías de la comunicación con las de la información (para conformar las TIC), y ahora con la mecatrónica, la inteligencia artificial y la robótica. Por otro lado, y en una fase mucho más primaria, lo que se conoce como «bioeconomía» y que refiere al enorme impulso que están teniendo las biociencias y las biotecnologías, que prometen revolucionar la producción de recursos renovables o biomasa (de origen vegetal, animal o

bacteriano) y su conversión en alimentos y fibras (usos tradicionales), pero cada vez más en combustibles, productos farmacéuticos, bioplásticos, bioquímicos, etc. Asistimos a una tendencia global a la sustitución de los productos de la petroquímica, no renovables, no biodegradables e intensivos en combustibles fósiles y emisión de gases de efecto invernadero, por productos renovables de origen biológico.

Los impactos próximos de estas transformaciones son aún inconmensurables, pero sin duda transformarán, como ya lo están haciendo, las economías, las sociedades y los Estados, con enormes impactos sobre la propia subjetividad de los individuos. En esto, esta se parece a las anteriores revoluciones tecnológicas, pero quizá una diferencia importante es la velocidad de los cambios. El ciclo que va desde el descubrimiento científico, pasando por la aplicación tecnológica y el desarrollo de innovaciones productivas, hasta la transformación de industrias completas es cada vez más rápido, con el resultado de que el lapso que transcurre desde el surgimiento de nuevos sectores productivos hasta su obsolescencia definitiva es cada vez más corto. Así, la necesidad de reciclaje y readaptación de los trabajadores a lo largo de su vida laboral es cada vez más necesario y cotidiano.

■ Algunos desafíos

De todos estos procesos, apenas esbozados, surgen algunos desafíos de gran transcendencia en los que la prédica de la derecha se ha hecho escuchar con singular fuerza en nuestra región. ¿Cuáles serán los mecanismos de redistribución de las ganancias de productividad que contrarresten las tendencias concentradoras, fruto de la alteración de las relaciones de poder dentro de las unidades productivas por la intensa introducción de tecnologías que ahorran mano de obra? ¿Cómo implementar esos mecanismos sin frenar o desincentivar la adopción tecnológica que permite el salto de las fuerzas productivas? Parece evidente que es necesario repensar las categorías laborales para hacerlas más flexibles y permitir que los trabajadores pasen a desarrollar nuevas tareas a medida que la tecnología posibilita automatizar las anteriores. También las formas de negociación laboral deben adaptarse para incluir aspectos relacionados con la incorporación de tecnología y, por tanto, con la reconfiguración de los procesos productivos.

Parece evidente que es necesario repensar las categorías laborales para hacerlas más flexibles ■

Sin embargo, la prédica ultraliberalizadora tan de moda en la región, que ataca derechos y promueve la precarización laboral, parece una receta para lograr un tsunami social de consecuencias, tal como parece estar pasando a escala global. En momentos en que los trabajadores ven peligrar su empleo en una escala nunca vista, con el impacto en el debilitamiento de sus organizaciones sindicales, y en que las nuevas formas de organizar la producción (fragmentación de la cadena productiva y *outsourcing* de eslabones de relevancia laboral) atentan contra la organización sindical, una rebaja en términos de derechos laborales y de protección social solo puede resultar en una polarización social sin precedentes, que arrase con conquistas logradas en décadas de lucha y que eran piezas claves de la paz y la integración social. Además, creará el clima para potenciar las reacciones contra la tecnología, justo en momentos en que el desarrollo tecnológico es vital para el bienestar. Por tanto, necesitamos nuevas regulaciones laborales y sociales que protejan y profundicen los derechos de los trabajadores, a la vez que acompañan e incentivan la incorporación tecnológica. Por otra parte, se debe acomodar la legislación y especialmente, los sistemas de protección social a las nuevas formas de trabajo, como el trabajo a distancia o la «uberización» del empleo, que refiere a trabajadores supuestamente «autónomos» pero que en realidad trabajan para plataformas digitales que les proveen los clientes a cambio de un porcentaje de los ingresos. Estas modalidades no encajan adecuadamente en las categorías laborales usuales y se generan problemas de acceso a derecho básicos de todos los trabajadores, como las vacaciones pagas o seguro social.

También serán cada vez más necesarias políticas industriales que acompañen el declive de sectores productivos obsoletos y analicen una posible reconversión o incluso el cierre definitivo, pero de manera ordenada. Junto con esto, es necesario diseñar una densa red de protección social que permita a los trabajadores y a sus familias hacer frente a las contingencias de la obsolescencia tecnológica de empresas y, especialmente, de sectores productivos completos; mantener un ingreso digno asociado a la participación en actividades de capacitación vinculadas a las nuevas oportunidades y capacidades que se visualicen como ascendentes; y asegurar la vivienda, la atención de la salud, la educación de los hijos y el derecho a la recreación.

Siguiendo con la lista de lineamientos principales señalada en la sección anterior, es necesario un fuerte impulso de la inversión pública para crear infraestructura que sostenga el desarrollo de las nuevas industrias. Infraestructura

de conectividad, como tendidos de fibra óptica, que habiliten acceso universal a internet de banda ancha, es central para el desarrollo de las industrias digitales, pero también para la provisión de servicios a distancia como opción de desarrollo laboral. En relación con la bioeconomía y para países productores de alimentos, las infraestructuras que permitan la trazabilidad de toda la cadena productiva y habiliten la certificación sanitaria serán cada vez más importantes. También, infraestructuras en producción y distribución de energías limpias a precios decrecientes.

Finalmente, la construcción de servicios públicos universales de calidad, especialmente en educación, salud y cuidados, es básica para generar las capacidades para la nueva economía; un sistema de salud universal que acompañe la tendencia al envejecimiento de la población y permita mantener la autonomía y las capacidades creativas hasta edades más avanzadas. Es necesario garantizar la educación de calidad desde la primera infancia, cuando las inversiones en estimulación tienen mayor impacto en el desarrollo de las capacidades cognitivas, asociada a políticas de cuidados que promuevan el empoderamiento económico de las mujeres y el desarrollo y aplicación de todo su potencial; una educación que prepare para el uso crítico de las nuevas tecnologías y las necesidades de las nuevas formas de organización de la producción; opciones educativas gratuitas y accesibles con una formación cultural amplia y de habilidades «blandas», que permita el reciclaje a lo largo de la vida hacia nuevas opciones diferentes e impensadas y que promueva la creatividad, con una fuerte alfabetización en TIC para toda la población; una educación terciaria masificada con gran diversificación de opciones y flexibilidad, que promueva la articulación de disciplinas en apariencia lejanas y permita certificar esas opciones.

El futuro está plagado de incertidumbres y, sin duda, nos depara muchas sorpresas en los próximos años. Pero el Estado, la política y las políticas públicas son herramientas centrales que tienen todavía mucho por dar. ☐

Ingreso básico y precariedad laboral en la economía de los robots

FRANCESCA BRIA

Del pacto social fordista a la *gig economy*, el trabajo está cambiando radicalmente. La precarización laboral y el déficit creciente en los sistemas de seguridad social exigen soluciones urgentes.

El ingreso básico universal figura en la agenda tanto de la derecha neoliberal como de la izquierda radical. ¿Cómo pensar el ingreso básico en la era de los robots?

A pesar de que la tecnología genera procesos y productos más rápidos, baratos y mejores, junto con avances en las ciencias biológicas, la inteligencia artificial y el *big data* vemos crecer las desigualdades en el ingreso, la riqueza y el poder político. Para entender hacia dónde vamos y por qué estamos ante la desaparición de los buenos empleos y una creciente polarización de la sociedad, debemos ampliar nuestro foco más allá de un mero análisis del cambio tecnológico y las tendencias técnico-económicas.

Hoy nos enfrentamos al colapso estructural del contrato social del siglo xx (la democracia social del New Deal), que proveía cobertura y protección a los trabajadores y una redistribución entre renta y mano de obra a través de salarios mínimos negociados por el Estado, acuerdos colectivos que involucraban a los sindicatos y, por supuesto, una estructura impositiva poderosa. Ese pacto social ya no se sostiene, y hoy se consolida una nueva generación que se

Francesca Bria: es doctora en Innovación, Emprendimiento y Diseño por el Imperial College de Londres. Es jefa de Tecnología e Innovación Digital de la ciudad de Barcelona.

Palabras claves: distribución del ingreso, economía digital, ingreso básico, robots, trabajo.

Nota: la versión original de este artículo fue publicada en *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur Nº 219, 9/2017. Traducción de Virginia Higa.

siente cada vez más excluida: parte del problema pasa por la financiarización de la economía, por el traspaso masivo de riqueza de la economía real a los sectores financieros y de alta tecnología, por la irrupción de las plataformas monopólicas y la *gig economy* (una economía basada en empleos puntuales e intermitentes y no ya en los puestos permanentes de la era industrial) y por el auge de las máquinas en general.

El rápido cambio tecnológico, motivado principalmente por la introducción de las tecnologías de información y comunicación (TIC) en todos los sectores de la economía, no produjo una edad dorada de la sociedad del conocimiento ni las prometidas inversiones en tecnologías sustentables, nuevos trabajos y bienestar. Lejos de ello, la polarización del ingreso aumenta, los salarios siguen cayendo y la tasa de progreso tecnológico disminuye¹. Esta situación se ve favorecida por la incapacidad de los gobiernos de aplicar impuestos a las ganancias provenientes de la alta tecnología y de gravar de manera más decidida a los gigantes financieros.

■ El auge de la economía robótica

A pesar de los avances notables de los últimos años, la automatización total está aún en sus inicios. La tecnología de semiconductores viene progresando a una tasa de 40% desde hace más de 50 años. Esto dio pie a la creación de máquinas inteligentes, desde robots y autos autónomos hasta drones, que están transformando la economía. La llamada «internet de las cosas» (la conexión a la red de objetos de uso cotidiano, desde electrodomésticos hasta autos) y las «ciudades inteligentes» se expanden. La economía está virando de la manufactura a la «infofactura»: las capacidades de la industria manufacturera están a punto de cambiar radicalmente gracias a la robótica y la computarización y al auge de lo que las compañías alemanas llaman «industria 4.0», que hace referencia a las fábricas inteligentes cuyo trabajo se basa en una combinación de robots, interconectividad, digitalización, impresión 3D, etc.

La tecnología ya no es más una maquinaria que solo automatiza tareas físicas; está empezando a automatizar tareas mentales. El auge de la inteligencia

1. Según Tyler Cowen, la economía estadounidense vivió una expansión tecnológica producto de la post-Revolución Industrial que en los últimos 40 años generó menos riqueza de lo que se cree, pero los gobernantes siguen dando respuestas como si el crecimiento fuera el mismo. Esto genera un malestar –y conflictos– en la política y en la economía. T. Cowen: *The Great Stagnation: How America Ate All The Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will (Eventually) Feel Better*, Dutton, Nueva York, 2011.

artificial generará una transformación aún mayor. Las máquinas empiezan a comprender nuestro discurso y a identificar patrones de datos complejos. Por ejemplo, la división de Google DeepMind está desarrollando algoritmos capaces de aprender por sí mismos. Un ejemplo de cómo la inteligencia artificial está cambiando la sociedad es el acuerdo entre Google DeepMind y el Servicio Nacional de Salud británico, que dio acceso a Google a los datos de 1,6 millones de pacientes, incluyendo historiales médicos y datos en tiempo real para desarrollar predicciones, lo cual puso en alerta a la opinión pública sobre cuestiones de privacidad de los ciudadanos.

Los gigantes tecnológicos se despliegan cada vez más en el terreno de la salud, la educación, el transporte y la vivienda, y empiezan a brindar servicios antes provistos por el Estado. La expansión de la industria tecnológica no solo afecta a la manufactura y a la «cuarta Revolución Industrial», tal como la definió el empresario alemán Klaus Schwab en el Foro Económico Mundial: es muy probable que Google, Facebook y el resto de los gigantes digitales eventualmente dirijan las infraestructuras básicas sobre las cuales funcionan las sociedades de hoy.

La economía robótica ya está aquí. Foxconn, la fábrica más grande del mundo (productora del iPhone de Apple, entre otras cosas), que emplea a más de un millón de trabajadores en China, ya está instalando robots a una tasa de 10.000 al año, y se estima que 30% de sus empleados serán reemplazados por robots antes de 2020. Amazon tiene 15.000 robots trabajando en sus centros de distribución. Al mismo tiempo, las compañías tercerizan cada vez más el trabajo hacia sus propios clientes: reemplazan a trabajadores humanos con sistemas automáticos de autoservicio, a la hora de comprar en un almacén, encargar una hamburguesa o pagar un estacionamiento.

La inteligencia artificial reemplazará progresivamente todas las tareas repetitivas, de rutina y algorítmicas ■

En la cadena de supermercados Tesco de Gran Bretaña, por ejemplo, 80% de las transacciones ya son de autoservicio.

En este contexto, parece claro que la inteligencia artificial reemplazará progresivamente todas las tareas repetitivas, de rutina y algorítmicas. Según el economista especializado en tecnología Brian Arthur, esta «segunda economía» en la que las computadoras solo hacen negocios con otras computadoras reemplazará, hacia 2025, el trabajo

de alrededor de 100 millones de personas en todo el mundo. Investigaciones recientes indican que 35% de los trabajos en Gran Bretaña, e incluso más en

Estados Unidos, corren el riesgo de ser automatizados². La combinación de los autos sin conductor con Uber destruirá unos cuatro millones de puestos de trabajo en EEUU. De hecho, Uber ya ha implementado sus nuevos autos sin conductor en Pittsburgh. Amazon está reemplazando a trabajadores de los sectores de ventas y, si implementa la distribución con drones, logrará automatizar también áreas de depósito y transporte.

En suma, estamos ante un efecto de desplazamiento masivo que implica más destrucción de trabajos que creación de nuevos puestos. Los gigantes tecnológicos obtienen ganancias enormes y cada vez más gente es empujada hacia el sector de servicios de la economía, con bajos salarios o trabajos temporarios en ventas, restaurantes y transporte, hotelería y cuidado de niños y ancianos.

■ Precarización y «uberización»

Estas tendencias se ven reforzadas por el auge de la «economía por demanda» o *gig*. Las compañías de servicios tradicionales están siendo desplazadas por los intermediarios de la información (Amazon, Google, Airbnb, etc.) que controlan las plataformas digitales, que son capaces de extraer grandes rentas de redes de externalidades y se convierten rápidamente en cuasimonopolios: es la llamada «uberización» de los servicios. Al controlar la plataforma, estas compañías convierten todo –desde la salud hasta la vivienda– en un activo, y cada transacción económica se transforma en una subasta. Como es sabido, nada minimiza más los costos –en particular los costos laborales– que una subasta.

Pero más allá de la capacidad de extraer ganancias de todos los eslabones de una transacción, desde el punto de vista de las relaciones laborales, las empresas de economía de intercambio operan en un modelo pre-previsional: la cobertura social de los trabajadores es mínima y casi no hay posibilidades de establecer acuerdos colectivos. Uber está intentando transferir cada vez más costos, ligados a seguridad y educación, directamente a sus conductores, quienes ahora luchan por un salario mínimo. El «capitalismo de plataformas» busca convertir a los trabajadores en emprendedores precarizados, en microrentistas que acepten trabajar a demanda, viviendo al día, de pago en pago. Esta nueva forma de trabajo también implica un control de la mente. A los trabajadores de la etapa taylorista se les pedía que, una vez finalizada la jornada,

2. Carl B. Frey y Michael A. Osborne: «The Future of Employment: How Susceptible are Jobs to Computerisation», Universidad de Oxford, 2013.

se desconectarán. A los trabajadores de hoy se les exige que no se desconecten nunca, que estén disponibles las 24 horas del día.

En este contexto, para debatir el futuro del trabajo en el siglo XXI es necesario considerar la dimensión de clase de la inequidad y el crecimiento de la llamada «clase precarizada» (*precarariat*). Asistimos a una creciente frustración y rabia en la clase trabajadora, la clase media y la juventud, provocada por la inestabilidad económica, el desempleo y la precarización, tal como demuestran las múltiples protestas registradas en Europa, como la revuelta generacional francesa contra la nueva ley laboral, el movimiento Noche De Pie (*Nuit debout*), que ha ocupado plazas e impulsado huelgas durante 2016. El desempleo juvenil en Europa ha alcanzado picos de más de 40% en Portugal, España e Italia.

Luego de la recesión de 2008, frente a la perspectiva de un desempleo de largo plazo, muchos trabajadores no tuvieron más remedio que convertirse en autónomos o buscar contratos temporales. En Gran Bretaña ha aumentado el

**En Gran Bretaña
 ha aumentado el
 número de contratos
 de cero horas en el
 sector servicios ■**

número de contratos de cero horas en el sector servicios³. En EEUU, el universo de la economía por demanda de los trabajadores independientes y *freelance* alcanza a 20% del total de la fuerza de trabajo. Menos de 7% de los trabajadores estadounidenses se encuentra sindicalizado. Y, de manera más generalizada, no saben lo que ganarán al mes siguiente. El mercado laboral se ha convertido en un mercado-subasta que no da ninguna seguridad a los trabajadores. Como consecuencia, los jóvenes y los trabajadores temporarios no pueden planificar su futuro, pagar las cuentas, obtener préstamos para ir a la universidad, formar una familia, comprar una casa o pagar una hipoteca. Viven atrapados en esta trampa de la precariedad, que se conjuga además con el creciente déficit de las políticas de seguridad social.

La economía actual, en suma, encierra una paradoja: el aumento de la productividad como consecuencia del cambio tecnológico genera enormes ganancias, al tiempo que los salarios pierden cada vez más peso relativo. Las

3. En términos generales, se trata de un acuerdo entre un empresario y un trabajador en virtud del cual el empleador no está obligado a ofrecer al empleado un número mínimo de horas de trabajo semanales. Por su parte, el trabajador no está obligado a aceptar las horas de trabajo que le ofrece el empresario. Pero hay diferencias en esta modalidad: en muchos casos el empleado sí se compromete a aceptar las horas de trabajo que le ofrezcan. Lo que significa, de hecho, tener empleados con una disponibilidad total. [N. del E.].

compañías tecnológicas crean e incorporan tecnología para reemplazar la mano de obra, pero se debilita la demanda agregada. ¿Quién va a comprar todos esos productos en el futuro? A pesar de los avances de la economía robótica de la abundancia y de los costos marginales nulos del acceso a la información digital, los mercados de hoy se caracterizan por la persistencia de grandes monopolios, como las economías en red de Google, Uber y Amazon. ¿Cómo reconciliar los costos marginales nulos de los bienes de información con la tasa a la cual se crean nuevos multimillonarios de la tecnología? ¿Cómo usar la abundancia generada por los robots y cómo distribuir las ganancias económicas? No se trata de una cuestión simplemente económica, sino de una discusión política y de poder.

■ Ingreso básico universal

Las elites tecnológicas de EEUU abogan hoy por el ingreso básico, que ha sido defendido de modos muy diversos, tanto por la izquierda radical como por la derecha neoliberal. Para muchos especialistas de Silicon Valley, el ingreso básico es una herramienta de protección para quienes perderán su trabajo a causa de la globalización y el cambio tecnológico y, al mismo tiempo, una forma de volver al Estado más eficiente y austero al eliminar la burocracia previsional. La idea es simplemente darle dinero a la gente: un salario básico universal como red de asistencia social última. Algunos experimentos públicos a gran escala han tenido lugar en Canadá, Finlandia y Holanda. Incluso Suiza ha celebrado un referéndum nacional sobre el ingreso básico universal⁴. Google.org es una de los impulsoras de un experimento en Kenia (una prueba al azar que proveerá a 6.000 kenianos de un ingreso básico durante una década), mientras que Y Combinator, una de las empresas aceleradoras de *startups* más influyentes de Silicon Valley, está desarrollando un proyecto de investigación sobre salario básico con una primera prueba piloto en Oakland.

Sostengo que necesitamos una perspectiva sobre el ingreso básico que no sea neoliberal. La pregunta central es quién pagará el ingreso básico, dado que los Estados están endeudados y a menudo tienen poco margen fiscal para implementar medidas de esta naturaleza. Bill Gates propone un impuesto a los robots para lidiar con el desempleo tecnológico causado por la automatización. Sin embargo, gravar los robots sigue sin resolver el problema principal. La razón por la cual la industria tecnológica tiene tanto dinero es

4. «Suiza rechaza en referéndum una renta básica de 2.250 € tanto si trabajan como si no» en *20 Minutos*, 5/6/2016.

que los gobiernos ya no lo tienen. En su lugar, ese dinero descansa en las cuentas *offshore* de las empresas de Silicon Valley y Wall Street. Miremos si no a Apple, que ha anunciado hace poco que cuenta con 230.000 millones de dólares en efectivo potencialmente gravables –pero fuera de EEUU⁵ o a Google, que se ha convertido en la sociedad anónima más valiosa del mundo luego de anunciar que sus ganancias globales aumentaron 13% para llegar a 75.000 millones de dólares en 2016, lo que hace de Alphabet, su controlante, la compañía más valiosa del mundo. También la valuación de Uber, Airbnb y Lyft parecen inmunes a la deflación del mercado. Hay una brecha enorme entre los ingresos de estas empresas y la valuación de este tipo de compañías. Por ejemplo, Airbnb recolectó 3.100 millones en capitales de riesgo y hoy tiene una valuación de 30.000 millones, lo cual la haría valer casi diez veces más que sus ingresos iniciales, un valor mucho mayor que el de los hoteles Hyatt. Uber hoy en día está aumentando sus fondos y se estima su valor en 50.000 millones, cifra 15 veces superior a sus ingresos.

En realidad, los multimillonarios tecnológicos de Silicon Valley que promueven el ingreso básico son el principal obstáculo para la implementación del sistema. Es claro que no serán ellos quienes lo paguen, ya que prefieren poner su efectivo en cuentas *offshore*, como revelaron los «Panamá Papers». El Foro Económico Mundial declaró que el valor de la transformación digital –para la sociedad y la industria– podría ser mayor a 100 billones de dólares para 2025. El discurso habitual al analizar la economía robótica dice que generará enormes riquezas para los dueños de las plataformas, que luego ayudarán a la sociedad a pagar los costos agregados, sirviendo espontáneamente al bien común. Sin embargo, esto no sucede, y las ganancias que no se gravan no pueden ser reinvertidas en bienestar social, empleo y planes de salario básico.

Pero además todo indica que habrá cambios en el futuro. El bienestar social de Silicon Valley y su economía de bienes gratuitos, que hoy es subsidiada por publicidad y vigilancia, no durará para siempre. De hecho, la perspectiva más probable es que los ciudadanos, encerrados dentro de sus infraestructuras digitales, tengan que comenzar a pagar a estas corporaciones para poder tener acceso, lo que convertirá los servicios sociales básicos en un privilegio.

5. Según dijo Luca Maestri, director financiero de la compañía, en una conferencia en febrero de 2017 («Apple Has \$246 Billion in Cash, Nearly All Overseas» en *CNN Money*, 1/2/2017).

Como han reclamado los economistas marxistas italianos durante los últimos 20 años, tenemos que introducir un ingreso básico garantizado como ingreso primario, como respuesta a las inequidades que trae aparejadas el «capitalismo cognitivo» de hoy, en el que el trabajo social no reconocido y no remunerado, el trabajo informal, las tareas de cuidado y el trabajo afectivo y relacional –todos fundamentales para la economía y la sociedad actuales– tienen un rol cada vez más central. El ingreso básico será importante para estabilizar a las sociedades en un sistema de producción y de creación de riqueza que se ha vuelto cada vez más colectivo y social, mientras que las ganancias son cada vez más privadas. El ingreso básico permitirá que el trabajo creativo reemplace las tareas rutinarias y algorítmicas que, de todos modos, ya están siendo reemplazadas por la inteligencia artificial. Lo que necesitamos es un ingreso básico como dividendo de la productividad aumentada por los robots que vuelva a la sociedad responsable de producir colectivamente esa riqueza. Se trataría de un «dividendo básico universal», como propuso el ex-ministro de Economía griego Yanis Varoufakis.

La pregunta es: ¿quién se está quedando con las ganancias de los dividendos digitales? ¿Cómo podemos garantizar que esa ganancia no descansa en cuentas *offshore* sino que se invierta en infraestructura social para crear valor a largo plazo para la sociedad y promover un crecimiento inteligente, inclusivo y sustentable? El salario básico no es la solución a la crisis global actual, sino una base. El desafío, desde mi punto de vista, no tiene tanto que ver con la desaparición de los trabajos, sino con la distribución del ingreso y con la definición de un camino a largo plazo para este cambio. El desafío es desarrollar una economía social y un sistema previsional que no estén exclusivamente orientados hacia el mundo laboral. Necesitamos una revolución en muchos de nuestros hábitos y órdenes sociales y económicos. Tenemos que inventar nuevas instituciones (como el ingreso básico) que le saquen provecho a esta transformación de base tecnológica para el beneficio colectivo. ☐

Trabajo y desarrollo humano en un mundo desindustrializado

Los países en desarrollo ya no podrán seguir las viejas recetas que garantizaron la industrialización en el Norte global o en algunos países asiáticos. Los cambios tecnológicos y comerciales cierran esas vías. Pero lograr bienestar social a través de los servicios, sin haber alcanzado antes altos niveles de productividad, no es una tarea fácil. Por ello, la dirigencia política enfrenta un desafío completamente nuevo en relación con el futuro del trabajo.

DANI RODRIK

■ Brevísima síntesis de la historia del trabajo

Trabajar suele ser desagradable. Los países se vuelven ricos haciendo mucho trabajo desagradable. Y porque se vuelven ricos, más personas pueden hacer trabajos agradables. Esto resume bastante bien la historia económica desde la perspectiva del «trabajo para el desarrollo humano».

Al principio, había agricultores y criadores de animales. La vida era dura, brutal y corta. Los impuestos, la corvea y otras exigencias de los jefes, los terratenientes o el Estado eran onerosos. Muchas personas eran siervos o

Dani Rodrik: es economista. Es profesor de Economía Política Internacional de la Fundación Ford en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de Harvard. Su campo de investigación abarca la globalización, el crecimiento económico y el desarrollo, y la economía política.

Palabras claves: bienestar, desindustrialización, productividad, servicios, trabajo.

Nota: este artículo fue comisionado originalmente por la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y se publicó por primera vez en el *Informe sobre Desarrollo Humano 2015. Trabajo y desarrollo humano*. Esta traducción al español no ha sido revisada ni aprobada por el PNUD y el artículo original en inglés está disponible en <hdr.undp.org>. Traducción de Carlos Díaz Rocca.

esclavos, carentes de autonomía y dignidad. La pobreza y la injusticia eran la norma, a excepción de unos pocos afortunados. Luego tuvo lugar la Revolución Industrial, primero en Gran Bretaña y luego en Europa occidental y América del Norte. Hombres y mujeres acudieron en masa desde el campo hacia las ciudades para satisfacer la creciente demanda de mano de obra de las fábricas. Las nuevas tecnologías en textiles de algodón, hierro, acero y transporte produjeron niveles crecientes de productividad laboral. Pero durante décadas, pocos de estos beneficios llegaron a los propios trabajadores. Trabajaban muchas horas en condiciones opresivas, vivían hacinados y recibían bajos ingresos. Algunos indicadores, como la altura promedio de los trabajadores, sugieren que los niveles de vida pueden incluso haber disminuido por un tiempo.

Con el paso de los años, el capitalismo se transformó y sus ganancias comenzaron a estar más repartidas. Esto se debió en parte a que, naturalmente, los salarios comenzaron a subir a medida que se agotaba el excedente de trabajadores provenientes del campo. Pero también es cierto que los trabajadores se organizaron para reclamar por sus derechos. No fueron solo sus quejas las que imprimieron urgencia a sus demandas. También las condiciones de la producción industrial moderna hicieron más difícil a las elites seguir con su habitual política de «divide y reinarás». El trabajo en las fábricas, concentrado en las principales ciudades, facilitó la coordinación entre los trabajadores, la movilización de masas y el activismo militante.

Por temor a la revolución, los industriales cedieron. Los derechos políticos, y entre ellos el derecho al sufragio, se extendieron a la clase obrera. Y, poco a poco, la democracia domesticó al capitalismo. Las condiciones en el lugar de trabajo mejoraron a medida que los acuerdos ordenados o negociados por el Estado permitieron reducir las horas de trabajo, mejorar la seguridad y las vacaciones, las compensaciones familiares, la atención de la salud y otros beneficios. La inversión pública en educación y capacitación hizo que los trabajadores fueran más productivos y más libres para elegir. La participación de los trabajadores en los superávits de las empresas aumentó. Trabajar en una fábrica nunca dejó de ser algo desagradable. Pero al menos el trabajo de cuello azul permitía la existencia de una clase media, con todas sus posibilidades de consumo y oportunidades en cuanto a estilo de vida.

El progreso tecnológico fomentó el capitalismo industrial, pero luego iba a socavarlo. La productividad laboral en las industrias manufactureras aumentó mucho más rápido que en el resto de la economía. Eso significaba que podía

fabricarse la misma o mayor cantidad de acero, automóviles y productos electrónicos con muchos menos trabajadores. La participación de las manufacturas en el empleo total comenzó a disminuir constantemente en todos los países industrializados avanzados en algún momento después de la Segunda Guerra Mundial. Los trabajadores se trasladaron a las industrias de servicios: educación, salud, entretenimiento, administración pública. Así nació la economía postindustrial.

El trabajo se volvió más agradable para algunos, pero no para todos. Para aquellos con habilidades, capital y experiencia para prosperar en la era postindustrial, los servicios ofrecían oportunidades inmensas. Los banqueros, consultores e ingenieros ganaban salarios mucho más altos. Lo que es igualmente importante, el trabajo en la oficina permitió un grado de libertad y autonomía personal que el trabajo en la fábrica nunca había proporcionado. Si bien con jornadas acaso más largas que las de la fábrica, los profesionales de los servicios disfrutaron de un mayor control sobre su vida diaria y sobre las decisiones en el lugar de trabajo. A los docentes, enfermeros y camareros no se les pagaba tan bien, pero fueron liberados de la monotonía mecánica de los talleres. Por otro lado, para los trabajadores menos calificados, los empleos en el sector de servicios significaban renunciar a los beneficios negociados del capitalismo industrial. La transición a una economía de servicios a menudo fue acompañada por el declive de los sindicatos, las protecciones laborales y las normas de equidad remunerativa, lo que debilitó enormemente el poder de negociación de los trabajadores y la seguridad laboral.

Por lo tanto, la economía postindustrial abrió un nuevo abismo entre quienes tienen buenos empleos en servicios (estables, bien remunerados, gratificantes) y aquellos con malos empleos (fugaces, mal pagos, insatisfactorios). Dos cosas determinaron la combinación entre estos dos tipos de trabajos y el grado de desigualdad que produjo la transición postindustrial. Primero, cuanto mayor era el nivel de educación y habilidades de la fuerza laboral, mayor era el nivel de salarios en general. En segundo lugar, cuanto mayor era la institucionalización de los mercados de trabajo en los servicios (además de la manufactura), mayor era la calidad de los empleos en el sector servicios en general. Así, la desigualdad, la exclusión y la dualidad se hicieron más marcadas en los países donde las calificaciones laborales estaban mal distribuidas, y muchos servicios se aproximaron al «ideal» de los manuales de los mercados al contado (*spot markets*). Estados Unidos, donde muchos trabajadores se ven obligados a desempeñar múltiples trabajos para ganarse la vida adecuadamente, sigue siendo el ejemplo canónico de este modelo.

■ ¿Qué pasa con los países en desarrollo?

La historia que he contado hasta ahora es principalmente la de los países avanzados y occidentales. Unos pocos lugares en el mundo no occidental han experimentado una evolución similar. Los casos más notables son Japón, la República de Corea y la provincia china de Taiwán. Cada uno de ellos ha experimentado una importante industrialización, y luego, desindustrialización. Ahora comparten con otros países avanzados la característica de ser economías postindustriales en las que la naturaleza de los empleos está determinada por la interacción entre la productividad y las prácticas del mercado del trabajo en el sector de servicios. La alta productividad combinada con protecciones del mercado de trabajo redundan en buenos empleos. La baja productividad combinada con mercados laborales atomizados es una receta para tener trabajos de mala calidad.

Es tentador extrapolar esta historia directamente a los países que han quedado hasta ahora rezagados. Son los países de ingresos bajos y medios en los que vive la mayoría de los trabajadores del mundo. La receta para ellos parecería clara. Fomente una rápida industrialización para poder crecer. Invierta en buenas instituciones y capital humano para tener una fuerza laboral productiva, asegurándose de que nadie se quede atrás. Y cuando la desindustrialización se establezca naturalmente, no le oponga resistencia. En su lugar, asegúrese de que el marco legal y regulatorio en el que operan los servicios proporciona protecciones adecuadas para los empleados.

Podrían plantearse dos objeciones a tal extrapolación. Una tiene que ver con la conveniencia de emular la experiencia histórica de los países avanzados de la actualidad. La otra, con la viabilidad de hacerlo. Permítame concentrarme primero en una y luego en la otra.

¿Deben los países en desarrollo de hoy emular el patrón histórico? Hay que recordar que la historia enseña que las primeras etapas de la industrialización rara vez produjeron una mejora en las condiciones de vida de la mayoría de los trabajadores. Hubo un retraso significativo entre el inicio de la industrialización y la expansión de sus beneficios a grandes sectores de la población. Un retraso similar es visible en muchos países de bajos ingresos que han logrado incursionar con éxito en los mercados mundiales de manufacturas en las últimas décadas. Esto ha dado lugar a un debate sobre los talleres

¿Deben los países en desarrollo de hoy emular el patrón histórico? ■

clandestinos en algunos países exportadores. Según ciertos activistas de los derechos laborales, las ganancias por exportaciones se deben a la explotación de trabajadores, a menudo mujeres, que ganan muy poco y trabajan largas jornadas en condiciones peligrosas. Y en este marco, el uso de trabajo infantil es un motivo de controversia particularmente sensible.

Otros, sobre todo economistas, responden argumentando que los llamados talleres clandestinos son simplemente un trampolín en el camino al desarrollo económico e incluso humano. Por malos que parezcan, estos talleres representarían una mejora en comparación con las alternativas que tiene la mayoría de los trabajadores: una existencia precaria en la agricultura de subsistencia, tal vez, o peores empleos urbanos. Y la baja remuneración y las malas condiciones de trabajo reflejan la baja productividad de los trabajadores.

**¿Existe una ley
inquebrantable que dicta
que los buenos
estándares laborales
deben ir a la zaga
del desarrollo? ■**

Además, ¿no es así exactamente como se enriquecieron los países avanzados que conocemos hoy?

El interrogante que plantea este debate es si los beneficios de la protección laboral no pueden estar disponibles en etapas de desarrollo anteriores en comparación con lo que históricamente ha ocurrido. ¿Existe una ley

inquebrantable que dicta que los buenos estándares laborales deben ir a la zaga del desarrollo? Esta pregunta es similar a aquella sobre si la democracia política requiere desarrollo económico como condición previa.

La respuesta a la última pregunta sugiere la respuesta a la primera. Históricamente, la democracia vino después de la Revolución Industrial y el aumento de los ingresos. Pero no hay razón para pensar que los países no pueden volverse democráticos en etapas mucho más tempranas de desarrollo. La participación y la discusión política son valores intrínsecos. También sirven a un propósito instrumental: la investigación empírica ha determinado que los gobiernos democráticos posiblemente se desempeñan mejor que los regímenes autoritarios y producen, además, una mayor estabilidad.

Dos modelos brillantes de democracia en escenarios de bajos ingresos ejemplifican este asunto: la India y Mauricio. Estos Estados difieren mucho en tamaño, pero los dos son países altamente heterogéneos que nacieron en medio de conflictos étnicos y violencia. En ambos casos, la democracia moderó en una fase temprana el conflicto social y permitió la estabilidad política.

Mauricio creció rápidamente varios años después de la independencia. El crecimiento de la India se demoró hasta la década de 1980, pero desde entonces ha sido más que aceptable, e incluso ha superado el de China mientras se escriben estas palabras.

No hay ninguna razón por la cual los trabajadores de los países de bajos ingresos deban ser privados de los derechos laborales fundamentales por el desarrollo industrial y el desempeño de las exportaciones. Estos derechos incluyen la libertad sindical y la negociación colectiva, condiciones de trabajo razonablemente seguras, no discriminación, jornada laboral máxima y restricciones al despido arbitrario. Al igual que con la democracia, estos son requisitos básicos de una sociedad digna. Su efecto de primer orden es nivelar la relación de negociación entre empleadores y empleados, antes que elevar los costos generales de producción. E incluso cuando los costos se vean afectados, cualquier efecto adverso podría compensarse fácilmente con una mejora de la moral, mejores incentivos y una menor rotación en la fuerza laboral.

Los salarios mínimos son algo diferente porque elevan directamente el costo de la mano de obra. Los salarios mínimos que no están muy lejos del nivel competitivo del mercado no pueden hacer mucho daño al empleo en general, al tiempo que mejoran las condiciones laborales. No se puede decir lo mismo de los salarios mínimos que son muy superiores a ese nivel. El peligro entonces es que a muchos de quienes buscan trabajo se les denieguen oportunidades de empleo porque el mercado no les podrá pagar. El dualismo del mercado laboral, por el cual una minoría comparativamente pequeña de *insiders* protege sus privilegios garantizados por el Estado a expensas de una gran mayoría de *outsiders*, es lamentablemente una característica común de las economías de todo el mundo. Esto frena tanto el desarrollo humano como las perspectivas de crecimiento.

Sin embargo, lo concreto es que los derechos laborales básicos, tal como se resumen en los convenios fundamentales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), por ejemplo, no son un impedimento para el desarrollo económico. No es necesario que se pospongan hasta que el despegue económico se produzca y se afiance. En este sentido, no tenemos por qué dejarnos guiar por la historia.

■ ¿Emularán los países en desarrollo de la actualidad el patrón histórico?

Las manufacturas son una escalera mecánica para los países pobres por varias razones importantes. Primero, en muchas industrias manufactureras hay

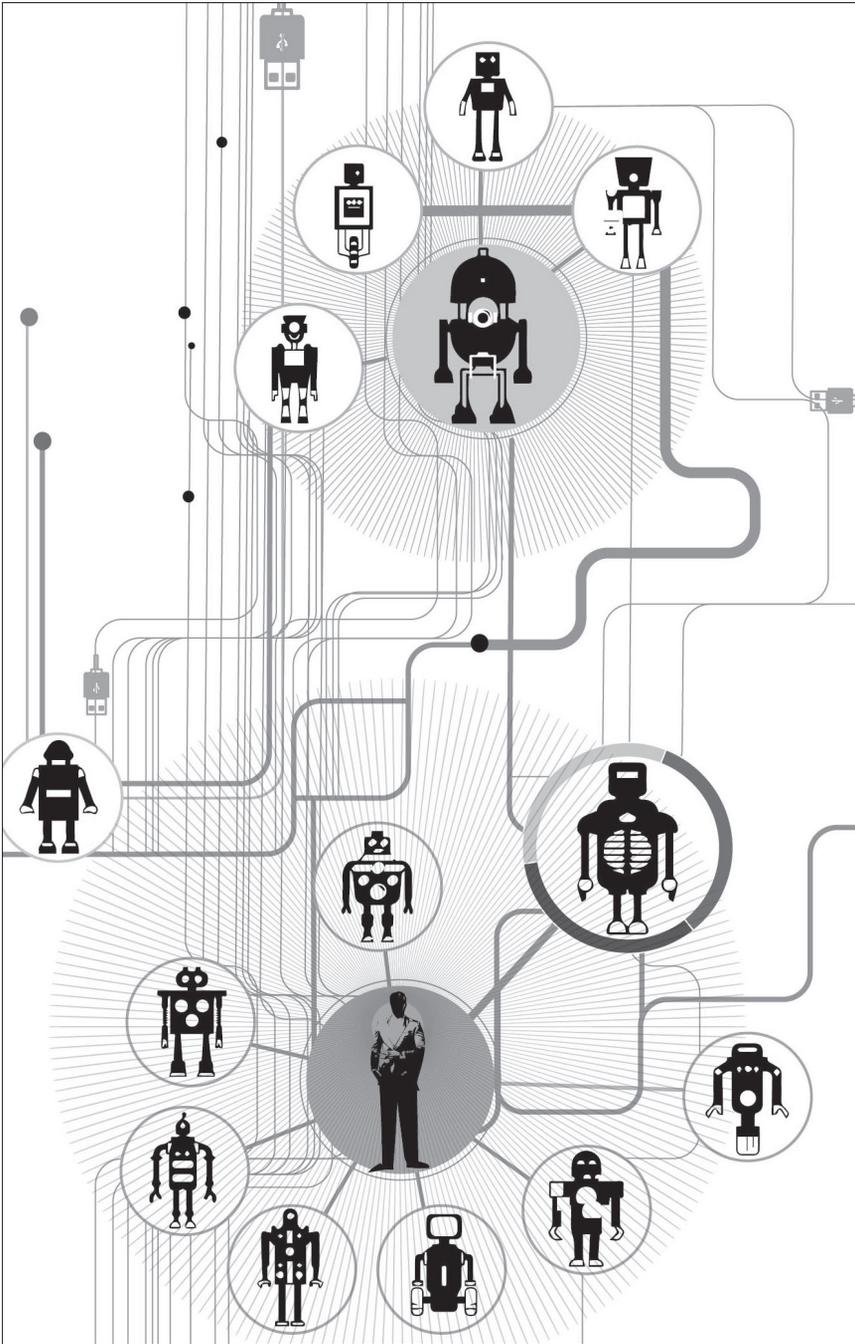
una tendencia a una dinámica de productividad positiva¹. Si se establece una cabecera de playa en uno de los sectores de manufactura «fáciles» –como las prendas de vestir–, es probable que se experimenten aumentos constantes en la productividad y que, a la larga, se pueda saltar a otras industrias más sofisticadas. En segundo lugar, las manufacturas son un sector comercializable. Esto significa que las industrias manufactureras exitosas pueden expandirse casi indefinidamente, al ganar cuotas de mercado en los mercados mundiales, sin encontrarse con restricciones de demanda. Tercero, la manufactura absorbe mucha mano de obra no calificada, el recurso más abundante de un país de bajos ingresos. Actividades como el ensamblaje de prendas de vestir, calzado, juguetes y productos electrónicos requieren pocas habilidades, por lo que los agricultores pueden transformarse fácilmente en trabajadores de una línea de ensamblaje.

Estas son las razones por las cuales la industrialización ha sido históricamente el motor principal del rápido crecimiento económico. La convergencia de la productividad, la expansión de las exportaciones y la absorción de mano de obra crea un ciclo virtuoso que impulsa la economía hacia adelante hasta que se cierra la brecha con la frontera mundial y las demandas de progreso tecnológico se vuelven sustancialmente mayores.

Así es como funcionaron las cosas en el pasado. En general, se opina que los países con bajos ingresos de África, Asia y América Latina tendrán que hacer algo similar si desean experimentar un crecimiento económico rápido y sostenido. Pero esta expectativa podría no cumplirse. El nuestro es un mundo muy diferente. Las fuerzas de la globalización y el progreso tecnológico se han combinado para alterar la naturaleza del trabajo manufacturero de manera tal que hace que sea muy difícil, si no imposible, que los «recién llegados» emulen la experiencia de industrialización de los «tigres» del Este asiático, o las economías de Europa y América del Norte antes de ellos.

Consideremos algunos hechos. Desde 1960, cada década ha traído niveles más bajos de empleo industrial y producción industrial como porcentaje de la economía en los países en desarrollo, controlando el ingreso medio y los factores determinantes demográficos. Los niveles máximos de industrialización son más bajos que nunca y se alcanzan para una fracción de los ingresos que lograban los países industrializados anteriores. Esto significa que muchas (si

1. D. Rodrik: «Unconditional Convergence in Manufacturing» en *Quarterly Journal of Economics*, 2/2013.



no la mayoría) de las naciones en desarrollo se están convirtiendo en economías de servicios sin haber tenido una verdadera experiencia de industrialización, un proceso que he denominado «desindustrialización prematura». Mientras que los primeros países industrializados lograron colocar 30% o más de su fuerza laboral en la manufactura, los últimos de los recién llegados rara vez han logrado esa hazaña. El empleo manufacturero de Brasil alcanzó un máximo de 16% y el de México, 20%. En la India, el empleo en la industria manufacturera comenzó a perder terreno en términos relativos después de haber alcanzado el 13%².

América Latina parece ser la región más afectada. Pero lo que también resulta preocupante es que hay tendencias similares en el África subsahariana, donde, para empezar, pocos países han tenido una buena industrialización. Los únicos que parecen haber escapado a la maldición de la desindustrialización prematura son un grupo relativamente pequeño de países asiáticos exportadores de manufacturas. Los propios países avanzados han experimentado una importante desindustrialización del empleo. Pero la producción de manufacturas a precios constantes se ha mantenido relativamente bien en el mundo avanzado, algo que por lo general se pasa por alto, ya que gran parte de la discusión sobre la desindustrialización se centra en valores nominales más que en valores reales.

Las razones detrás de estas tendencias se vinculan a la tecnología y el comercio. El rápido progreso tecnológico global en la fabricación ha reducido los precios de los bienes manufacturados en relación con los servicios, lo que ha desalentado el ingreso de los recién llegados en el grupo de países en desarrollo. Al mismo tiempo, la manufactura se ha vuelto mucho más intensiva tanto en capital como en calificación laboral, por lo cual este sector ha reducido sustancialmente el potencial de absorción de mano de obra de trabajadores provenientes de la agricultura u ocupaciones informales. En el frente comercial, la competencia de China y otros exportadores exitosos combinada con la reducción en los niveles de protección significa que pocos países pobres tienen ahora la oportunidad de desarrollar manufacturas simples para el consumo doméstico. El margen para la sustitución de importaciones se ha agotado.

Por lo tanto, no es arriesgado conjeturar que las economías de los «tigres asiáticos» serán acaso las últimas en experimentar la industrialización de la

2. D. Rodrik: «Premature De-industrialization», NBER Working Paper N°20.935, 2/2015.

manera en que la historia económica nos ha acostumbrado. Si es así, resulta una mala noticia para el crecimiento económico por todas las razones descritas anteriormente. También es una mala noticia para la equidad. El abismo existente en cuanto a ingresos y condiciones de trabajo entre banqueros y gerentes, por un lado, y quienes realizan actividades informales, como el comercio de pequeña escala o el trabajo doméstico, por otro, es incomparablemente mayor en los países en desarrollo. La transición precoz a los servicios, antes de la acumulación sustancial de capital humano y capacidades institucionales, exacerba en gran medida los problemas de desigualdad y exclusión en el mercado laboral que enfrentan las economías avanzadas.

■ Caminos futuros

¿Puede este proceso de desindustrialización prematura, sin embargo, resultar una bendición encubierta? Indiqué anteriormente algunas de las ventajas de los servicios en términos de autonomía personal y libertad. James C. Scott señala que un porcentaje muy alto de trabajadores industriales en EEUU preferiría abrir una tienda o restaurante o trabajar en una granja. «El tema unificador de estos sueños es la libertad, liberarse de la rígida supervisión, y la autonomía de la jornada laboral que, en su mente, compensa con creces las largas jornadas y los riesgos de este tipo de pequeños negocios». Scott contrasta esto con el trabajo en el marco de una fábrica, «donde la cadena de montaje está ajustada al detalle a fin de reducir la autonomía hasta el punto de hacerla desaparecer»³. ¿Pueden los trabajadores en el mundo en desarrollo de alguna manera tomar un atajo y evitar el trabajo monótono de la manufactura?

¿Puede este proceso de desindustrialización prematura, sin embargo, resultar una bendición encubierta? ■

Quizás, pero no está claro cómo se puede construir ese futuro. Una sociedad en la que la mayoría de los trabajadores son sus propios jefes (comerciantes, profesionales independientes, artistas) y establecen sus propios términos de empleo, al tiempo que llevan una vida aceptable, solo es factible cuando la productividad es muy alta. La alta productividad permite la generación de una demanda abundante de estos servicios y, en consecuencia, altos ingresos para propietarios independientes. El problema es que los servicios, en su conjunto, no han experimentado a lo largo de la historia un aumento de la

3. J.C. Scott: *Elogio del anarquismo*, Planeta, Barcelona, 2013, pp. 130-131.

productividad como sí lo han hecho las manufacturas; hoy se necesitan tantos camareros para explotar un restaurante como hace un siglo. Así, depende de la industrialización el proporcionar los altos ingresos y la alta demanda para el resto de la economía.

Lo que está claro, por lo tanto, es que la dirigencia política enfrentará un desafío completamente nuevo cuando encare el futuro del trabajo y del desarrollo humano. Una mayor cuota de crecimiento económico tendrá que provenir de una mejora de la productividad en los servicios. Esto significa, a su vez, que los enfoques parciales y sectoriales que funcionaron tan bien para estimular la industrialización orientada a la exportación durante las primeras etapas del rápido crecimiento en Asia y más allá tendrán que ser reemplazados (o al menos complementados) por inversiones masivas de la economía en capital humano e instituciones. Cuando las manufacturas son el motor de la economía, las reformas selectivas, como los incentivos a la exportación, las zonas económicas especiales o los incentivos a los inversores extranjeros, pueden ser muy efectivas. Después de todo, cuando se enfrenta una demanda casi infinita en los mercados mundiales, es suficiente tener algunos éxitos de exportación para impulsar la economía. Pero cuando el crecimiento tiene que depender de servicios (en su mayoría) no transables, los esfuerzos selectivos no funcionarán. Los esfuerzos en las reformas deberán ser más integrales y apuntar al crecimiento de la productividad en todos los servicios simultáneamente.

Marx imaginó una sociedad en la que sería posible que una persona «hiciera una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, después criar ganado, hacer una crítica después de la cena (...) sin llegar a ser cazador, pescador, pastor o crítico». Una condición previa para esto, sin embargo, era que las fuerzas productivas de la economía se desarrollaran lo suficiente. Hasta la fecha, el capitalismo industrial ha sido prácticamente el único camino hacia una sociedad productiva. El trabajo en las fábricas no era agradable y generó tensiones sociales significativas, como destacó Marx, pero logró productividad.

Hoy, este camino parece menos deseable y menos factible. Habrá que inventar uno nuevo. Los rasgos básicos de esta alternativa son fáciles de exponer. Será un modelo basado en servicios. Se centrará más en infraestructura blanda (aprendizaje y capacidades institucionales) y menos en acumulación de capital físico (plantas y equipos en industrias manufactureras). Más allá de eso, sin embargo, queda mucho en juego. ☐

El despotismo de los algoritmos

Cómo regular el empleo en las plataformas

SOFÍA SCASSERRA

El empleo en plataformas digitales constituye un nuevo modelo de negocios, desarrollado especialmente en el sector servicios, que tiene como uno de sus efectos la precarización digital. Se impulsa un paradigma en el que el éxito del trabajador/emprendedor radica en su autoexplotación. Si bien hasta ahora se ha avanzado poco en su regulación, una estrategia sindical y sostenida en la economía popular y solidaria puede servir para transitar hacia empleos más dignos, sobre todo para mujeres, migrantes y jóvenes.

Los cambios en las formas de producir bienes y servicios durante las últimas décadas han sido tan notorios que la bibliografía económica ya ha designado estos cambios, para bien o para mal, como la «cuarta Revolución Industrial». Lo cierto es que cada sector está siendo fuertemente impactado por la digitalización, la automatización y la inteligencia artificial. Pero hay un sector donde la revolución ha llegado hasta el inconsciente de los trabajadores de tal manera que a estos ya les es difícil verse como tales y se perciben en cambio como miniempresarios o emprendedores. Este sector es el de comercio y servicios, un sector amplio, variable y complejo de analizar.

La tendencia mundial del sector es a establecer un modelo de mercado en el que las grandes empresas transnacionales solo operan vinculando la oferta y la demanda y logran que estas se encuentren en una plataforma virtual que establece los términos y las condiciones de intercambio. Las plataformas digitales, que en su mayoría comenzaron como recursos para hacer dinero

Sofía Scasserra: es economista, investigadora y docente en el Instituto del Mundo del Trabajo Julio Godio de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Untref). Se desempeña como asesora en temas económicos y de comercio internacional en la Federación Argentina de Empleados de Comercio y Servicios (FAECYS) y UNI Américas.

Palabras claves: algoritmo, derechos, plataforma, precarización digital, sindicatos.

adicional o simplemente vender aquellos artículos arrumbados en los hogares, han terminado por revolucionar el sector. Se trata de un modelo de negocios simple que consiste en ser meros intermediarios: personas que ofrecen productos y servicios, clientes que los buscan, ambos se encuentran y se entrega lo solicitado. La empresa solo ofrece el motor de búsqueda y gestiona el pago. Pero ¿es solo eso?

Hace ya algunos años se introdujo la cuestión del comercio electrónico en diversas negociaciones comerciales transnacionales. Esta agenda, impulsada por las grandes corporaciones de tecnología, determina el marco regulatorio de las plataformas. Pero lo cierto es que la mayoría de estas tienen domicilio en paraísos fiscales y carecen de oficinas comerciales en los territorios nacionales. Ergo, al no pagar impuestos, no tienen responsabilidad hacia el Estado, y al no estar alcanzadas por tribunales de defensa al consumidor, no tienen responsabilidad hacia los consumidores. Además, los trabajadores son meros «usuarios» o «asociados» a las plataformas, no empleados registrados bajo un sistema legal. De aprobarse la agenda de comercio electrónico, esta estructura pasaría a ser normativa internacional y, por ende, ningún Estado podría regular para tratar de extraer los beneficios de la tecnología. El comercio electrónico y la desregulación del sector promueven la deslocalización comercial y la libre movilidad de datos y sancionan la imposibilidad de los Estados de cobrar impuestos y exigir transferencia tecnológica, entre otras normas. Diversas cláusulas están presentes en acuerdos de libre comercio, pero también existen ya borradores en la Organización Mundial de Comercio (OMC), que si bien no tiene mandato negociador, ha creado grupos de trabajo como «amigos del comercio electrónico para el desarrollo» que promueven activamente esta agenda.

El modelo laboral del sector apareció disfrazando la tradicional relación laboral por medio de un «emprendedor». Una «microempresa» que no ofrece capital, ofrece servicios: los trabajadores que venden bienes o servicios a través de plataformas son «emprendedores de sí mismos», microempresarios que toman decisiones, asumen riesgo y solo utilizan la plataforma como herramienta «que hace crecer su negocio». Un negocio que, por otro lado, tiene un techo de crecimiento claro: crecerá hasta que el trabajador esté tan explotado que no pueda seguir, ya que sus servicios son su único capital.

¿Es esto así? ¿Son estos trabajadores «pequeños empresarios»? La realidad es que las plataformas fueron creciendo de manera exponencial en los últimos años y fueron imponiendo cada vez más las reglas de los mercados. La mayoría de ellas hoy determinan las formas y el tiempo de pago, las condiciones de búsqueda, la forma de entrega, los estándares de calidad y los montos que

se pueden cobrar por los servicios prestados. Asimismo, las plataformas tienen potestad para promover, aperebrar y hasta desvincular a los trabajadores de manera arbitraria y unilateral. De este modo, se apropian de la oferta de bienes y servicios, manipulan la demanda y gestionan los precios. Las plataformas hoy *son* el mercado.

Ese mismo dominio y control del mercado hizo que cada vez quedara más expuesta la realidad de que en el fondo, el vínculo entre la plataforma y el «emprendedor» es una relación de dependencia encubierta y, por ende, debería estar protegida por la ley laboral vigente en cada territorio nacional y alcanzada por los convenios colectivos del sector.

La dependencia y las condiciones de trabajo son determinadas por la plataforma. Para tener esto más claro, es importante entender cómo funcionan los algoritmos de calificación. Es cierto que no existe un jefe o capataz que controle al trabajador de manera directa y le dé órdenes, pero de eso se encargan estas ecuaciones matemáticas que llegaron para quedarse: los algoritmos. Las calificaciones son, de este modo, automáticas. Y no se basan solo en las ponderaciones de los clientes, sino también en diversos parámetros que el algoritmo analiza de manera automática y sin consultar con el trabajador; por ejemplo, tiempos de entrega, sistema de cobranza y pago, utilización o no del uniforme de la empresa (así, si el trabajador compra el uniforme reglamentario, eso aumenta su caudal de ofertas de trabajo y su calificación en Rappi), eventuales rechazos de pedidos con anterioridad, tiempo y calidad de las respuestas, incumplimientos de normativas de la plataforma, etc. Todo esto va asignando una calificación al trabajador que determinará su nivel de exposición en la plataforma y, por ende, la cantidad de ofertas de trabajo que obtenga en el futuro.

El éxito o fracaso dependerá pura y exclusivamente del tiempo que el trabajador dedique y del nivel de concordancia que tenga con las políticas de la plataforma, es decir, con su algoritmo. No existen riesgos ni decisiones personales que tomar. No existe estrategia. No existe la fantasía empresaria. Todo está parametrizado por la plataforma y el trabajador debe amoldarse a ella a fin de no ser penalizado. Así es como funcionan estas empresas virtuales, tales como Uber, Rappi, Pedidos Ya, Glovo, Mercado Libre, Fivver o Zolvers. Son empresas que dictan las reglas de juego, cobran comisiones (y se quedan con una proporción de la ganancia del trabajador), establecen formas y tiempos de pago y envío y hasta deciden las promociones sin consultar con el trabajador que debe asumir los costos. Casos como este son los de entregas 2 x 1 en Rappi, en

El vínculo entre la plataforma y el «emprendedor» es una relación de dependencia encubierta ■

las que el trabajador debe hacer dos entregas al precio de una, o Mercado Libre, que bonifica el envío al comprador si la compra es superior a un determinado monto. Como puede verse, este esquema tiene poco de autonomía y libertad. Más que un emprendedor, se trata de un trabajador digitalmente precarizado.

Lo cierto es que las autoridades comenzaron a poner el ojo en el sector a medida que iba creciendo y ya existen casos como el de Nueva York, donde la justicia consideró que los choferes de Uber son trabajadores de la empresa y por ende esta debe darles las garantías laborales determinadas por la ley¹. En América Latina, poco se ha hecho respecto de este tipo de empleos. En la mayoría de los países los trabajadores se encuentran siendo explotados y fuera de la ley, sin jubilación, cobertura social, salario mínimo ni posibilidad de negociación. A su vez, la fuerza laboral que constituye el empleo de plataformas tiende a pertenecer a sectores vulnerables, con lo cual se presta aún más a la precarización y la explotación. Los trabajadores de plataformas representan cuatro tipos de población:

- mujeres, que encuentran en el empleo remoto o de plataformas la oportunidad de conciliar su vida laboral con su vida personal, y así hacen frente a la economía del cuidado y el sostenimiento de la vida sin dejar de percibir ingresos, aunque sea mínimos, en el mercado de trabajo;
- migrantes, que en muchos casos llegan a un país en busca de mejores oportunidades y se encuentran con un mercado de trabajo hostil, lo que se suma a la dificultad de obtener los documentos de identidad en condiciones para acceder a un empleo formal;
- minorías sexuales, que no deben pasar por una entrevista de trabajo y, por ende, no se arriesgan a la discriminación por parte de entrevistadores; así,

**En una economía
cada vez más exigente,
la tecnología ofrece
una rápida salida
laboral literalmente al
alcance de la mano ■**

encuentran en el empleo de plataformas una oportunidad laboral sin exponerse a la xenofobia y el racismo;

- jóvenes, para quienes el empleo de plataformas es, en muchos casos, el primer empleo.

En una economía cada vez más exigente, la tecnología ofrece una rápida salida laboral literalmente al alcance de la mano, al otorgar la oportunidad de descargar una aplicación y a los pocos días estar trabajando sin demasiados intermediarios. Son muchas las oportunidades que ofrece el

1. Mariella Monn: «New York Officials Recognize Three Uber Drivers as Employees» en *engadget*, 21/7/2018.

empleo de plataforma para estos sectores, y en el sueño de sobrellevar la falta de empleo, el trabajador está dispuesto a soportar una precarización digital con condiciones de trabajo fuera de la ley y salarios realmente bajos. Ocuparse, entonces, de las condiciones de trabajo del empleo de plataformas es, en muchos casos, un paso más en pos de la justicia social.

■ ¿Cuál es la solución, entonces?

Como primera medida, es importante destacar que empleo es empleo. Parece una obviedad, pero no es tan así. Un trabajador de cualquier sector no puede ser considerado empresario solo por ofrecer sus servicios de manera «autónoma» en el mercado de trabajo. Es empleado, no fija condiciones, no elige, no determina su sueldo. Ergo, debe ser tratado como trabajador y se le deben respetar todos los derechos y garantías establecidos por las leyes locales y los convenios internacionales, como las convenciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y los Acuerdos Marco Globales firmados por los sindicatos globales y las empresas transnacionales. Es cierto que el sector tiene características que hacen necesario un sistema más flexible, pero eso bien puede regularse. Por ejemplo, si un trabajador estuvo conectado más de cierta cantidad de horas semanales, aun sin recibir ofertas de trabajo, su ganancia debe ser igual o mayor al salario mínimo vital y móvil. Si el tiempo trabajado no supera ese monto, la empresa debe compensarlo. En empresas de reparto a domicilio, por ejemplo, un trabajador puede pasar todo un día conectado a la plataforma pedaleando por la ciudad a la espera de recibir un pedido sin suerte alguna y, por ende, sin recibir remuneración por esas horas.

A su vez, muchos trabajadores tienen cuentas en diversas plataformas y diversifican así su trabajo. Algunos se vinculan y desvinculan dependiendo de las oportunidades que surjan. Otros trabajan intensamente un mes y al siguiente no. Por lo tanto, es necesario un sistema registral proporcional y para múltiples empleadores. Esquemas así ya existen en el mundo, como en el caso de los actores en diversos países. Esto le brinda al sector la flexibilidad que necesita sin menoscabar los derechos laborales vigentes.

Una cuestión que es necesario abordar en una nueva regulación son los *ratings* portables. Si un trabajador decide desvincularse de una plataforma, debe tener la posibilidad de portar su historial laboral y su *rating* a otras plataformas y empleos. Se trata de una suerte de «carta de recomendación» adjunta al trabajador, que le permita competir en mejores condiciones. La realidad es que el sistema de *ratings* logra mantener cautivo al trabajador dentro de la plataforma, ya que el costo de comenzar de cero es muy elevado. Si el trabajador

pudiera portar su *rating* a otras plataformas y empleos, no se vería obligado a permanecer en una plataforma si existe otra que ofrece mejores condiciones de trabajo. Habría una competencia sana por ingresar a las mejores plataformas y huir de aquellas más salvajes.

Entre los derechos básicos están la jornada de trabajo limitada y los días de descanso y enfermedad. No solo es necesario establecer un mínimo de días mensuales pagos, también es necesario «humanizar» las calificaciones algorítmicas. Hoy por hoy, no existe la posibilidad de derecho a réplica o explicación alguna. La calificación es automática e inapelable. Si el pedido no se entrega a tiempo, eso significa un descuento en el puntaje para el trabajador. No importa si la bicicleta se rompió, si el tránsito estaba fatal, si hubo un accidente o lo que sea. Mercado Libre, por ejemplo, exige entregar pedidos en menos de 24 horas, no importa si el trabajador tiene un familiar enfermo o si surgieron contratiempos de último momento. Para un trabajador que no puede cumplir al 100%, es mejor desactivar publicaciones o no ingresar a la plataforma que hacerlo con baja performance. Por ende, urge humanizar la relación laboral dando derecho a días de baja performance. Es decir, contemplar días en los que el trabajador no sea calificado si incumple con todas las demandas que tiene a diario la plataforma. «La plataforma solo permite que los clientes nos califiquen a nosotros, ¡pero no a las propias plataformas! Nuestros celulares están llenos de insultos y bajas calificaciones que luego las plataformas utilizan para asignarnos peores viajes», explica un repartidor argentino involucrado en un proyecto para crear un sindicato que comprenda a Rappi, Glovo y Uber denominado Asociación de Personal de Plataformas (APP). «Nos prometieron que seríamos nuestros propios jefes, pero nos tratan como esclavos»². Un proyecto regulatorio debe exigir presencia comercial de las empresas de plataforma en el territorio para poder operar, a fin de que paguen impuestos y tengan un domicilio legal donde la justicia pueda contactar a la empresa en caso de inconvenientes con trabajadores y consumidores.

Finalmente, y no por eso de menor importancia, debe existir un canal eficiente y efectivo tanto para comunicaciones como para negociar individual o colectivamente con la empresa. Esto es fundamental a fin de incentivar el diálogo social y que el trabajador tenga derecho a réplica frente a un algoritmo que puede resultar injusto a la hora de calificar. Existen hoy día ejemplos de plataformas, como Uber, en las que el trabajador abre su cuenta, presenta documentación, trabaja un tiempo y se desvincula sin haber tenido jamás la posibilidad de hablar con una persona que atienda sus consultas e inquietudes.

2. «La APP contra la precarización» en *Página/12*, 11/10/2018.

Si bien se habla mucho en el ámbito global sobre el trabajo en las plataformas, se ha hecho muy poco a escala local para regularlo. Parecería que los Estados no lo consideran importante o que es un problema demasiado difícil para abordarlo. Pero la realidad es que su complejidad puede ser resuelta de manera fácil y rápida mediante voluntad política. Como primera medida, no se deben firmar acuerdos vinculantes a escala internacional respecto del comercio electrónico, a fin de liberar el espacio regulatorio para que los Estados controlen un sector que es nuevo e incierto. Adicionalmente, hay que aplicar la ley laboral vigente en cada país.

¿Y a los sindicatos? Sin lugar a dudas, una característica del sindicalismo, con diferente intensidad según los países, es la presencia en el lugar de trabajo a través de delegados sindicales, la comunicación efectiva con el trabajador y la solidaridad entre compañeros y compañeras. ¿Cómo lograr esto en un entorno de trabajo «virtual»? La virtualización del sindicalismo parece ser, precisamente, la respuesta a ese desafío. Si el «lugar de trabajo» es un celular mediante una aplicación o un portal en internet, ahí debe estar el sindicato. Esto implica el desarrollo de un gremio que atienda consultas, donde se puedan denunciar abusos, que conecte a los trabajadores, que sea una herramienta de solidaridad en caso de sufrir accidentes, que sea un canal de comunicación y negociación con la empresa y que lleve registro de las actividades laborales a fin de poder crear un currículum digital con el historial que sirva como base de negociación y una herramienta poderosa a la hora de desvincularse de la plataforma. La virtualidad y sus problemas solo pueden ser entendidos y atendidos mediante un sindicalismo con una estrategia virtual.

La virtualización del sindicalismo parece ser, precisamente, la respuesta a ese desafío ■

Las plataformas son empleos encuadrados en diversos sectores de la economía, por lo que existen dos soluciones posibles: o bien el sindicalismo se hace cargo de la plataforma que opera en el marco de su sector y brinda respuestas virtuales a las demandas de los trabajadores que representa, o bien se crea una asociación de plataformas con características intersindicales, una herramienta específica para este modelo de negocios pero que trabaje de manera transversal con todo el sindicalismo de servicios. Este nuevo modelo de representación sindical –con la dificultad de que los trabajadores permanecen a menudo poco tiempo en sus trabajos–, sumado a la estrategia estatal, podría conseguir avances en la dirección de un sector laboral con derechos, negociación, diálogo social y empleo más digno para los sectores más vulnerados de la economía, aprovechando las ventajas que ofrece la tecnología y minimizando sus impactos más ruines.

Pero esta no es la única respuesta posible al problema de la precarización digital. Aun en un marco de completa apatía o ausencia de las autoridades regulatorias y sindicales, hay mucho que los trabajadores pueden hacer. La virtualidad trae también beneficios, no solo para las empresas, sino para los trabajadores, que con poco capital pueden lograr grandes cosas. El caso testigo más exitoso es la formación de la cooperativa de ciclistas repartidores CoopCycle. La cooperativa es una plataforma que compite con las empresas transnacionales, la propiedad es colectiva, se socializan las ganancias y se establecen las condiciones de trabajo. Este modelo bien podría ser replicado en diversas plataformas de todo el mundo, de manera de lograr mejores condiciones para el sector en los países donde no existe sindicalismo y las leyes laborales son débiles.

En un mundo donde el capitalismo neoliberal está en crisis e internet ofrece una infinidad de oportunidades a bajo costo para organizarse y encontrar objetivos comunes, el cooperativismo y el mutualismo deben estar a la vanguardia de las relaciones virtuales y apostar por la economía solidaria como manera alternativa de «plataformizar» los servicios. Internet es un lugar extremadamente eficiente para lograr que la oferta y la demanda se encuentren, proceso que antaño era costoso en publicidad y complejo en movilidad y logística. Esos problemas están siendo resueltos por sistemas informáticos que nos acercan en un mundo cada vez más dinámico y demandante. En este sentido, un espacio común cooperativo, solidario y virtual puede ser la respuesta ante la imposibilidad de sindicalización y diálogo social eficiente, frente a un modelo que plantea la explotación humana llevada al límite como paradigma del éxito personal.

Como podemos ver, mucho se puede hacer desde las personas, las instituciones y el Estado para regular el sector en favor del empleo decente. Promover la negociación colectiva y el diálogo social, fortalecer las organizaciones sindicales, modernizar sus estructuras y superar el debate en torno del encuadramiento para elaborar respuestas para trabajadores que tienen por capataz a un algoritmo, parece ser la mejor salida para lograr que esta nueva oleada de tercerización digital no devenga en pérdida de derechos laborales.

Tener en claro hacia dónde va el sector, sus ventajas y desafíos, es esencial no solo para moldear los empleos del futuro y el nuevo capitalismo tecnológico, sino también para lograr sociedades más justas, con empleo decente también para las minorías, los jóvenes y las mujeres, y promover un modelo de inserción laboral que traiga las ventajas del empleo remoto sin menoscabar derechos arduamente conquistados. ☐

La inteligencia artificial: el superyó del siglo XXI

Silicon Valley no es solamente un territorio sino, antes que nada, un espíritu en vías de colonizar el mundo. Y ese espíritu busca configurar el fin de la historia, dejando emerger un mundo nuevo, desprovisto de toda fricción y aspereza, sostiene Éric Sadin en su libro *La silicolonización del mundo*. Mediante la inteligencia artificial –uno de los componentes centrales de este fenómeno–, pretende extraer beneficios del menor de los gestos humanos e instaurar un modelo civilizatorio basado en la civilización algorítmica.

ÉRIC SADIN

Hitoshi Matsubara, profesor en la Future University Hakodate (Hakodate, Japón), preparó con su equipo un sistema destinado a redactar un «texto literario». Hubo algunos seres humanos que intervinieron fijando la trama narrativa y los tipos de personajes, pero luego dejaron al programa el cuidado de seleccionar las palabras y las frases dentro de un corpus previamente establecido. El resultado llevó por título *El día en que una computadora escribió una novela*, o sea, se trataba de una ficción que implementaba una puesta en abismo y que más tarde fue seleccionada en un concurso de novelas por un jurado que ignoraba su origen. El responsable del proyecto quiere desarrollar un método aún más elaborado que permita a una inteligencia artificial concebir ella misma un texto de modo integral.

Éric Sadin: es escritor y filósofo. Estudia la relación entre tecnología y sociedad. Escribe regularmente en *Le Monde*, *Libération*, *Les Inrockuptibles* y *Die Zeit*. Entre sus libros traducidos al español, está *La humanidad aumentada* (Caja Negra, Buenos Aires, 2017).

Palabras claves: algoritmos, inteligencia artificial, internet, Silicon Valley.

Nota: este artículo es un fragmento del libro *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital* (Caja Negra, Buenos Aires, 2018). Traducción del francés de Margarita Martínez. Agradecemos a la editorial Caja Negra la autorización para reproducir este fragmento.

En 2015, Google publicó imágenes *online* «creadas» por algoritmos que «pintaban» motivos que oscilaban entre el realismo y la abstracción; eran de nulo interés y de aspecto psicodélico pero lograron maravillarse en la medida en que fueron el primer testimonio de la existencia de una suerte de «facultad artística» en los procesadores. Estas investigaciones se extendieron durante 2016 con la escritura de una melodía para piano compuesta a partir de cuatro notas por un programa llamado Tensor Flow que había sido ideado en el marco de Magenta, un proyecto de Google Brain Team que buscaba que los sistemas realizaran producciones «artísticas».

Este tipo de iniciativas y producciones recientes se inspiran en un imaginario ancestral sobre la técnica que supone que esta encarna un doble de la *figura humana*, pero bajo una sofisticación extrema y fantaseada. La tendencia a pensarla así fue exacerbada por la cibernética, particularmente por Norbert Wiener, quien a partir de 1948 buscó desarrollar una máquina que reprodujera los mecanismos del cerebro humano. Esta suerte de pasión narcisista y neurótica tuvo la intención de duplicar nuestra naturaleza, como la creación del Doctor Frankenstein, aunque abordada bajo una forma superior o «aumentada».

La victoria del programa Deep Blue, que había sido concebido por IBM, contra el campeón mundial de ajedrez Garri Kasparov en 1997 se inscribe en esta misma línea, que aquí da prueba de la facultad de algunos programas para tratar masas de información a velocidades extremadamente altas y para comprometerse en ciertas decisiones en función de modelos inventariados. Lo mismo sucedió con la victoria de AlphaGo ante el campeón mundial de go en 2016, un programa que resultó del cruce exponencial del poder de cálculo y del perfeccionamiento continuo de la ciencia algorítmica que habilitó la evaluación a velocidad astronómica de un número de combinatorias todavía más extendido. Demis Hassabis, el fundador de la sociedad DeepMind, que fue la que concibió el programa y que fue adquirida por Google en 2014, había declarado «querer destilar la inteligencia en una construcción algorítmica a fin de comprender mejor el funcionamiento de nuestras mentes»¹. Esta concepción procede de una equivalencia, o más exactamente de un reduccionismo, entre una estructura técnica y una configuración biológica que se hace perceptible en el principio antropomórfico de «redes neuronales artificiales».

1. D. Hassabis: «Is the Brain a Good Model for Machine Intelligence?» en *Nature* N° 482, 23/2/2012.

Estos procedimientos, a pesar de la dimensión espectacular de sus proezas, dependían *in fine* de cierto folclore en la medida en que buscaban rivalizar frontalmente con algunas de nuestras facultades. Ahora bien, lo que caracteriza a la naturaleza de la inteligencia artificial que hoy está en expansión no es la capacidad de duplicar nuestros recursos imaginativos, creativos o lúdicos para buscar finalmente superarlos, sino la aptitud para sobrepasar sin medida conocida el poder cerebral y cognitivo humano en ciertas tareas específicas, en vistas a garantizar la gestión de actividades existentes o nuevas de modo infinitamente más rápido, optimizado y fiable.

La inteligencia artificial se encuentra hoy dotada de una triple facultad. Primero, la de poder *interpretar* situaciones de todo tipo. Esta disposición fue inaugurada a comienzos de la década de 1990 por sistemas expertos capaces de evaluar de modo automatizado estados de hecho en el seno de un corpus de datos. Un dispositivo fue utilizado, por ejemplo, cuando hubo que realizar un diagnóstico sobre el estado de un reactor en el marco de un mantenimiento aeronáutico. En el transcurso de la década siguiente, se produjo un salto cualitativo a través del *data mining*, que refiere a la capacidad adquirida por ciertos programas para capturar, a altas velocidades, correlaciones entre series de hechos que dejan en evidencia fenómenos que hasta ese momento no eran inmediatamente perceptibles al ojo humano. Por ejemplo, el estado de solvencia de una persona que quiere sacar un crédito proyectado a lo largo de los años y establecido en función de una multitud de criterios. Luego, la inteligencia artificial detenta el poder de *sugerir*. Así es la formulación de «soluciones» que aconsejan a una empresa, por ejemplo, que haga un pedido a un subcontratista antes que a otro en función de múltiples parámetros tratados de modo automatizado, o la transmisión de notificaciones a un *smartphone* que señalan, por medio de la geolocalización, las ofertas ubicadas en los alrededores y que se supone corresponden con el perfil del usuario. Finalmente, la inteligencia artificial es capaz de manifestar *autonomía decisional*, es decir, tiene la capacidad de emprender acciones sin validación humana previa, como los robots digitales que, en el *trading* de alta frecuencia, proceden por sí mismos a la compra o venta de títulos.

La inteligencia artificial es capaz de manifestar *autonomía decisional*, es decir, tiene la capacidad de emprender acciones sin validación humana previa ■

Hay otras tantas disposiciones que no dejan de perfeccionarse especialmente gracias a la facultad de autoaprendizaje de los sistemas: el *machine learning*.

Es una aptitud reciente que concibe el lenguaje de programación no ya como algo que determina de un extremo al otro el «comportamiento» de un sistema, sino como una primera base a partir de la cual su nivel de competencia va a mejorar regularmente a lo largo de sus «experiencias».

En el campo de la inteligencia artificial, las que se sitúan en los primeros puestos de las investigaciones y desarrollos y las que disponen de altos presupuestos, de equipos y de infraestructuras son principalmente las poderosas empresas de Silicon Valley. En el seno de los laboratorios Google Brain y Google DeepMind, es particularmente Alphabet la que trabaja, entre bastantes otras tareas, en la interpretación automatizada del lenguaje natural. O IBM que, con Watson, concibe arquitecturas de experticia robotizada que se aplican a distintos campos. O incluso Facebook y Microsoft, que elaboran programas capaces de describir imágenes o de llevar adelante conversaciones con los usuarios por medio de *chatbots*. Todos creen detentar el dominio de la «informática cognitiva», hoy en pleno desarrollo, que sigue al dominio de la «programación» y anteriormente el del «cálculo», mostrando así en la actualidad la emergencia de la era de una *supremacía simbólica* de la evaluación y de la decisión algorítmicas en los asuntos humanos.

Esta dimensión es particularmente emblemática en el Google Car, un sistema equipado con sensores que capturan miríada de datos, en especial aquellos que se relacionan con el medio inmediato y con los vehículos del entorno. Estos datos se vinculan a otras informaciones involucradas, como la cartografía de las rutas, o almacenadas en servidores, como el estado del tránsito. Google Car emprende en cada instante acciones en función de condiciones locales múltiples y generales que se interpretan en tiempo real. Este dispositivo responde perfectamente a la vocación reciente de la inteligencia artificial: la de paliar algunas de nuestras deficiencias irreductibles y «guiarnos» sin riesgo hacia el mejor de los mundos posibles... Porque Google Car pretende consumir el «sueño de accidentes cero». Si algunos prototipos han ocasionado accidentes fue –según la versión de la empresa– por haber sido accionados de modo manual, induciendo *de facto* una comparación que nos remite piadosamente a nuestra condición falible: «Lo tomamos como una señal que nos permite comparar favorablemente nuestros automóviles con los conductores humanos». Estas palabras implacables pronunciadas por el jefe del proyecto, Chris Urmson, concluían así: «Nuestros automóviles autónomos pueden prestar atención a centenares de objetos al mismo tiempo, a 360 grados y en todas las direcciones, y ellos nunca están cansados, irritables o distraídos». Ellos.

El factor humano queda así neutralizado. Esta visión es defendida como una evidencia por Sergey Brin, presidente de Alphabet, la casa matriz: «Mi objetivo es que el público general considere los automóviles sin conductor como más seguros que aquellos manejados por seres humanos [...] Estamos trabajando mucho y vamos a poner a punto vehículos más seguros, porque los seres humanos tienen muchos límites, como la falta de atención»². Google se piensa como un benefactor de la humanidad. Ahora se nos ordena actuar lo menos posible pero gastar mucho: el mismo vehículo, incluso gracias a la magia de la inteligencia artificial, a través de programas de análisis de los rostros y de interpretación de los estados fisiológicos o psicológicos, o de las eventuales conversaciones mantenidas en su interior, está destinado a *sugerir* gran cantidad de «animaciones» durante los recorridos, como si fuera un «amable organizador» de un club de vacaciones. Puede proponer, por ejemplo, en función del estado de fatiga «constatado», una escala en la farmacia más cercana, o una pausa en un hotel o un restaurante que se supone son adecuados para el perfil de los pasajeros, o algunos encuentros con personas situadas en los alrededores. La mejor concordancia entre las cosas a través de sistemas omniscientes consume el mundo perfecto que hasta entonces era totalmente impensable.

La inteligencia artificial va a proceder progresivamente a *guiar la decisión humana*, como la versión destinada al sector médico del sistema Watson, concebido por IBM, que analiza las historias clínicas de pacientes, establece diagnósticos, redacta prescripciones, hace el repertorio de los efectos secundarios de los medicamentos y los relaciona con cada caso, «lee» los artículos científicos disponibles *online*, afinando continuamente su grado de experticia gracias a la acumulación y al tratamiento ininterrumpidos de informaciones de todos los órdenes. Este dispositivo ya ha superado la competencia de los médicos a ojos de ciertas compañías de seguros que privilegian su evaluación «objetiva» y fría cuando se firman contratos.

El sistema Watson de IBM ya ha superado la competencia de los médicos a ojos de ciertas compañías de seguros ■

Baker Hostetler, uno de los más importantes estudios de abogados estadounidenses, emplea un programa denominado Ross que tiene como función contextualizar mejor cada caso mediante la revisión de masas de documentos jurídicos. Ross también se preocupa por actualizarse y releva toda decisión

2. Cit. en Gillaume Grallet: «Dans le cerveau Google» en *Le Point*, 21/5/2015.

judicial que se considere pertinente y que sea susceptible de dar información sobre el tratamiento de asuntos en curso. Este principio se relaciona con el clon Mimí, personaje femenino de la serie sueca *Real Humans* que, en uno de los episodios, trabaja en un estudio jurídico cuyos responsables súbitamente entran en pánico al recibir a clientes importantes que no les habían sido anunciados. La conexión de los «procesos cerebrales» con las bases de datos, asociada a la alta velocidad de tratamiento de esos datos, hará que se pueda establecer un informe impecable en pocos segundos, dejando a sus «colegas» desconcertados.

Como los robots mecánicos que a fines de la década de 1970 reemplazaron a gran cantidad de obreros en las cadenas de trabajo, estos hechos anuncian la sustitución a largo plazo de empleos calificados de fuerte dimensión cognitiva por sistemas robotizados. Un estudio llevado a cabo en 2014 por la agencia McKinsey llegó a la conclusión de que 40% del trabajo que actualmente realizan los humanos será automatizable por las tecnologías existentes, y que eventualmente el porcentaje será mayor. Ante esta perspectiva se le hace agua la boca a Andy Kessler, inversor de capital de riesgo que afirmó que el mejor medio para crear productividad es «deshacerse de la gente»³. En los hechos, lo que se produce es un doble reposicionamiento de la figura humana. Primero, un reposicionamiento de tipo ontológico, en la medida en que lo que se redefine es la concepción de lo humano por los humanos. Estos últimos ya no son considerados como quienes detentan una facultad de juicio exclusiva y son simbólicamente *suplantados* por una nueva instancia de verdad que se estima superior. Y luego un reposicionamiento de tipo antropológico, en la medida en que ya no es el ser humano quien ejerce su poder de acción, con ayuda de su espíritu, de sus sentidos y de

**Es tal la humillación infligida
 a la condición humana,
 que los partidarios de la
 inteligencia artificial trabajan
 duro para legitimarla ■**

su propio saber, sino una fuerza interpretativa y decisional que se tiene por más eficaz, «legítimamente» consagrada a eliminarlo en sectores cada vez más extensos de la vida.

Es tal la humillación infligida a la condición humana, que los partidarios de la inteligencia artificial trabajan duro para proponer, como pueden, argumentos susceptibles para legitimarla a ojos de la sociedad. El primero entre ellos remite a la ficción de la «complementariedad» pregonada desde hace

3. Peter Thiel: *De cero a uno. Cómo inventar el futuro*, Gestión 2000, Barcelona, 2015.

poco y que pretende anunciar el advenimiento de nuevos tipos de «partenariados» entre humanos y máquinas tanto como una valoración de nuestras cualidades creativas declaradas inigualables. «Los oficios creativos y relacionales tienen más bien un buen porvenir. Por lo tanto, la máquina no va a reemplazar al humano sino en raras ocasiones. La mayor eficacia se produce cuando el humano se asocia con la máquina»⁴, afirma con buena fe fingida el *ingeniero* Yann LeCun, directivo del departamento de inteligencia artificial de Facebook.

La colonización de numerosos campos de la vida por parte de la inteligencia artificial se consume en una unidad destinada a cubrir secuencias cada vez más variadas del ámbito cotidiano: son los llamados «asistentes virtuales», los sistemas actualmente implantados en los *smartphones*, como Siri de Apple, Google Now o Cortana de Microsoft, que apuntan a responder todas las preguntas y deseos de los usuarios y a sugerirles ofertas o productos adaptados para cada momento de su existencia. Llevan el nombre muy preciso de «asistentes»; bien podrían ser denominados «acompañantes digitales» considerando la diversidad de funciones a las que van a ir respondiendo progresivamente tanto como el lugar que están destinados a ocupar en la vida de cada cual. Se instaura otro género de alteridad que no hace sino responder a nuestros supuestos deseos y necesidades, y que está dedicada a respaldarnos, guiarnos, divertirnos o consolarnos. Es una dimensión habilitada por el tratamiento de nuestras búsquedas y el seguimiento de gran número de nuestras actividades, y a largo plazo por la interpretación emocional a través del análisis de las expresiones del rostro y de las frecuencias vocales. Es una alteridad de un nuevo tipo, sin rostro y sin cuerpo, que se sustrae a toda confrontación o a todo conflicto y que solamente está consagrada a ofrecernos «lo mejor» en cada instante⁵.

Se instaurará así una interacción difusa entre sistemas y personas a través de sensores instalados en las superficies domésticas y profesionales que analizan los gestos, las palabras, las «emociones». Estas relaciones se establecen sobre interfaces ser humano-máquina que son objeto de súbitas mejoras gracias al *deep learning*, que permite especialmente fluidos intercambios de lenguaje natural entre procesadores y humanos. Esta dimensión instituye «relaciones espontáneas» que harán que nuestras acciones, de las más banales a las más

4. Cit. en Gilbert Kallenborn: «Une intelligence artificielle malveillante pourrait elle détruire l'humanité?» en *BEMTV*, 18/5/2016, disponible en <hightech.bfmtv.com>.

5. He explorado esta dimensión en el marco de una ficción, *Softlove* (Galaade, París, 2014), en la que se ve a un asistente digital aconsejar en toda ocasión a la persona que tiene a cargo y que, además, tiene sentimientos por ella.

decisivas, estén orientadas por el poder de sugerir de los asistentes personales y más tarde por el de la «inteligencia ambiente». El lugar presente y futuro ocupado por la inteligencia artificial se yergue como un *superyó* destinado a colmar nuestras fallas y a conducirnos *ad vitam aeternam* por el camino de la verdad. El Espíritu de Silicon Valley consume el fin de la historia, dejando emerger un mundo nuevo, desprovisto de toda fricción y aspereza y que vive en plena concordancia.

Numerosos científicos, investigadores e industriales manifestaron en 2014 su inquietud en cuanto a la perspectiva de una posible extinción de la raza humana por parte de la inteligencia artificial que, por efecto de su perfeccionamiento continuo, habría de ganar una autonomía total y pretendería finalmente exterminar a sus genitores. Esta visión fantasiosa corresponde todavía a un imaginario de la técnica que la dota de un instinto libidinal, que la hace poder eruirse como una rival celosa y, a largo plazo, devorada por una violencia destructora. Lejos de esta visión errónea, apocalíptica y espectacular, no es la extinción de la «raza humana» lo que instaura la *Weltanschauung* sili-coniana sino, de modo más preciso y bastante más malicioso, la erradicación de la figura humana. Es la «muerte del Hombre», el del siglo XXI, ciertamente abordado como un ser actante, pero que, para su bien y el de la humanidad entera, debe ahora despojarse de sus prerrogativas históricas para delegárselas a sistemas más aptos de otra manera para ordenar perfectamente el mundo y garantizarle una vida libre de sus imperfecciones. ☐

ESTUDIOS INTERNACIONALES

Mayo-Agosto de 2018

Santiago de Chile

Nº 190

ARTÍCULOS: **Guillermo Santander Campos**, Chile como oferente de cooperación Sur-Sur: la progresiva adaptación a los nuevos tiempos y responsabilidades. **Mariano Mosquera**, Principios y agenda en la política exterior china. Un análisis constructivista de los discursos de Xi. **Soledad Torrecuadrada García-Lozano**, Los avances de la jurisprudencia internacional contra la impunidad de las violaciones en los conflictos armados. **Juan David Restrepo Zapata**, La Constitución alemana de Weimar (1919) ¿una utopía en medio de la crisis? Un análisis histórico a sus aspectos interventores, modernizadores y derechos sociales. **Marco Vásquez Méndez y Julio Ramírez Montañez**, Conflicto palestino-israelí a la luz de la hidropolítica y la trasgresión del derecho al agua. RESEÑAS.

Estudios Internacionales es una publicación del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Condell 249, Casilla 14187 Suc. 21, Santiago 9, Chile. Tel.: (56-2) 4961200. Fax: (56-2) 2740155. Correo electrónico: <inesint@uchile.cl>. Página web: <www.iei.uchile.cl>.

Robotización, neofeudalismo e ingreso básico universal

La sustitución laboral de seres humanos por robots es gradual pero imparable. El proceso se acelera con un tipo de neofeudalismo en el que las distancias entre los que «tienen» y los que «no tienen» no hace sino aumentar a escala global. En 2017, de cada 10 dólares estadounidenses de nueva riqueza, 8 fueron para el 1% de los superricos. En el futuro robótico, la cobertura de los riesgos sociales va a necesitar de la solidaridad del conjunto de la ciudadanía mediante la implementación de programas de ingresos básicos universales.

LUIS MORENO

■ Introducción

La coexistencia entre robots y humanos no se limita a los contextos laborales productivos de índole mecánica. Mediante algoritmos sofisticados, por ejemplo, los robots pueden también aconsejar a millonarios y a fondos de inversión cómo aprovechar mejor sus capitales y carteras de valores financieros. Los robots pueden ocuparse asimismo del entretenimiento de las personas sugiriendo variopintas actividades de ocio. También pueden diagnosticar y optimizar nuestro estado de salud por medio de aplicaciones de «eHealth» (e-Salud). Esta coexistencia entre humanos y robots conlleva grandes cambios en nuestra vida social; uno de los más importantes queda reflejado en la

Luis Moreno: es sociólogo y politólogo. Se desempeña como profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Es autor, entre otras obras, de *Ciudadanos precarios. La «última red» de protección social* (Ariel, Barcelona, 2000) y de *La Europa asociada. Crisis y Estado del Bienestar* (Península, Barcelona, 2012). Su último libro, en coautoría con Raúl Jiménez, es *Democracias robotizadas. Escenarios futuros en Estados Unidos y la Unión Europea* (Catarata, Madrid, 2018).
Palabras claves: democracia, desigualdad, ingreso básico, neofeudalismo, trabajo, robots.

sustitución de empleos que hasta la fecha realizaban seres humanos (en ocasiones, menores de edad). En la presente era de la industria 4.0, los trabajos semicalificados de tipo rutinario, repetitivo y codificable son los primeros en ser reemplazados robóticamente¹.

Posiblemente en los dos extremos del espectro de calificación laboral, los empleos de altos requerimientos cognitivos y aquellos de baja calificación en el sector servicios son los menos expuestos a una rápida y diligente automatización. Tales categorías de ocupaciones se mantendrán de manera complementaria con el despliegue de robots y otras aplicaciones de inteligencia artificial. En lo que atañe a la provisión de políticas sociales, los empleos que se preservarán con mejores emolumentos y mayor aprecio ciudadano serán los relativos a los servicios de cuidados primarios y personales, funciones que han venido realizando *gratis et amore* las mujeres en los hogares².

■ Ocupaciones que no volverán

¿Cuántos tipos de empleos desaparecerán con la expansión de los robots productivos? El asunto es de la máxima relevancia en las democracias del bienestar basadas en el trabajo asalariado³. En 2013, y mediante métodos de investigación innovadores, un estudio de Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne⁴ examinó las características de más de 700 empleos en Estados Unidos en el año 2010 que eran susceptibles de ser automatizados y robotizados en los próximos decenios. Sus cálculos estimaron que hasta 47% de los puestos de trabajo serían potencialmente sustituibles por robots o aplicaciones digitales de inteligencia artificial o de *big data*. Utilizando la misma metodología de Frey y Osborne para la situación en Reino Unido, la consultora y auditora Deloitte mostraba la otra cara de la moneda de los procesos de tecnificación en curso. En una segunda investigación, en este caso con mirada retrospectiva y no de futuro, concluyó que entre los años 2001 y 2015 se habían creado cuatro veces más puestos de trabajo que los que se habían perdido por influencia de la tecnología⁵.

1. David H. Autor, Frank Levy y Richard J. Murnane: «The Skill Content of Recent Technological Change: An Empirical Exploration» en *The Quarterly Journal of Economics* vol. 118 N° 4, 2003.

2. Jane Lewis: «The Decline of the Male Breadwinner Model: The Implications for Work and Care» en *Social Politics* vol. 8 N° 2, 2001.

3. La Constitución italiana de 1948, por ejemplo, proclama explícitamente que «Italia es una república democrática fundada en el trabajo».

4. C.B. Frey y M.A. Osborne: «The Future of Employment: How Susceptible are Jobs to Computerisation?», Universidad de Oxford, 2013.

5. Angus Knowles-Cutler: «From Brawn to Brains: The Impact of Technology on Jobs in the UK», Deloitte, Londres, 2015.

En EEUU, la industria manufacturera asiste a una carrera entre capital humano y tecnología. Algunas compañías buscan robotizar todo lo que sea posible los distintos procesos productivos, pero otras no son tan entusiastas con sus inversiones en aplicaciones robóticas. Para estas últimas, un aspecto disuasorio son los altos costos de los robots. Además, los empresarios dedicados a negocios y actividades industriales siempre sujetos a recesiones cíclicas temen las implicaciones de un alto gasto en máquinas que eventualmente puedan quedar paradas en momentos de crisis y sin generar beneficios, mientras que trabajadores y obreros pueden ser despedidos en situaciones de contracción económica. Se ha producido, en paralelo, un debate entre empresarios y economistas respecto a la presunción de que los robots mejoran la productividad y las ganancias⁶.

En EEUU, la industria manufacturera asiste a una carrera entre capital humano y tecnología ■

El cambio tecnológico afectará en mayor medida las estructuras que el nivel de empleo, lo que creará un mercado laboral aún más polarizado entre ocupaciones de alta y baja calificación. A resultas de todo ello, se generarán crecientes desigualdades entre ambos polos laborales. Consiguientemente, uno de los grandes desafíos del futuro del trabajo asalariado concierne a la creciente desigualdad dado que, a buen seguro, el cambio tecnológico provocará una dualización entre «ganadores y perdedores», con un aumento de los denominados «trabajadores pobres» (*working poor*) y los ciudadanos precarios⁷.

Se calcula que en EEUU el gasto en robots alcanzará los 90.000 millones de dólares en 2018, mayormente en el sector manufacturero. Aunque ese gasto robótico alcanzaría «solo» el 3% del total de inversión de capital, que asciende a 3 billones de dólares, ese porcentaje indica una tendencia que, muy probablemente, se intensificará en el futuro. A escala global, y tras crecer durante el periodo 2010-2015 a una tasa compuesta de 17% por año, el mercado de los robots podría alcanzar un valor de 135.000 millones en 2019⁸.

Ciertamente, la incertidumbre juega un rol crucial en la marcha de los ciclos económicos. Durante el siglo xx, los *shocks* a causa de las incertidumbres en la actividad económica de los países de la Organización para la Cooperación

6. Ver Daron Acemoglu y Pascual Restrepo: «Robots and Jobs: Evidence from US Labor Markets», NBER Working Paper N° 23285, 3/2017, y Darrell West: *The Future of Work: Robots, AI, and Automation*, The Brookings Institution, Washington, DC, 2018.

7. L. Moreno: *Ciudadanos precarios. La «última red» de protección social*, Ariel, Barcelona, 2000.

8. Estimaciones de Jing Bing Zang et al.: *IDC FutureScape: Worldwide Robotics 2018 Predictions*, Doc. # US42379618, 10/2017.

y el Desarrollo Económico (OCDE) implicaban típicamente unas pérdidas de al menos 2,5% del PIB, con procesos de caídas agudas, recuperaciones diligentes y subsiguientes periodos de estancamiento productivo⁹. En el caso de la robotización, y si las proyecciones de la progresiva sustitución laboral apuntada por Fry y Osborne se materializan, la situación resultante para las democracias del bienestar supondría un vuelco en el sistema de relaciones industriales y laborales, y no solamente una típica recesión cíclica.

Respecto del contexto estadounidense, David Autor y David Dorn señalan que el menor costo de las tareas rutinarias de computación en los procesos productivos favorece una mayor utilización de los recursos telemáticos¹⁰. Computadoras y robots, en suma, sustituyen a trabajadores en empleos rutinarios y de oficina. Más allá de la percepción subjetiva de incertidumbre, la medición objetiva en el proceso de sustitución laboral apunta a un reajuste de las relaciones sociales e industriales. Ello se correlaciona con la asunción de que la exposición a la creciente automatización requerirá de nuevas políticas de protección al desempleo y, concretamente, la eventual implementación de programas de ingresos básicos en un escenario de neofeudalismo, asuntos que ocupan las siguientes secciones.

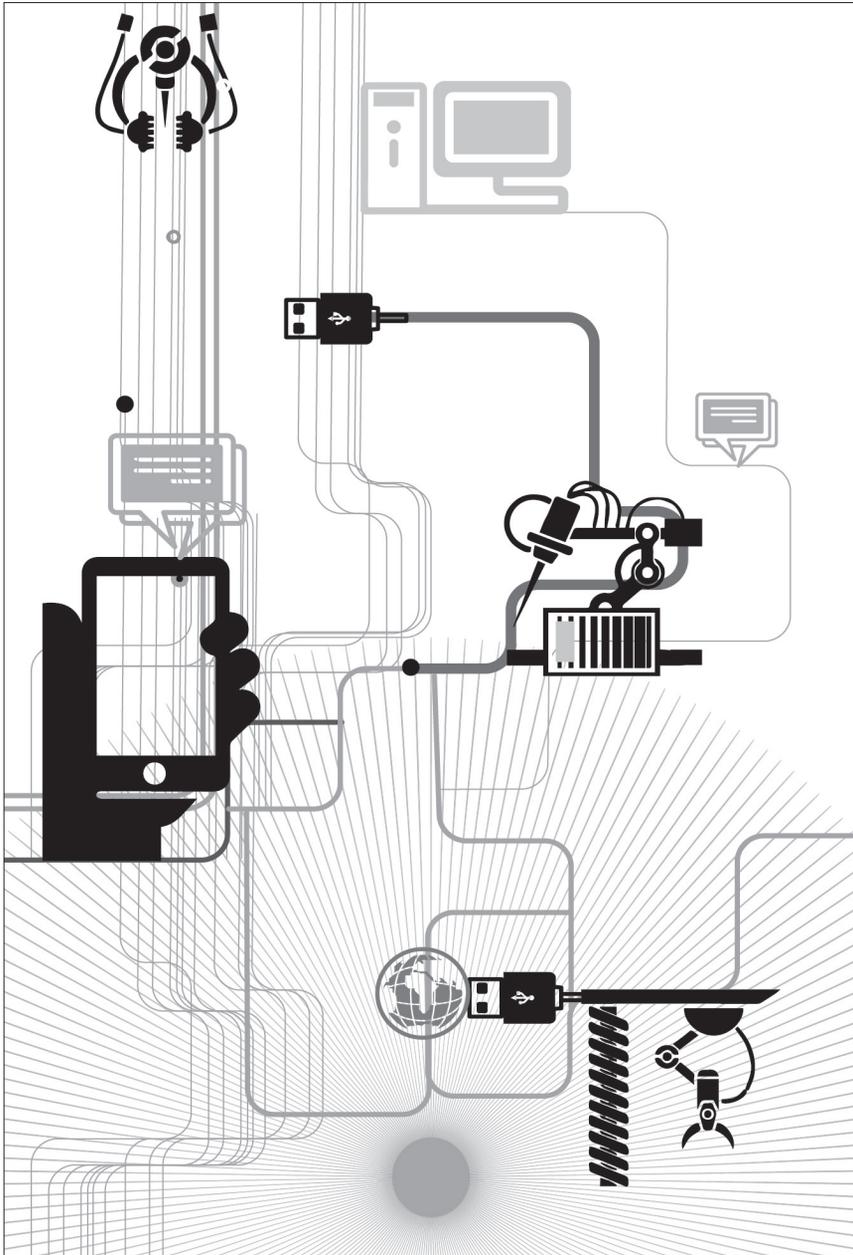
■ Nuevos señores corporativos y siervos de la gleba

Cabe conceptualizar el neofeudalismo como un sistema en el cual corporaciones y conglomerados financieros controlan a individuos, culturas y gobiernos e imponen sus intereses y criterios a subordinados, pobres y clases dependientes. Ya John Maynard Keynes hizo alusión al eventual despliegue de los fenómenos neofeudales a resultas de los cuales la distribución de la riqueza ampliaría las diferencias entre clases altas/clases bajas, empresarios/obreros, Norte/Sur o elites/masas. La presente situación trae a la memoria las sociedades feudales de otros tiempos. Ahora, las distancias entre los que «tienen» y los que «no tienen» a escala global no solo se mantienen, sino que se han incrementado: el 1% de superricos coexiste con el 99% de los nuevos «siervos de la gleba». En 2017, y de acuerdo con Oxfam, de cada 10 dólares estadounidenses de nueva riqueza, 8 iban a parar a las manos de los superricos¹¹. Veamos, aun en escorzo, la situación en ambas orillas del Atlántico Norte.

9. Nicholas Bloom et al.: «Really Uncertain Business Cycles» en *Econometrica* vol. 86 N° 3, 2018.

10. D.H. Autor y D. Dorn: «The Growth of Low-Skill Service Jobs and the Polarization of the US Labor Market» en *American Economic Review* vol. 103 N° 5, 2013.

11. Ivana Kottasová: «The 1% Grabbed 82% of All Wealth Created in 2017» en *CNN Business*, 22/1/2018.



© Nueva Sociedad / Kokoska 2018

Kokoska es ilustradora y diseñadora gráfica por la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado ilustraciones en revistas y libros de diversas editoriales. Diseña e ilustra libros en forma independiente y ha participado en varias muestras colectivas de ilustración.

En 1980, EEUU y Europa occidental tenían una población y una renta media similares, así como un nivel de desigualdad parejo. Mientras el 1% más rico capturaba 10% de la renta nacional, el 50% más pobre se hacía con 20%. Apenas

El 1% de superricos en Europa se lleva 12% de la renta, mientras que en EEUU ha duplicado su participación hasta 20% ■

40 años más tarde, la situación ha cambiado significativamente y muestra una clara divergencia. Ahora el 1% de superricos en Europa se lleva 12% de la renta, mientras que en EEUU ha duplicado su participación hasta 20%. El 50% más pobre en Europa ha visto aumentar –levemente– su parte de la renta nacional hasta 22%, pero en EEUU se ha reducido a la mitad, es decir, hasta 10%¹². Las cifras hablan por sí solas. A pesar de que ambas zonas económicas han estado expuestas desde los años 1980 a análogos *shocks* económicos y a similares vaivenes producidos por los mercados globales, es evidente que los efectos laborales y sociales han sido de distinta naturaleza¹³. Estos datos ya condicionan las tendencias que se desarrollarán en los contextos norteamericano y europeo.

Como un caso ilustrativo del nuevo feudalismo, el demógrafo Joel Kotkin llama la atención sobre la evolución en California¹⁴, un estado con una población de 38 millones de habitantes y que venía siendo considerado en el contexto estadounidense como modelo de comunidad mesocrática. Kotkin observa que en el «Golden State» cabe distinguir ahora cuatro clases diferenciadas: la oligarquía de los superricos, especialmente en las finanzas y la tecnología de la información (π); la elite intelectual (*clericy*), como los académicos, los profesionales mediáticos o los decisores públicos; la clase media (*yeomanry*) de profesionales y pequeños propietarios; y los siervos, representados por los trabajadores pobres y los dependientes de subsidios y ayudas gubernamentales. Kotkin cree que la clase media, otrora predominante, ha sido «destripada» y que California ha entrado en una era neofeudal, al tiempo que los oligarcas y las elites intelectuales han ganado mayor poder y los siervos se multiplican por doquier.

Otra consideración que se hace respecto del término «neofeudalismo» refiere a que las multinacionales han asumido un poder que antes estaba en disposición de los Estados y que las clases trabajadoras han pasado a depender en mayor medida de los intereses corporativos, los cuales a menudo son más

12. Lucas Chancel: «The Fairest of Them All: Why Europe Beats the US on Equality» en *The Guardian*, 24/1/2018.

13. Los mercados laborales en el Viejo Continente han sido más «amables» con los trabajadores, si consideramos que el salario mínimo decreció en EEUU una tercera parte en términos reales desde los años 70, lo que contrasta con el incremento de 400% en el caso de Francia. Ver L. Chancel: ob. cit.

14. J. Kotkin: *The New Class Conflict*, Telos, Nueva York, 2014.

potentes que los ejercidos por los gobiernos nacionales. A resultas de ello, y merced a la mundialización de la economía, las multinacionales se han convertido en nuevos feudos con sus señores propietarios, ejecutivos y gestores en lo alto de la pirámide social y los vasallos laborales en la ancha base¹⁵. La polarización social no ha hecho más que aumentar.

De todos modos, por sus reminiscencias históricas, el concepto de neofeudalismo debería ser matizado y tomado con cautela en sus acepciones e interpretaciones. Se debe advertir que el neofeudalismo implica un nuevo orden que, sin embargo, todavía debe contar con el concurso de los poderes públicos nacionales e internacionales. Como resultado final de una competencia entre ambos, y solo si los intereses privados lograran imponerse, se podría hablar con propiedad de una nueva situación plenamente neofeudal¹⁶. A escala global, es innegable que los Estados han perdido poder e influencia. Tradicionalmente disponían de cuatro canales para ejercer su autoridad: seguridad, producción, conocimiento y finanzas. El poder adquirido en estas áreas se había sedimentado a lo largo de la Edad Contemporánea mediante su capacidad para proveer protección, producir bienes, desarrollar modos de entender el mundo y obtener acceso al crédito financiero. En los últimos decenios, la cuarta área relativa a las corporaciones y las finanzas –quizá la que menor atención ha recibido por parte del ciudadano de a pie– es la que se ha erigido en la más limitadora del ejercicio soberano de los Estados. Gradual, pero significativamente, la balanza de la autoridad económica ya se había escorado antes del inicio de la Gran Recesión de 2007-2008 hacia el lado de la preponderancia financiera internacional en detrimento de la autoridad estatal¹⁷.

En paralelo a la pérdida de poder y autoridad por parte de los Estados, han aumentado la presencia corporativa y sus prácticas de acaparamiento, buena parte de las cuales son alérgicas a las regulaciones públicas y estatales. Además, estas prácticas han sido propiciadas, y hasta impelidas, por la propia acción de los gobiernos favorables a un entendimiento neofeudalista de la sociedad, como muestra el caso de las últimas rebajas fiscales propuestas por el gobierno de Donald Trump y aprobadas por el Congreso de EEUU.

Recuérdese que la reforma fiscal aprobada a fines de 2017 permite expandir el déficit público estadounidense en 1,5 billones de dólares hasta 2028. El

15. John W. Whitehead: «The Age of Neo-Feudalism: A Government of the Rich, by the Rich, and for the Corporations» en *The Global Elite*, 2013.

16. L. Moreno y Raúl Jiménez: *Democracias robotizadas. Escenarios futuros en Estados Unidos y la Unión Europea*, Catarata, Madrid, 2018.

17. Susan Strange: *La retirada del Estado. La difusión del poder en la economía mundial*, Icaria-Intermón, Barcelona, 2001.

programa incluye recortes de impuestos temporales para los contribuyentes más pudientes, así como reducciones tributarias permanentes para las corporaciones. Ello se ha reflejado en una disminución del impuesto de sociedades de 35% a 21%¹⁸. Una primera reacción a la reforma fiscal de Donald Trump fue la decisión de la multinacional Apple de «volver a casa» y «repatriar» las ganancias en efectivo que venía manteniendo en diversos países del mundo. El caso Apple ejemplifica las relaciones de connivencia entre corporaciones privadas y administraciones públicas, no solo con efectos internos en EEUU, sino con repercusiones para los países que fueron «abandonados» fiscalmente y de donde se extrajeron ingentes beneficios y plusvalías de la venta de productos. La propia naturaleza del capitalismo está siendo condicionada, y hasta desnaturalizada, por el expansivo neofeudalismo. Nick Hanauer, integrante del exclusivo club del 1% de superricos estadounidenses, advierte que el problema de la desigualdad en EEUU puede haber alcanzado máximos históricos¹⁹. Según el multimillonario, si la salud, el poder y el ingreso siguen concentrándose en la cima de la pirámide, se pasará de una democracia capitalista a una sociedad rentista neofeudal como la del siglo XVIII en Francia. ¿Qué sucederá con la mayoría de personas sin trabajo remunerado en una democracia robotizada?

■ Desempleo e ingreso básico

La provisión de un adecuado nivel de protección a los trabajadores durante los *shocks* económicos es un objetivo crucial en las democracias del bienestar. En el futuro robótico, la cobertura de los riesgos sociales enfrentados por los trabajadores sin recursos necesitará la solidaridad del conjunto de la ciudadanía. Empero, algunas de las discusiones actuales sobre el ingreso básico universal (también denominado renta básica) se han referido a los posibles efectos disfuncionales de entregar prestaciones monetarias sin el trabajo como contrapartida²⁰. Es decir, como percepciones básicas derivadas de un derecho incondicionado y no sujeto a justificación alguna. Sin embargo, la disponibilidad de empleo remunerado sigue siendo la vía de acceso a la inclusión social preferida por la mayoría de la población. Pero tal disponibilidad de empleo digno y suficientemente remunerado queda estructuralmente restringida con la intensificación de la robotización y las aplicaciones industriales de la automatización.

18. Ver Thomas Kaplan y Allan Rappeport: «Republican Tax Bill Passes Senate in 51-48 vote» en *The New York Times*, 19/12/2017.

19. V. el sitio web de Hanauer, <www.nickhanauer.com/>.

20. Para una comprehensivo elenco de propuestas sobre el ingreso básico universal, v. «The BIG Bibliography» en Basic Income Earth Network, <<https://basicincome.org/the-big-bibliography/>>, así como Isabel Ortiz, Christina Behrendt, Andrés Acuña-Ulate y Quynh Anh Nguyen: «Universal Basic Income Proposals in Light of ILO Standards: Key Issues and Global Costing», ESS Working Paper N° 62, Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 2018.

Ante tal estado de cosas, la mejor alternativa a fin de neutralizar las incertidumbres laborales es la garantía de un ingreso básico de inserción para quienes se quedan parados o no pueden conseguir trabajos suficientemente remunerados. Si se quiere mantener la ciudadanía social conseguida –al menos parcialmente– por los Estados de Bienestar maduros y con rentas altas, los programas de ingreso básico garantizados constituyen la más adecuada ruta a seguir, precisamente en aquellos países que cuentan con políticas públicas de «última red» en la protección social de los desempleados²¹.

El ingreso básico de inserción implica la distribución de una modesta cantidad de dinero para que los ciudadanos puedan vivir con dignidad en sus lugares de residencia. Ese ingreso debería cubrir las necesidades vitales y garantizar a sus perceptores su ligamen social ciudadano. A fin de posibilitar un nuevo contrato social inducido por la robotización, una activa política redistributiva basada en la progresividad fiscal haría posible recaudar los recursos para su financiamiento. La redistribución de ingresos en los sistemas avanzados de bienestar se refleja en sus sistemas de progresividad fiscal, que posibilitan mayores niveles de igualdad social y satisfacción vital transversal. Sin la mayor contribución de los más ricos, no es posible mejorar el bienestar material de todos los ciudadanos²².

Entre las varias opciones para hacer efectivos los programas de ingreso básico de inserción, es adecuada aquella relativa al denominado impuesto negativo a la renta, que se relaciona con un mínimo de ingresos exento del impuesto a la renta. A partir de ese mínimo se cotiza fiscalmente si es positivo, y por debajo de él no se paga y se obtiene el diferencial. Se trata, por tanto, de que si los ingresos de una persona no llegan al mínimo exento, el impuesto se aplique también, pero en sentido contrario, a la cantidad de renta que le falta para llegar al mínimo. El resultado será entonces una cantidad negativa. Esa cantidad, que representa una parte de lo que falta para llegar al mínimo exento, se pagaría al beneficiario hasta llegar al nivel establecido como ingreso mínimo de inserción

El ingreso básico de inserción implica la distribución de una modesta cantidad de dinero para que los ciudadanos puedan vivir con dignidad ■

21. Ver Guy Standing (ed): *Minimum Income Schemes in Europe*, OIT, Ginebra, 2002 y Hugh Frazer y Eric Marlie: *Minimum Income Schemes in Europe: A Study of National Policies 2015*, Comisión Europea, Bruselas, 2016. Para el caso de España, v. L. Moreno (ed.): *Pobreza y exclusión: la «malla de seguridad» en España*, CSIC, Madrid, 2001.

22. Ver Richard G. Wilkinson y Kate Pickett: *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better*, Allen Lane, Londres, 2009.

garantizado. Entre otras ventajas, la gestión de la recaudación fiscal vía el impuesto sobre la renta de las personas físicas y la aplicación del ingreso ciudadano permitiría evitar desajustes entre ingresos y gastos, aplicar la generalización del derecho ciudadano a un ingreso, garantizar así la progresividad neta del sistema fiscal y hacer la gestión administrativa más sencilla y transparente.

El ingreso básico como expresión de pertenencia a la comunidad debe sustentarse en la reciprocidad de la contribución de los ciudadanos al bienestar del conjunto social. Por eso, el requisito esencial para su percepción debe ser la «justificación» por parte de los beneficiarios de estar participando en tareas comunitarias. Estas son muchas y variadas, desde la propia formación personal hasta tareas de voluntariado social o cuidados personales. La concreción de su implementación programática requiere, en cualquier caso, del consenso político mayoritario, dado su carácter transversal a ideologías y estrategias partidistas. La relación causal entre la percepción de incertidumbre laboral por la robotización y la legítima implementación de políticas de ingresos básicos de inserción debe ser establecida. Según la evidencia producida por diversos estudios de investigación realizados en Italia, una medida subjetiva basada en la evaluación de los individuos respecto a sus riesgos de desempleo se correlaciona con indicadores objetivos de sustitución ocupacional entre humanos y robots. Los riesgos tecnológicos de quedar desempleados reducen drásticamente la oposición que pudieran tener los trabajadores a la implementación de políticas de rentas mínimas²³.

La puesta en vigor de programas de ingresos básicos de inserción garantizados está en las antípodas de las prescripciones enunciadas por el neoliberalismo y los adalides del darwinismo social y el individualismo posesivo. Estos siguen insistiendo en su cruzada ideológica de los últimos decenios, argumentando sobre la necesidad de la progresiva e irreversible demolición del Estado de Bienestar como único medio de asegurar crecimiento y progreso económico. Para esta visión, hay que crecer y crecer para que «todos» puedan acceder a la prosperidad individual. La lucha ideológica está más vigente que nunca, pese a las proclamas de los proponentes del TINA (*There Is No Alternative*)²⁴. Existen alternativas a los efectos de la robotización y a la desaparición del empleo asalariado en amplios sectores productivos. Con ellas se respetaría la vieja aspiración: «De cada cual según sus posibilidades, a cada cual según sus necesidades». ☐

23. Stefano Sacchi, Darío Guarascio y Silvia Vannutelli: «Risk of Technological Unemployment and Support for Redistributive Policies», ponencia presentada en la 16ª Conferencia ESPANET, Universidad de Vilna, 30 de agosto a 1 de septiembre de 2018.

24. La frase atribuida a Margaret Thatcher proclama que cualquier orientación diferente del capitalismo, el mercado y la globalización está condenada al fracaso.

Ralentizar o acelerar

*Algunos dilemas de las
izquierdas del siglo XXI*

¿Cómo enfrentar el capitalismo dominante? ¿Ir hacia adelante o hacia atrás? ¿Ralentizar o acelerar? Este artículo sintetiza las visiones de dos sensibilidades de las izquierdas actuales por fuera de sus matrices hegemónicas: una que busca detener los efectos del capitalismo activando el freno de la locomotora, asociada a muchos grupos ecologistas, y otra más reciente, conocida como corriente aceleracionista, que busca una especie de recomunitarización de la vida social, pero acelerando ciertas derivas del capitalismo actual.

YVES CITTON

¿Quién de nosotros no tiene la sensación de que todo va demasiado rápido? ¿Quién no sueña con que todo se tranquilice, con que el bombardeo de correos electrónicos, solicitudes, llamados, oportunidades, reformas, crisis y urgencias se interrumpa por un momento, para dejarnos respirar un poco y recuperar el aliento? La única verdadera reforma ¿no sería, justamente, hacer una pausa en este incesante bombardeo de reformas siempre precipitadas, descabelladas, inmaduras, irreflexivas? Pausa, bandera blanca, dedo medio levantado: ¡basta! ¡Paremos, sentémonos en el suelo, meditemos, bloqueemos todo!

¿Y si, ante la evidencia de esta agotadora carrera desenfundada que nos arrastra a pesar de nosotros, diéramos un paso atrás, en lugar de sentarnos? ¿Y si ese paso atrás nos llevara a reorganizar nuestro paisaje político en dos grandes partidos o dos grandes corrientes, una de las cuales preconizara la ralentización y la otra la aceleración? Quizás un gesto semejante haría aparecer otros objetivos y otras posibilidades frente a nuestro evidente y total agotamiento.

Yves Citton: es profesor de Literatura Francesa y Medios en la Universidad París 8 Vincennes Saint-Denis. Integra el comité de redacción de la revista *Multitudes* y es autor de libros y numerosos artículos. Sus libros más recientes son *Pour une écologie de l'attention* (Seuil, París, 2014); *Médiarchie* (Seuil, París, 2017) y *Contre-courants politiques* (Fayard, París, 2018).

Palabras claves: aceleracionismo, capitalismo, comunización, ecología, ralentizar.

Nota: traducción del francés de Gustavo Recalde.

Poner en práctica un diálogo (de sordos) entre ralentistas y aceleracionistas significa proveerse de los medios para entender la parte de verdad que se encuentra en cada una de estas posiciones antagónicas y aparentemente incompatibles entre sí. Significa tratar de determinar con mayor precisión cómo cada una de ellas tiene razón, pero solo en el marco de cierto nivel de análisis, cierto campo de realidad, ciertas escalas espaciales, temporales o ideológicas. No hay que *elegir entre* ralentistas y aceleracionistas: resulta imperioso ralentizar *ciertos* fenómenos y acelerar *otros*, y ello –para complicarlo todo– ¡simultáneamente!

No sorprende que uno se pierda allí, cuando los problemas son tan intrincados y las temporalidades tan caóticas... Tratemos primero de distinguir tres subcorrientes en el seno de lo que sería un Partido Ralentista, antes de precisar respecto de qué los aceleracionistas nos incitan audazmente –¿o alocadamente?– a pisar el acelerador.

■ ¡Ralenticemos!

La aceleración desenfrenada de nuestro modo de vida y consumo toma una forma característica en la obsolescencia programada de nuestros dispositivos informáticos. Con apenas seis años de vida, mi aún flamante *smartphone* está a punto de volverse inservible porque, como consecuencia de las actualizaciones cada vez con mayor «rendimiento» y mayor consumo de memoria, mi *hardware*, que todavía funciona perfectamente, me obliga a desecharlo porque ya no puede soportar el peso de programas inútilmente hipersofisticados. Desperdiciando las tierras raras y saturando los basurales de residuos tóxicos, la obsolescencia programada destruye de antemano el futuro cuyo advenimiento precipita.

La indignación generada por la rapacidad que guía estas lógicas comerciales, junto con la sensación compartida de estar continuamente exhaustos, basta

***Slow food, slow web,*
slow management
están de moda por
una buena razón ■**

para convertirnos a todos en ralentistas. *Slow food, slow web, slow management* están de moda por una buena razón. La *fast food* nos arruina la salud, las redes agotan nuestra atención, el sistema de producción «justo a tiempo» (*just in time*) multiplica el *burnout* (síndrome de desgaste profesional).

Frente a un ubicuo imperativo de aceleración, que hipoteca nuestro futuro al mismo tiempo que vacía nuestro presente de toda sustancia, el llamado a la ralentización se impone como una evidencia, una condición de supervivencia, para contrarrestar el impulso egocida de expectativas sociales que se vuelven insostenibles.

Desde luego, el menor distanciamiento crítico e histórico respecto de nuestra adhesión espontánea al presente mostrará fácilmente que nuestros abuelos se quejaban de estar agotados en la década de 1970, que sus ancestros denunciaban horrorizados el ritmo enloquecedor de la vida urbana de los años 1880, y que los mismos romanos acaudalados amaban el *otium* (el ocio) de su villa como el más escaso de los bienes en un mundo cuya evidente aceleración ya se había vuelto odiosa. Siempre con la firme convicción de que sus padres sabían vivir y gozar de la vida y de que ellos eran los primeros en sufrir la intolerable presión de una absurda aceleración.

Que en toda época probablemente se hayan escuchado los lamentos de sus ralentistas no quiere decir, sin embargo, que hayan sido infundados. Que la vida haya sido siempre demasiado corta no invalida en absoluto la necesidad, ni sobre todo la legítima esperanza, de alimentar una relación más armoniosa con el tiempo –y por ende, con uno mismo y los demás–. Un distanciamiento histórico, incluso arqueológico, no basta para descalificar a la corriente ralentista. La obliga solamente a precisar sus reclamos, para adaptarlos mejor a las especificidades siempre cambiantes del presente.

Tres facciones de ralentistas. Tres facciones se disputan incesantemente la dirección de la corriente ralentista. La primera dirige sobre todo sus discursos a los convencidos, para compartir entre miembros las técnicas de ralentización más prometedoras. Cinco minutos de meditación diaria (conciencia plena, presencia atenta) bastan para sobrellevar el día. Gaston Lagaffe puede convertirse en modelo de sabiduría e inspiración (en la medida en que el culto a la siesta pueda formar parte del movimiento)¹. A mitad de camino entre el estatuto de pioneros y el de mártires, algunos iluminados ponen en práctica un gesto radical de desconexión –generalmente para traer, tras unos meses de retiro ascético, un *best seller* que garantice una frenética recorrida por los estudios de televisión y la explosión de su número de amigos en Facebook–. Más allá de estos gestos heroicos o autopromocionales, algunos ralentistas se conforman con implementar una higiene personal que ofrezca a su vida lo que Hartmut Rosa bautizó maravillosamente «oasis de desaceleración»². Solo consulto mis correos o me conecto a Facebook cada tres días: los mensajes y las notificaciones se acumulan, pero el tiempo de respuesta reduce drásticamente su cantidad, ya que solo se responde en reacción a una respuesta previa.

1. Personaje de historieta creado en 1957 por el dibujante belga André Franquin. Conocido en español como «Tomás el Gafe» o «Gastón», es un oficinista perezoso y propenso a las metidas de pata [n. del T.].

2. H. Rosa: *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía* [2011], Katz, Buenos Aires, 2016.

Tomarse (es decir, darse) el tiempo para cocinarse un buen plato, leer un libro, mirar una serie de televisión, reflexionar o (lo que es lo mismo) «no hacer nada» es en cada oportunidad hacer un gesto concreto de ralentismo³. Se trata, sin lugar a dudas, de un gesto de resistencia, de valor eminentemente político. En efecto, se afirma allí el valor propio, *intrínseco*, de lo que se está haciendo (aunque sea «nada»: reflexionar, soñar despierto, dormir). Esto constituye un pequeño escándalo en el seno de un mundo atrapado por el llamado a «hacer» siempre una cosa que contribuya a obtener o producir *otra* cosa –una calificación, un diploma, un salario, un puesto, un estatus, los que terminan colocándose todos, dentro de la dinámica capitalista, bajo el estandarte general del «beneficio»–. *Obtener un beneficio inmediato de lo que se hace en el momento*, sin someterlo a la búsqueda de un posterior beneficio, eso es sin duda lo que distingue a los ralentistas «auténticos». Los miembros más puntillosos de esta corriente tienen buenas razones para preconizar la exclusión de aquellos cuyos cinco minutos de meditación tienen como objetivo *extrínseco* «administrar mejor» su jornada de trabajo o «ganar en eficacia» en sus tareas cotidianas.

Una segunda facción prefiere hacer hincapié en la exigencia de reglamentos institucionales antes que en el llamado a decisiones individuales. Según sus adherentes, el ralentismo solo se vuelve verdaderamente político a partir del momento en que reivindica la implementación de contrafuerzas institucionales que contengan la presión ubicua ejercida por el imperativo del beneficio, que somete nuestras vidas a la hegemonía del capitalismo financiero. Esto puede traducirse, en el nivel nacional, en la prohibición de la apertura de negocios los domingos. Y puede presentarse, en el caso de un equipo de trabajo, mediante una regla que imponga una multa de dos euros por envío y por destinatario, a pagar en un fondo común, por la emisión de todo correo electrónico que incluya la palabra *urgente* en su asunto.

Los teóricos de esta corriente señalan hasta qué punto nuestro acceso al tiempo necesita ser protegido por medidas legales que contrarresten la fuerza gravitacional que, en ausencia de tales protecciones, nos somete siempre de manera más violenta al beneficio financiero. Contrariamente a las críticas que les formulan los defensores de una concepción simplista de la libertad, afirman que necesitamos estar institucionalmente protegidos contra nuestra propia tendencia a sobreexplotar nuestros recursos atencionales. Ralentizar, dicen, no podría ceñirse a liberarse individualmente de la máquina que nos genera sed para hacernos correr más rápido tras el agua reflejada en el horizonte de un espejismo siempre

3. Pierre Sansot: *Del buen uso de la lentitud* [2000], Tusquets, Barcelona, 2001.

diferido. Ralentizar, dicen, es recuperar el manejo de nuestro tiempo tomando el control de los comandos de la máquina que, al mismo tiempo, nos genera sed y nos da de beber –a su propio ritmo de máquina comandada por el tempo del capitalismo financiero–. Solo podremos llegar juntos, imponiendo ciertas reglas a los parámetros colectivos que modulan nuestras velocidades individuales.

Aquí también, sin embargo, los más lúcidos señalan que la finalidad de la máquina termina siempre imponiendo su propio ritmo, extrínseco a las necesidades y los deseos individuales. En consecuencia, los únicos «verdaderos» ralentistas son aquellos que no separan las cuestiones de velocidad (¿por qué y cómo ralentizar?) de las cuestiones de dirección (¿adónde vamos?). Lograr el control del acelerador no bastará, si el autobús enfila derecho al abismo.

Lograr el control del acelerador no bastará, si el autobús enfila derecho al abismo ■

De ahí el surgimiento de una tercera facción, más dura, en el seno de los ralentistas⁴. Sus miembros preconizan abiertamente las huelgas y los piquetes como formas más radicales de ralentización. Paradójicamente, los más «movimientistas» son aquí aquellos que incluso elogian la inmovilización. Nos describen como atrapados en un aparato de producción a la vez «ecocida», en el sentido de que destruye el entorno del que obtenemos nuestros recursos vitales, y «egocida», en el sentido de que agota las subjetividades invertidas. Permanecer en el autobús aun cuando se desacelere la marcha solo nos conducirá un poco más tarde hacia el gran salto, si no se desvía su trayectoria. Es preciso escapar al despeñamiento, y no solo al ritmo desenfrenado que nos precipita a este.

Su estrategia consiste primero en sustraerse –en grupos– de la máquina egocida, para encontrar refugio en los terrenos baldíos y otras ZAD (zonas a destruir, o sea, a defender⁵) que aquella deja subsistir temporalmente en sus márgenes e intersticios. Como los ralentistas constatan que incluso esos márgenes están condenados a volverse inhabitables por su dinámica ecocida, no tienen otra alternativa que intentar paralizar y, de ser posible, invertir su curso. Cada día de huelga, perdido para el capital y su crecimiento desenfrenado, es un día ganado en su carrera a la autodestrucción (desesperadamente creativa).

4. V., por ejemplo, Comité Invisible: *La insurrección que viene*, Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2007.

5. Zonas a Defender es una agrupación anarquista francesa que toma su nombre de las «zonas de desarrollo diferido» contempladas por la legislación francesa. La declaración de «zona de desarrollo diferido» es un procedimiento que permite a las comunidades locales adquirir prioritariamente terrenos cuando, en virtud de obras públicas excepcionales, se espera un alza especulativa de sus precios [N. del E.].

Su paradójico movimiento de inmovilización espera poder vestirse con colores festivos. Nuestras poblaciones exhaustas necesitan dramáticamente piquetes y grandes huelgas para recuperar el gusto por las pequeñas alegrías intrínsecas, discursos y reflexiones colectivas. Es necesario sin embargo saber disfrutar de una huelga. No sumar estrés al estrés, tratando por todos los medios de neutralizar sus efectos, sino aprovechar la ocasión de un piquete para discutir, con aquellos y aquellas que se encuentran allí, dónde realmente se quiere ir, con quién y por qué. ¿Cómo aprovechar la suspensión efímera de una carrera acelerada al beneficio, cuyo incentivo (siempre diferido) nos proyecta siempre delante de nosotros⁶? Eso es sin duda lo que los más radicales de los ralentistas deben ayudarnos a aprender, si pretenden convertirnos a los méritos de su paradójico movimiento.

■ Los aceleracionistas: ¿una mayoría silenciosa?

Si los ralentistas se establecen en *ashrams* y ZAD, los aceleracionistas solo se encuentran por el momento en los pasillos de universidades con paredes descascaradas donde deambulan los escasos profesores de filosofía cuyos puestos todavía no fueron eliminados. Quizás porque sus cotos de caza ya fueron en gran medida devastados, están impacientes por ver lo que les ofrecerá la siguiente fase. Una vez que el autobús comenzó a caer por el barranco, es mejor que llegue rápido abajo. Aun cuando «hasta ahora, todo va bien... Pero lo importante no es la caída sino el aterrizaje»⁷...

¿Quién es pues ese «nosotros» falsamente universal para el que sería evidente que todo va demasiado rápido? ■

No sin segundas intenciones, los aceleracionistas comienzan por preguntarles a los ralentistas quién es pues ese «nosotros» falsamente universal para el que sería evidente que todo va demasiado rápido. Ese «nosotros» no incluye ciertamente a los jóvenes condenados a vagar por los suburbios pudriéndose bajo las lógicas precarcelarias de desempleo creciente, transporte colectivo deficiente, vigilancia policial acosadora y prohibicionismo discriminador. Tampoco incluye a aquellos que la misma trampa existencial hunde en el tráfico de drogas y conduce a la cárcel: estos, contrariamente a «nosotros», tienen *otium* para vender. Porque este exceso de ocio nada tiene de «tiempo libre», el encarcelado observa pasar cada hora, vacía e interminable, infinitamente impaciente por acelerar el número de días, meses, años que aún lo separan del día de su salida.

6. Bernard Aspe: *Les fibres du temps*, Nous, Caen, 2018.

7. Frase que abre la película *La Haine* (*El odio*, Mathieu Kassovitz, Francia, 1995).

Lo mismo sucede indudablemente del otro lado de las murallas y los alambrados que separan la «Fortaleza Europa» o el Disneyland estadounidense de los muchos sures donde jóvenes aspirantes a migrar son condenados a vivir nuestra (tan estresante) «prosperidad económica» solo a través de pantallas. Para ellos también, contrariamente a nosotros, las horas se hacen largas. Hace décadas que el fin del colonialismo promete a sus bellos países una «recuperación» infinitamente postergada, y no podría culpárselos por comenzar a considerar el tiempo demasiado largo.

¿La corriente de los ralentistas es la de los privilegiados? Y si ese fuera el caso, ¿podríamos reprochárselo? Lo que es cierto es que, a escala planetaria, no es claro que sea una corriente mayoritaria. Aun cuando la vida haya sido siempre demasiado corta, y aun cuando cada generación haya podido añorar el ocio del que parecía beneficiarse la generación anterior, la mayor reserva de votos debe hoy tal vez buscarse del lado de los aceleracionistas.

Pero ¿qué pueden querer acelerar entonces los aceleracionistas en un mundo en que, al menos desde «nuestro» punto de vista, todo parece ya ir tan rápido? La respuesta varía –tal vez en proporción al estado de decrepitud de las oficinas desde donde escriben estos filósofos–. Para unos, es el desarrollo tecnológico lo que debe incitarse a que vaya cada vez más rápido, para obtener del futuro el modo de evitar los atolladeros ecológicos del presente. Acelerar nuestra mutación de energías fósiles hacia energías renovables depende menos de una buena idea que de la necesidad de supervivencia. Reemplazar toda una serie de tareas (incluso «inteligentes») por máquinas y algoritmos capaces de calcular soluciones más finas y más confiables que las que pueden realizar los cerebros humanos, ¿por qué no? A condición, sin embargo, de que eso permita realmente liberar tiempo en verdad libre, en vez de simplemente desplazar y degradar el trabajo humano a tareas peor remuneradas, incluso no remuneradas –como es el caso de lo que hace poco tiempo han bautizado como «heteromatización»–⁸.

Pero las diversas innovaciones tecnológicas no hacen más que apuntar hacia la necesidad de otra aceleración, que no atañe a los propios dispositivos, sino más bien a las relaciones sociales en cuyo seno acogemos el poder de los dispositivos. Más precisamente: *lo que hay que acelerar urgentemente es nuestra salida del yugo de las relaciones de propiedad obsoletas*, que frenan trágicamente nuestro potencial de mejoras sociales e hipotecan peligrosamente nuestro futuro ambiental.

8. Hamid Ekbia y Bonnie Nardi: «Hétéromation» en *Multitudes* N^o 70, 4/2018.

El giro aceleracionista. El acto de fuerza de los aceleracionistas proviene del giro que invitan a operar en las relaciones que articulan capitalismo e innovación. Adoctrinados por un siglo de cantinelas que asocian progreso técnico con libre empresa, agobiados por tres décadas de incesantes «reformas» neoliberales, nos acostumbramos a atribuir a la implacable dinámica del capitalismo la necesidad enfermiza de reemplazar siempre más rápido lo viejo (es decir, lo ya vendido) por lo nuevo (lo comprable, concebido con el único fin de ser lucrativo). Todo se acelera de manera delirante, nos repiten los ralentistas, porque los accionistas reclaman siempre de manera más imperativa, siempre más beneficios, que necesitan siempre más novedades, que circulen siempre más rápido. Ya que el capitalismo vive de innovaciones cuya aceleración exacerba, ¿qué es

¿Acaso no sería más pertinente considerar el capitalismo un freno al progreso, en vez de un factor de aceleración? ■

lo que mejor puede hacerse para enfrentarlo si no preconizar y practicar la ralentización?

Los aceleracionistas invierten la perspectiva. ¿Acaso no sería más pertinente considerar el capitalismo un freno al progreso, en vez de un factor de aceleración? El ejemplo más llamativo lo ofrece el tratamiento del que fue objeto la propiedad intelectual a lo largo de las últimas décadas. Mientras que las nuevas tecnologías digitales permitían copiar, multiplicar, transmitir y compartir el conjunto de obras escritas y audiovisuales que conforman el patrimonio común de la humanidad a un costo individual marginalmente nulo (aunque a un costo colectivo ambiental nada despreciable), el viejo yugo de las relaciones de propiedad privada se aferraba fanáticamente a sus privilegios obsoletos, extendiendo la persistencia de los derechos de autor a plazos verdaderamente ridículos, como si la perspectiva de ofrecer un ingreso a sus bisnietos, 70 años después de su muerte, fuese lo que estimulara a los inventores a inventar.

Remitiendo cualquier cosa a relaciones de propiedad privada y enfadándose por su definición cada vez más integrista, es el capitalismo el que atrasa con respecto a las necesidades de un mundo donde cambio climático, residuos nucleares, destrucción de la biodiversidad, diseminación incontrolable de hormonas, pesticidas e interruptores endocrinos alteran y sobrepasan dramáticamente los límites asignables a toda forma de propiedad privada.

Lo que se acelera exponencialmente con la creciente complejización de nuestros modos de colaboración, consumo y comunicación son los excesos cada vez más evidentes de nuestras solidaridades de hecho hacia nuestras privatizaciones de derecho. ¿Quién puede, sin estar loco, reclamar la propiedad privada o

la soberanía exclusiva de una idea, una especie vegetal, un genoma, una red social que agrupa a 2.000 millones de personas, residuos nucleares destinados a arruinar la vida durante 200.000 años, intervenciones de geoingeniería cuyas consecuencias e implicaciones sistémicas nadie puede predecir? No son las tecnologías de la comunicación y la información las que van demasiado rápido –nos ofrecen, por el contrario, algunos medios informacionales para no estar completamente engeguados y aplastados por los cambios que nuestras actividades generan–. Son nuestras relaciones de producción las que están dramáticamente desfasadas de nuestros modos de producción y lo que hay que acelerar urgentemente.

Lejos de preconizar una marcha atrás hacia espacios comunes que se trataría simplemente de recuperar o conservar, los aceleracionistas señalan que, para bien y para mal, nuestros espacios comunes actuales integran, hasta en sus fibras más ocultas y aparentemente más «naturales», efectos diversos de nuestras tecnologías que los atraviesan e impregnan de un extremo a otro. Si bien pueden emanciparse parcialmente de los yugos del precio y de la propiedad privada que amenazan actualmente su renovación sustentable, nuestros espacios comunes –es decir, nuestros campos, nuestros ríos, nuestra atmósfera, pero también nuestras lenguas, nuestros saberes, nuestras sensibilidades, nuestras tradiciones, nuestros patrimonios artísticos, nuestras instituciones y nuestros aparatos de comunicación– no podrían «purificarse» de lo que deben al auge de nuestras diversas técnicas.

Acelerar la comunización de las finanzas (pos)capitalistas. Observando nuestro mundo desde la distancia y lo alto de sus oficinas universitarias con paredes descascaradas, los aceleracionistas parecen a menudo cultivar la paradoja por el placer mismo de contradecir el sentido común. Su provocación más reciente consiste en ir a buscar en el seno de lo que la alocada aceleración del capitalismo financiero tiene de más delirante y más insostenible –los *productos derivados*– un punto de palanca que parece dar apoyo a una posible salida de las relaciones de propiedad capitalista⁹.

¿Qué significan, en efecto, según ellos, estas monstruosidades absurdas y obscenas mediante las cuales los gestores de fondos (privados) apuestan a la suba o la baja a término del precio de una materia prima (*futura*), las fluctuaciones de las tasas de interés (*swap*), la probabilidad de ocurrencia de una catástrofe (*cat bond*) o de una cesación de pago (*credit default swap*)? Nada menos que la erosión

9. Randy Martin: *Knowledge LTD: Toward a Social Logic of the Derivative*, Temple UP, Filadelfia, 2015. V. tb. *Dérivée la finance*, dossier de la revista *Multitudes* N° 71, 2018.

terminal y la volatilización progresiva de toda definición creíble de la propiedad privada, bajo la presión sistémica de un mundo cuya complejidad vuelve cada vez más ilusoria la separación clara y distinta entre un «tuyo» y un «mío».

Poseer, durante algunas fracciones de segundo, una masa opaca de productos derivados que nadie sabe exactamente a qué corresponden y qué algoritmos venderán miles de veces a otros «propietarios» en el mismo día dista mucho de la idea clásica que uno puede hacerse de una propiedad privada. El refinamiento delirante y la aceleración demencial de las transacciones, mediante la virtud conjunta de los dispositivos técnicos y una rapacidad desenfrenada, generan aquí una fuga hacia adelante que apunta todavía oscura, pero sugestivamente, en la dirección de una propiedad de ahora en más común de las entidades (altamente abstractas) que dan cuenta supuestamente de los valores que circulan entre nosotros. Los Estados son llamados indefectiblemente al rescate cada vez que la máquina de especulación financiera se embala, en la fiebre de su aceleración, al punto de generar el fantasma de un derrumbe sistémico. La socialización de las pérdidas que resulta de ello refleja formalmente la naturaleza siempre-ya-común de lo que se juega en los casinos bursátiles.

Los aceleracionistas ¿llevan demasiado lejos la provocación imaginando un «comunismo del capital» capaz de surgir en el corazón de la diseminación financiera de la propiedad privada? ¿O abren un camino peligroso pero promisorio llamándonos a acelerar nuestra reapropiación colectiva de las finanzas para que una inédita socialización de los beneficios anticipe y prevenga por primera vez la tradicional socialización de las pérdidas?

¿Acelerar el derrumbe? En materia financiera, la aceleración pasa por un cambio de vocabulario. Michel Feher propone hablar de «invertidos» allí donde suele hablarse de «endeudados»¹⁰. ¿Cuál es la diferencia, cuando son las mismas personas a las que se designa con dos palabras diferentes? Los *endeudados* se nos aparecen como encadenados, condenados a cargar con la cruz de su deuda en medio de la impotencia y la soledad. Tienen (y son pues) menos que nada, ya que ni siquiera poseen lo que aparentan tener. Los endeudados deben algo a otro, a bancos y banqueros que los tienen a su merced. Si no pagan lo que deben cuando vence el plazo, los oficiales de justicia les golpean la puerta, los amenazan con embargos y luego con el desalojo. Expuestos a una precariedad permanente, solo son poseedores de esa obligación que los ata a sus acreedores todopoderosos.

10. M. Feher: *La société des investis*, La Découverte, París, 2017.

Tomemos a los mismos individuos –aquellos a los que les cuesta mucho pagar los préstamos de su casa, su auto, su nuevo televisor, sus vacaciones de verano– y rebauticémoslos *invertidos*. Siguen careciendo de dinero, pero su carencia pertenece a partir de ese momento también a sus acreedores. Lo que aparecía como su deuda (de ellos) se presenta en adelante como una inversión (hecha por otro). Ahora bien, esta inversión solo es realizada por otro con la intención de una «rentabilidad de inversión». Si esa rentabilidad no se materializa, si el endeudado no paga cuando vence el plazo, el inversor pierde lo que tenía de derecho, allí donde el invertido pierde lo que solo tenía de hecho. Desde luego, el segundo queda expuesto a quedar en la calle, en cuyo caso ya no tendrá realmente nada que perder. Pero el primero sufrirá allí también la pérdida de lo que había adelantado con la esperanza del pago que se interrumpió. Una sociedad de endeudados se parece a un pueblo de esclavos, donde todo el mundo corre el riesgo de perder su casa tras haber sido azotado fuera de ella. Una sociedad de invertidos se parece a las aglomeraciones periurbanas de clase media, cuyos créditos *subprime*, una vez sumados, se vuelven también *too big to fail*. Si muchos invertidos incumplen, es el sistema bancario de inversiones el que se derrumba –y con él, las frágiles posesiones de los inversores–.

Tal como lo ha señalado Melinda Cooper, el gran temor de los gobernantes y los banqueros después de las crisis de 2008 era que un número significativo de invertidos optara por una *cesación estratégica de pago*: que prefirieran declararse en quiebra, perder sus bienes, renunciar a ellos, antes que continuar soportando una deuda que debían cargar como una cruz de por vida¹¹. Los inversores habrían perdido una parte sustancial de su inversión a través de esta fuga de invertidos. El capitalismo financiero no puede permitirse poner a sus proletarios en una situación en la que solo tuviesen para perder sus cadenas (de endeudamiento): así, lo que prepara es su propio derrumbe.

Acelerar este derrumbe contribuirá al menos a hacer que las pérdidas se compartan. Una socialización de las pérdidas, pero por primera vez en sentido inverso: los ricos atrapados en la quiebra de los pobres. Sin embargo, la aceleración puede también conducir a salvar a los pobres de la miseria. Con un mínimo de coordinación, los invertidos pueden influir comúnmente como invertidos (en

El gran temor de los gobernantes y los banqueros después de las crisis de 2008 era que un número significativo de invertidos optara por una *cesación estratégica de pago* ■

11. M. Cooper: «The Strategy of Default: Liquid Foundations in the House of Finance» en *Polygraph* N° 23-24, 2013.

gran número). Cuando el endeudado está solo frente a su banco, los oficiales de justicia lo despojan y pierde todo. Si 20%, o solo 10% de los invertidos amenaza con una cesación estratégica de pago coordinada, el banco tendrá mucho interés en renegociar su deuda, es decir, sus préstamos, es decir, las inversiones que los inversores hicieron en los invertidos.

Acelerar la mutación altermoderna. No solo es la puesta en común de las fragilidades la que puede acelerar un cambio en las relaciones de fuerza. La aceleración puede también pasar por la construcción de plataformas colaborativas capaces de eludir el capitalismo financiero, para elaborar otros modos y otros modelos de valorización.

Según palabras de McKenzie Wark, es necesario neutralizar el poder de la *clase vectorialista*, que controla actualmente los vectores por los cuales la información y las afecciones circulan entre nosotros. Como productores de la inteligencia colectiva que alimenta internet, todos y todas conformamos una *clase hacker* que se encuentra en gran medida desposeída de la riqueza que produce, porque aparatos de captura económica se apoderan de la plusvalía para transferirla solamente a los accionistas, a través de los mecanismos de las finanzas. Lo que debe acelerarse es el cambio de las presiones que colocan hoy a la clase vectorialista en posición hegemónica, pero que podrían también, mañana, hacer que vuelvan a la clase *hacker* (mediante medidas como el ingreso universal) las riquezas que emanan de ella¹².

Tiziana Terranova retoma el concepto de *stack* propuesto por Benjamin Bratton¹³ para designar el «apilamiento» de los estratos de soberanía que comandan la «megaestructura accidental» que se pone en funcionamiento en la era de lo que Nick Srnicek llama el «capitalismo de plataformas»¹⁴. Lo que Terranova propone acelerar es un ataque a ese *stack*, actualmente controlado por las dinámicas del capitalismo financiero, para convertirlo en un *red stack*, un aparato de comunicación reapropiado para favorecer nuestra inteligencia colectiva antes que los beneficios de los accionistas¹⁵.

Los trabajos de Erin Manning, Brian Massumi¹⁶, Erik Bordeleau y el 3 Ecologies Institute intentan lograr este mismo objetivo favoreciendo el surgimiento de

12. M. Wark: *A Hacker Manifesto*, Harvard UP, Cambridge, 2004.

13. B. Bratton: *The Stack: On Software and Sovereignty*, MIT Press, Cambridge, 2016.

14. N. Srnicek: *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, Buenos Aires, 2018.

15. T. Terranova: «Red Stack Attack» en Armen Avanessian y Robin McKay: *Accelerate: The Accelerationist Reader*, Urbanomic, Falmouth, 2014.

16. B. Massumi: *The Power at the End of the Economy*, Duke UP, Durham, 2015.

alternativas concretas antes que la lucha frontal. La aceleración exige entonces imaginar, elaborar y poner en funcionamiento plataformas de creación de *smart contracts* que puedan realizar el trabajo de coordinación actualmente realizado por los mercados financieros, pero valorizando esta vez una plusvalía cualitativa evaluada por las partes interesadas en términos existenciales, en términos de acontecimientos y de forma de vida, y ya no solamente de beneficio financiero cuantitativo. Lo que urge es hacer un trabajo colectivo de revalorización del valor, algunas de cuyas pistas posibles Massumi desarrolla en las 99 tesis de su breve *Manifiesto post-capitalista*¹⁷.

Una parte considerable de las tesis aceleracionistas recuperan intuiciones formuladas por Karl Marx hace más de 150 años¹⁸. No hay que sorprenderse de ello. La modernidad industrial tiende desde hace un siglo y medio a acelerar nuestros ritmos de vida. Frente a esta modernización cuyo carácter insostenible se vuelve cada vez más evidente, los ralentistas y los aceleracionistas pueden perfectamente tener ambos razón –aunque designando cada uno modos de acción y supervivencia aparentemente contradictorios entre sí–. Es cierto, urge ralentizar los tempos de funcionamiento inducidos únicamente por el competitivismo ecocida y sociocida impuesto a nuestras sociedades por los dogmas absurdos del neoliberalismo dominante. Pero también es cierto que urge acelerar la comunización de las formas de propiedad y los vectores de comunicación que transmiten hoy las absurdas presiones competitivistas, pero que podrían, mañana, poner nuestra inteligencia colectiva al servicio de nuestro bienestar compartido, antes que del enriquecimiento del 1% más favorecido de nosotros.

Tal como lo sugirieron Antonio Negri y Michael Hardt en *Commonwealth*, una *altermodernidad* está en proceso de germinación y fermentación desde hace siglos, tanto bajo los logros como bajo los conflictos que marcaron el desarrollo de la modernidad¹⁹. Contra todas las voces decadentistas y nostálgicas que nos consumen en las añoranzas de una edad de oro mítica (la vida campestre, el fordismo, los Treinta Gloriosos, el crecimiento de dos cifras), los aceleracionistas nos incitan a hacer que esta altermodernidad pase a un primer plano; de ser posible, antes de que el capitalismo competitivista y ecocida socave su posibilidad mediante sus destrucciones sociales y ambientales. ☒

17. B. Massumi: *99 Theses on the Revaluation of Value. A Postcapitalist Manifesto*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2018.

18. N. Srnicek y Alex Williams: «Accelerate: Manifiesto for an Accelerationist Politics» en A. Avanesian y R. McKay: ob. cit.

19. A. Negri y M. Hardt: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Akal, Madrid, 2011; A. Negri y M. Hardt: *Assembly*, Oxford UP, Oxford, 2017. V. tb. Y. Citton: *Altermodernités des Lumières*, Seuil, París, en prensa.

Summaries ■ *Resúmenes en inglés*

Fernando Rosso: The Enigmatic Political Survival of Mauricio Macri [4486]

Although Argentina has a strong tradition of social struggles, the government of Mauricio Macri, which has combined structural adjustment with economic setbacks at all levels, has enjoyed (until now) a surprising social calm. The «givers of governance» are allowing the government to survive the crisis and even, although the election year will be a minefield, to seek the re-election of the president. The bet to the social «rift» («la grieta») and to anti-Kirchnerism is the last resort for a government that has been losing the initiative. *Keywords: Crisis, Kirchnerism, Neoliberalism, Mauricio Macri, Argentina.*

Carmelo Mesa-Lago: The «Cooling» of the Cuban Economy [4487]

Cuba is going through economic but also constitutional reforms and, since April 2018, has a «new generation» president, after nearly half a century of governance by Fidel and Raúl Castro. The economy is facing new challenges today, among them the weakening of Venezuela, which has repercussions for the island, as well as the

need to undertake monetary unification. For now, the stagnation of the economy is expected to continue into 2019. *Keywords: Constitution, Economy, Growth, Cuba.*

Ulrich Brand / Markus Wissen: Our Beautiful Imperial Way of Life: How the Western Model of Consumption Ruins the Planet [4488]

The production and consumption norms of the global North, which have been formatted by capitalism and have finally become widespread around the world, can only be maintained – even in the modern «green» variant – at the expense of violence, ecological destruction, and human suffering. This is the central thesis of this article, based on the book *Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalen Kapitalismus* [The Limits to Capitalist Nature: Theorizing and Overcoming the Imperial Mode of Living], recently published in German. *Keywords: Capitalism, Consumerism, Ecology, Nature, Way of Life.*

Joan Subirats: From Post-Capitalism to Post-Work? [4489]

The world of work is experiencing large-scale transformations that test

analytical frameworks and progressive political strategies. Platform capitalism is far from the collaborative economy that it often proclaims and generates new monopolies, forms of precarization and self-employment, and winners and losers. In this context, the technological revolution and the reflection on post-work are essential conditions for a more just society. *Keywords: Capitalism, Platforms, Post-Work, Regulation, Social Democracy.*

Víctor Figueroa: Towards the End of Work?: Myths, Truths and Speculations [4490]

Many analyses paint a dystopian future, a product of technological changes and the transformation of many workers into «useless» people. This narrative is functional to the elites because it weakens the demands of the workers. Nevertheless, the projections so far do not allow for conclusive predictions about the equation between the fall and the creation of jobs. What we do know is that the control of data – considered by some the «new oil» – is generating new inequalities and renewed forms of control over workers. *Keywords: Data, Digital Sovereignty, Employment, Inequality, Robotization, Technology.*

Uta Dirksen: The Work of the Future and the Future of Work: For a Progressive Transition [4491]

What will be the work of the future in Latin America? Will it be the end of work as we know it? Will the subcontinent export even fewer industrial products and more raw materials? Will the levels of informality increase? Will the number of people affected by precarious forms of employment grow? Or, on the contrary, will new sectors be established that generate quality employment for a significant number of workers who

still do not know if they can benefit from technological dividends? *Keywords: Digitalization, Future of Work, Precariousness, Technology.*

Luca Sartorio: What Do We Know (and Do Not Know) about the Future of Work? [4492]

In recent years, an important research agenda has been developed that puts the future of employment in a leading role in public discussion and global governance. The key findings demolish some myths and usual beliefs, such as a possible boom of unemployment and an obsolescence of human work but, at the same time, they warn about the distributive and labor challenges associated with automation, the market power in the digital economy, and the growth of new forms of work. *Keywords: Inequality, Polarization, Technological Change, Work.*

Alyssa Battistoni: Lights and Shadows of Universal Basic Income [4493]

Discarded for a long time as utopian, the proposals for a universal basic income are now gaining momentum both between the forces of the Right and the Left. In the United States, its main defenders are the techno-capitalists, and many think of basic income as a way to dismantle the Welfare State. As such, the Left must act with caution, but at the same time defend a basic income capable of covering a broad population, in the framework of a more equitable distribution of wealth and working time. *Keywords: Basic Universal Income, Left, Technocapitalism, Work.*

Fernando Isabella: What to Do?: Work, Technology and Social Regulation [4494]

Changes in work associated with technology are a constant since the first

Industrial Revolution. At various junctures, concern for the «future of work» has been central. Now the subject returns to the foreground, together with the advance of technologies such as robotics or artificial intelligence. But the concrete way in which technology affects production and work also depends on its interaction with society. In the end, a good portion of the game is played in the big court of public regulation systems, companies, unions, and the general population, rather than in the narrow field of laboratories. *Keywords: Education, Inequality, Social Regulation, Technology.*

Francesca Brià: Basic Income and Job Insecurity in the Economy of Robots [4495]

From the Fordist social pact to the gig economy, work is changing radically. Job insecurity and the growing deficit in social security systems require urgent solutions. Universal basic income is on the agenda of both the neoliberal Right and the radical Left. So how to consider basic income in the era of robots? *Keywords: Basic Income, Digital Economy, Income Distribution, Robots, Work.*

Dani Rodrik: Work and Human Development in a Deindustrialized World [4496]

Developing countries will no longer be able to follow the old recipes that guaranteed industrialization in the global North or in some Asian countries. The technological and commercial changes have closed those roads. But achieving social welfare through services, without having previously achieved high levels of productivity, is not an easy task. Therefore, the political leadership faces a completely new challenge in relation to the future of work. *Keywords: Deindustrialization, Productivity, Services, Welfare, Work.*

Sofía Scasserra: The Despotism of Algorithms: How to Regulate Employment in Platforms [4497]

Employment in digital platforms constitutes a new business model, developed especially in the service sector, and one of the effects is digital precarization. A paradigm is impelled in which the success of the workers / entrepreneurs lies in their self-exploitation. Although little progress has been made in its regulation thus far, a union strategy sustained in the popular and solidarity economy can serve to advance towards more dignified jobs, especially for women, migrants, and young people. *Keywords: Algorithm, Digital Precarization, Platforms, Rights, Unions.*

Éric Sadin: Artificial Intelligence: The 21st-Century Superego [4498]

Silicon Valley is not only a territory but, above all, a spirit in the process of colonizing the world. And that spirit seeks to configure the end of history, allowing a new world to emerge, devoid of all friction and harshness, says Éric Sadin in his book *The Silicolonization of the World*. Through artificial intelligence – one of the central components of this phenomenon –, it aims to extract benefits from the least of human gestures and establish a civilizatory model based on algorithmic civilization. *Keywords: Algorithms, Artificial Intelligence, Internet, Silicon Valley.*

Luis Moreno: Robotization, Neo-Feudalism, and Universal Basic Income [4499]

The labor substitution of human beings by robots is gradual but unstoppable. The process accelerates with a type of neo-feudalism in which the distance between the «haves» and the «have-nots» only increases on a global scale. In 2017, for every 10 dollars of new wealth, 8 dollars

were for the 1% super rich. In the robotic future, the coverage of social risks will need the solidarity of the entire citizenry through the implementation of universal basic income programs. *Keywords:* *Basic Income, Democracy, Inequality, Neo-Feudalism, Robots, Work.*

Yves Citton: Slow Down or Speed Up: Some Dilemmas of the 21st-Century Left [4500]

How to face the dominant capitalism?
Go forwards or backwards? Slow

down or accelerate? This article synthesizes the visions of two sensitivities of today's Left outside their hegemonic matrices: the one that seeks to stop the effects of capitalism by activating the brake of the locomotive – associated with many environmental groups –, and a more recent one, known as accelerationism, that seeks a kind of recomunitarization of social life, but accelerating certain drifts of current capitalism. *Keywords:* *Accelerate, Capitalism, Communication, Ecology, Slow Down.*

revista cidob d'
afers
internacionals

Diciembre de 2018

Barcelona

Nueva época Nº 120

REPENSAR EL DESARROLLO DESDE EL PASADO DE LA COOPERACIÓN
INTERNACIONAL ENFOQUES CRÍTICOS ALTERNATIVOS

Coordinado por Rafael Domínguez Martín y Simone Lucatello

ARTÍCULOS: **Rafael Domínguez** y **Simone Lucatello**, Introducción: historizando y descolonizando la cooperación internacional. **Daniel Lemus Delgado**, La Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) como una práctica hegemónica (1945-2000). **María Elena Romero** y **Alejandro García**, De las seguridades japonesas: un enfoque crítico de la cooperación nipona. **Gustavo Louis Henrique Pinto** y **Rafael Gonçalves Gumiero**, Auge y declive de las relaciones entre la SUDENE y la «Alianza para el Progreso». **Silvina M. Romano**, ¿Ayuda fallida de Estados Unidos hacia América Latina? El caso de Bolivia. **Antonio Sianes**, **Francisco Santos** y **Luis Fernández Portillo**, Acordes y desacuerdos en la política de cooperación de la UE con América Central. **Gisela Carrasco Miró**, Cooperación trilateral Sur-Sur al desarrollo: por una descolonización de la solidaridad. **Élodie Brun**, La cooperación Sur-Sur de Brasil, Chile y Venezuela: interés y pérdida de esencia. **Carlos Cerda Dueñas**, Cooperación en la turbulencia bipolar: México y el Consejo de Ayuda Mutua Económica. **Gerardo Bracho**, El CAD y China: origen y fin de la ayuda al desarrollo. **OTROS ARTÍCULOS:** **Branislav Pantovi** y **Gabriela Michelini**, Ciencia y cultura de la memoria en la diplomacia serbia. **Juan Tovar Ruiz**, La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades. **RESEÑAS DE LIBROS.**

Revista CIDOB d'Afers Internacionals es una publicación académica cuatrimestral de relaciones internacionales y desarrollo de la Fundación CIDOB, c/ Elisabets, 12 - 08001 Barcelona, España, Tel. (+34) 93 302 6495. Se edita en formato impreso y digital. Página web: <www.cidob.org/publicaciones/filter/53216>.

Alemania: F. Delbanco, Tel.: (49 4131) 2428-8, e-mail: <post@delbanco.de>.

Argentina: Distribuidor: Jorge Waldhuter, Pavón 2636, Buenos Aires, Tel./Fax: 6091.4786, e-mail:

<jwalibros@ciudad.com.ar>. Librerías, Buenos Aires: Librería De la Mancha, Av. Corrientes 1888, Tel.: 4372.0189.

Bolivia: en La Paz: Yachaywasi, Tel.: 2441.042, e-mail: <yachaywa@accelerate.com>, Fax: 244.2437.

Colombia: Librería Fondo de Cultura Económica, Calle 11 No. 5-60, Barrio La Candelaria, Bogotá, Colombia. Tel.: (571) 2832200, e-mail: <libreria@fce.com.co>.

Costa Rica: Librería Nueva Década, Tel.: (506) 2225.8540, e-mail: <ndecada@ice.co.cr>.

Ecuador: LibriMundi, Tel.: (5932) 252.1606, 223.4791, e-mail: <librimu1@librimundi.com.ec>.

España: Marcial Pons-Librero, Tel.: (34 914) 304.3303, e-mail: <revistas@marcialpons.es>; Mundi-Prensa Libros, (34 914) 363.702.

Guatemala: F&G Libros de Guatemala, 31 avenida "C" 5-54, zona 7, Colonia Centro América, 01007 Guatemala, Tel.: (502) 2433 2361 (502) 5406 0909, e-mail: <informacion@fygeditores.com>.

Japón: Italia Shobo, Fax: 3234.6469; Spain Shobo Co., Ltd., Tel.: 84.1280, Fax: 84.1283, e-mail: <info@spainshobo.co.jp>.

Nicaragua: Instituto para el Desarrollo y la Democracia (Ipade), Km 9 1/2 carretera a Masaya, Tel.: 276.1774 (Ext. 8), Apartado Postal 2438, e-mail: <comunicacion@ipade.org.ni>.

Perú: El Virrey, Bolognesi 510, Miraflores, Lima, Tel.: 444.4141, e-mail: <info@elvirrey.com>.

Puerto Rico: en Río Piedras: Compañía Caribeña de Libros, Tel.: (1-787) 297.8670, e-mail: <cclibros@yahoo.com>.

Ventas y consultas por Internet:
<www.nuso.org>

Distribución internacional a librerías:
<distribucion@nuso.org>

PARA SUSCRIBIRSE A NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIÓN	ANUAL	BIENAL
Incluye flete aéreo	6 números	12 números
América Latina	US\$ 70	US\$ 121
Resto del mundo	US\$ 107	US\$ 196
Argentina	\$ 900	\$ 1.800

> Formas de pago

1. **Pago online:** Ingrese en <<http://www.nuso.org/suscribe.php>>, donde encontrará un formulario para registrar su pedido y efectuar el pago.

2. **Pago con tarjeta de crédito vía postal:** Complete el cupón incluido en la revista y envíelo por correo a: Nueva Sociedad, Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, R. Argentina.

3. **Pago con cheque:** Envíe un cheque por el importe correspondiente a la orden de **Fundación Foro Nueva Sociedad** a la siguiente dirección: Nueva Sociedad, Defensa 1111, 1º A, C1065AAU Buenos Aires, R. Argentina, acompañado de los datos del suscriptor (nombre, domicilio postal completo, teléfono, correo electrónico).

> Para otros medios de pago y cualquier otra consulta, escriba a <distribucion@nuso.org>.

VOLVER A MARX
200 años después

COYUNTURA

Elvira Cuadra Lira. Nicaragua:
¿una nueva transición en puerta?

TRIBUNA GLOBAL

Simon Kuper. Fútbol: la cultura
de la corrupción.

TEMA CENTRAL

Horacio Tarcus. Marx ha vuelto.
Paradojas de un regreso inesperado
Martín Abeles / Roberto Lampa. La
ruptura epistemológica de Marx. Más allá
de la «buena» y la «mala» economía política
Enzo Traverso. Marx, la historia y los
historiadores. Una relación para reinventar
Hanjo Kesting. Karl Marx como
escritor y literato
Daniel Luban. En la República
de Marx. ¿Ofrece *El capital* una perspectiva
sobre la libertad y la dominación?
Tiziana Terranova. Marx en tiempos
de algoritmos
Razmig Keucheyan. La revolución
de las necesidades vitales. Marx en la
era de la crisis ecológica
Laura Fernández Cordero. Feminismos:
una revolución que Marx no se pierde
Jean Tible. Marx salvaje
Dick Howard. Cuando la Nueva
Izquierda se encontró con Marx
Pedro Ribas. El proyecto MEGA.
Peripecias de la edición crítica de
las obras de Marx y Engels
Jacques Paparo. En busca de los libros
perdidos. Historia y andanzas de una
biblioteca
Britta Marzi / Ann-Katrin Thomm.
De Tréveris al mundo. La FES en el
200º aniversario de Karl Marx.

SUMMARIES

¿OTRA VEZ LOS MILITARES?
Democracia, inseguridad, ciudadanía

COYUNTURA

Pablo Stefanoni. Biblia, buey y bala...
recargados. Jair Bolsonaro, la ola
conservadora en Brasil y América Latina

TRIBUNA GLOBAL

Oliver Bullough. Moneylandia. Cómo
los especuladores comenzaron
a gobernar el mundo

TEMA CENTRAL

Rut Diamint. ¿Quién custodia a los
custodios? Democracia y uso de la
fuerza en América Latina
Marcelo Fabián Sain. ¿Los militares
como policías? Cambios en la seguridad
en Argentina, 2013-2018
Samuel Alves Soares. ¿Volvieron los
militares en Brasil? La democracia
obstruida por la cuestión militar
Verónica Zubillaga / Rebecca Hanson.
Los operativos militarizados en la era
post-Chávez. Del punitivismo carcelario
a la matanza sistemática
Paz Verónica Milet. Fuerzas Armadas
y democracia en Chile. Avances y
temas pendientes
Francisco Rojas Aravena. Costa Rica:
siete décadas sin Fuerzas Armadas
Francisco Leal Buitrago. Militares y
construcción de paz en la Colombia actual
Raúl Benítez Manaut. México: los
militares en tiempos de cambio
Laura Tedesco. De militares a gerentes. Las
Fuerzas Armadas. Revolucionarias en Cuba
Fernando Molina. «Patria o muerte.
Venceremos». El orden castrense
de Evo Morales
Helena Carreiras. La integración de
género en las Fuerzas Armadas.
Condicionamientos y perspectivas
Mariel R. Lucero. La larga marcha de
las mujeres en las Fuerzas Armadas
latinoamericanas

ENSAYO

Maristella Svampa. Imágenes del fin.
Narrativas de la crisis socioecológica
en el Antropoceno

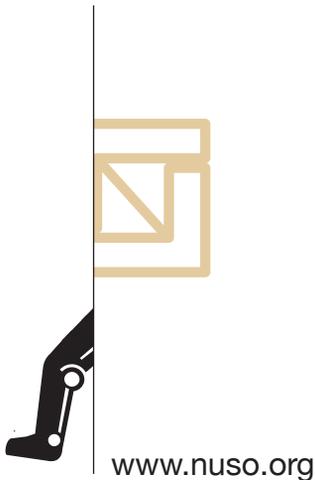
SUMMARIES

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

MARZO-ABRIL 2019

280

Evangelismo político



Enero-Febrero 2019

COYUNTURA

Fernando Rosso La enigmática supervivencia política de Mauricio Macri

Carmelo Mesa-Lago El «enfriamiento» de la economía cubana

TRIBUNA GLOBAL

Ulrich Brand / Markus Wissen Cómo el modelo de consumo occidental arruina el planeta

TEMA CENTRAL

Joan Subirats ¿Del poscapitalismo al postrabajo?

Victor Figueroa ¿Hacia el fin del trabajo? Mitos, verdades y especulaciones

Uta Dirksen Trabajo del futuro y futuro del trabajo. Por una transición progresista

Luca Sartorio ¿Qué sabemos (y qué no sabemos) sobre el futuro del trabajo?

Alyssa Battistoni Luces y sombras del ingreso básico universal

Fernando Isabella ¿Qué hacer? Trabajo, tecnología y regulación social

Francesca Bria Ingreso básico y precariedad laboral en la economía de los robots

Dani Rodrik Trabajo y desarrollo humano en un mundo desindustrializado

Softa Scasserra El despotismo de los algoritmos. Cómo regular el empleo en las plataformas

Éric Sadin La inteligencia artificial: el superyó del siglo XXI

Luis Moreno Robotización, neofeudalismo e ingreso básico universal

Yves Citton Ralentizar o acelerar. Algunos dilemas de las izquierdas del siglo XXI

